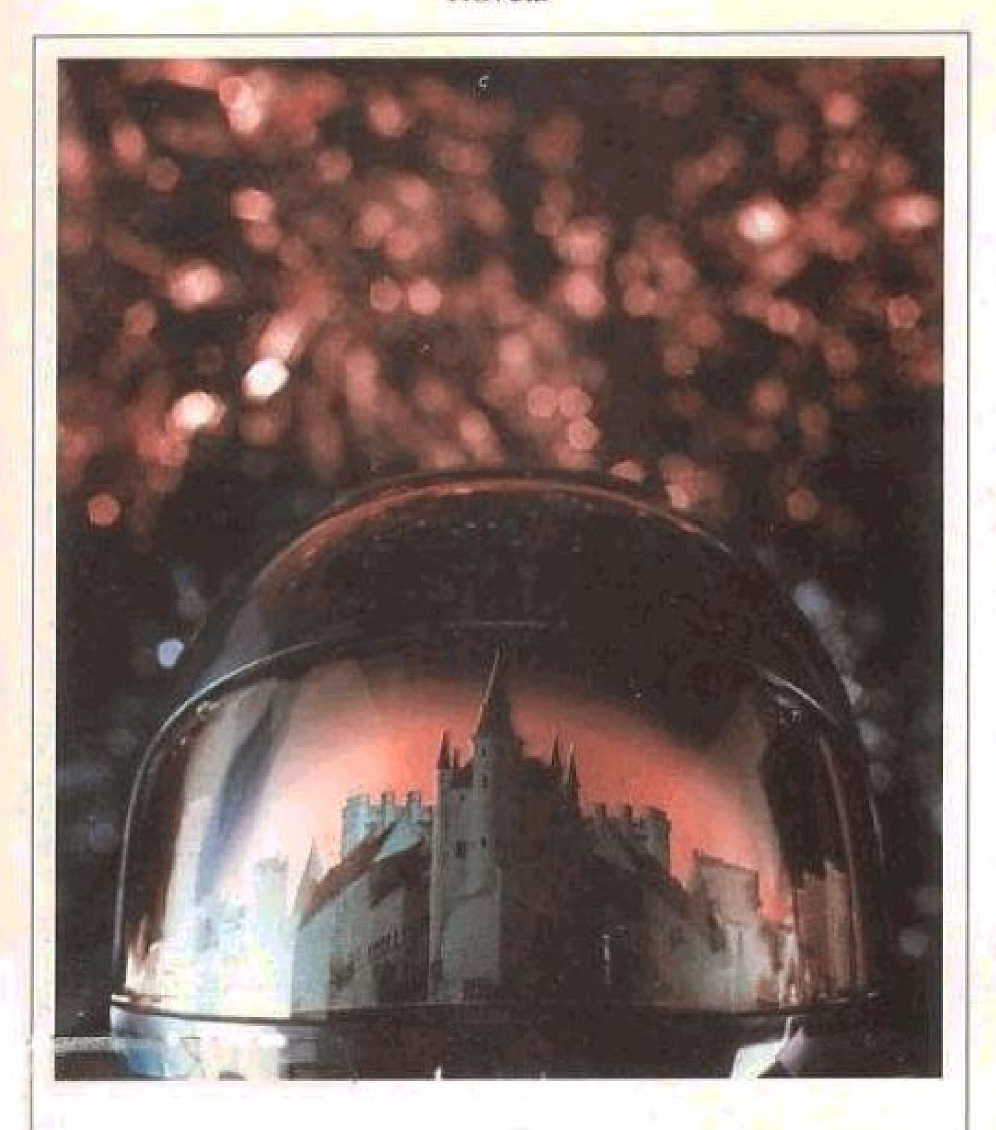
Ernst Jünger

Heliópolis

Novela



Seix Barral Biblioteca Breve

Ernst Jünger

Heliópolis

Visión retrospectiva de una ciudad

Traducción del alemán por MARCIANO VILLANUEVA

Seix Barral Biblioteca Breve

Cubierta: Miguel Parreño y Pedro Romero

Título original: Heliopolis

Primera edición en Biblioteca Formentor: enero 1981 Segunda edición en Biblioteca Breve: marzo 1998

© 1965, Ernst Klett Verlag, Stuttgart

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© 1981 y 1998: Editorial Seix Barral, S. A. Córcega, 270 -08008 Barcelona

ISBN: 84-322-0748-9 Depósito legal: B. 10.149 – 1998

Impreso en España

Heliópolis *es la primera gran novela del Jünger del período de posguerra. Tras la parábola anti-hitleriana de* Sobre los acantilados de mármol, *y antes de la escéptica recapitulación global que desplegaría en* Eumeswil, *Jünger, en* Heliópolis, *construye el modelo de una sociedad en crisis, desgarrada entre la legitimidad conservadora y la legalidad del poder popular. Utopía negativa, centrada en el fracaso del personaje principal, cuya creciente conciencia de la imposibilidad moral de adherirse a cualquier alternativa concreta* le *impulsa a buscar en lo intemporal una armonía superior, a la vez poema y apólogo,* Heliópolis *es una de las cimas del arte de Jünger.*

Foto: Werner Schwarze

ERNST JÜNGER nació en Heildelberg el 29 de marzo de 1895 y falleció en febrero de 1998. A los dieciséis años huyó de casa de sus padres y se alistó en la legión extranjera francesa. De regreso en Alemania, participó en la primera guerra mundial como oficial de un grupo de voluntarios y fue herido siete veces. En el período de entreguerras, adquirió fama de escritor con *Tormentas de acero* (1920), *Fuego y sangre* (1925), *El corazón aventurero* (1929), *El trabajador* (1932), *Hojas y piedras* (1934) y *Juegos africanos* (1936). En la novela alegórica *Sobre los acantilados de mármol (1939)* expresó su actitud crítica ante el nazismo. En su obra de posguerra -de la que destacan los diversos volúmenes del *Diario,* las novelas *Heliópolis, Eumeswil* y *Un encuentro peligroso* (los tres

en Seix Barral)- Jünger ha mostró su posición lúcidamente desencantada ante la fanatización y la crueldad de la era contemporánea.



ERNST JÜNGER

PRIMERA PARTE

REGRESO DESDE LAS HESPÉRIDES

LA HABITACIÓN, mecida por un suave balanceo, sacudida por un sutil temblor, se hallaba sumida en la oscuridad. En el techo giraba en remolinos un juego de líneas luminosas. Plateadas chispas se desparramaban, temblorosas y deslumbrantes, para reencontrarse a tientas y volver a fundirse en las ondas. Emitían óvalos y círculos de luz que palidecían en los bordes hasta que retornaban a su origen, ganaban luminosidad y acababan siempre por desaparecer como verdes relámpagos, tragados por la oscuridad. Las ondas tornaban una y otra vez, se alineaban en suaves secuencias. Se entrecruzaban para formar dibujos que ora se acentuaban ora se difuminaban, cuando crestas y senos se fundían. Pero el movimiento creaba sin cesar nuevas imágenes.

Las figuras se sucedían como en un tapiz que se desenrolla en tirones incesantes y luego vuelve a quedar oculto. Siempre cambiantes, nunca repetidas, se parecían sin embargo entre sí como llaves de cámaras secretas o como el motivo de una obertura que se va entretejiendo en la acción. Mecían los sentidos. Un suave rumor marcaba su ritmo y traía el recuerdo del choque de lejanos rompientes y el ritmo de remolinos junto a los acantilados. Resplandecían las escamas de los peces, un ala de gaviota cruzaba el aire salado, las medusas extendían y replegaban sus umbelas, se balanceaba al viento un cocotero. Se abrían a la luz las madreperlas. En los jardines marinos flotaban algas pardas y verdes, los purpúreos penachos de las anémonas. La fina arena cristalina de las dunas formaba pequeños torbellinos.

Luego surgió una imagen definida: un navío se deslizaba lentamente sobre el cielo raso. Era un *clipper* de verdes velas, mientras las olas se deslizaban como nubes a lo largo de la quilla. Lucius siguió con la mirada su ondulante curso. Le gustaba este

cuarto de hora de artificial oscuridad en la que la noche se prolongaba. Ya de niño solía permanecer así, acostado en un pequeño dormitorio, con la ventana cerrada por la espesa cortina. Sus padres y maestros no veían con agrado esta costumbre; deseaban educarle en el activo espíritu del castillo, donde la gente se levanta a toque de trompeta. Pero pudieron comprobar que aquella inclinación hacia mundos cerrados y soñados no dañaba su espíritu. Se contaba en el número de los que se levantan tarde pero están a punto a la hora establecida. El trabajo fluía en sus manos con alguna mayor ligereza y facilidad, cerca del centro, donde las órbitas son menores. La inclinación a la soledad, a la quieta contemplación y meditación en los profundos bosques, en la orilla del mar, en las cumbres o bajo los cielos del Sur, era un don que más bien le daba fortaleza y una tenue aura de melancolía. Así fue él hasta la segunda mitad de su vida, ya en sus cuarenta años de edad.

El verde velero desapareció de la vista; en su lugar apareció, también invertido, un rojo petrolero, viejo modelo del mundo de las Islas. En la proximidad del puerto aumentaba el número de barcos. Una estrecha rendija del ojo de buey hacía incidir las imágenes y las invertía como en un gabinete donde se representa el curso del mundo como en un modelo y se le acepta como simple espectáculo.

El *energeion* había calentado ya el agua del baño. Todavía seguía vivo su plancton, cuyo fulgor aumentaba la temperatura. Al chocar con los azulejos, brillaban minúsculas olas; también su propio cuerpo parecía cubierto de suave luz, de pátina fosforescente. La flexión de las articulaciones, los pliegues y contornos parecían siluetados con mina de plata. El vello, bajo las axilas, brillaba con un verde musgoso. De vez en cuando, Lucius movía piernas y brazos, que despedían entonces un nuevo fulgor. Contemplaba las uñas de los dedos de manos y pies como si se estuvieran formando en el seno materno, la red de las venas y arterias, las armas en el anillo de la mano izquierda.

Un toque de trompeta anunció finalmente los preparativos del desayuno. Lucius se levantó; un suave brillo salpicó las paredes. Apareció a la vista un reducido cuarto de baño, con una bañera incrustada y un lavabo de porcelana. La piel había enrojecido vivamente al contacto de la sal marina; eliminó las marcas bajo la ducha de agua dulce. Luego se envolvió en el albornoz y se dirigió al lavabo.

El fonóforo se hallaba entre los objetos sacados del neceser. Lucius lo tomó y giró con el pulgar el pequeño disco de las conexiones fijas. Inmediatamente, en la oquedad en concha del pequeño aparato, se dejó oír una voz:

"Aquí Costar. A sus órdenes."

Siguió el informe, tal como lo prescriben las ordenanzas de las travesías marinas: longitud y latitud, velocidad del barco, condiciones químicas, temperatura del aire y el agua.

"Está bien, Costar. ¿Ha preparado el uniforme?"

"Sí, mi comandante. Le espero al lado."

Lucius marcó una segunda cifra y sonó otra voz, más clara:

"Aquí Mario. A la orden."

"*Buon giorno,* Mario. ¿Está el coche preparado?"

"El coche está listo y bien revisado."

"Espéreme a las once y media en el muelle del Estado; el barco atracará puntualmente."

"A la orden, mi comandante. Se dice que hay desórdenes en la ciudad. Las tropas de vigilancia han sido puestas en estado de alerta."

"¿Cuándo no hay desórdenes en la ciudad? No se salga del Corso y solicite un hombre de escolta."

Lucius cubrió su rostro con blanca espuma y giró la lámpara para recibir más luz. Luego deslizó sobre mentón y mejillas la fina rejilla de curvadas hojas. Como siempre que se afeitaba, surgieron agradables recuerdos. Veía las blancas amonitas en la rojiza roca y sentía la vieja seguridad del castillo de Jaspe. Pensaba también en los paseos con su maestro Nigromontano, por la orilla del río, y en las flores, que cambiaban con las estaciones. En cada recodo, el rojo castillo brillaba a nueva distancia. Debería haberse quedado allí para siempre. ¿Qué es lo que nos impulsa a abandonar estos lugares?

Resonó un segundo toque de trompeta; los pasajeros se dirigían al comedor. Lucius se estaba retrasando. Abrió la puerta de la cabina; Costar había extendido la ropa sobre la cama y le ayudó a vestirse. Le entregó primero la ropa interior, tejida de seda verde claro. El uniforme era algo más oscuro, de un verde mate, adornado en los bordes por un estrecho cordoncillo de oro. Era el uniforme de los cazadores montados, que Lucius volvía a vestir desde hacía poco, tras haber pasado largos años dedicado a los estudios y los viajes. En esta tropa venían sirviendo desde los viejos tiempos los hijos del país de los Castillos. Se la consideraba como de absoluta fidelidad y proporcionaba los correos encargados de transmitir noticias y cartas secretas. Sus oficiales figuraban en el séquito de los mariscales y los procónsules; en todo Estado Mayor, había siempre dos o tres cazadores verdes cerca de la púrpura. Eran confidentes de importantes secretos y, con frecuencia, portadores de mensajes decisivos. En estos tiempos del interregno, su cuerpo, aunque escaso en número, actuaba como elemento de cohesión que mantenía unidos los puestos de mando.

Costar procedía de una de las familias que se habían establecido desde los primeros tiempos a la sombra del castillo. Los segun-

dones de estas familias se hacían marinos o soldados, a no ser que buscaran fortuna en las ciudades o se ganaran el pan en los conventos, como hermanos legos. Sólo muy tarde, o nunca, regresaban a las musgosas cabañas, donde siempre había un lugar esperándolos. Dondequiera se asentaran como hermanos auxiliares, eran siempre hombres dignos de confianza. También hoy Lucius se sentía conmovido viendo cómo Costar le miraba con ánimo tenso, cómo se esforzaba por darle cada prenda en el momento exacto en que la necesitaba. Tras haber colocado el micrófono en el bolsillo del pecho de Lucius y haberle frotado con un paño la última mota imaginaria de botones y espuelas, retrocedió un paso y pasó atenta revista a su obra.

A Lucius le agradaba este celo por las cosas pequeñas; lo consideraba como una de las señales inconscientes en las que el orden se afirma como un instinto superior. También sentía el amor que había en estos gestos. Su mirada se posó con benevolencia en Costar, quien, con una muda inclinación, dio a entender que su aspecto era impecable.

En el comedor del *Aviso Azul* reinaba la viva excitación que caracteriza el último día de un crucero por mar. Con suave zumbido, los ventiladores distribuían aire frío y aromatizado; de los reguladores de ambiente se desprendían crepitantes chispas. Al murmullo de las voces de la estancia, animada por el sol matutino y el reflejo de las olas, se añadían el tintineo de la vajilla y los pedidos que los camareros cantaban melódicamente, por los montaplatos, a la cocina.

Tras los saludos, Lucius se dirigió a su puesto, junto a la ventana. El color de las olas era todavía el de alta mar, de un opaco azul cobalto. De vez en cuando, empujados por la quilla de la nave, ascendían cristalinos remolinos. En su vibración, que trazaba dibujos de mármoles y flores, cobraba vida la tonalidad del mar. Las blancas burbujas resplandecían como racimos de perlas en oscuras monturas.

“Aquí puede comprenderse a Homero cuando habla del vinoso mar. Hasta las más osadas imágenes parecen justificadas -¿no es verdad, comandante?”

Así preguntaba un hombrecillo de aspecto de gnomo que, encaramado en su silla, frente a Lucius, había seguido su mirada. Tenía una figura contrahecha y envejecido y amargado rostro, a pesar de su expresión de infantil asombro. Vestía con negligencia un traje gris en cuyas solapas se veían dos martillos cruzados tallados en lapislázuli. Sostenía en la mano derecha un lápiz con cuya punta había ido siguiendo las líneas de un cuaderno de apuntes. Ante su plato aparecía el fonóforo de los universitarios.

“*Comme d’habitude*”, pidió Lucius al camarero que se había acercado a su silla por detrás.

“*Comme d’habitude*”’, repitió éste, y se oyó cantar por el montaplatos.

“*Le déjeuner pour* le *commandant de Geer.*”

Entonces se dirigió al hombrecillo de aspecto de gnomo y respondió a su pregunta con otra:

“¿A qué se debe, señor consejero de minas, que el mar sólo despliegue sus más bellos colores en presencia de un cuerpo extraño, quiero decir, cerca de las costas, en las grutas o en la estela de los navíos y los animales marinos?”

“Como discípulo predilecto de mi venerado maestro Nigromontano, usted debería saberlo mejor que yo. En su teoría sobre los colores debe encontrarse con toda seguridad algún pasaje dedicado a la influencia de las blancas islas sobre los polícromos contornos.”

Lucius podía, desde luego, añadir detalles al tema: se despertaron en él los recuerdos de viejas conversaciones.

“Si la memoria no me engaña, relacionaba este influjo con una de sus ideas predilectas, la realeza del color blanco. En su proximidad aumenta la significación de la paleta, del mismo modo que el rey confiere rango y sentido a la nobleza. El blanco da fondo a todos los juegos de colores, también en la pintura. La perla es tan preciosa porque en ella se hace palpable y visible esta verdad. El maestro tocó una vez este tema cuando estábamos contemplando una pareja de pinzones rojos en un bosque nevado.”

“Bien, comandante. Veo que no ha soñado. Volviendo a la presencia de un cuerpo extraño, podría decirse que la materia es comparable a un fruto cerrado, cuya belleza interna no puede contemplarse si algo exterior no lo corta como un cuchillo. Sólo la talla descubre los secretos dibujos ocultos en las piedras preciosas. Debería ver usted mi colección de ágatas.”

“Si le he comprendido bien, señor consejero de minas, la belleza ¿sería siempre el resultado de una herida?”

“Podría decirse así, porque la belleza no se da en lo absoluto. Habría, pues, que adentrarse en la metafísica del sufrimiento. Pero no lo haga; cosecharía aplausos que no serían de su agrado. Se hallaría cerca de aquella época que contemplaba el proceso desde la otra vertiente y sospechaba que en estas adversidades se despliega la plenitud de la materia. Responde a todas las llamadas, y con mayor riqueza cuanto más suavemente suenan. Para cada llave, hay dispuesta una cámara del tesoro. Entre estas llaves se encuentra también la luz, como usted sabe por la teoría de las superficies de Nigromontano.”

“Lo recuerdo muy bien. En sus excursiones geológicas le gustaba recurrir a la imagen de la sección, y pensaba que el universo, tal como se ofrece a nuestras miradas, sólo presenta una sección de entre las infinitas miríadas posibles. El mundo sería como un libro, de cuyas infinitas páginas vemos tan sólo la única que está

abierta.

“También solía decir que, cuanto más fina es la sección, mayor enseñanza proporciona. Podría conseguirse tal grado de finura que permitiera barruntar que la superficie se identifica con la profundidad, lo mismo que el segundo con la eternidad. Ponía como ejemplos la suave irisación de los vidrios antiguos, las burbujas de jabón y el tornasol de arco iris que deja el petróleo en los charcos. En ningún lugar es el mundo tan polícromo como en las más delgadas películas, señal de que su riqueza tiene su sede en lo inextenso. Yo habría entendido mucho mejor estas cosas si me hubiera juzgado digno de recibir las lecciones de las dos disciplinas afines: la teoría de la nada y la del Eros, en que estaba trabajando por aquel entonces. Pero yo era entonces demasiado niño y luego ha corrido la noticia de que ha insertado la primera, escrita en clave, en algunas partes de su *Hipótesis de toda física posible,* mientras que la segunda se ha perdido en su totalidad.”

Una sombra cruzó el rostro de Lucius. El consejero de minas, que había ido tomando algunas notas en su cuaderno, sonrió:

“No por eso habría cometido usted menos tonterías, comandante. Los maestros como Nigromontano enseñan las metas, pero no los caminos. En el fondo, todo camino lleva a la meta. Por lo demás, respecto de la teoría del Eros, he hablado con adeptos que la han conocido; con Fortunio, por ejemplo, cuando me visitó en las minas de Falun.”

Se detuvo y reflexionó, como si buscara un nombre:

“O tal vez fue en los pozos de Schneeberg. Es igual. Lo cierto es que Nigromontano aplicaba también al amor su distinción entre profundidad y superficie. Le diré más cosas sobre el tema si viene a visitarme a mi refugio para ver mi colección de ágatas.”

Al pronunciar estas palabras miró con precaución a su alrede-

dor. Los otros dos vecinos de mesa estaban sumergidos en su propia conversación. Pero había aparecido el camarero, que traía las frutas que abrían el desayuno.

El consejero de minas se sumió en sus notas, Mientras trazaba una señal con el lápiz, tomó con la mano izquierda el fonóforo, adornado con una palmera:

"He tenido una interrupción; perdóneme, ¿dónde estábamos, Stasia?"

Una clara voz de muchacha respondió:

"… Subiendo desde el *Mare serenitatis* hacia el Este… 'Hacia el Este' fueron las últimas palabras."

"Bien, Stasia, continúo."

Y, reclinándose cómodamente en el asiento, comenzó a dictar con voz que indicaba su seguridad de que las palabras eran rápidamente registradas:

"… Subiendo desde el Mare *serenitatis* hacia el Este, el viajero penetra en la región del Cáucaso. Sobre la llanura, y a modo de promontorio, muy alejado de su vertiente occidental, se eleva el grupo de cráteres que Rutherford señaló en su mapa con el nombre de *Turres somniorum* y que Fortunio midió en el curso de su tercer viaje de exploración.

"Al contemplarlos, aumenta la impresión de vacío y solitario desierto. Ningún glaciar de Islandia, ninguna noche polar da tan poderosa idea de la muerte, de la lejanía de la vida, como estas torres en el espacio vacío y bajo la luz restallante. Hay en torno a ellas tal soledad que hace saltar los goznes del espíritu y aumenta amenazadoramente, como aumenta la sed del que camina en el desierto. Son numerosos los casos en que el pánico y luego la locura se han apoderado no de un explorador aislado, sino de

caravanas enteras. Se está a tan enorme distancia de todo, que el corazón se siente asaltado por el deseo de encontrarse con el último de los hombres, aunque sea un enemigo,

o incluso con pulpos o monstruos marinos.

“Al mismo tiempo, va creciendo una segunda impresión, no menos extraña. Comienzan a surgir, a perfilarse, conjuntos y relaciones distintas de las que llamamos vida -al estilo de los planos arquitectónicos. Hechizan al espíritu con una tensión, con un asombro que sirve de contrapeso a la amenaza de la aniquilación. Se mueve en terrorífico equilibrio como entre Escila y Caribdis. Al vacío absoluto de una parte, responde en la otra la proximidad de fuerzas para las que no están hechos los órganos humanos.

“Un asombro parecido se apoderaría de nosotros si pudiéramos contemplar al espíritu de la vida corporeizado -como poderoso portador del amor y de las enemistades. Plantas, animales y hombres se fundirían entonces en una figura más grande, como limaduras de hierro en un campo de fuerzas. Se unirían para formar el dibujo magnífico y terrorífico del ornato de nuestro mundo. El extraño, el que no conociera el amor y el dolor, vería cómo los seres se ordenaban magnéticamente en espléndidas cadenas, en el círculo de misterios poderosos.

“Pero aquí es distinto. Falta el arabesco de las pasiones, la extraña y al mismo tiempo familiar escritura rúnica del mundo animado. Surge, en toda su magnificencia, el mundo del espíritu, con cegadora luz que los ojos no pueden soportar, abre un círculo de imágenes estrictas y solemnes, revelando planos que suelen ocultarse en las cámaras más secretas de los santuarios.

“El crecimiento intenta siempre suavizar, cubrir de flores todo cuanto en la vida está sujeto a una medida. En esta plenitud nos sentimos a gusto. Pero aquí surgen los órdenes. La luz es el único señor en este vacío escenario, pero una luz no desviada ni

matizada por ningún medio. Los rayos marchan con una exactitud inexorable. A los colores les faltan las transiciones, los juegos sutiles, la penumbra de las profundidades del bosque y del mar, las combinaciones de la atmósfera. Todo alrededor, sólo hay desierto sin aroma y sonido, sin cambios de clima.

“Sobre el oro de las dunas y de las aisladas lomas se adensan sombras azuladas. Rompientes y arrecifes brillan con fulgor cristalino. Sobre esta catarata de luz, se extiende el cielo como una tienda de la seda más negra, más fina, infinitamente lisa, sin una sola arruga.

“Desde la orilla de este extinguido mar, las *Turres somniorum* alzan la amenaza de sus siete afilados picos, más parecidos a pilones u obeliscos que a volcanes. Sus esbeltos conos truncados, de un verde luminoso, alcanzan enorme altura. Las cumbres brillan cegadoramente como virginales coronas cuya vista despierta el recuerdo de campos nevados y cinturones glaciares.

“A la salida del sol, estas cumbres despiden delgadas lenguas, rojas como la sangre. A pesar de la duración del día, sus puntas avanzan con prodigiosa rapidez y el viajero se siente estremecido cuando le alcanza una de estas silenciosas alas. Se asemejan a las puntas de la aguja magnética o a las manecillas del reloj por las que una conciencia insondable se mantiene bajo control. En este contacto barrunta el espíritu lo que significan la medida y el orden en el universo. Comprende entonces que las líneas, los círculos y todas las figuras sencillas son abismos de sabiduría. Al mismo tiempo, pasa rozándole el ala de la aniquilación; siente cómo bajo el poder inmenso de la luz amenaza romperse en pedazos todo su mecanismo.

“Las *Turres somniorum* se alzan frente a la cadena gris plateada del Cáucaso. Sus basamentos se elevan sobre colinas de oro bruñido. A medida que el viajero se va acercando, más sublime es el cuadro que se despliega a su mirada. Las cumbres irradian con fantasmagórica magnificencia. Poco a poco va apareciendo ante

su vista el bosque de cristal que ornamenta su base, un alto cañaveral de minerales en los que se han congelado los colores de incendios hace largo tiempo extinguidos. Los gigantescos cristales tienen forma de lanzas y cuchillos, como espadas de colores grises o violetas, cuyos filos se han templado en el ardiente soplo del fuego de fraguas cósmicas.

"En su cúpula domina una gris y opalina luz crepuscular. En vano intentará el mortal, que avanza como tortuosa hormiga a través de este rosario de monolitos, reflexionar sobre su origen. Ninguna ciencia llega hasta aquí. Puede muy bien admitirse que han estado actuando elementos infinitamente superiores a todos los tipos de fuego por nosotros conocidos -sea que brotaron desde las profundidades, sea que se precipitaron desde el espacio cósmico. Una vez, en la más lejana de las estrellas, resplandecieron estas joyas cósmicas con séptuple fulgor, como esmeraldas en el confín de la creación, en constelaciones que jamás serán exploradas. Sólo aquí se alcanza a comprender que las grandes cosmogonías y las leyendas de la creación son infinitamente más verdaderas que todas las quimeras de nuestros cerebros.

"La poesía es más penetrante que el conocimiento. Los espíritus infantiles saben contemplar mejor estas riquezas. Los buscadores de tesoros de esforzado espíritu se mantienen imperturbables allí donde el más sabio de los hombres se siente presa del terror. Así, Fortunio contemplaba el bosque de cristal como guirnaldas de corolas, las cumbres como combadas superficies de flores y frutos. Por esta imagen obtuvo la recompensa de maravillosos descubrimientos. Recurriremos, pues, a sus propias palabras para describir la ascensión a las torres de esmeraldas y el descenso a sus abismos:

" 'Monté mi campamento al pie del más meridional de los príncipes verdes. Al cabo de unas pocas excursiones exploratorias, descubrí que la ascensión era posible. La vertical caída de la pared de cristal estaba dividida en bandas y escalonada de una forma que recordaba las construcciones de los teocalis. Las leyes de

la cristalografía habían actuado aquí con una extraordinaria regularidad. No era difícil ir subiendo por los escalones, estrechos pero nítidamente tallados, hacia los espacios en los que el cuerpo está tan mínimamente sometido a la ley de la gravedad que parece moverse a impulsos del pensamiento.

" 'Para poder alcanzar el cráter cuando su interior estuviera iluminado por la plena luz, hice la ascensión cuando el sol estaba ya alto. A esta hora los colosos condensan sólidamente las sombras en sus flancos, sombras que, a medida que se acercan, derraman la oscuridad con todos los tonos de la sangre coagulada. También en las lejanas cumbres, en los grandes anillos de los cráteres y en las empinadas laderas se funden las sombras y se condensan en las cimas como oscuras orlas y delgadas hoces. Poco a poco, la luz se va apoderando de todo como única y soberana dominadora y las verdes torres asemejan las abolladuras de un escudo de plata que gana en amplitud y brillo a medida que progresa la ascensión.

'Cuando alcancé la cumbre, el sol se hallaba en su cenit. La luz era tan poderosa que destruía la forma y transformaba los contornos en un disco de la más brillante plata. A pesar de la defensa del casco, permanecer largo tiempo allí podría dañar la vista. Por eso, tras una breve mirada circular, me dirigí a la profundidad del cráter.

" 'La blanca corona ardía con fuego de esmeraldas, con nívea lava, tejida de burbujas como espuma de perlas. Aquí sin duda alcanzó una vez la incandescencia su grado supremo, su máximo centelleo. Los pies hallaban seguro apoyo en el nunca hollado suelo. Sólo era necesaria la precaución en los lugares del interior del cráter donde se fundía de nuevo en la roca de esmeralda. Brillaban aquí, al principio como la espuma de la resaca, luego cada vez más escasas, las perlas en el cristal.

" 'El cráter estaba tallado en forma de verde cáliz, cubierto de gotas de rocío. Bandas en espiral llevaban hasta el abismo, que

fulgía en la profundidad como un ojo multicolor. Me aventuré a descender por los bordes hasta el verde pozo. Pronto me hallé en el interior del cristal, transparente ahora bajo la fuerte luz que lo cruzaba. Vi entonces que su masa no se componía enteramente de esmeralda. Había algunas incrustaciones: a veces, velos multicolores enturbiaban su claridad, o bien cintas de polvo opalino cruzaban su masa. Había también insertos núcleos de pedrería de todas las formas, tamaños y colores que se encuentran en el reino de los cereales o en los frutos de campos y jardines. Aquí afloraban a la superficie como las joyas de las coronas regias o como las incrustaciones de los relicarios; allá estaban enquistadas en la profundidad de la masa primigenia, esparciendo un débil resplandor.

‘Su visión despertó en mí los recuerdos de la infancia. Pensaba en los jardines de la Gran Marina, con sus uvas y sus frutas multicolores, en las colas de los pavos reales agitándose como un oleaje en las escaleras de mármol. En las terrazas, palomas de patas de coral y cuellos de bronce picoteaban los granos de trigo.

‘Me invadió el gozo, como al exultante amante que entra en el dormitorio de la amada; me sentí inundado por el sentimiento de la quietud y la segura posesión. El descenso por la escalera interior de caracol proporcionaba el mismo placer que cuando se hace girar a voluntad un caleidoscopio, cuyas cambiantes combinaciones se hacen cada vez más compactas. Mi objetivo -el fondo del ojo- brillaba con creciente despliegue de magnificencia. Resplandecía como las aterciopeladas pieles de las serpientes, como la indecisa luz de perlas que adorna las maravillas del mar en los jardines de coral. Un velo de purísimo centelleo lo rodeaba y lo devolvía reflejado en la sombra del verde crepúsculo. Bajo este resplandor se desnuda la diosa del amor antes del abrazo, entra Iris en la gran sala de los dioses.

“ ‘Comprendí que había llegado hasta uno de los tesoros cósmicos, una de las cuevas de fantásticas joyas del universo. Ya en mis viajes anteriores había avanzado algunas veces hasta el bor-

de de las altas montañas y había descendido hasta las simas de los heleros, hasta los talleres en que, en las edades glaciares, se fundieron las rocas primitivas. En sus calderas, la leche del helero había removido las piedras, las había afilado y pulimentado bajo las muelas de molino de los milenios. Pero ahora los torbellinos se habían secado y el fondo estaba cubierto por los cantos rodados desprendidos del movimiento circular.

“ ‘En estos lugares, nuestros sentidos evocan siempre la presencia del ausente, del mismo modo que en un taller abandonado es donde más cerca está de nosotros la figura del maestro. El ala del pájaro suscita la idea del aire; la llave, la imagen de la cerradura. Y así, en aquellas simas de heleros, lo que dominaba con su mágico poder de conjuro era el espíritu del agua, la ondulación y el remolino de los torrentes desde mucho tiempo atrás evaporados. Las grandes fuerzas dejan tras de sí estos lugares como señal de que son invencibles.

‘Pero aquí, en el seno de las verdes torres, se abrían ante mis deslumbrados sentidos simas y heleros de piedras preciosas. ¿Qué fuerzas habían entrado en juego para desprender las joyas de su materno seno de esmeraldas y amontonarlas en el abismo, hasta formar un tesoro superior a todos los tesoros de las Indias? Sea como fuere, enteras edades estelares tuvieron que contribuir a la formación de estas minas.

‘Tendido cuan largo era, tocando y palpando con ambas manos la masa del tesoro, sentía hasta el fondo de mi ser la embriaguez de la pedrería. Así deben de embriagarse las abejas, los moscardones, las mariposas, en los mundos donde las flores son estrellas. Veía, sentía, palpaba la tersura, la irradiación de las maravillosas piedras, que eran como los ojos de los fabulosos seres que viven del resplandor del arco iris. Aquí fulgían todas las excelsas luces para las que ejércitos de esclavos horadan la azulada tierra, pasan por el tamiz el polvo de los desiertos, criban la movediza arena de los torrentes, pero mayores y más puras que las que saca a cielo abierto o en el fondo de la mina el pico del minero, o

las que brillan en el agua del cedazo del buscador de diamantes. A las conocidas se añadían las desconocidas. No las produjo ningún Ofir, ninguna Golconda. En el verde polvo de esmeralda se incrustaban granos multicolores y en torno a éstos se agrupaban a su vez policromos guijarros de fuego de mil sutiles y pulidos matices. Formaban la base para los solitarios, la centelleante montura para el tesoro. Los huevos de dragones, de grifos y seres neptunianos coronados de espuma están rodeados de un fuego que relumbra más profundamente que cuanto es capaz de hacer el día y su luz.

‘Sopesaba con ambas manos la piedra de la luna, rodeada de un lechoso resplandor, como el huevo de Leda. ¿Quién podría decir si su llama era más hermosa que la del exquisito verde y nuboso gris del jade o la del ópalo iridiscente? Mi mente volvió a las piedras rúnicas: a las finas ramificaciones que surcan como venas el cielo azul de la turquesa, a los velos de purpúreas chispas del heliotropo, a la imagen del árbol de la vida de las musgosas ágatas, a los haces de picas del cristal de roca. Pero sobre estos juegos de colores prevalecían las grandes luces rojas, azules y blancas, como las que ornaban la segunda fila del pectoral de Aarón. Ninguna conciencia puede resistir el negro fulgor que surge del seno del carbunclo. En el zafiro sacro se abre el mismo cielo. El diamante nos da el supremo secreto de la luz, ya que junto a la claridad perfecta encierra en sí la suma de los colores.

‘Frente a estos espejos del universo, el espíritu se hunde en profundos sueños. La belleza se le aparece como distinta de la revestida de carne, de la que se da en la plenitud de la vida; se acerca envuelta en luminosos rayos. Brilla en el fulgor del libro de la Revelación y de su ciudad eterna, una vez que hemos cruzado los desiertos.

‘En aquellas simas de heleros se había instalado el espíritu de las aguas como maestro del abandonado taller. Pero aquí, en esta lejanía cósmica de la torre de esmeraldas y del Graal, hacía su entrada el espíritu del macrocosmos. Los rojos colores de la aurora

y el crepúsculo resplandecían en el juego de los bancos de nubes y de nimbos, en los ortos y ocasos sobre las olas de mares nunca navegados y en el esplendor de sus islas. En la sombra azul y verde se difuminaban las grutas en cuyas pilas de mármol sueña Aretusa.

"'¿Qué son el corazón del hombre, el cerebro del hombre, los ojos del hombre? Un poco de tierra, un poco de polvo. Y, sin embargo, este humus ha sido elegido para arena del universo. Del mismo modo, de humilde tierra y un poco de arcilla, las piedras preciosas se elevan al gran resplandor. En este misterio se apoya su valor, que las destina al ornato de reyes y pontífices, al adorno de las hermosas mujeres, preciosos seres salidos del seno de la madre tierra.'

"Hasta aquí Fortunio. Pero regresemos ahora a las oscuras colinas, de las que han surgido las verdes torres. Nos esperan aquí cosas que, aunque menos polícromas, son aún más maravillosas.
"

Con esta frase, el consejero de minas cerró su rojo cuaderno de notas, colocó el lápiz en su lugar y añadió:

"Por ahora lo dejaremos aquí, Stasia. Ya tienen fono-grama los tres primeros capítulos; esta noche leeré en mi albergue la copia en limpio. Por la tarde estaré en la ciudad… No, gracias, no es necesario. Pero póngame una botella de *parempuyre* en la chimenea. Hasta la noche, Stasia."

Recogió el micrófono y dedicó un gesto de saludo a Lucius:

"Voy a hacer las maletas. Buena suerte, comandante. No olvide las ágatas."

El comedor hervía se animación. Se intercambiaban informes preliminares, se escuchaban noticias, se concertaban entrevistas en las oficinas de Heliópolis y aumentaba el tono de las conver-

saciones hasta alcanzar aquel grado de festivo humor que anuncia las despedidas.

El camarero había recogido el servicio. Los dos vecinos, que seguían sentados en la mesa tras la partida del consejero de minas, habían terminado también su desayuno, pero continuaban sumidos en su conversación. Uno de ellos, todavía joven, era profesor de historia de la cultura; se llamaba Orelli y lucía el fonóforo de los universitarios. Su figura era maciza y poderosa, y en su rostro, de rasgos regulares pero atrevidos, se estampaba la tranquila conciencia de su propio valer. Su piel estaba bronceada por los fuertes soles de más allá de las Hespérides. En el tono de su voz y en su modo de llevar la conversación se expresaba el optimismo, más aún, el idealismo, que, al tiempo que le hacía vulnerable, le daba un halo de simpatía.

Su interlocutor vestía el uniforme gris aluminio de los técnicos y llevaba el fonóforo del mismo color propio del Instituto. Apenas divisó el panfonóforo de oro que portaba Lucius, se puso en pie y saludó con una inclinación. Su estrecho cráneo, de alta y calva bóveda, aparecía ornado por una corona de rojos cabellos en desorden. Sus cejas eran claras, casi azufrosas, y bajo ellas los azules ojos miraban con cierta opacidad lechosa. Estaban un tanto replegados hacia dentro, de modo que su punto de confluencia convergía a dos palmos de la base de la nariz. Esto daba a sus grandes pupilas una luz al mismo tiempo firme y limitada, y cierto aire inquisitivo. La risa de este hombre, que podría tener la misma edad que Orelli y a quien éste llamaba Thomas, era malévola y se acentuaba aún más cuando adoptaba un tono de réplica. Se veía bien que no se dejaba ofuscar por el colorido y el cálido tono de las palabras, sino que examinaba con implacable rigor su contenido. lógico. Espiaba atentamente cualquier resquicio en la armadura, cualquier fugaz desliz, y elegía con premeditación y morboso placer la flecha. No era menos evidente que no sólo quería dar en el blanco, sino que deseaba también causar dolor al alcanzarlo.

Lucius se preguntó cómo podía haberse acoplado tan desigual pareja. Tal vez se trataba de una antigua amistad de estudiantes, cuyos lazos sólo con dificultad se rompen. Llevamos el recuerdo de los tiempos pasados no sólo en nosotros, sino también en los camaradas, y pagamos por ello el tributo de una gratitud que a menudo roza la debilidad. *Mangé ensemble de la vache sauvage.* Pero podría también tratarse de la ley de los contrastes, tal como se dan con frecuencia en personas de alta capacidad de espíritu. Amamos la otra forma, y no sólo en el sexo.

"Eres incorregible, Conrad", oía decir Lucius al de los rojos cabellos, dirigiéndose a Orelli, "con tu predilección por lo espectacular y los detalles inútiles. Si quitamos el baño exterior, lo único que queda de tu Lacertosa es una isla volcánica, con cráteres medio destruidos, en la que se ha desarrollado una cultura cerrada. Sus gentes se limitan a llevar, sobre el ancho mar, una vida mitad de comerciantes y mitad de piratas. Adoran una divinidad urbana neptuniana. Lo que nosotros queremos que nos comuniquéis, Conrad, son hechos, no opiniones."

"Deberíais mandar fotógrafos."

"Más de un milagro se explicaría así bien rápidamente." "Sí, pero la película no registra el arco iris."

Orelli calló durante unos instantes y luego añadió: "Tus objeciones me parecen importantes, de modo que volveré a comprobar mis notas. Pero no entiendes de colores.

Eres un arquitecto capaz de alzar columnas, pero no de trazar arcos."

Y luego, con más calor:

"Thomas, yo creo que llegarías a presentir lo que es este poder configurado de la vida que llamamos cultura si vinieras conmigo, una hora antes de la puesta del sol, al acantilado del Cuerno

del Sur.”

Se dirigió al regulador de ambiente y lo desplazó hacia atrás. El otro se dispuso a escuchar la conferencia, a medias con ánimo benevolente, a medias con el espíritu de superioridad con que se escuchan las palabras de un niño que se quiere lucir.

“Anida allí, en las oquedades de la roca, una especie de albatros, una de las grandes rapaces marinas, capturadora de peces. Desde tiempos inmemoriales, se los considera animales sagrados, y por eso sienten tan poco temor que se les puede tocar con la mano. Puedes verlos, con sus torpes garras posadas sobre las rocas del arrecife, mientras sus plumas rozan el suelo. Sus ojos, fijos, brillan como un rojo cristal pulimentado.

“Me he preguntado muchas veces si alcanzan a ver ya desde esta altura a sus presas, o si se limitan a lanzarse de vez en cuando al espacio. Despliegan sus enormes alas, agudamente recortadas y arqueadas hacia atrás, como las hojas de la guadaña. Planean, con brillo plateado, en las suaves corrientes ascendentes del aire, sobre la superficie azul oscuro del mar.

“Con majestuosa paz, como si despidieran una poderosa energía, describen un amplio círculo que los aleja de la roca. Y luego se lanzan en picado a la profundidad, como señores de los abismos, al encuentro de las olas.

“Sentía mis ojos arrastrados por aquella caída que disminuía el tamaño de sus cuerpos hasta convertirlos en minúsculos copos de plata, fundidos con la espuma de las olas. En el vértigo del instante, parecía como si se trasladara a mi mirada el sentido del espacio de estos osados voladores y como si al mismo tiempo el círculo del horizonte ganara en resplandor y acentuara sus perfiles, al igual que una moneda recién salida del troquel.

“En esta hora, el mundo de Lacertosa está sólidamente condensado, enteramente encerrado en sí como una fruta. Las orillas

del mar parecen curvarse como el reborde de una bandeja y su color se iguala con el del cielo, de suerte que el espacio se cierra sobre sí como una azul esfera sin suturas.

“Ni una sola vela, ni una galera rompe la soledad. La roca es un vivo resplandor y la isla emerge sobre las olas como una luna roja en su primer cuarto. Allí donde el filo del cuchillo corta el mar, una cinta de mármol, como blanca espuma, agudiza su perfil. Como pinzas de langostas, los dos muelles rodean el puerto comercial y el de las galeras. En el dique intermedio, sobre una roja concha, se alza la imagen de la diosa del mar con los brazos extendidos.

“Brillan también con blanco resplandor las casas y las calles de Lacertosa, ensambladas como las gradas en el óvalo de un teatro. La piedra despide un brillo cegador, salvo ante los altares, donde el fuego ha marcado sus huellas.

“En esta hora, las mujeres salen a las puertas y ofrecen el último sacrificio del día. Dirigen los ojos al palacio del dios del sol que se alza sobre las olas, en el centro de la laguna. Hacia él están orientados los altares.

“El palacio ha sido construido con pórfido de la isla. Sus vías de acceso, que se cortan ocho veces, llevan hasta la cima. Se dice que en el piso superior se encuentra el lecho de oro del dios; su signo es el obelisco que descuella, visible para los navíos, sobre la plataforma; en su punta brilla por la noche un fuego.

“Dos columnatas cubiertas desembocan en los dos conventos destinados al servicio del dios. El día de la fiesta principal, los jóvenes y las vírgenes se colocan detrás de los altares ante el dios, que elige a los que le placen. Navegan luego, bajo claras velas, hacia el palacio, y ya nunca regresan.

“Mientras las mujeres preparan el sacrificio, la sombra del obelisco se desliza sobre el muelle del puerto de las galeras y se acer-

ca al dique central que corta la vía de agua, en cuya superficie, los días de fiesta, se celebran las naumaquias y desfilan magníficas escuadras que luego se entregan a las llamas.

"En el momento en que la sombra cubre la estatua de la diosa del mar, resuena desde las galerías de los conventos el clamor de los cuernos de concha y asciende en espiral el humo de los sacrificios. Siempre, en mi solitario puesto, me acometía un temblor, como si la esfera azul temblara en el momento de concebir, con infinita delicadeza."

Orelli, que había adoptado un tono ligeramente doctoral, se volvió de nuevo a su interlocutor:

"Mientras yo siga siendo profesor de la Universidad, insistiré en que todas las observaciones y estudios particulares se engarcen y agrupen entre sí para obtener visiones como ésta. Del todo viene cada una de las ciencias y al todo deben volver."

El otro le había escuchado con cierto hastío, como quien oye una melodía ya bien conocida.

"Conrad, sigues siendo el mismo viejo cabeza de chorlito que conocí entre los borussos. Entonces se te había metido la idea de la historia de la cultura griega y espero que recuerdes cuántas veces y cuán inútilmente intenté demostrarte que los egipcios, y en general los pueblos del antiguo Oriente, tuvieron una importancia incomparablemente mayor para nosotros, y que el resultado de la batalla de Salamina fue una calamidad cuyas consecuencias seguimos pagando todavía hoy día. Los romanos la repararon, pero sólo hasta cierto punto. De la Hélade procede también la supravaloración de la investigación libre, es decir, del capricho intelectual, que siempre puede desembocar en la anarquía. Es un lujo que, ante los enormes espacios que tenemos que controlar, nos está resultando cada vez más caro. No queremos de vosotros cualquier resultado, sino resultados utilizables."

"Y ¿cuándo son utilizables? Obviamente, sólo cuando responden a los proyectos que maduráis en vuestra Oficina Central. Os gustaría tratar la ciencia como una especie de mosaico cuyas teselas se van agrupando para un fin preciso. Necesitáis datos y pruebas para construir una teoría de la prehistoria y enviáis arqueólogos para que os busquen lo que deseáis en los más remotos desiertos y en las cavernas glaciales. Ellos os sacan, como por conjuro, el *missing link* de las pizarras esquistosas y las antiguas ruinas. Y este pésimo estilo se extiende luego de las ciencias de la naturaleza a las del espíritu. Si alguien descubre algo indeseado, le amenaza la inquisición. ¿En qué fundáis la osadía de tales pretensiones?"

"¿Lo preguntas tú", oyó replicar Lucius al hombre del uniforme, "tú que estás invocando siempre el todo? Tal vez lo que queremos es simplemente examinar un poco más de cerca las plumas, como corresponde a los augures."

Desconectó el regulador ambiental y se volvió a su amigo:

"Hablando en serio, Conrad, y dicho sea entre nosotros: eres demasiado inteligente para no saber que una descripción académica como la de la famosa Lacertosa, en el fondo, no significa más que un estorbo, incluso un ataque encubierto a nuestros proyectos. Pero no permitiremos que vuelvan los dioses."

Su voz era ahora cortante y seca; en ella se reflejaba la vieja porfía entre el Instituto y la Universidad: allí, voluntad; aquí, contemplación.

"Un hombre fuerte es el que vive en el presente y a partir de él modela el futuro y el pasado. Pero vosotros hacéis al revés.

Pareció advertir que había sido demasiado cortante; conectó de nuevo el difusor pidiendo disculpas a Lucius. Luego se dirigió de nuevo al profesor:

“Las figuras míticas, cuyas huellas sigues fatigosamente, son símbolos del mundo elemental. Lo que la sensibilidad ingenua del hombre primitivo barruntó allí y entonces es hoy el objetivo de la conciencia estricta y ordenada de la ciencia. Hemos dado órganos a lo desconocido y lo hemos puesto a nuestro servicio. Hemos golpeado con la vara la inerte roca y del cuarzo brota la inextinguible corriente del poder y la riqueza.”

Una orgullosa sonrisa cruzó su rostro y, respirando con honda satisfacción, se reclinó en su asiento. El brillo le hermoseaba, le daba cierto resplandor, como si hubiera bebido un vino generoso. Su voz sonaba con aire protector.

“Y por eso, Conrad, los dioses retroceden ante nosotros, porque somos más fuertes. Sabes perfectamente bien que, con los primeros reguladores de ambiente y los primeros fonóforos que desembarquemos en Lacertosa, los sacrificios serán inútiles y se desvanecerá el fantasma de los dioses. Y esto no se debe a la racionalidad de los medios, sino a su realidad, que es más fuerte que los dioses. Éstas son las lámparas maravillosas cuyo brillo hace palidecer a los viejos dioses celestes.”

Agitó lentamente con las manos el aire salino cargado de aromas y radiaciones y lo aspiró. Hablaba ahora con ánimo distendido y totalmente seguro de sí, como su gran modelo, el Prefecto, cuando estaba de buen humor:

“Nuestra superioridad es tal que nada la podrá sacudir. Podemos permitirnos el lujo de ser generosos. Entrega tu informe, Conrad: yo conseguiré que Messer Grande pase el tema de la isla a la Oficina de Convergencia y la clasifique como de ‘protección a la naturaleza’. La tomaremos bajo nuestra protección tal como se encuentra, incluidos los pelícanos sagrados, y procuraremos que no se introduzcan modificaciones.”

“No pelícanos: albatros”, corrigió Orelli; había escuchado sus palabras malhumorado: “Subamos arriba, pronto aparecerá Castel-

marino. Deberías hacerte compositor; entonces la trompeta sería el primer instrumento.”

“Y tú, narrador de cuentos de un café de Alejandría.”

Saludaron cortésmente, se levantaron y abandonaron el comedor. El del uniforme gris todavía se volvió para lanzar una mirada escrutadora antes de cruzar la puerta giratoria que llevaba a la cubierta de paseo.

Lucius se puso en contacto con el Observatorio Astronómico. Anotó la hora y la posición. Aún quedaban sus dos buenas horas de travesía. Sacó del bolsillo un delgado cuaderno que le servía de diario personal durante sus viajes. Anotó los acontecimientos en unas pocas líneas:

“Fin del viaje a Asturias. Se habla de desórdenes en la ciudad. Desayuno con el consejero de minas. Conversación sobre la teoría de los colores; sería posible redescubrir algunos de los escritos del Maestro. Pasar el asunto a Othmar. Luego conversación entre Orelli y su amigo, que pertenece sin duda al círculo de Messer Grande y tal vez incluso del Prefecto. Tose exactamente igual que él.

“Desarrollar: En esta pareja puede observarse cómo una amistad anarquista juvenil puede dividirse en una corriente conservadora y otra nihilista. El hombre se decide por el reino vegetal o por el mineral. Por un lado puede lignificarse, por el otro petrificarse. Pero pueden verse flores sobre los troncos de madera. La tendencia a marcar un sendero al conocimiento es de tipo mineralizador; la ciencia se burocratiza y llega incluso a convertirse en una función dependiente de la jefatura de policía. A los profesores se les asigna la misión de cobradores de piezas.

“Desarrollar también: En los tipos como este Thomas, el carácter mineral llega a impostarse en la fisonomía como una especie de máscara. En el pasado, yo había esperado que, en medio de la

decadencia, se darían formaciones más simplificadas, pero también más fuertes. Ahora voy viendo con creciente claridad que todo se reduce a pura pérdida. Todo es pálido, gris, polvoriento; las cosas son uniformes. Producen hastío hasta los grandes centros de la pasión: el poder, el amor y la guerra.”

Cerró el cuadernillo para guardarlo, pero, tras informarse una vez más de la hora, lo volvió a abrir. Podría perfilar el informe para el Procónsul, porque más tarde tendría trabajo. El navío se deslizaba lentamente. El trayecto de las Hespérides podía salvarse en una mínima fracción de tiempo. Pero, desde que se habían alcanzado las velocidades absolutas, éstas ya no desempeñaban ningún papel. Era como si no existieran: los viajes se acortaban o prolongaban a voluntad, según lo dictara la urgencia de los negocios. La velocidad del *Aviso Azul* se había determinado en función del trabajo que se debía llevar a cabo más allá de las Hespérides. No había aquí tiempo muerto. Por otra parte, los fonóforos creaban una especie de ubicuidad.

Lucius acercó un poco más el regulador de ambiente y meditó sobre la primera línea de sus apuntes. Los asuntos astúricos: no era tarea fácil explicar en el informe todas las intrigas; Dom Pedro jugaba al ajedrez, pero volcando la mesa.

Finalmente, se levantó y caminó hacia la salida. En la sala se alzaba un zumbido como de colmena de abejas. No era sólo el regreso lo que excitaba los espíritus; se presentía la inminencia de la guerra. Los retazos de conversaciones que se captaban al pasar por entre las mesas se referían al cambio de situación, que ya se veía venir.

“Dom Pedro iniciará el ataque en el otoño.”

“¿Actas del tribunal? Para los rebeldes no existe el derecho de gentes.”

“Ni para los tiranos existe la seguridad.”

“De las piedras preciosas, las mejores son las de tamaño medio, que se pueden ocultar en el cuerpo.”

“Los grandes solitarios son peligrosos; debería usted consultar a Scholwin.”

“Lo mejor es energía concentrada.”

“Ha vivido demasiado tiempo en Oriente para no saber que sólo se está seguro si también los sospechosos… *in dubio pro.*”

“Van a subir las Electro.”

“… Comprobar las listas de residentes, pagar a los porteros, confiscar los fonóforos. Sobre todo los parsis…” “La Bolsa todavía no ha tomado posición.”

“Se dice que se han entablado negociaciones.” “Menos mal que hemos salido a tiempo. ¿Cuándo volveremos a ver los bosques con árboles cuyas ramas más bajas tienen un altura superior a la de la catedral de Colonia?” “Todavía quedan en las cercanías algunas placitas tranquilas, misiones de investigación en el mar de los corales. Usted debería llamar por teléfono a Taubenheimer.”

“Me pedirá que complete mi catálogo de cefalópodos. Amargo placer.”

Había comenzado la caza de los pequeños lugares tranquilos. Lucius se había detenido ante la puerta giratoria y contemplaba la sala. Muy cerca de él se hallaban sentados dos pasajeros de rostros profundamente bronceados por lejanos soles. En sus trajes de amianto aparecían grabadas las siete estrellas, insignia de Orión. El emblema estaba repetido también en los fonóforos, porque Orión no cazaba tan sólo en los estados de los diádocos, sino que tenía licencias para territorios situados más allá de las Hespérides. Era creencia común que sólo estos cazadores y los

funcionarios del tesoro, sujetos a la autoridad del consejero de minas, estaban en posesión del pasaporte del Regente.

Los dos estaban listos para desembarcar; habían colgado en el respaldo de sus sillas, como bolsas de mano, sus armas: fusiles ligeros, de acero plateado, en cuya construcción habían colaborado las habilidades del óptico, el armador y el cincelador. Disparaban rayos de luz y estaban calculados para la distancia en que el cazador ve volar, con brillo cegador, las piezas aladas de los bosques gigantes desde una cumbre a otra. Por supuesto, estos cazadores libres, trotamundos, tenían que alistarse ahora en el servicio del ejército o de la administración, en las células menos destruidas de la gran colmena. Y ello tanto más cuanto que, en la Oficina Central, Orión figuraba en la lista de las agrupaciones derrotistas, del mismo modo que se decía que su símbolo era una tardía transformación de la lámpara de los siete brazos. Pero esto último se contradecía con el culto a la montería practicado en la orden. Lucius olfateaba los misterios. Algunas veces le habían invitado a su centro, situado en la Allée des Flamboyants; no con ocasión de las grandes recepciones, sino en las veladas íntimas. La reunión se celebraba en el pequeño salón de caza sobre cuya entrada campeaba la amenazadora inscripción: *Béhémot et Léviathan existent.* Sus muros estaban adornados con un retrato del montero mayor, en uniforme verde cubierto de áureas hojas de encina, y con trofeos conquistados en las montañas, los bosques y los mares de más allá de las Hespérides. La velada se abría con un relato de caza que conduía con la exhibición de la presa cobrada. Seguía luego la conversación, que, después de la cena, se animaba hasta una desbordante jovialidad, no sujeta al rigor de las normas. La calidad de la cocina de Orión era indiscutida y, si no la mejor, sí la más rica y abundante de todo Heliópolis. Pero no había que hacer aspavientos ante las exóticas y osadas combinaciones.

En estas reuniones no le había sido difícil a Lucius hacerse una idea de lo que se traían entre manos. De cualquier modo, la Oficina Central había elegido la buena senda al pronunciarse en

contra de la guerra. Así lo indicaban ya las máximas que esmaltaban de vez en cuando las conversaciones. Así: "La guerra empequeñece", o "El que pierde la guerra es el viajero", o también "Orión *caza*", lo que pretendía significar: "No se dedica a matanzas". También le llamó la atención una de sus sentencias fundamentales: "Nimrod y Babilonia." Se le veneraba, pues, siguiendo a Flavio Josefo, como al primer gran señor de la caza y también como al gran arquitecto del primer plan cósmico.

El pacifismo de Orión era de índole cosmopolita, no humanista. Era, pues, menos meritorio pero más práctico. Dado que desde la época de los Grandes Incendios los ejércitos se habían convertido en el más sólido reducto de la paz, el Procónsul seguía con mirada atenta y benévola las actividades de estos cazadores.

En la entrada del comedor, en cuya columna se apoyaba Lucius, lucía la inscripción: *Ici on ne se respecte pas.*

La frase era ambigua, pero bien elegida. A bordo del *Aviso Azul* imperaba la igualdad de un círculo en el cual se procuraba no destacar demasiado. Todo el mundo se conocía, pero, por muy buenas razones, cada cual respetaba el incógnito de los demás. Esto confería al grupo un aire de libertad sin trabas ceremoniales y también un clima de buen humor.

Los costos de los viajes a las Hespérides se repartían entre el Procónsul y el Prefecto, pero el *Aviso Azul* no era un navío de guerra ni un barco del gobierno. Predominaba más bien el aspecto privado, que se expresaba en el hecho de que los titulares de los negocios eran personas particulares. Además de las plazas oficiales, se expendían billetes para comerciantes, investigadores por cuenta propia, artistas y hasta turistas amantes del placer de los viajes.

Las Hespérides constituían la gran plaza de intercambio de bienes e ideas. En sus puertos amarraban las flotas espaciales. Más allá de las Hespérides se extendían los inciertos imperios,

los dominios maravillosos a los que ninguna técnica podía doblegar. Allá brotaban las fuentes de la riqueza, del poder, de la ciencia secreta. Hacia ellos empujaba el afán de los Eldorados de un Nuevo Mundo. Y si algo había capaz de mantener unida a la abigarrada sociedad, era el espíritu de las grandes aventuras, que buscaba su sustento en los elementos.

Los nuevos mundos habían multiplicado el saber, el poder, la riqueza. Pero también podría, tal vez, añadirse que todo esto estaba ya vivo y palpitante en el hombre, y que luego se había convertido en realidad en el espacio. La palanca del espíritu había conseguido, al fin, aquella longitud de brazo que pedía Arquímedes. En los viejos tiempos, cuando se consiguió cierto grado de libertad, el mundo se ensanchó con el descubrimiento de América. Y lo mismo había ocurrido ahora. El espíritu y la voluntad del hombre eran ya demasiado fuertes y no podían mantenerse encerrados en los viejos moldes, en el equilibrio acostumbrado. Así se inició el fin de la Edad Moderna, aunque fueron pocos los que lo advirtieron. Primero se rompieron las barreras interiores, luego se vino abajo la seguridad exterior. Legiones de hombres cayeron bajo todas las enseñas, en las fraguas de los nuevos prometeos, en las que el acero se templaba, silbando, en la sangre. Ya la sola aventura del vuelo humano había exigido las víctimas por millones; y como este capítulo había otros muchos en la historia de este mundo. Pero los medios técnicos, resplandecientes como las ofrendas sagradas que se alzan a la luz los días de cólera, iban conquistando también nuevo poder de espíritu. Eran como la flecha que, gracias a la tremenda tensión del arco, llega volando hasta su más lejano objetivo. Muchos creían que ya había sido alcanzado.

Se sentaban aquí, con negligente actitud, los oficiales del Procónsul, que regresaban de la visita a sus hogares, en el país de los Castillos. Se distinguía fácilmente a los rubios sajones y a los morenos francos: sangre de las dos razas corría por las venas de Lucius. Más desenvueltos aún se mostraban los cazadores de Orión, con su jovial buen humor. Gustaban de vestir cómodas

indumentarias, como las gentes cargadas de riquezas y ya hastiadas del lujo.

Comparados con ellos, los empleados de la Oficina Central eran más rígidos y concentrados, como exige una vida siempre sujeta a normas. Eran numerosos y fáciles de distinguir: desde los altos cargos hasta los pequeños mercaderes y los adscritos al servicio de vigilancia. La diferencia no era tanto cuestión de calidad como de movilidad. Sólo raras veces irradiaba de ellos el sentimiento de una consciente y reflexiva superioridad: eran gentes mauritanas que habían aceptado sus cargos como un deporte. Casi todos ellos tenían en común el tinte bilioso, que indicaba no sólo un trabajo subterráneo, prolongado hasta avanzadas horas de la noche, sino también el espíritu de los gremios, unidos no por las costumbres, sino por la mentalidad. Pero aquí se entregaban diligentemente al descanso, como los artesanos a las alegrías de los domingos y festivos. Sólo que con desventaja, porque su fuerte consistía en ejercer una función.

¿De dónde procedía esta seguridad de los mauritanos? Su estilo no era burocrático ni militar, pero los marcaba un sello inconfundible, si se tenían ojos para saberlo ver. Allá abajo, el doctor Mertens, médico de cabecera del Prefecto y director del Instituto de Toxicología de Castelmarino, era sin duda miembro del grupo, y no de los de rango inferior, para quienes rige la divisa "Todo está prohibido". Era indudable que había escalado los grados superiores, donde se contemplan las cosas desde el otro lado y campea el lema "Todo está permitido". Así lo indicaba su risa de sátrapa mientras se consagraba, casi con la solemnidad de un rito, al desayuno. Apareció bastante tarde, ya repuesto de la bacanal de la víspera con dos botellas de agua mineral. Ahora, después de un vaso de oporto, consagraba su atención a una langosta. Los mauritanos poseen estómagos resistentes; los optimistas gustan de sólidos desayunos. Con hábiles manos, liberó las extremidades de su rojo caparazón; sus movimientos le daban cierto parecido con los crustáceos, que sujetan su presa con pinzas y tenazas mientras la contemplan con una mirada fija. Sin

duda, había dado peores tajos. *Je regarde et je garde era* una de las máximas de los mauritanos. El tiempo libre de los grandes señores de la Oficina Central recordaba las máquinas que giran en el vacío: en el fondo, es la misma monotonía, un poco camuflada. Pero en tipos como este Mertens la acción tenía, por el contrario, un nuevo brillo, sacralizaba el ocio. Los instantes se fraccionaban en pequeñas monedas, sin la más ligera pérdida. Daba la impresión de que nada perdía su valor, al contrario de lo que ocurre con otras personas, siempre rodeadas de una nube de insatisfacción, de ciega pasión, de melancolía. Se parecían a los lagartos, perezosamente bañados por el sol ante sus cuevas, que luego devoran su presa con tranquila y absoluta seguridad. Dividían la existencia sin rupturas. Tenían sin duda una teoría especial sobre el tiempo. A todo lo cual se añadía, indudablemente, un gran conocimiento del dolor y de su economía física y espiritual. "El mundo es de los audaces." Lo que debía desembocar en un renacimiento de antiquísimas formas, más allá de la inquietud. Florecían de nuevo ciertas ramas del estoicismo. Se sonreían unos a otros, con sonrisa imperceptible, cuando se encontraban.

Lucius se había conquistado en varias ocasiones la benevolencia de los mauritanos. Parecía como si, en el encuentro con estos espíritus, la mirada fuera más pura y limpia. Paseaban juntos por las viejas ciudades, llenas de góticos y fáusticos rincones, y luego por barrios en los que bullía la plebe. Se detenían, fuera de los muros y bastiones, junto a un campo de deportes. Aprendían así las reglas del juego y el premio que se disputaba. Lo veían con mayor claridad que los propios jugadores. Aquí se asentaba el poder de los mauritanos. Conocían la existencia, tenían una de las llaves de la nueva vida, del mundo nuevo. Y era entonces cuando Lucius sentía miedo.

Retrocedía temeroso ante este bienestar heráldico que no conocía la compasión, ante este mundo en el cual la belleza de las mujeres era perfecta y en que el arte no admitía claroscuros.

Los investigadores solían sentarse en mesas individuales, en comunicación con bibliotecas, institutos y museos, o absortos en sus notas. Llevaban sobre sí las huellas de un duro trabajo, prolongado durante las noches. La descomunal amplitud del espacio había multiplicado el campo que había que investigar y ordenar científicamente. La tarea habría sido del todo inabarcable de no haberse descubierto una genial simplificación de los métodos y la rápida utilización de lo ya conseguido. El orden enciclopédico abarcaba inmensos dominios, con sutiles y perfectas subdivisiones. La nueva mentalidad, que ya apuntaba en los inicios del siglo XX, logró una cohesión a la vez racional y simbólica. A esto se añadía que las operaciones científicas básicas de registro y estadística corrían a cargo de máquinas de extremada inteligencia. En las bibliotecas y cartotecas subterráneas se había llevado a cabo una inmensa labor de colmena de abejas. Había allí talleres con enorme capacidad de abstracción, como el de la Oficina de Convergencia, que relacionaba con un sistema de coordenadas cualquier cosa dotada de forma. Fue un mauritano el que descubrió el principio, de asombrosa sencillez. El cruce de una abscisa y una ordenada, con la blasfema divisa *Stat crux dum volvitur orbis,* adornaba su escudo de armas. Aquí el trabajo transcurría más allá del lenguaje, más allá incluso de la capacidad visible. Se acercaba a la música, en cuanto que se la puede medir y calcular con el metrónomo. Un investigador descubría en una tumba transcaucasiana el asa de un vaso que le daba que pensar. No tenía más que enviar sus medidas a la Oficina de Convergencia, que entregaba los datos a sus máquinas. Una nota del archivero enumeraba los objetos cuyos perfiles tenían mayor o menor parecido con el descubierto. Podría tratarse de otros vasos, o tal vez de los dibujos de los calados, de jeroglíficos o de la vibración de una concha descubierta en las costas cretenses. Se añadía la documentación escrita procedente de los catálogos de museos y de la bibliografía. Ésta era una de las funciones de la Oficina de Convergencia; tenía además otras, y de más sospechosa naturaleza. Podía localizar cualquier punto de la tierra y, por consiguiente, también amenazarlo. Los materiales se amontonaban incesantemente y se concentraban según principios ló-

gicos. A medida que los archivos aumentaban, crecía también su poder. Como todas las propuestas de los mauritanos, el plan descansaba en una idea de gran sencillez, acompañada de un mejor conocimiento de las reglas del juego. En el fondo, se trataba del triunfo de la geometría analítica. Conocían los condicionamientos espaciales del poder, su carencia de calidades. Sabían que un índice craneano puede llegar a constituir un peligro, y tenían la documentación a punto para hacerle frente.

Tenían armas para *cada* teoría y sabían que, donde todo está permitido, todo es demostrable. Lo único que se reservaban era la selección. Tenían empleados en la Oficina de Convergencia, una especie de ilotas que se sentían felices resolviendo polvorientos legajos; contaban también con auxiliares femeninas, de escasa iniciativa pero gran sensibilidad. Se veían allí pocos miembros de la orden, salvo en insignificantes habitaciones, parecidas a grises cámaras forradas de algodón desde las que la araña vigila su red. Lucius recordaba una de aquellas puertas, en la que había leído la inscripción "Cefaleiosis" sobre una placa de lechoso vidrio transparente desde el interior. Era para los iniciados el símbolo sensible de la estadística, que hacia el interior encarna el saber y hacia el exterior el poder. A Lucius le gustaban estas visitas a la Oficina de Convergencia, para las cuales le comisionaba de vez en cuando el Procónsul. Reinaba allí una atmósfera similar a la del interior de las cámaras cuyas paredes están cubiertas de jeroglíficos. Unos pocos signos bastaban para fundamentar la múltiple diversidad del mundo, a condición de saber resistir su ilusión caleidoscópica. Se repetían en la rotación de las máquinas, y quien llegaba a conocerlos tenía en sus manos todas las claves.

En esta situación, se comprendía bien que tanto el Prefecto como el Procóncul consideraran la Oficina de Convergencia como un medio para aumentar su capacidad defensiva. Pero resultaba muy arriesgado intentar apoderarse de ella, debido precisamente a su genial simplicidad. Toda su eficacia dependía de un pequeño índice que estaba en muy seguras manos y cuya destrucción

habría transformado los inmensos tesoros del archivo en un peso muerto, un vacío desierto. Era un rasgo típicamente mauritano: la precipitación pura del poder espiritual, que desprecia las armas groseras y no necesita recurrir a ellas.

Mientras tanto, los dos cazadores de Orión proseguían su diálogo. Como ocurre a menudo en las conversaciones cinegéticas, era difícil saber dónde comenzaba la jerga esotérica.

“Se diría más bien que se trata de nubes, de una pálida niebla de gran extensión. Cuando atacan, se condensan como medusas y adquieren espléndidos colores. Entonces se lanzan como un meteoro sobre su presa.”

“Así pues, lo indicado son las armas más pesadas.” “Y aun así, sólo son eficaces si la explosión se produce justamente en el centro.”

También de las mesas vecinas llegaban hasta Lucius retazos de conversación. Las voces aumentaban de volumen.

“Considera la técnica como una variante de los sueños; pero esto sólo sería cierto, a lo sumo, más allá de las Hespérides.”

“Conoce también los puntos en los que se da una correspondencia mágica. Entonces los aparatos son de una extremada sencillez y adquieren el carácter de talismán.”

“Del mismo modo que las alas son superfluas cuando su empuje alcanza la velocidad absoluta.”

“Por ejemplo, en la caída.”

“Las fórmulas se transforman entonces en conjuros mágicos.”

Y, un poco más lejos:

"Allí, el poder está parcelado. Está vinculado a la propiedad del suelo, de modo que el propietario goza de poder ilimitado hasta en el más minúsculo jardín. El derecho sólo tiene vigencia en los caminos, los ríos y los terrenos comunales."

"¿Existe entonces una responsabilidad relativa, en el sentido de que, si alguien comete un asesinato en su propiedad, pueda ser detenido al salir fuera de ella?

"No, porque la propiedad no es un *refugium sacrum,* sino lo *sacrum* por definición."

"Pero ¿y si el resultado de la acción se produce en el exterior, por ejemplo lanzando un objeto o haciendo un disparo?"

"Entonces tendrá que contar con represalias también procedentes del exterior. Por lo demás, todo esto es pura teoría, porque existe un alto nivel moral. Se trata más bien de la idea de la libertad…"

Y luego, otra vez más cerca:

"Si el Regente mantiene bajo secreto los medios, no es porque quiera reservárselos para sí. Le estima usted en muy poco. Quien puede concentrar los fuegos cósmicos menosprecia el poder uránico."

"Se dice que hace planear los reflectores por grupos." "Probablemente porque quiere rehuir la vigilancia de los telescopios."

"Esto no sería un obstáculo. Incluso las mayores superficies pueden escapar a la vigilancia, si se las coloca transversalmente a los meridianos. Y tampoco la distancia juega un papel, porque puede acercarse, a cubierto de las sombras cósmicas, hasta el alcance de combustión."

"Pero entonces se privaría de la posibilidad de prevención, de

demostración. Le gustan las armas que tienen poder de disuasión sólo con exhibirlas."

Ahora se alzaba una voz aguda y cansada. La reconoció, por haberla escuchado en varias conferencias, como la del germanista Fernkorn, a quien algunas veces había solicitado ayuda para la comprobación de manuscritos. El sabio estaba encorvado y su rostro acusaba un gran cansancio, pero parecía sereno y distendido. Se decía que le bastaban cuatro horas de sueño. En cada una de sus frases se combinaban la finura y la debilidad por las enrevesadas complicaciones. Gozaban de amplia fama sus geniales intuiciones. En su auditorio predominaba el elemento femenino: para cenar *porridge,* tostar ligeramente el pan blanco. Luego un vaso de málaga. Angélica pondrá mis gotas sobre la mesa. Continuaré la historia del automatismo primitivo, parte clínica. Téngame preparada la sección Brontë, además de los extractos de Antonio Peri sobre el opio. Sobre Kleist necesito los siguientes datos…"

"No, del archivo central; por el fonóforo."

"Primero: En la primavera de 1945 se descubrió un gran número de suicidios en la región del Wannsee. ¿Cómo se les asentó en el catastro, con la tumba de Kleist en el centro? Pienso en alguna especie de enfermedad, una erupción, de la que algún punto aparece con especial precocidad.

"Segundo: Sobre la estadística de los suicidios. Disparos en la cabeza y el corazón. Querría saber en qué condiciones dirige una persona el arma contra su cabeza.

"Tercero: Por lo que hace a la disposición de las sepulturas. Kleist fue primero vasallo, luego rival de Napoleón. Respecto de Henriette Vogel…"

Otras voces cubrieron la suya. Pero, como ocurre a menudo, se oían mejor las más quedas, y Lucius captó ahora una conver-

sación que tenía lugar detrás de la columna en que se recostaba. Por el tono, se trataba de dos hombres muy jóvenes.

"Sí, hay caídas de pestañas, hay segundos en que salta la chispa. Me pasó con Sylvia. Bajaba las escaleras donde están los retratos y encontré allí a mi hermana Evelyn. Ella se echó a reír cuando yo pasé. La detuve un instante y susurré:

" 'Voy al jardín. Sería fantástico que encontrara allí a Sylvia.'

"Ella me dio un golpecito con el abanico:

'Se lo encargaré a papá Noel, François.'

"Y volvió al salón.

"En el jardín hacía mucho calor; desde las islas soplaba el siroco. Sentí que el vino se me había subido a la cabeza. Dejé caer la túnica y me apoyé de espaldas en un laurel rosa. Las hojas tenían un maravilloso frescor. Entonces se abrió la puerta con un suave tintineo y apareció Sylvia. Su crinolina brillaba; los lirios rozaban su orla. La sostenía delicadamente con las dos manos, mientras cruzaba los arriates. Permanecí enteramente silencioso, sin hacer el menor movimiento, y dejé que me encontrara como una estatua que brilla en la oscuridad. Ella…"

Lucius giró el cuerpo junto a la columna para ver al narrador: era el joven Beaumanoir, que regresaba del país de los Castillos a la Escuela de Guerra. Intercambiaba con un camarada sus recuerdos de vacaciones.

El otro rió:

"Siempre el mismo, François. *Doux et dur!*"

Los reguladores de ambiente colgados de las columnas lanzaban pequeñas chispas sobre la confusión de las conversaciones. Los

pequeños aparatos de las mesas reforzaban su irradiación. La sala asemejaba un gran cerebro con secuencias de monólogos, figuras, recuerdos, combinaciones como los que se entrelazan en los sueños. El suave balanceo de la nave acunaba la voluntad. Suavizaba las esquinas y las asperezas de los pensamientos y las redondeaba en imágenes. Brotaba desde su interior lo que había en ellos de ocioso, de lujoso, de lúdico. También en el *Aviso Azul* reinaba la libertad de los castillos. Incluso Scholwin, el banquero parsi y consejero de finanzas del Procónsul, siempre inmerso en negocios, proclamaba que la estancia era agradable, "porque aquí el cerebro sigue funcionando gratis".

En el fondo, estos viajes constituyen una necesidad, como puede deducirse del simple hecho de que se elija el barco, que es un medio de confort anticuado. Tal vez a los espíritus que se han perdido en la acción les acometa de vez en cuando el deseo de contemplar el dibujo que están tejiendo, pero no en la trama, sino en su verdadera imagen. Ser espectador es uno de los viejos grandes deseos del hombre: situarse al otro lado de la acción para disfrutar de la totalidad del cuadro. Este estado de ánimo era, al final del crucero, especialmente claro, especialmente unificador, como la última vuelta en torno al hogar, interrumpida por el sonido de la campanilla.

De pie, junto a la otra columna de la entrada, que llevaba la inscripción *Ici on ne se respecte pas,* se hallaba Messer Grande; sin perder su actitud soñadora, Lucius le dirigió una mirada de soslayo. Si alguien se negaba a someterse al ambiente de general cortesía que reinaba en el *Aviso Azul,* éste era Messer Grande, que se jactaba de estar de servicio las veinticuatro horas del día.

Lucius tuvo la sensación de que Messer Grande le inspeccionaba a él y a los dos cazadores con aire malévolo. Sus ojos, inquietos, eran de un blanco amarillento; su rostro, oliváceo. También los rasgos de su cara estaban en perpetuo movimiento, se mordisqueaba los labios y sus músculos se contraían como si pequeñas espirales se desenrollaran en ellos. Se decía que cuando, en la

Oficina Central, abandonaba las sesiones para pasear por el jardín, iba decapitando las flores con una vara.

Sin girar la cabeza, Lucius tomó el fonóforo y eligió una de las conexiones fijas. Se dejó oír una voz marmórea: "Antesala del Procónsul."

El jefe ponía mucho empeño en que todo cuanto procedía del palacio funcionara sin un solo error.

"Aquí el *Aviso Azul,* comandante de Geer. Theresa, ¿quiere conseguirme una audiencia para esta tarde?"

"Es estupendo que haya llegado, comandante. El jefe le ha echado de menos. ¿Vendrá a comer?"

"No, gracias, Theresa; no quiero cambiarme de ropa. Donna Emilia me traerá un bocado. Tendrá que recoger también a Alamut. Corto. Hasta más tarde."

Se dirigió afuera sin mirar a los lados. La conversación le había creado cierto malestar, como si estuviera sometido a una presión; le parecía que tampoco su voz había sido bastante distendida.

"Así es como se pronuncian los apartes en los teatros de barrio, los monólogos en una mala representación. Un espíritu como Messer Grande es capaz de oír la melodía bajo la partitura."

A Lucius no le irritaban tanto sus puntos débiles como el hecho de sentirlos; ya esto sólo equivalía a reconocer el aura de terror que rodeaba al inquisidor y, por tanto, sus pretensiones. La derrota comienza con la pérdida de la serenidad.

El cielo irradiaba en el azul sin nubes. El sol estaba ya alto, pero el aire era todavía fresco. Las doradas planchas del *Aviso Azul* resplandecían, su borda se alzaba a escasa altura por encima del

agua. La caldera brillaba como una alta botella de cobre cuyo cuello dejaba pasar una masa de emanaciones gaseosas. Durante la noche, la tripulación la había bruñido a fondo, ante el próximo desembarco. Al contemplarla. Lucius recordaba siempre las máquinas de vapor con que jugaba durante las Navidades. Ésta era precisamente la intención que había dictado su estilo. Las grandes velocidades y su modo de diluir la forma habían hastiado a los espíritus. Las estructuras en forma de tiburón despertaban demasiado la sensación de lo desnudo. Traían también a la memoria recuerdos de cosas terribles. En cambio, en las antiguas máquinas se había redescubierto un nuevo atractivo, y se las repetía como un juego. De ese modo, se obtenía también la sensación de que se disponía de un tiempo ilimitado. La moda se había acomodado a los nuevos gustos. Entre la indumentaria de faena de las masas que se precipitaban hacia sus puestos de trabajo, se veían trajes y vestidos de cortes y tejidos que imitaban los de los siglos burgueses: sedas y tafetanes floridos y policromos como alas de mariposas agitadas bajo un tardío rayo de sol. La alta confección estudiaba la evolución de los antiguos modelos, que reproducía con formas estilizadas. Se revivían los días del buen tiempo pasado, cuando Fieschi disparaba contra Luis Felipe.

El barco avanzaba a poca velocidad porque se acercaba a las Islas. Seguía ya las instrucciones de los prácticos del puerto de Heliópolis. El capitán estaba en el puente como una muñeca en un barco de muñecas. Su uniforme azul con botones de oro y su sombrero de alta copa acentuaban aún más esta impresión. Lucius había subido por la pequeña escalera a la proa y se inclinó sobre las olas. En el golfo era abundante la fauna marina, que en las tranquilas aguas entre las Islas ascendía a la superficie desde las profundidades.

A pesar de la proximidad de los arrecifes, bandadas de peces voladores saltaban sobre las aguas. Lucius veía en el fondo las marmóreas sombras que esquivaban el barco. Bajo la luz, los peces tenían reflejos nacarados y se lanzaban al aire como proyectiles.

En el extraño elemento, se tornaban rígidos, las agallas se distendían con un seco estremecimiento, como el zumbido de arcos córneos. Resplandecían como ópalos, tendidas entre fuertes aristas que perforaban sus bordes como las ballenas la seda de un corsé andaluz. De cada una de las puntas se desprendían gotas de agua que volvían a caer al mar. Una brisa ligera agitaba estas alas de dragón; sus lomos tenían el dulce brillo del cuello del pavo real. La mirada captaba el fino corte de las escamas y el esmeril de los ojos, rodeados de un ancho cerco de oro bruñido. Los peces planeaban hasta que la trayectoria del vuelo descendía; luego cerraban sus aletas y hendían de nuevo las olas, provocando pequeños surtidores de agua. La sombra del barco agitaba nuevas y palpitantes bandadas, como rayos de un abanico al ser abierto. Sobre la superficie volaban los petreles. De vez en cuando se lanzaban en picado y apresaban con sus rojas garras uno de los azules voladores.

¡Cuántos peligros se cernían sobre esta corta excursión a la luz! Rapaces devoradoras los vigilaban batiendo sus alas; bonitos y doradas los espiaban desde las profundidades. Y, sin embargo, nuevas bandadas saltaban al aire sin cesar. Las sombras de la destrucción aumentaban el placer.

Luego los vuelos se hicieron más escasos y sobre el mar aparecieron brillantes arrecifes. En la superficie nadaban ahora las galeras portuguesas con sus campanas centelleantes como plata repujada. En su resplandor se reflejaba el cielo. Sus largos filamentos se hundían ondulantes a gran profundidad. Su purpúreo fulgor destacaba en el fondo azul, sus ojos de fuego parecían recoger todo el poder urticante de su irradiación.

Lucius se inclinó profundamente. Otras medusas ascendían. Desplegaban y replegaban sus umbelas con suaves vibraciones. Sus dibujos brillaban simétricamente como cuarzo fundido en el cristal. Los colores se intensificaban o palidecían siguiendo el ritmo de abombamiento y aplanamiento de su disco. Extendían sus tentáculos como nebulosas cabelleras, como agitan sus velos

las danzarinas. Con este ritmo late el corazón en el agua de la vida, se agudiza el iris en el raudal de la luz, se abrazan los sexos en el océano del placer. Las olas nos han moldeado. Lucius se inclinó aún más. En aquellos instantes le parecía percibir la palpitación del universo, el flujo y reflujo del gran hálito que nos sustenta. Sintió que su mirada se enturbiaba. Las lágrimas fluían a sus ojos.

La nave se movía ahora con gran lentitud, rozando casi el acantilado del castillo. Podía verse la blanca roca hasta sus mismos cimientos; el agua que cubría sus arrecifes se coloreaba con soleados reflejos, como una aguamarina engastada en oro. La pared rocosa tenía una caída cegadora y ofrecía un riquísimo dibujo de la plétora de seres que la habitaban. Tentáculos de pólipos, palpos, órganos succionadores, pinzas, tenazas, aguijones, órganos sexuales resplandecían como un césped que oscilaba suavemente con los movimientos de las olas. De vez en cuando llameaba una roja estrella de mar. Un enrejado de ramas coralinas llevaba la mirada hacia una cueva. En su luz crepuscular se agitaba un ejército de calamares: los pálidos cuerpos se apelotonaban como una nube purpúrea, cuando la sombra del barco los hacía huir. El ojo adivinaba también la presencia de criaturas que, claras como el cristal, se fundían con las olas, si un juego de chispitas ígneas no delataba su presencia. Producían una impresión espiritual, como si fueran ideas del plan de la creación, todavía no revestidas de materia. Pero ¿qué quedaba de ellas, cuando una ligera onda las elevaba hasta el borde de la arena? Una minúscula película plateada, una nada de seca espuma que, sin embargo, fue soporte de tan grandes maravillas.

Tal vez sea ésta una de las formas en que la vida es aún soportable (Lucius había reflexionado muchas veces sobre este tema): en una isla de los mares cálidos, con una cabaña y un pequeño bote. Habría que vivir allí como un pensativo pescador que arroja su red en el fondo de los tesoros del mar. Dios daba enigmas a resolver: se escondían en los rojos arrecifes, en los jardines marinos, en los cristalinos fondos. Podría no resolverse ninguno de

ellos y, sin embargo, sentirse inundado de paz. ¿Quién conoce la significación del más pequeño de los jeroglíficos de una valva, de la concha del caracol? Y, con todo, el pescador sería feliz. Adivinaría desde la distancia la masa en que descansa el universo, escucharía el ritmo de la resaca, el acorde de la melodía. Así podría fluir suavemente la vida, como la de los antiguos eremitas, en una choza cubierta de cañas, lejos de toda vana ciencia. Se aprendería tal vez en el curso de los años, de los decenios, a venerar la mano y el soplo del Creador en la creación. Se fortalecería así el ánimo para aquel instante en que es preciso salir de la cabaña de barro para llamar a las puertas del palacio imperecedero.

El estrecho de Castelmarino sólo estaba abierto a la navegación de buques de guerra o del Estado y sobre él se ejercía una estrecha vigilancia desde la altura de sus rocosas costas. La isla tenía el mismo nombre, derivado de Casteletto, el castillo que se alzaba allí desde los primeros tiempos. Sus muros eran ciclópeos; nadie sabía quiénes fueron sus constructores. Probablemente elevaron la fortaleza ya desde el principio con la intención de dominar el golfo y las ciudades que sembraban sus costas, y, sobre todo, Heliópolis. Con los cambios de dinastías, había cambiado también de propietarios; en las épocas de anarquía fue conquistado más de una vez por los piratas, que se refugiaban en él después de sus correrías y ponían a salvo su botín. Hacía ya largo tiempo que tanto el castillo como la isla servían sólo de prisión. Del mismo modo que existen lugares en la tierra en los cuales desde los tiempos primigenios se ha dado una sucesión de santuarios, así ocurre con los centros y lugares del poder y la violencia. De ellos parece brotar una maldición que exige siempre nuevas víctimas. Se suceden con los flujos y reflujos de la historia, convertidos en moradas del espanto, ya sea por encargo de tiranos o en nombre de la libertad. En ellos se percibe el eterno murmullo como una letanía que nunca calla. Porque son innumerables los seres sacrificados en cada instante en las mazmoras de este mundo.

Incluso ahora, bajo la clara luz, el castillo del mar suscitaba la impresión de ser un lugar maldito, la sede de la violencia. El navío se deslizó suavemente a su lado. La edificación era un cuadrado, con un patio interior y cuatro sólidas torres en los flancos. Una quinta torre sobresalía, con su cúpula semiesférica, sobre el frente abierto al mar. En ella se encontraban la gran puerta de la fortaleza, guarnecida de puntas de hierro, y el puente levadizo. En los robustos muros se abrían las troneras como ojos de cerraduras invertidas. En el curso de innumerables años, los rigores del tiempo se habían abatido sobre los muros y habían desgastado sus formas, de modo que las torres se elevan ahora al cielo como estalagmitas. Allí donde el aire cargado de sal había devorado las rejas de las ventanas, largas barbas de roja herrumbre corrían por las piedras. El suelo de la isla apenas tenía arbolado; tan sólo oscuros cipreses habían echado raíces entre las grietas del terreno.

Delante del frente marino de la fortaleza se había construido un antepatio semicircular. Tal vez la balaustrada que lo circundaba estuvo en tiempos pasados ornada de estatuas, pero hacía ya mucho que los pedestales estaban vacíos. También los escudos de armas aparecían rotos. La fortaleza había vivido algunas épocas iconoclastas. Ahora apenas exhibía ninguna insignia, salvo la roja bandera, con guantelete de hierro, en una de las torres; nada parecía haber subsistido, sino la violencia mecánica y abstracta.

El antepatio descendía, por escalones sucesivos, hasta el mar. Sus lisos peldaños, al alcance de la pleamar, estaban cubiertos de oscuras algas marinas. Se erguían también grupos de rojas estacas para amarrar los botes. Los pasajeros habían subido a cubierta y contemplaban el punto de atraque. La nave lo cruzó lentamente, como escalinatas de un teatro siniestro.

Un cadáver yacía tendido sobre los peldaños. Era el de un viejo de luenga barba blanca, con pantalones de tela azul y blusa del mismo color abierta por el pecho. El muerto tenía la mirada clavada en el cielo, mientras las olas agitaban sus desnudos pies. Al

acercarse el barco, se alejaron de él las aves marinas. Como una roja sombra, un enjambre de cangrejos se deslizó hacia el agua.

Los pasajeros contemplaron en silencio el cuadro. Era evidente la profunda impresión producida por el espectáculo, pero no se cruzaron palabras. Se había entrado ya en la esfera de influencia de Heliópolis. Lucius se hallaba aún en la proa y contemplaba al grupo de perfil. En los polícromos uniformes, adornados con bordados y condecoraciones, en las levitas oficiales con sus insignias y sus cintas de las grandes asociaciones, en los confortables trajes de viaje y caza, estaba representado el gremio del poder concentrado. Cierto que había divisiones y oposiciones, pero sólo sobre la base de la plenitud y la exuberancia que desbordaba del poder, lo mismo que en los palacios asiáticos los hijos del monarca se combaten entre sí. Pero ahora, a la vista de aquel pobre desdichado, todos cerraban filas; era patente que se unían contra él.

Y, sin embargo, Lucius tenía la impresión de que el silencioso muerto, sobre su lecho de piedra, ocultaba un inmenso poder. Sin duda causaba repugnancia aquel cadáver, cuyo hígado buscaban las aves con sus picos y cuyos miembros estaban entregados al ataque de las sabandijas; pero al mismo tiempo era infinitamente superior a aquella activa sociedad y algo terrorífico emanaba de él. Éste era el terror que Messer procuraba utilizar, aunque también a él le dominaba.

No había marejada, de modo que el cadáver no pudo llegar allí arrastrado por las olas. Además, de haber ocurrido así, los centinelas apostados en el castillo y en los arrecifes lo habrían divisado sin duda alguna. Era, pues, evidente que había sido depositado allí a propósito, como cebo del terror. Por otra parte, Messer Grande, jefe de la policía del Prefecto, opinaba que el secreto favorecía sus manipulaciones. "Noche, niebla y armas silenciosas" era una de sus divisas. Cuando se entregaba a la borrachera en el "sofá" con su grupo de leales y la fuerza del vino le dominaba, sus ojos comenzaban a resplandecer gloriosamente: "Hijos…

cuando llega la noche, yo soy el rey!" Estas palabras señalaban el comienzo de la orgía.

Donde reinaba el terror, allí estaba él presente; y donde se susurraba y murmuraba, escuchaba siempre por medio de terceros. Por esto le gustaban los rumores espantosos y los consideraba más eficaces que la violencia visible. De hecho, se había podido ver cómo los hombres por él perseguidos respiraban aliviados cuando los esbirros los encarcelaban. Tampoco vacilaba, sin embargo, ante la pública exhibición de terror, cuando le parecía útil. "El silencio es oro", solía decir, "pero hay que poder probar en cualquier instante que disponemos de las reservas suficientes." No era, pues, producto del azar que el *Aviso Azul* -a bordo del cual, como él sabía muy bien, viajaban algunos enemigos suyos- cruzara delante de aquel cadáver, expuesto allí como muestra de otras innumerables víctimas, ante la prisión-fortaleza. Su contemplación podía servir también para espolear el celo y la entrega de los amigos. Se avecinaban importantes acontecimientos.

El castillo marino servía al Prefecto como punto de tránsito para los prisioneros cuya suerte estaba ya decidida. Quien llegaba hasta el desierto antepatio, había sufrido ya antes el tormento en la celda anexa a la Oficina Central. Constituía ya en sí un funesto presagio el hecho mismo de que el camino descendiera desde allí, colina abajo, hacia el puerto. Sólo unos pocos quedaban detenidos en el Casteletto, en un lugar particularmente seguro. Allí permanecían, sentados, en las torres o las mazmorras, humedecidas por las olas. También la torre central, lujosamente amueblada, servía para custodiar a los prisioneros importantes. La mayoría de ellos se limitaban a esperar, más o menos tiempo, la orden que decidía su destino. Pequeñas frases oscuras ponían fin a sus actas. A unos se les condenaba a trabajos forzados, que aniquilan rápidamente, sobre todo en lugares subterráneos; otros eran trasladados a lugares de los que nunca se regresa. Se rumoreaban cosas siniestras. Así, por ejemplo, se decía que en el interior de la isla, en una garganta llamada Malpasso, había un

edificio en el cual se envenenaba a la gente: el Instituto de Toxicología, dirigido por el doctor Mertens. Se decía también que lo visitaba con frecuencia Messer Grande porque sentía cierta predilección por esta ciencia, como por el progreso en general.

El cadáver desapareció de las miradas; se esfumó la rigidez. En torno a Messer Grande se había formado un círculo compuesto por empleados de la Oficina Central y algunos técnicos. Se había calmado la convulsa vibración de sus rasgos. Hizo una señal al doctor Mertens y contempló la isla con mirada benevolente. Alabó el buen tiempo y obtuvo el general asentimiento. Aspiró la brisa a pleno pulmón.

El resto del pasaje se había alejado de él. Los comerciantes y banqueros, como Scholwin, habían desaparecido de cubierta, se habían evaporado silenciosamente como barridos por un viento abrasador. Los mauritanos contemplaban los arrecifes con aire indolente, casi aburrido. Mostraban la calma propia del gato cuando hay un ratón en la estancia. Pero los entendidos podrían haber adivinado uno de sus gestos, cuya repetición llega a convertirse en un instinto artificial. Con aire soñador y de forma fugaz, habían llevado la mano al bolsillo izquierdo de la chaqueta como quien busca la banda de una condecoración. Llevaban allí escondido un sobrecillo con veneno que habían comenzado a usar desde poco tiempo atrás y cuyo secreto les envidiaba Messer Grande. Se afirmaba que lo había descubierto el doctor Mertens, en su instituto, pero no en su calidad de médico jefe, sino como investigador al servicio de Mauritania. Desde luego, no eran pacientes los que le faltaban. Hasta entonces habían empleado una sustancia de efectos instantáneos, mientras que el extracto de cicuta privaba primero de la sensibilidad y sólo a continuación de la conciencia. Quedaba, pues, un lapso de tiempo en el cual era posible adoptar una decisión, desarrollar ideas, comunicar mensajes e impartir órdenes, cuando ya se estaba fuera del alcance de cualquier ataque. Enfrentados con el terror, querían no sólo conservar la dignidad, sino también la capacidad de juicio.

Se habían cerrado filas frente al muerto, pero se distinguían varios grupos. Los oficiales y empleados del Procónsul apenas disimulaban su desaprobación. Educados en la esfera de un poder más claro, más legal, más visible, les inquietaba lo oculto, lo ambiguo, característico de las actuaciones del Prefecto. Los golpes bajos les desconcertaban. Presentían que estas acciones cambiaban el sentido del uniforme. Esto lo sabía también, naturalmente, Messer Grande, quien intentaba aumentar su ventaja exponiendo a plena luz los hechos vergonzosos. Ninguno de aquellos finos señores podría permitirse el lujo de fingir que prefería ignorar el asunto. Y, por otra parte, disponía de criminales de uniforme a los que hacía celebrar como exterminadores de los enemigos del pueblo y hasta de la patria. En este aspecto, los oficiales del viejo estilo se hallaban en una situación similar a la que se produce en un banquete iniciado según todas las reglas de la más exquisita urbanidad pero al que asisten algunos invitados de dudoso origen. Al llegar los postres, estos últimos van dejando entrar poco a poco en la sala a grupos de amigos. Todavía se intenta pasar por alto las incorrecciones, tomarlas a broma o bien censurarlas, aunque, en el fondo, todos saben bien que al final sólo podrá imponerse la violencia. Pero, ay, todavía se duda de si deberá llegarse a este extremo o de si lo consiente el derecho del propietario de la casa. Todavía se quiere tratar con cuidado la vajilla de plata, se discute si está bien fumar antes de los postres… y entonces hace su aparición un buen mozo llevando la cabeza de un decapitado. Ahora ya se sabe que ha llegado el momento. La discusión enmudece. Los grupos se separan en silencio pensando cómo asesinarse entre sí. Pero los negocios continúan.

Mientras tanto, las cosas se habían precipitado de tal manera que ahora era el Prefecto quien había conquistado el poder político, aunque el poder real estaba todavía en manos del Procónsul. En este sentido, todavía era capaz de imponer el orden en los puntos que quisiera; pero sólo en unos puntos, mientras que, en su conjunto, era cada vez más poderoso el desorden. De

acuerdo con esta situación, sus oficiales sólo se sentían seguros y a gusto en unos espacios concretos y determinados -en sus cuarteles generales, en las fortalezas y en las islas proconsulares- donde moraban juntos. En el fondo, estaban esperando el estallido de la guerra, con la esperanza de que pusiera a los demagogos en sus manos. También el Prefecto empujaba hacia la guerra, de la que esperaba un aumento del desorden y una mayor atomización. Ésta era la previsión más acertada, y de ello estaban convencidos también el Procónsul, una parte de su Estado Mayor y algunas grandes ligas, como la de Orión. Por consiguiente, intentaban dirigir al ejército de tal modo que pudiera intervenir en la guerra civil, pero no al otro lado de las fronteras. Esta decisión partía, como es obvio, del presupuesto de concertar acuerdos con las potencias exteriores, sobre todo con Dom Pedro, presidente de Asturias. Para negociar un acuerdo había emprendido Lucius el viaje, disfrazado como excursión de vacaciones al país de los Castillos.

Quedaban, en fin, los investigadores, como Fernkorn, el consejero de minas y Orelli; este grupo manifestaba más abiertamente su indignación. Para ellos, la investigación libre tenía tanta importancia como el impecable funcionamiento de las armas para la casta de los guerreros: en su opinión, un investigador no estaba sujeto a otros límites que los impuestos a los objetos por la radiación luminosa. El Prefecto, en cambio, pretendía degradar a los sabios a la categoría de empleados, de técnicos y hasta de falsarios; cada día que pasaba, perturbaba cada vez más con su voluntad el trabajo de investigación. Pero había ya entre los universitarios algunos espíritus que no sólo reconocían la supremacía del poder, sino que consagraban los esfuerzos de su inteligencia a demostrar su fundamento lógico. Habría que añadir, además, que la ciencia misma había contribuido a desprestigiarse, porque existía un clima de cobardía generalizada.

La vista del cadáver había puesto en claro, una vez más, la fortaleza del enemigo, el amplio terreno que había conquistado dentro de los corazones. Frente a él, todos habían cerrado filas, y

Lucius no podía convertirse en la excepción. Estaban ya muy lejanos los días en que todos o casi todos se pronunciaban abiertamente en favor de la víctima de un crimen. Ahora, cada cual tenía que actuar en solitario.

El *Aviso Azul* se acercaba ahora, a plena potencia, a la embocadura del estrecho de Castelmarino, en el golfo de Heliópolis. Quedaban atrás los arrecifes; asomaba a babor una grisácea torre de vigía, de las que se habían alzado un gran número en estas costas en la época de los piratas, tanto para vigilar el mar como para servir de plataforma a las hogueras de orientación nocturnas. Ahora, el Procónsul había instalado en ella un pequeño destacamento para vigilar Castelmarino. Ocurría, a veces, que redamaba prisioneros y quería estar informado sobre los ocupantes de la isla.

La torre de vigía se alzaba sobre un promontorio de Vinho del Mar, la isla que, con Castelmarino, formaba el estrecho. Pero en Vinho del Mar no había acantilados; un brillante cinturón de dunas separaba a la isla del mar. En el interior, el sol quemaba las peladas colinas de *loess* gris. Desde que se introdujeron los viñedos, esta tierra tenía fama de producir las mejores uvas del mundo. Estaba habitada por una estirpe de viñadores que vivían en pequeñas casitas con profundas bodegas y dominaban a la perfección los secretos del cultivo de la vid; trabajar en los viñedos era su placer. Conocían los cambios del vino, desde que vivía bajo la luz del sol hasta que entraba en la bodega, para resucitar más tarde, cuando su espíritu se desposaba con el del catador. Producían un vino dorado de magnífico aroma que alcanzaba su plena maduración a los cinco años. Los entendidos lo alababan porque profundizaba los placeres de Apolo añadiendo los de Dionisos: el éxtasis de la fuerza de la luz y de la oscuridad. Así guía, de pie, el auriga su oscura cuadriga en las competiciones.

Había otro caldo, el *vecchio,* que sólo se daba en una vertiente de la isla. Se extraía de una uva rojiza que se encaramaba en rodri-

gones. Era mejor cuanto más añejo. Brillaba en los vasos con un reflejo ambarino; al escanciarlo, su aroma se expandía por la habitación. No se utilizaba como bebida normal. Estaba reservado para los grandes encuentros y acontecimientos que depara la vida. Se presentaba, como un rito, a los jóvenes esposos, en un solo cáliz, ante la puerta de la cámara nupcial. Se ofrecía a los príncipes y se bebía en las horas solemnes. También estaba destinado a los agonizantes.

En épocas más felices, los ricos heliopolitanos habían alzado en la orilla meridional de la isla una serie de villas de estilo rústico y desde ellas acompañaban, en sus tiempos de ocio, la marcha anual del vino. Invitaban a sus amigos a las fiestas de los pastores y viñadores o a la pesca, cuando bandadas de atunes avanzaban a lo largo del estrecho de Castelmarino. Pero, desde que el Prefecto asentó su pie en la isla frontera, enmudeció aquella alegría. Las villas quedaron desiertas, paredes y emparrados se hallaban en ruinas y por las estatuas de los jardines trepaba la hiedra. En las tardes cálidas, las culebras tomaban el sol sobre los mosaicos y, con la luz crepuscular, alzaba la lechuza su vuelo silencioso desde los redondos tragaluces hacia el jardín. En las casas cercanas a la torre se habían instalado los vigías y hacía ya mucho tiempo que había ardido en las chimeneas la madera de las escaleras y los pisos. Los frescos estaban ennegrecidos por el humo. Donde otrora se habían reunido los bebedores coronados de laurel, resonaban ahora las orgías y las bromas de las hogueras de campamento.

Y, sin embárgo, las uvas seguían madurando con tal abundancia que su sangre, hendiendo la baya, se perdía pródigamente en la luz del mediodía. Los habitantes de la ciudad seguían visitando la isla en oscuras góndolas y empavesados botes. Sentían que la opulencia estaba a punto de desaparecer, fuera por el odio o por la pobreza interior. Arrastraban una vida triste a pesar de los inmensos espacios que dominaban: la riqueza se fundía y desaparecía entre sus manos. Los dioses se habían apartado de ellos. Pero les parecía que los tiempos dorados dormitaban en el vino.

Les devolvía como una oleada la antigua opulencia. En los vasos hallaban la unidad. Se desvanecía lo que separaba. Se renovaban los tiempos en que los hombres eran hermanos. Se oían los cantos en las mesas dispuestas ante las cabañas de los viñadores; bajo la sombra de las encinas había parejas de enamorados y en los estrechos senderos de los viñedos paseaban los amigos cogidos del brazo. Se les adivinaba en los profundos y fogosos diálogos, cuya significación se transmitía como una corriente eléctrica: el espíritu tomaba un carácter elemental. Las edades y los sexos se aproximaban.

Ya tarde, regresaban las barcas a la ciudad. La luz de farolillos y fanales serpenteaba en las aguas, que temblaban bajo los suaves golpes de los remeros. Se oía en la distancia el coro de los grandes botes y la delicada canción de los gondoleros que, como en dulce y suave balanceo, conducían al puerto a las parejas de enamorados. Les respondían las bromas de los semidesnudos pescadores, que salían en busca de la sepia con sus braseros y saludaban a los románticos con su tridente, como embajadores de Neptuno. Allá lejos, en el puerto, giraban ruedas de fuego y centelleaban los cohetes.

En estas horas podía llegar a olvidarse cuánta miseria y cuántos peligros ocultaba el tiempo. La cercanía de la muerte aumentaba el placer. Se vivían los segundos, extraídos como perlas de las profundidades. Incluso en las orgías refulgía un reflejo de las fiestas postreras.

La nave se deslizó lentamente ante la torre de vigía, que se alzaba sobre una estrecha lengua. Las olas cubrían de espuma los guijarros. La fortificación descansaba sobre un redondo zócalo en el cual crecía una corona de áloes de gigantescos racimos de flores. Hasta las almenas trepaban, por las junturas de las piedras, la mostaza silvestre y los alcaparros cubiertos de rojizas estrellas, que aman estos lugares. Verdes lagartos ascendían por la piedra. Sobre la almena dominaba el águila del Proncónsul, con una serpiente en las garras. Cabezas cubiertas de cascos asoma-

ban sobre el parapeto.

Virando, el *Aviso Azul* penetró en la bahía, semejante a una gigantesca concha sembrada de puntiagudas velas. Grandes navíos la surcaban. Bandadas de gaviotas giraban en torno a los botes de los pescadores, dedicados a clasificar la pesca. Desde la costa llegaba el rumor de los mercados y el oscuro y salado aroma de las algas marinas.

La luminosa arena de la playa se curvaba entre dos cabos rocosos a los que, por el color de la peña, se los distinguía con los nombres de Cabo Blanco y Cabo Rojo. Durante la noche, dos faros señalaban su presencia. Tenían jardines, con puentes y escaleras talladas en la roca y, medio ocultos por el oscuro ramaje de los pinos marinos, viejos y nuevos edificios, como la Fortezza y el Aquarium, en el que Taubenheimer dirigía las investigaciones sobre zoología marina. Desde las cocinas de los café-restaurantes y los pequeños bares, con sus bodegas a medias excavadas en la pared rocosa al pie de los arrecifes, se elevaba la columna de humo de los fogones al aire libre. Los heliopolitanos tenían en mucho aprecio estos lugares, que delimitaban el golfo como los cuernos de una media luna, ya que constituían el centro ideal para cortas excursiones; les gustaba contemplar desde las aéreas terrazas el mar con sus barcos y sus islas y el puerto de cohetes del Regente, mientras el tabernero escanciaba el vino y su mujer mantenía los carbones en ascuas con un abanico de cañas.

Podía llegarse cómodamente hasta el Cabo Blanco a lo largo de la Allée des Flamboyants. Los altos árboles estaban ahora en flor; sus cimas marcaban como una roja cadena la línea de la costa. Las majaguas bordeaban los arriates y los céspedes a lo largo de las avenidas: los jardines continuaban, más allá de las rejas y los muros de los palacios, a lo largo de la línea de la playa. En la luz crepuscular del parque reinaba la quietud que rodeaba las residencias de los ricos y poderosos, visibles desde el distante mar. Los edificios de las grandes órdenes descollaban con singular magnificencia.

El camino hacia el Cabo Rojo cruzaba, por el contrario, a través de la agitación del gran puerto, protegido por un malecón contra el ataque de las olas. Se caminaba a lo largo del muelle de piedra, que lanzaba hacia el mar sus rompeolas y soportaba sobre sus anchas espaldas mercados, depósitos de mercancías para las naves y pequeñas tiendas de mercaderes. Tierra adentro, estaba bordeado por los barrios típicos de todos los puertos: a los almacenes y arsenales seguían las oficinas y las calles del placer. Cuando se elegía como meta de la excursión el Cabo Rojo, era aconsejable iniciar el regreso en las primeras horas de la tarde: la tumultuosa actividad, tan agradable a la luz del día, adquiría aspectos inquietantes al llegar la noche.

Entre los dos cabos, coronados por oscuros árboles, alzaba su amplio hemiciclo la ciudad de Heliópolis, agrupada en torno al viejo puerto o dársena, desde la que irradiaban las empinadas calles. Resplandecía sobre el mar azul a la luz meridiana que diluía sus colores, mientras que el sol de la tarde acentuaba el rojizo tono de las piedras con que había sido construida la ciudad antigua. La ciudad nueva, en cambio, fue construida en mármol después del último de los Grandes Incendios. El terreno fue durante muchos años campo de ruinas, hasta que, por una parte, el progreso técnico garantizó las condiciones atmosféricas y, por otra, el regente se reservó el monopolio de las armas pesadas. Fue entonces cuando se acometió la construcción de ciudades siguiendo planos que alcanzaron gran celebridad. La calefacción climatizada, los reguladores de ambiente, la iluminación sin sombras y otros medios del lujo colectivo conferían un estilo propio a la vida de estos barrios. En las blancas calles, brillantes bajo la clara luz también durante la noche, reinaba un monótono bienestar.

En este barrio hubo dos tipos de construcciones que resistieron los embates de la edad del fuego. Uno de ellos era el de un grupo de rascacielos de verde vidrio armado que soportaron incólumes la gran destrucción, sin más daños que los recibidos en los pisos

superiores, hinchados como burbujas bajo la acción del ardiente calor. Seguían allí erguidos, con sus cúpulas barrocas, como recuerdo de la noche del terror. El otro era el de la Oficina Central, en la parte occidental de la loma de la colina, a la que se aferraba con sus cinco brazos como una estrella de mar. Había sido construida con cemento vidriado, a prueba de fuego, y se aplastaba contra las rocas para no ofrecer resistencia a las vibraciones. Al modo de un iceberg, sólo asomaba a la superficie una mínima parte de su estructura. Cubría, como un casco, las casamatas subterráneas. La construcción se extendía por la pendiente con la horrible fealdad de las épocas uranianas; y sus formas, semejantes al caparazón de la tortuga, constituían la expresión del poder elemental desencadenado. Había surgido como resultado de la acción y reacción del miedo y la violencia. En la clara luz del mediodía, despertaba el recuerdo de las noches de angustia, sacudidas por gigantescas explosiones. El espíritu del terror se había fijado para siempre en el edificio: en su cima ondeaba la roja bandera con el guantelete.

En la vertiente occidental, descollando sobre la ciudad vieja, se alzaba el palacio proconsular, que se había anexionado algunas secciones del antiguo castillo de la ciudad. Podía verse aún, en su centro, el poderoso torreón de la acrópolis de Heliópolis. Al ala antigua y la medieval se les habían añadido nuevos frentes y pisos. Aquí, las estrechas troneras y los arcos góticos habían sido sustituidos por amplios ventanales, logias y balcones adornados con flores. La construcción era unitaria e imponente, aunque cada nueva época había añadido sus retoques, como en los atavíos de un gran señor, que se hacen más cómodos de siglo en siglo. El águila con la serpiente ondeaba sobre la almena y, en la luz meridiana, alzaba su vista hasta el lejano horizonte del mar.

Sin embargo, los navíos que procedían de las islas se orientaban por la cruz de la catedral, dedicada a Santa María del Mar. Su silueta brillaba en las noches de luz sin sombra. El edificio se alzaba en el punto más elevado; fue destruido durante el Gran Incendio y reconstruido en estilo neoclásico. Se decía que su em-

plazamiento había estado ocupado en épocas anteriores por un templo dedicado a Afrodita; sus cimientos descansaban sobre columnas derribadas. La cumbre era encantadora; terrazas de viñedos ascendían por sus laderas. Tabernas, cementerios, olvidadas alquerías campesinas se perdían en el verdor, como si el viejo campo rememorara todavía la ciudad. La nave de la iglesia del Mar tenía planta longitudinal; su torre, de enorme altura, remataba en superficie plana. Eran visibles los elementos de su construcción, en parte materiales, como los de los viejos templos, en parte espirituales, como los del arte catedralicio. Desde ellos hablaba una justicia sólidamente asentada. Era un testimonio de la esperanza que había irrumpido poderosamente después de la edad del fuego… El edificio en sí y la admirable obra de la física teológica, que se había opuesto tan victoriosamente a la aniquilación diabólica. Hengstmann, el arquitecto de la catedral, había esculpido la imagen del ave Fénix en el pórtico central, al que protegía con sus extendidas alas. Es cierto que, en el curso de los años, había vuelto a surgir el terror, del mismo modo que cada noche asciende la niebla de la ciénaga. El pájaro de fuego bajo cuyo abrazo se acercaban al altar los fieles, intentaba significar que no existe ninguna fortaleza sobre la tierra en cuya piedra fundamental no esté grabada la aniquilación. Pero encarnaba aún más la idea de que, del mismo modo que los edificios se alzan sobre sus ruinas, también el espíritu se eleva por encima de todos los torbellinos, también por encima de la destrucción.

Heliópolis, la vieja ciudad con sus castillos y palacios, con sus mercados y tumultuosos barrios, destacaba poderosamente bajo la luz del sol. Atraía al barco con poder magnético. Se oía ya un zumbido como el del caracol marino en el cual se ha solidificado la espuma del mar. El golfo estuvo habitado ya desde los tiempos heroicos, sus aguas fueron surcadas por las primeras quillas de los hombres. Allá arriba, en el Pagos, las cuevas conservaban las pinturas de los más antiguos cazadores, del suelo se desenterraban ídolos. Se habían sucedido dinastías de dioses y de caudillos. Los fundamentos descansaban sobre el humus de culturas en las que habían dejado su herrumbosa huella los grandes incendios.

Aquí vivieron, amaron, esperaron y desaparecieron en la muerte seres innumerables. Desde esta perspectiva, se desvanecía la realidad de la ciudad, era como la flor de un viejo árbol, pronto arrastrada por el viento. Los primeros constructores marcaron su recinto con sus carretas. Desde entonces, no había cesado de crecer, aunque en algunos momentos fatales había sucumbido bajo el golpe del rojo puñal. Pero su suelo era como un campo que siempre produce nuevas cosechas.

Si se dejara fluir al tiempo con más rapidez en el espíritu, aquel incesante nacer y perecer sería como el agua de un surtidor, que asciende a lo alto y luego se dispersa en la caída. ¿Qué podría permanecer estable en estas cascadas fugitivas, si no es el puente del arco iris que alza sobre ellas la línea de su cúpula, más luminosa y más duradera que el diamante? Así percibe a veces el ojo, en las columnas y en sus arcos, el brillo que resiste al tiempo. Las ciudades permanecen en pie como los muros de Ilion en los versos de Homero. Esto es lo que nos llega tan poderosamente al interior cuando contemplamos su imagen y lo que nos invita a la acción, del mismo modo que la belleza despierta en nosotros el amor.

AGITACIONES EN LA CIUDAD

EN el MÁSTIL del servicio de prácticos se izó la bandera de entrada libre al puerto. El *Aviso Azul* se deslizó por la bocana de la dársena. A ambos lados del trayecto, convergían sobre él grandes espejos redondos que emitían, como latidos, reflejos fosforescentes. Las hélices giraron en sentido contrario, removiendo el amarillo fango del fondo. La nave se acercó con precaución a la línea circular del puerto, sobre el que se había congregado una gran muchedumbre y los vehículos que esperaban. Se deslizaban las películas en las cámaras y los informadores entablaban los primeros diálogos. Los pasajeros se agolpaban sobre la borda y hablaban parte a través del fonóforo y parte de viva voz, del barco al muelle, en el cual se agitaban pequeñas banderas y se alzaban en alto niños y ramos de flores.

Se tendieron las pasarelas. La mirada se posaba en el Corso, el gran eje que llevaba en linea recta desde el puerto hasta las escalinatas de la iglesia del Mar. A ambos lados de la verde cinta central, cuatro filas de automóviles se movían sobre su carril. Dos obeliscos rojos señalaban la distancia, subdividida por altas fuentes que refrescaban el aire del mediodía. Sobre la ciudad vieja, en el barrio de los parsis, se elevaban las volutas de humo de un incendio.

Costar había subido a cubierta con el bagaje y hablaba con Mario, quien esperaba junto al coche. Hasta la hora concertada con Theresa, Lucius disponía de bastante tiempo. Le vino a la cabeza la idea de que podía dirigirse al palacio a pie, cruzando el barrio de los parsis; y, como tantas veces en su vida, cedió al impulso. Se daba la favorable circunstancia de que aún no había escrito su informe y no llevaba encima papeles secretos. Para no tener que acusarse de perezoso, determinó visitar a Antonio Peri, el encuadernador parsi a quien, antes de la partida, había confiado un manuscrito. Encargó al hombre de escolta que llevara las ma-

letas a casa de Donna Emilia y se puso en camino con Costar y Mario. Lucius iba desarmado, Mario llevaba una pistola automática y Costar una porra en la muñeca derecha.

Cruzaron primero la calle del Regente, que más parecía un alargado jardín. Árboles de especies raras, algunos de ellos muy viejos, cubrían su superficie a espacios irregulares. Las casas que lo bordeaban habían sido perdonadas por el Gran Incendio; aquí vivían las familias más antiguas. Por la parte posterior, tenían establos, cocheras y locales comerciales. Venía a continuación un denso barrio, con canales alimentados por la dársena. En épocas anteriores había sido un activo centro comercial, pero desde la construcción del Gran Puerto los almacenes estaban desiertos y las poleas de los agudos aguilones no levantaban ya fardos. En su lugar se habían instalado tranquilos negocios y hombres de profesiones indefinibles.

Más vacías aún aparecían las callejuelas del barrio de los parsis; aquí la quietud llegaba a ser intranquilizadora. También aquí se alzaban las casas de la ciudad antigua, con sus esculpidas fachadas; el cambio se advertía no sólo en los rótulos de las tiendas, escritos en extraños caracteres, sino también en los símbolos de la felicidad pintados en las puertas, como la llama, la liebre, el perro o el cuerno de toro.

Cuando, tras la expulsión de los anglosajones, el movimiento ateo amenazó al Oriente Medio, también los parsis, al igual que todas las demás religiones, tuvieron que abandonar aquellos lugares y se dispersaron por todo el mundo. Una rama, de varios miles de almas, llegó a Heliópolis y se asentó en el barrio viejo de la ciudad, que por aquel entonces estaba abandonado. Aquí se multiplicaron y en parte se mezclaron con el resto de la población. Pero permanecieron fieles a su religión, cuyo rigor, por otra parte, se había ido mitigando en numerosos puntos con el correr de los tiempos. Su vida estaba regida por luminosos preceptos morales, si bien muchas de sus antiguas costumbres habían casi desaparecido. Con todo, conservaron fielmente sus

usos funerarios.

Muy pronto pudo advertirse que su llegada había sido beneficiosa: también su influencia fue mayor de lo que su pequeño número habría permitido esperar. Sobresalían en la artesanía, sobre todo en la de delicada factura, como la de la seda y el cuero, las piedras y metales preciosos; también llegaron a influir, en su calidad de cambistas, en los grandes negocios. Desde mucho tiempo atrás tomaron también parte en las tareas científicas y aportaron una notable contribución sobre todo en el ámbito de la filología. Su procedencia de la antigua raza ponía un sello en su aspecto exterior. La belleza de sus mujeres se había incluso acentuado en Heliópolis; eran como flores, cuya esencia se depura y aumenta tras los cristales. En las castas superiores se añadía además el hálito de una exquisita espiritualidad.

Se había formado pues, en la ciudad vieja, una raza cultivada, aunque no del todo libre de la acusación de afeminamiento. Éste era el lado oscuro de su virtud, caracterizada por la finura del conocimiento en su doble vertiente sensible y espiritual. Su exquisito tacto les capacitaba para todo cuanto entraña embellecimiento de la vida mediante el lujo o la creación estética. Tal vez esta actitud depende de su especial postura ante el temor, que agudiza los sentidos y que se fue formando en ellos a lo largo de los siglos. Ya en sus antiguos asentamientos les persiguió sin misericordia el Islam, tachándolos de magos y adoradores del fuego. También en Heliópolis suscitaban temor y envidia. La plebe se mostraba en todo momento dispuesta a creer las mayores atrocidades que la malevolencia inventaba contra ellos.

Tras la decisión del Regente de tomar a los judíos bajo su protección y asignarles tierras en virtud de los acuerdos de Sidón y de los planes Stieglitz y Cartago, los parsis se convirtieron en herederos de la persecución. Estaban predestinados a ella tanto por su riqueza como por su peculiar modo de ser. Por otro lado, su reducido número hacía que queclaran indeleblemente marcados por los más extraños rumores. En resumen, este pequeño pueblo

ofrecía siempre excelentes pretextos al Prefecto y a Messer Grande cuando se disponían a emprender una acción violenta. En la Oficina Central solían emplearse comparaciones tomadas de la técnica, y así se decía que "la acción se desencadenaba a través de los parsis", o que éstos "proporcionaban un buen encendido inicial". De ahí que las agitaciones en el barrio parsi fueran siempre el preludio de operaciones más importantes, ya que eran una especie de señal para el empleo inmediato de la violencia. Aquellas alteraciones daban a la plebe, al menos, el carácter instintivo, la orientación impulsiva que el Prefecto deseaba, porque sacudían los viejos fundamentos de la ley. Incluso aquellos a quienes repugnaban las acciones violentas procuraban distanciarse de los perseguidos, con lo que no hacían más que propagar el miedo y el terror. Se daban escarmientos, como ejemplo de las crueldades que pueden cometerse contra el hombre.

Por otro lado, las agitaciones en el barrio de los parsis eran rentables y ayudaban a llenar las arcas del fisco. Y ello no tanto en razón del botín directo, prontamente malbaratado, cuanto en razón, sobre todo, de la extorsión subsiguiente al saqueo. Había que comprar a buen precio el retorno de la calma. De ahí que los parsis fueran para el Prefecto, al igual que lo habían sido con anterioridad los judíos para los príncipes, una especie de capital. Los exprimía como a una esponja. Pero el punto esencial era que los necesitaba porque le permitían cambiar el clima político a tenor de sus conveniencias. Lo mismo ocurría ahora, cuando el problema astúrico soliviantaba los ánimos y quería someterse el tema a referéndum popular. Cuando los acontecimientos tomaban este sesgo, se agitaba el trapo rojo; indudablemente, el cadáver de Castelmarino era uno de los números del programa.

Los saqueadores ya debían de haberse dispersado, porque apenas se oía ningún rumor. Al cabo de un instante pasó por su lado, a gran velocidad, un coche de bomberos, con sus ruedas lacadas de rojo, sus escaleras y calderas y el estridente aullido de las sirenas en rápido crescendo, hasta perderse en el dédalo de las callejuelas. Era la señal de que la Oficina Central había dado

permiso para extinguir los incendios. La caza había llegado a su fin.

Cruzaron la plaza del árbol Hom y torcieron por una calle habitada por pequeños artesanos y comerciantes. Aquí la plebe se había entregado a un terrible saqueo; o, más bien, "el pueblo había dado rienda suelta a su justificado descontento, sin que hubiera sido posible detener su brazo", como decían las declaraciones oficiales del Prefecto. El pavimento estaba sembrado de cristales rotos sobre los que rechinaban los pasos. Los escaparates de las tiendas estaban destrozados y en los pisos superiores se agitaban cortinas en ventanas arrancadas de sus batientes. Las calles aparecían cubiertas de una gruesa capa de ropas y muebles destrozados. En medio del silencio, se oía el llanto de una mujer.

Avanzaron lentamente por la calle, que se empinaba por la ladera de la montaña; de vez en cuando, sus pies tropezaban con los objetos diseminados. En una ocasión, Mario alzó de entre las ruinas, para mirarlo de cerca, un cucharón cuya plata tenía grabados oscuros dibujos.

"Mario, déjelo inmediatamente", le gritó Lucius.

En aquel instante se escuchaban gritos de auxilio en una casa cuya puerta estaba medio arrancada de sus goznes. Vieron saltar de ella una mujer vestida al modo de las empleadas domésticas. Su ropa estaba desgarrada desde las axilas hasta el nacimiento del cuello y se percibía el brillo de la piel de la espalda. Un tipo delgado corría tras ella. Era de aquellos que sólo se dejan ver en tales días, y sin duda se había retrasado, puesto que la mayoría de los saqueadores habían ya desaparecido.

Fugitiva y perseguidor pasaron ante ellos como en una cacería. Era indudable que la muchacha sería atrapada en pocos instantes, como la paloma por el halcón que la persigue hasta el tumulto de los mercados. Lucius la llamó. Ella vaciló, todavía deslumbrada por el súbito paso a la luz, y luego corrió hacia él y se

agarró a su brazo. Pero ya el perseguidor había alcanzado a su presa y tiraba de sus vestidos.

“¡Duro con él!”, gritó Lucius.

Costar asestó con su arma un golpe que hubiera resultado mortal si, en el último instante, el amenazado no hubiera desviado la cabeza. La porra, trenzada con hilos de acero, no pasó de desgarrarle la camisa y marcarle un surco en el pecho. El hombre se tambaleó y retrocedió de un salto. Luego se encaró, rabioso pero indeciso, con sus adversarios. Era evidente que sólo en escasas ocasiones se atrevía a salir a la luz del día, porque su arrugada cara tenía el color del pergamino. Se le veían, en toda su longitud, los orificios de la nariz; boca y ojos parecían esculpidos a cuchillo en una máscara. Midió al grupo con los ojos, como si estuviera tras una reja, y luego su mirada bajó a la pistola que Mario dirigía contra él como la boca de un extintor de incendios. Al verla, pareció acometerle un súbito terror; extendió los brazos para apartarla y luego, con un silbido, huyó como una rata que busca su cuadrilla.

Mario enfundó el arma. “Este tipo era de la peor escoria de Messer Grande. Yo estaba deseando que hiciera ademán de llevarse la mano al bolso.”

“Una bala es demasiado honor para estos pajarracos nocturnos”’, rezongó Costar, “pero le he dejado un recordatorio que le durará algunas semanas.”

“Tiene usted una buena firma, Costar”, le alabó Lucius. Luego se dirigió a la muchacha, todavía asida a su brazo. Una orla de oscuros cabellos le caía sobre la frente como a una potrilla. Aún no había desaparecido su espanto y su seno, visible a través del desgarrón, se alzaba violentamente como si quisiera escaparse del corsé. Al sentir las miradas sobre su piel, cubrió su desnudo pecho con la mano. Estaba al servicio de un anciano matrimonio, un médico y su mujer, que se había escondido en la bodega; ella

había subido arriba para vigilar el fuego de la cocina. "Entonces apareció ese tipo. Quiero marcharme de aquí inmediatamente, no quiero saber nada de los parsis."

Los hombres la calmaron. Lucius acarició su cabello. En la parte alta de la ciudad vivía una tía de la joven, junto a la cual pensaba encontrar cobijo. Le gustaría recoger sus cosas, pero no se atrevía a regresar a la casa. Mario se brindó a acompañarla.

"Siempre lo mismo: el vencido lleva la peste en el cuerpo", murmuró Lucius.

Regresaron a los pocos momentos. Mario traía las pertenencias de la muchacha en una pequeña maleta de mimbre. Ella no había olvidado su sombrerera, que llevaba cuidadosamente en el brazo izquierdo. Los domingos podía verse a estas sencillas muchachas paseando por el Corso o por los Flamboyants; apenas se las reconocería, parecidas a mariposas recién salidas de la crisálida. Seguían la moda con recursos modestos, pero con excelente gusto.

Subieron los cuatro montaña arriba mientras bromeaban. Hacía calor. De vez en cuando soplaba una bocanada de aire fresco procedente de la ciudad nueva. Lucius observaba a hurtadillas a su protegida, que charlaba con desenvoltura. Sonrisas y lágrimas se sucedían en aquel espíritu, todavía infantil, como el sol y las nubes en un día de mayo. Supo encontrar tiempo para sujetar el vestido roto con imperdibles, que apenas se notaban. Lucius veía de perfil sus oscuros cabellos caídos sobre la frente, y la nariz prolongada en línea recta. Así había cincelado ya el buril el perfil de Afrodita, cuyo templo fue en épocas pasadas el santuario de la ciudad. Bajo la nariz se arqueaba la boca, un tanto acentuada, sobre el suave mentón. Había aún mucho de espiritualidad en esta figura; espíritu de la naturaleza, poder de la primavera y la juventud. Lucius había contemplado ya muchas veces esta imagen de muchacha a orillas del golfo y en las islas dedicadas al viñedo. En estas hijas de viñadores y campesinos insulares, de pes-

cadores y gondoleros, se encarnaba la vieja armonía del país que habitaban desde los primeros tiempos. Eran como el mar, en cuyas conchas maduraban las perlas, y como el suelo, cuyos jugos henchían las uvas. Al cabo de unos años, estas muchachas sabían dirigir ya con diligencia la economía doméstica; a veces, sobre su labio superior aparecía la sombra de un ligero bozo. Se las veía también en los barrios del puerto, como camareras de las tabernas que bordeaban el camino del Cabo Rojo -todo ello dependía casi siempre de la dase de hombre con el que tenían su primer encuentro. Pero, en cualquier caso, mostraban siempre su gran vigor. Eran buenas esposas, sólidas madres; capaces también de ponerse al frente de las revueltas. Todo esto había sido precedido por aquella época aún dormida en la que estas cosas estaban ya presentes, y casi con mayor fuerza, pero como en un sueño. El saber caía entonces como la luz sobre un paisaje que estaba ya trazado mucho antes en la oscuridad.

Llegaron al punto en que una escalinata marcaba la separación entre la parte alta de la ciudad y el barrio de los parsis, aunque este último se había ido ampliando porque con el correr del tiempo, no pocos de sus habitantes se habían trasladado a la parte alta a medida que adquirían riquezas y prestigio social. Este ascenso tenía también su expresión espacial: allí, en la parte alta, tenían su sede sobre todo los bancos parsis y la artesanía de lujo.

La parte superior de la escalinata se hallaba bloqueada por los centinelas del Procónsul. Estaba enarbolada el águila con la serpiente. Se había producido un tiroteo, sea porque los bandidos pretendieron abrirse paso hacia los tesoros de la ciudad alta, sea porque intentaron huir a través de la escalinata. Muy cerca de la barricada tras la que se apostaban los soldados se veían algunos cadáveres; otros yacían dispersos, cabeza abajo, entre los peldaños. Su sangre goteaba lentamente y se coagulaba sobre las piedras. Todavía flotaba en el aire el humo de la pólvora.

Ascendieron hasta la barricada. Lucius sintió cómo la muchacha se agarraba de nuevo a su brazo. Desde la estrecha garita vino a

su encuentro un cabo que se cuadró ante él. Lucius le preguntó su nombre y le palmeó en el hombro: "El Procónsul se sentirá contento de lo que usted ha hecho."

El cabo, llamado Calcar, se echó a reír:

"Este trabajo no vale la pena. Nos gustaría enseñarles algo de lo que sabemos."

Lucius asintió. La tropa había estado demasiado tiempo inactiva. Se sentía a gusto detrás de aquella línea, donde se portaban las armas abiertamente. Aquí imperaba todavía el orden, en medio de la violencia que todo lo inundaba, y también la vieja lealtad. Sólo que lo justo y lo injusto se habían mezclado tan inextricablemente que aquellos hombres sencillos ya no los sabían distinguir. Habían fracasado todas las tentativas por restablecer el pasado. Los déspotas se turnaban en el poder. Y por eso se iba esfumando la confianza en unas instituciones que en parte eran terribles y en parte ridículas. Esta confianza se volcaba ahora en unos hombres concretos a los que se adornaba de maravillosas cualidades.

Desde la retirada del Regente, el Procónsul y el Prefecto procuraban mantener una política de equilibrio, siempre repetida en situaciones similares. Los dos sabían que el gran golpe sólo podría descargarse *una vez* y que si se fallaba era inevitable la derrota total. Movían las piezas una a una para ganar tiempo y posiciones. Si el Prefecto se fortificaba en Castelmarino, el Procónsul se apoderaba de Vinho del Mar; si el Prefecto ordenaba el saqueo del barrio parsi, sabía bien que en algunos puntos habría disparos. En esta ocasión el juego se desarrollaba a nivel táctico, porque el Prefecto procuraba movilizar a las masas, mientras que el Procónsul indicaba que estaba dispuesto a defender la gran banca, como la de Scholwin, y la seguridad de la ciudad alta. Pero, por encima de lo concreto, la acción adquiría carácter simbólico: las fuerzas se desplegaban frente a frente.

Lo curioso era que el hundimiento de la unidad coincidía con un enorme incremento y ampliación del poder. Así se habían combatido en otros tiempos los poderosos de la tierra, en aquellos tensos períodos que precedieron al gran cambio. El color rojo era equívoco -la sustancia de la revuelta y de los incendios se transformaba con facilidad en púrpura, se exaltaba en ella. Pero, sea cual fuere la interpretación que se quisiera dar a los signos, una cosa era segura: había que apurar la copa tal como el tiempo la ofrecía.

Las calles recuperaban su animación. Ahora podían separarse: Mario llevaría a Melitta -así se llamaba la muchacha- a casa de sus familiares, mientras que Costar se adelantaría para avisar a Donna Emilia. Melitta les dio las gracias. Lucius bromeó:

"Ha sido un placer y, por supuesto, bien valía la pena. Tal vez nos permitirá acompañarla cuando se ponga su sombrero para ir a las islas. La he visto ya allí."

"Seguramente me confunde con otra. Mejor será que rece un rosario por usted."

Lucius se adentró por la calle de Mitra. Los magníficos edificios alternaban con las filas de tiendas lujosas, cuyas rejas de hierro volvían a abrirse. Un tanque rodaba de regreso al palacio. El sol se hallaba en su cenit. Toldos azules y amarillos daban sombra a los escaparates. Ante una floristería, el cristal había sido sustituido por un surtidor que lanzaba una cortina de agua de refrescante aroma. Venía luego Zerboni, el afamado repostero; ante su minúsculo establecimiento se reunía ya la gente para tomar el aperitivo. Ante la puerta se hallaba el dueño, con su enorme vientre y su blanco y alto gorro, saludando a los clientes.

Seguían los mercaderes de perlas y los joyeros, los anticuarios especializados en objetos de plata, alfombras y porcelanas. Ante una puerta, escrito con sencillas letras, se leía:

ANTONIO PERI

Trabajos en cuero

No había escaparate. Conseguir los servicios de Peri era un privilegio: había que recurrir a las recomendaciones. Aquel pequeño taller producía obras maestras, aunque en número muy limitado.

Lucius penetró en el vestíbulo. Conocía la entrada, protegida por signos parsis. Al abrir la puerta, comenzó a sonar un carrillón de tubos de cobre para anunciar al dueño, que trabajaba en el taller, que había un visitante en la salita, una pequeña habitación iluminada por una suave luz. Sillones forrados de gastada seda rodeaban una mesa sobre la cual colgaba una lámpara. Su luz caía sobre los verdes marcos de los viejos y ovalados espejos y sobre las vitrinas en que Peri tenía colocados los libros. Éstos no mostraban, como en las bibliotecas, los lomos, sino las tapas, para permitir ver las encuadernaciones, que el maestro discutía con sus clientes con más prolijos detalles que si se tratara del corte de suntuosos vestidos. Porque, como solía decir a menudo Peri, los vestidos envejecen con los años, mientras que una buena encuadernación no sólo sobrevive a los siglos, sino que va ganando en belleza con el tiempo, de tal suerte que el artista sólo puede barruntar el momento de supremo esplendor de su obra. Y no es sólo el tiempo, que suaviza sin pausa el rudo resplandor del oro, atenúa los colores y suaviza los poros del cuero; es también la mano del hombre, que actúa sobre los volúmenes al usarlos una y otra vez. Los hijos y los nietos continúan la obra del padre. Los libros se enriquecen también con la posesión, se impregnan de amor. Peri afirmaba que lo más importante de ellos era toda esta historia suya innominada. Por eso los colocaba a su alrededor como espejos cuyas irradiaciones tejían el espacio de la estancia. Para él, la sustancia mágica tenía mayor importancia -que los detalles de la técnica o la espiritualidad del estilo. Su ofi-

cio abarcaba múltiples facetas: conocimiento de los materiales y las escrituras, que se hereda de padres a hijos en las viejas oficinas; instinto para los delicados rasgos y ornamentos de las líneas que distinguen unas épocas de otras, y también su relación con las literaturas de los pueblos y con su ciencia. Necesitaba, finalmente, aquel pequeño círculo de entendidos, coleccionistas e iniciados que, sobre la base del ocio y de una riqueza heredada, anhelan, como una segunda naturaleza, el contacto con cosas exquisitas. Talleres como el de Peri eran como flores ocultas, y sus mecenas como abejas que, al tiempo que buscan la miel, llevan a cabo la fecundación. Entre ellos se hallaban el Procónsul y su séquito.

La vista de los libros causaba una placentera sensación. Lucius sintió un estremecimiento al pensar que esta colección de piezas maestras podría desaparecer en medio de tumultos parecidos a los que acababa de presenciar. Un violento golpe de mano bastaría para aniquilar aquel esplendor como polvo de alas de mariposa. La plebe lo hacía por placer. Había allí pergaminos cuyo frescor original había sido madurado por los siglos hasta adquirir el color de la miel y del marfil antiguo. Los más finos llevaban las armas pontificias; por ejemplo, un Salterio del que Peri solía decir que su preciosidad apenas cedía un ápice a la del célebre Pentateuco que Eleazar regaló a Tolomeo Filadelfo el día de su victoria marítima sobre Antígono.

Podría estudiarse aquí la escala en que van palideciendo y desnudándose los colores con el curso de los años -desde el verde manzana al mate malaquita, desde el rojo cereza al rojo frambuesa, desde el rojo vino al rojo pasado. Los tonos calmaban, daban paz a los sentidos; los ricos acordes de tiempos pretéritos sonaban con suave vibración. Había allí los matices del barniz de oro, de velados reflejos, y los delicados colores nocturnos del alhelí en el jardín abandonado. Sobre todos ellos flotaba el brillo del oro mate de las armas, cuyo conocimiento constituía ya por sí solo toda una ciencia. ¿Quién podría conocer todas las ramas, vivas y muertas, de este bosque?

El embrujo penetró poderosamente en Lucius. También podía experimentarse esta sensación en las bibliotecas, del mismo modo que es posible consagrar la vida a la contemplación de los animales. El tesoro que han dejado las culturas podía dar plena ocupación y también satisfacción a la corta vida de un hombre. El mundo seguía siendo ilimitado, mientras conservara su medida; el tiempo era inagotable, mientras se sostuviera la copa en la mano.

Una roja cortina separaba el taller de la sala de visitas. A través de ella llegaba la bocanada amarga de las adormideras con que se impregnaban las sustancias y los libros. Como a otros muchos parsis, a Antonio Peri le gustaban el opio y sus inspiraciones. Los oprimidos recurren con facilidad al mundo de los sueños.

Inmerso en la contemplación de los viejos libros y armas, Lucius apenas advirtió que se descorría la cortina. Se había imaginado que aparecería el maestro con el redondo casquete que solía llevar durante el trabajo y las manos ligeramente alzadas, brillantes por los hilos de oro. Y, en cambio, se vio ante una joven que le miraba quietamente. También Lucius sequedó paralizado por la impresión. La desconocida era deliciosa; el oscuro peinado encuadraba un rostro como el que se ve en los camafeos. Salvo el *kosti*, nada, en sus rasgos o en sus vestidos, indicaba su origen parsi. Tampoco llevaba el distintivo de la casta sobre la frente. Podría ser hermosa y era sin duda atractiva, pero le faltaba el elemento exótico. Y, sin embargo, ¿qué era lo que le daba un aire tan extraño? Sostenía con ambas manos la cortina como un niño se agarra a las faldas de su madre. Y Lucius adivinó que era el miedo lo que la mantenía inmóvil, la callada pasión del temor. Así podría tal vez escucharse, con órganos más sensibles, el lenguaje de las flores, el hálito tembloroso de la sensitiva cuando brilla la tijera del jardinero. Nunca había visto un terror tan profundo y tan al desnudo: era como un contacto que sacude desde el interior, desde el corazón de la vida. Se contempló a sí mismo como para adivinar qué era lo que le causaba tanto pavor. Vio su

uniforme y comprendió que era esto lo que estremecía a la muchacha. Se apresuró, pues, a dar su nombre, y añadió:

“Pasaba por aquí y entré a saludar al maestro Peri y a informarme de su salud.”

Las palabras parecieron romper al instante el hechizo. Los dedos se separaron del rojo terciopelo. La sala perdió la tensión; era como si volvera a bajarse un telón apenas alzado. El espacio se llenó de la irradiación de los libros y de los verdes espejos. Pero Lucius podía todavía percibir el latido del corazón en la voz que le contestaba:

“Por favor, siéntese. Me llamo Budur Peri. Mi tío ha ido a palacio porque han venido a buscarle.

Pero ayer me dijo que el estuche estaba terminado.”

Se dirigió al taller, donde se guardaban los manuscritos. Era un detalle muy típico del Procónsul ocuparse de su biblioteca en días como aquél. En su séquito, algunos consideraban esta peculiaridad como cobardía; otros, como señal de su superioridad, como rasgo de gran señor. En las dos opiniones podría haber algo de verdad. A Lucius le agradaba esta fácil ligereza. Un príncipe actúa más por su existencia que por su trabajo.

Budur Peri regresó y le entregó un estuche de cuero rojo.

“Mi tío espera que usted se sienta satisfecho.”

Abrió el estuche, que sólo contenía unas cuantas hojas manuscritas. Eran fragmentos de un escrito póstumo de Heinse: el plan de una novela sobre el Renacimiento.

“Un bello manuscrito. Me alegra ver que ha encontrado el engaste que merece.”

Acarició con la punta de los dedos, como si quisiera suavizarla, una ligera ondulación del cuero.

“Mi tío me mandó que le dijera que este punto puede alisarse haciendo mayor presión, pero ha preferido dejarlo tal como estaba.”

“Y ha hecho bien. La piel no es una coraza; es un órgano del sentido y de la respiración. Hay que ver los poros.”

Los adornos que Peri había empleado eran sobrios y en realidad se limitaban a una fina cenefa. El sello que solía marcar en el cuero apenas era mayor que las armas de un anillo. Se componía del hierro de una lanza, con la divisa: *de ger trift* (la lanza acierta).

“Es una hermosa divisa, señor de Geer. ¿Tiene su nombre un origen franco?”

“Así parece; sin embargo, su origen es sajón. El ‘de’ es nominativo, indica el carácter, no el origen.”

Señaló el dibujo alrededor del cual estaba escrita la leyenda:

“Una cosa similar ocurrió con la punta de la lanza, que sólo poco a poco fue tomando la forma de lirio que ve usted aquí. Se convirtió en un adorno que ahora se imprime en las tarjetas de visita y en las tapas de los libros.”

“Me parece que lo dice usted con tristeza, y, sin embargo, deberían estar agradecidos a sus madres francas. Se diría que los sajones se han detenido en un estadio bastante salvaje.

“Tal vez esto sea lo mejor en los tiempos que vivimos. Pero hablaremos con más calma de todo esto si paso por aquí en otra ocasión.”

“Con mucho gusto. Venga a tomar el té. Mi tío se alegrará; me ha hablado mucho de usted. Me gustaría preguntarle también algunas cosas sobre Heinse… no sólo por curiosidad: estoy haciendo el doctorado con Fernkorn.”

Lucius se levantó.

“Acabo de verle hoy mismo. Se dice que estos días quiere hablar sobre el origen del individuo.”

“Es su plato fuerte. Espere un momento, se lo envolveré.”

Sacudió la cabeza y añadió:

“Cuando pienso en el miedo que he tenido me avergüenzo de mí misma. ¿Cree usted que ya ha pasado todo?”

“Puede estar segura. Zerboni ya está sirviendo pasteles. Y, si se siente intranquila, no tiene más que llamarme. Encontrará en mí a un amigo.”

“Lo dice por cortesía.”

Él le tendió la mano:

“Tómeme la palabra.”

EN PALACIO

CUANDO Lucius llegó a palacio, brillaban ya en los pasillos las luces que indicaban el fin del estado de alerta. Incluso en las agitaciones más pequeñas era necesario extremar las precauciones, porque el material explosivo se había acumulado hasta tal punto que incluso una chispa resultaba peligrosa.

La antesala estaba llena de gente que esperaba. Era sábado y había prisa por recibir las últimas firmas y órdenes para poder disfrutar la tarde libre en el Corso o en Vinho del Mar. En días como éste la vida ofrecía un particular sabor.

Theresa le anunció. El jefe ya le esperaba. Su cuarto de trabajo era austero; una gran mesa escritorio y algunas sillas constituían todo el mobiliario. Las paredes estaban adornadas con un retrato del Procóncul, algunos mapas y un plano de Heliópolis cubierto de polícromas banderitas. Sobre el tablero de la mesa no se veía ningún objeto, salvo un pequeño manojo de documentos y el teléfono. El único adorno era un ramillete de lirios. Frente a la mesa se extendía la pantalla de proyección permanente.

Sólo hacía dos años que estaba al frente de los asuntos del Procónsul. Como todos los del país de los Castillos, había iniciado su carrera en el cuerpo de cazadores montados y todavía vestía su uniforme. Entre los que le conocían, se le consideraba una mente de primer orden. Dominaba como un juego el trabajo bajo cuyo peso se había derrumbado su predecesor, Nieschlag. Y, sin embargo, nunca se le veía apresurado, ni en tensión. Nunca permitía que los asuntos le dominaran. Los iba analizando a modo de preguntas, que unas veces dejaba madurar y otras resolvía en el acto según lo juzgara conveniente. Nunca los tomaba por el filo, sino por la empuñadura. A su lado, las cosas oscuras parecían iluminarse; los caminos, simplificarse.

En este corto período de tiempo había remodelado a su voluntad el Estado Mayor. En los tiempos de Nieschlag se consideraba un mérito llegar a comprender y penetrar los asuntos hasta en sus mínimos detalles: "el genio es trabajo", era su lema preferido. Los informes, exposiciones, discusiones se perdían en infinitos detalles. Buscaba la decisión en el material acumulado, como si en él estuviera encerrada y de él hubiera que extraerla. De ahí que su gran preocupación consistiera en disponer de una documentación tan exhaustiva como fuera posible; como todos los que adoptan decisiones con dificultad, prefería los procedimientos escritos. La luz de su despacho estaba encendida hasta altas horas de la noche y se llevaba a casa extractos de los expedientes. De esta manera, consiguió crear una oficina, al servicio del Procónsul, que trabaja con eficiencia. Pero la lucha por el poder se libraba más allá de sus informes y registros. Fue una suerte que, en términos generales, su mandato coincidiera con un período de relativa paz. Pero tuvo que abandonar el puesto con el corazón y el estómago arruinados.

El nuevo jefe barrió aquel maremágnum de papel. Aquellos resúmenes a los que Nieschlag había dado tanta importancia iban directamente a la papelera sin ser leídos. Consiguió muy pronto que la cartera que Theresa depositaba todas las mañanas sobre su mesa de trabajo disminuyera de grosor, porque, liberada de todos los detalles superfluos, se reducía a la quintaesencia de los asuntos de su departamento. Sólo esta esencia concentrada le parecía digna de ser estudiada por el jefe. Supo también enfrentar a sus subordinados con su propia responsabilidad. "Disculpo más una iniciativa desafortunada que una actitud pasiva." La mentalidad burocrática le parecía funesta, y no toleraba que alguien se remitiera a documentos escritos si podía analizar directamente un asunto en el punto y hora en que había ocurrido. Como antiguo cazador montado, tenía en gran estima la equitación y pedía que el servicio diario se iniciara, en cualquier tiempo, con un paseo a caballo, ya fuera en el picadero, en la playa o en el Pagos. Insistía, sobre todo, en que tuviera un lugar privilegiado entre las asignaturas de la Escuela de Guerra:

"Cuando uno decide ser artista", solía decir, "es excelente buscar la cercanía de obras de arte y de cosas bellas, sin permitir que se le moleste al contemplarlas. Pero quien quiera ocupar puestos de mando hará bien en comenzar su jornada a caballo, al frente de las tropas."

Concedía valor al conocimiento plástico y concreto de las fuerzas enfrentadas y al buen olfato. Un desayuno de mauritanos podía ser más importante que una desbordada actividad. Insistía también en que se reunieran de vez en cuando para beber juntos unos vasos. Giraba visitas de inspección a las guarniciones y tendía sus hilos hasta las provincias de más allá de las Hespérides. Tenía cierto aire de libertad, heredada de la raza, que le confería una autoridad inmediata. Esto 1e permitía hacer frente a las intrigas de hombres hundidos por la desesperanza y hasta capitanear esta resistencia.

Lucius se presentó. El jefe se levantó y le estrechó la mano.

"Es estupendo que esté de nuevo aquí. Estábamos preocupados por usted. También el Procónsul le espera."

Le indicó una silla y desconectó el filme permanente, en cuya pantalla se sucedían las escenas del atraque del *Aviso Azul*. Luego conectó el regulador ambiental.

"Theresa, tráiganos té y diga ahí fuera que estaremos ocupados algún tiempo. A la gente le vendrá muy bien no visitar demasiado temprano a los viñadores. Y ahora cuénteme, de Geer. ¿Cómo está el país de los Castillos? ¿Se mantienen todavía en pie los viejos nidos?"

Lucius se sentó frente a él y comenzó su informe. Conocía todas las casas del país de los Castillos; también la del general, a la que hizo una visita. Los viejos muros aún resistían, pero cada vez eran más frágiles. Las rocas se hallaban agujereadas por las tumbas como un panal de abejas; era de temer que acabaran por de-

rrumbarse. Los muertos las devoraban. En las alquerías aún se vivía a la antigua usanza, o casi -porque también en el país de los Castillos estaban penetrando subrepticiamente algunas de las nuevas ideas. Cierto que su influencia y, sobre todo, su técnica nunca serían determinantes allí, pero estaban perturbando el curso suave y natural de la tradición. Habían comenzado por las cabezas, y se oían algunas de estas cosas a los jóvenes, en las conversaciones junto a las chimeneas. Pero, en conjunto, seguía reinando el buen orden y más allá de las Hespérides habría siempre espacio para una existencia digna.

La mayoría pensaba incluso en reforzar su aislamiento de cara al exterior. Incluso habían llegado a aconsejar a Lucius que no se mezclara en los asuntos de Heliópolis y de otras partes, en los que no había laureles que cosechar. Lo mejor que podía hacer era desentenderse de todo aquello. La política se había degradado a la condición de simple mecánica, sin figuras y sin otro contenido que la brutal violencia. Sería mejor aislarse en sus moradas inaccesibles, cultivar las tierras, cazar y pescar, consagrarse a las bellas artes y al culto a las tumbas de los antepasados, como se había hecho desde siempre. Todo lo demás no era sino espuma del tiempo, un cráter que ardía y se consumía en sí mismo. De aquellos reinos se podía decir lo que Heráclito de los efesios: que no valía la pena elaborar nuevas leyes que les permitieran subsistir. Era una lástima que las buenas cabezas del país de los Castillos entraran en aquel juego.

“Conozco hasta la saciedad estas máximas, mi querido amigo: son las mismas que se vienen repitiendo desde los tiempos del rey que rabió. Espero que habrá sabido replicar como es debido a estos caballos de mal tiro.”

“Hice cuanto estaba en mi mano para explicarles nuestra situación. También les hice saber, sin rodeos, nuestra opinión: que, por supuesto, seguimos pensando en el país de los Castillos como nuestro último refugio, pero que también tenemos obligaciones aquí. *Nosotros* podemos escurrir el bulto, pero, precisa-

mente por eso, somos los que menos derechos tenemos a pensar en los botes salvavidas. Tenemos no sólo una herencia, sino también una misión."

El jefe alzó la mano y Lucius tuvo la sensación de que se había acalorado demasiado. Interrumpió su exposición:

"¿Puedo preguntar qué ha ocurrido aquí mientras tanto? En Casteletto pasamos junto a un cadáver y en la ciudad vieja nos hemos encontrado con desórdenes."

El jefe señaló con un gesto la pantalla de proyección permanente:

"El cadáver fue visto por los centinelas de Vinho del Mar en las primeras horas. Pudieron comprobar que lo estaban colocando allí los centinelas de Casteletto. Ahora lo han retirado. Se trata a todas luces de un espectáculo particular montado por Messer Grande para sus compañeros de viaje. Los saqueos del barrio parsi marchan en otro sentido y pretenden alterar la situación general. Cuento con una escalada y una ampliación de las agitaciones. Mis agentes me han informado de que en la Oficina Central se ha montado una sección especial, bajo la dirección de un llamado doctor Becker, para los asuntos parsis. La prensa popular está dedicando mucho espacio a estos temas. Al parecer, también se han imprimido folletos."

"¿De qué se les acusa?"

"Más o menos de todo, y de algunas cosas más." "¿No se puede hacer nada por esta gente?"

"Como mucho, sólo caso por caso, en el marco de la seguridad general. Pero no constituyen un buen pretexto para desencadenar operaciones de mayor envergadura. Confiamos en que el Prefecto corneta otros errores que nos den mejores motivos. Los parsis se han hecho aquí tan impopulares como lo fueron en el

seno del Islam; además, tienen costumbres que les hacen extraños a los demás. Hay entre ellos prestamistas, pequeños usureros y banqueros. Y, en definitiva, no todo lo que se dice de sus hoteles y sus termas es pura invención. Para no ser menos que Messer Grande, he montado también aquí una comisión para los asuntos parsis. Puede recabar informes de ella, si tanto interés tiene por el destino de esta gente."

Se echó a reír y desconectó el regulador de ambiente.

"Ahora, descanse del viaje. Todavía le queda mucho trabajo. Seguro que Donna Emilia le atenderá bien."

Acompañó a Lucius hasta la puerta. Aquí, le apretó con fuerza el brazo y susurró en voz baja:

"Sus informes astúricos han sido entregados al Procónsul. Está contento con ellos. También hemos recibido noticias de Dom Pedro. El príncipe quiere hacerse una idea gene-ral de la situación, prescindiendo de detalles y con la máxima rapidez posible. Consúltelo con la almohada; mañana informaré de su exposición. No se vaya lejos, por si son necesarias aclaraciones verbales."

Lucius subió por las amplias escaleras hacia las habitaciones privadas. Fueron necesarias grandes obras de reestructuración y acondicionamiento para instalar el gran número de aposentos y salones que se habían hecho indispensables. Se había creado también espacio para despensas y cocinas. Antes, los adscritos a palacio vivían en casas diseminadas por la ciudad y en los barrios periféricos, pero las circunstancias actuales ya no lo permitían. De todas formas, el Procónsul no escatimó gastos para dotar a aquellos viejos edificios de todas las comodidades que podían disfrutarse en la parte nueva de la ciudad y en los barrios residenciales. Ni siquiera faltaba un pequeño teatro.

Lucius tenía sus habitaciones en la Volière, nombre dado a un

ala del edificio retirada, con amplias vistas sobre el mar. Debía su nombre al hecho de que las vidrieras de artesanía daban al mirador la apariencia de una jaula de pájaros, y también a que el Procónsul, que gustaba rodearse de artistas, solía ofrecerles vivienda en las buhardillas de aquella sección.

Lucius se sentía a gusto en la Volière. La altura, el amplio panorama y hasta la luminosidad, por otra parte insólita en el sombrío edificio, le recordaban el país de los Castillos. Se había acostumbrado a vivir aquí cuando se reintegró al servicio. No fue fácil, después de largos años de independencia. El ritmo de su vida se regía por unas costumbres regulares que crean en el hombre soltero una especie de sensación de hogar. Amaba sus libros, sus muebles, sus solitarios paseos y, de vez en cuando, tomar unos vasos en compañía de mentes despiertas, dotadas todavía de capacidad de asombro. Todo ello se daba cita aquí.

La entrada a sus habitaciones estaba tallada en vieja piedra y desembocaba en un pequeño vestíbulo. Desde éste se pasaba al cuarto de trabajo, al que se anexionaban, a mano izquierda, un dormitorio y un cuarto de baño. Estas piezas se reproducían simétricamente a mano derecha, por otras que estaban reservadas a los invitados. Había además una despensa, un cuarto trastero e incluso un cuarto para guarnicionería. Un balcón cubierto proporcionaba retiro agradable para los días calurosos. A Lucius no le gustaba la climatización artificial. Cuando soplaba el viento norteño, recurría a una pequeña chimenea adornada con bronce térmico.

Hacía poco tiempo que se habían añadido dos nuevas habitaciones: la cocina y la cámara acorazada, cuya utilización era obligatoria para todos los colaboradores del Procónsul. Esta cámara era tan grande que Lucius podía leer y escribir en ella como en la cabina de un barco. En sus cajones guardaba, aparte de los documentos secretos, sus diarios personales y los manuscritos cuya encuadernación encomendaba a Peri.

La cocina era más bien un *office* donde podía enfriar o calentar los alimentos que se hacía traer por medio de Costar o de Donna Emilia. Su mejor pieza era una placa de bronce térmico, aislada por un recuadro de porcelana, cuya escala de temperaturas alcanzaba todos los grados de frío y calor deseables desde el punto de vista gastronómico.

Al entrar Lucius, saltó a su encuentro Mamut, el gato negro que Donna Emilia confiaba a Ortner cuando el comandante estaba de viaje. A Lucius le agradaba su filosófica compañía y sentía que su trabajo progresaba cuando el animal estaba cerca. Donna Emilia había puesto flores sobre la mesa. Entró por la puerta del balcón y le saludó.

Donna Emilia podría tener unos cincuenta años. No se sabía quiénes fueron sus padres; el padre de Lucius la halló, cuando era niña, en una aldea cuyos habitantes habían sido asesinados por guerrilleros y se la llevó consigo al país de los Castillos. Allí creció como un miembro más de la familia. Había estado al servicio de Lucius; más tarde se casó con un hombre dedicado al comercio con las Islas. Al quedarse viuda, regresó al hogar y desde entonces se hizo cargo de la administración doméstica de Lucius. Costar, adscrito a su servicio personal, procedía de una de las pequeñas alquerías del país de los Castillos, y desde allí vinieron los dos con Lucius. Vivían en la misma ala del edificio y sus fonóforos estaban conectados con el del comandante. Mario estaba adscrito a su servicio como chófer y llevaba el aparato normal de servicio.

Llamaron a la puerta y entró en el cuarto Helder, un joven pintor que ocupaba las habitaciones contiguas. Era uno de los artistas a quienes el Procónsul había concedido una vivienda en la Volière; desde su estudio se disfrutaba de una espléndida vista sobre la ciudad y el mar. Pero no había abandonado su antiguo lugar de trabajo, una casita en el jardín de un restaurante, el "Wolters' Établissement". Avanzó hacia Lucius y le estrechó la mano:

“Me dijo Donna Emilia que había vuelto, y no quiero molestar. Seguramente tendrá muchas cosas que hacer. Pero ocurre que mañana por la tarde celebro mi cumpleaños… Me gustaría que asistiera. También estarán Ortner y Semen”

“Haré todo lo posible por ir. Usted sabe bien, Helder, que me siento muy a gusto en su compañía.”

Entró Costar y deshizo las maletas. Mario anunció que Melitta había vuelto con los suyos y le daba las gracias una vez más. Llegaron mensajeros con órdenes, trajeron un ramo de flores y vino el correo, que se amontonaba. Había conduido el viaje a las Hespérides y la vida reanudaba su ritmo en esta casa.

Había comido, ojeado la correspondencia y cambiado el uniforme por un batín. Se acercaba el crepúsculo; en los balcones, aumentaba la luminosidad de las flores rojas y amarillas. Las golondrinas, que había gozado la plena luz del día, buscaban sus nidos en las almenas y eran sustituidas por grandes murciélagos. En el puerto, en la ciudad y en el mar comenzaban a encenderse las luces.

Donna Emilia preparaba el té, de pie ante la placa de bronce, esperando que la infusión adquiriera un oscuro tinte castaño-rojizo. Lucius se lo había pedido para aquella noche. El día había sido largo y rico en imágenes. Donna Emilia preparó el servicio y se despidió deseándole buenas noches. Lucius sólo podía abrir la cámara acorazada cuando no había nadie presente. Había que pronunciar una contraseña para que apareciera la cerradura y otra para que se abriera; entonces giraba la puerta con un débil silbido. Colocó la llave en la parte interior y conectó la lámpara y el ventilador. Tomó el té y se encerró, con Alamut, para ponerse a trabajar. Extrajo de una cajita un rimero de papeles de color castaño. Cada una de las hojas llevaba, en caracteres fosforescentes, la inscripción: “¡Atención! ¡Inflamable! ¡No abrir a la luz del día!” Se trataba de una invención de la casa. Su misión prin-

cipal era de índole pedagógica: se pretendía que los documentos e informes sólo se leyeran y escribieran en la cámara acorazada. En caso de robo o pérdida, el escrito se aniquilaría antes de que nadie pudiera leerlo. El jefe opinaba, en cambio, que la auténtica ventaja de la innovación consistía en que provocaba vastos incendios de archivos. Lo introdujo bajo los insistentes ruegos del jefe de los artificieros, Sievers, considerado como un genio en su especialidad. En este caso concreto, Lucius consideraba útil el procedimiento. En la margen izquierda escribió las palabras: "Sólo para el jefe y el Procónsul", y comenzó a redactar su informe, primero en taquigrafía:

"Son ya conocidos los detalles de las audiencias que me concedió Dom Pedro y las conversaciones que mantuve con su adjunto. Véanse los informes por correo I al V. Expreso ahora mi juicio sobre la situación:

"Puede admitirse como dato seguro que Dom Pedro derribará, en el curso de este mismo año, al actual gobierno y lo sustituirá por hombres fieles a su persona. Este golpe de Estado suscitará forzosamente agitaciones en los partidos populares de todos los países. Dom Pedro espera que el Procónsul estimará que de este modo se le ofrece una ocasión favorable para desembarazarse no sólo del Prefecto, sino también de la plebe que le apoya. Para conseguir la ayuda del Procónsul, está dispuesto a hacer sacrificios materiales y personales que, con toda certeza, serán mayores que los detallados por extenso en Asturia III.

"Quedaba pues por determinar si son idénticas las situaciones del Procónsul y de Dom Pedro y si existía, por tanto, base suficiente para una acción conjunta. Dom Pedro y su adjunto están convencidos de que es así. Pero cabe objetar que los enemigos de nuestros enemigos no son necesariamente nuestros amigos. Los objetivos del Procónsul son más vastos y quedarían gravemente comprometidos por la participación en operaciones que no tengan en cuenta la totalidad de la situación. Es de temer que se dé este caso si intenta culminar -en el sentido que da Clausewitz a

esta palabra- sólo con uno de los partidos de la guerra civil.

“En este punto, insinué que el Procónsul se niega a intervenir en simples golpes de Estado, incluso en el caso de que el éxito esté asegurado. Ni los hombres, ni los métodos, ni las ideas de Dom Pedro van más allá del marco de una dictadura.

“Lo dicho no excluye, sin embargo, que deba prestarse atención a estos proyectos. Su fracaso tendría repercusiones también en Heliópolis. Por esta razón, es recomendable prestarle apoyo político. Esto implicará un sacrificio de la *potestas,* pero la pérdida se compensará con un aumento de la *auctoritas.* En este caso, puede contarse con el Procónsul.

“A estas objeciones, el adjunto respondió que fue el partido contrario el que inició el camino de la violencia. Que debería hablarse más bien de legítima defensa, porque desde hada ya mucho tiempo la mayoría no era más que un simple título para legalizar el crimen. Los hombres honrados estaban en minoría y eran muy pocos los capacitados para comprender lo que era justo.

“Es previsible que la tentativa de Dom Pedro fracase. Se trata de un contragolpe con todas las debilidades de la reacción, y, en el mejor de los casos, sólo conseguirá una firmeza artificial, la galvanización del desorden; y, aun así, sólo durante cierto tiempo. Si el Procónsul está de acuerdo con esta interpretación, no debe reconocer la iniciativa, y hasta debe desaprobarla expresamente. Es previsible que esto implique un aumento del peligro, pero es al mismo tiempo una señal de fortaleza: se vería así que hace honor a su lema de estar por encima de los partidos. El destino llamará con más fuerza, con mayor apremio. Tiene aplicación aquí la máxima de Novalis según la cual, cuando se fuerzan las cosas, fácilmente pasan al extremo contrario.

“En la práctica se trata de ganar tiempo, pero no dejándolo pasar, sino profundizándolo; y esto tanto por la consolidación de

nuestra posición de poder como por la de sus presupuestos éticos. Esto es válido sobre todo respecto a la Escuela de Guerra. El palacio debería ofrecer protección no sólo a los espíritus libres y cultivados, sino también a los perseguidos, incluso en los casos en que, desde el punto de vista político, la operación no ofrezca ventajas y hasta cuando parezca tratarse de enemigos.

“De este modo, la fortaleza afluirá día a día como un torrente de invisible poder sobre el que descansa el visible. El capital será tan grande que actuará por sí mismo, por el simple hecho de existir.”

Había escrito estas páginas casi con la misma rapidez con que se las lee. Eran cosas que le resultaban familiares. Dejó entonces en el suelo a Alamut, que se había encaramado en sus rodillas, y conectó el regulador ambiental. Abrió la celda y salió al balcón. Había disminuido el número de luces; un cálido viento nocturno soplaba desde el mar.

Volvió al angosto espacio. Tras asegurarse de que el fonóforo estaba desconectado, leyó a media voz, a veces tropezando, las páginas escritas. Tenía la impresión de que, tratándose de un informe de servicio, el contenido del escrito era demasiado personal, sobre todo en las líneas finales.

“Esto debería reservarlo para la exposición ante el príncipe: al jefe no le gustan estas reflexiones.”

Tachó también la alusión a la Escuela de Guerra: era un punto delicado. Las tachaduras y correcciones le llevaron más tiempo que el primer borrador. Siguió luego la copia en limpio, con ayuda de una pequeña máquina, y, al fin, la quema del manuscrito. A continuación hizo un rollo con las hojas y las guardó en un estuche oscuro.

Como le ocurría a menudo cuando trabajaba de noche, un poco antes del canto del gallo se sentía extrañamente lúcido y despier-

to. La voluntad era más débil, pero aumentaba la capacidad intuitiva. Las cosas se le acercaban con contornos más claros, como si estuvieran dotadas del poder de la palabra. Solía entonces pasear de un lado a otro, ya contemplando un cuadro, ya abriendo un libro y hojeándolo. Le parecía que los pensamientos fluían por sí solos, que se agolpaban ante su puerta y llamaban suavemente. Fuera, ya se había despertado un ave que sin duda había estado cubriendo con sus alas a sus desnudos polluelos; su llamada sonaba todavía ensoñadora, todavía maternal y nocturna, pero anunciaba ya el primer saludo de amor del incipiente día.

Su mirada cayó sobre el Heinse; en casa de Peri sólo le había echado una fugaz ojeada. Lo sacó de su envoltura para gozar con sosiego de su vista. Examinó el estrecho filete de oro que con mano firme, sin vacilaciones, se había grabado al buril sobre el cuero. Aquellos meandros expresaban fielmente el *leitmotiv* de Heinse: extraños entrelazamientos, pero guiados por la antigua medida. Como a otros muchos grandes alemanes, también a Heinse le habían dado la forma los griegos -la copa para un vino demasiado fuerte. También Heinse estuvo muchas veces a punto de disolverse en los elementos, como Grabbe y otros muchos. Pero había magníficos pasajes que se conservarían incólumes: antiguas islas se alzaban sobre el tempestuoso mar. Así, por ejemplo, la descripción de la noche de bodas del *Ardinghello,* con la tumultuosa irrupción de los corsarios, la persecución y la batalla naval, el regreso con la novia raptada y sus compañeros: un canto al borde del acantilado, un orden sinfónico de belleza y peligro. De vez en cuando, alguno de los hijos de esta raza de efímeras pedía prestados los ojos de los Inmortales y contemplaba, con su mismo placer, cómo las oscuras olas de la vida ondeaban dentro del cristal. Y entonces el tiempo se detenía.

Abrió el estuche y extendió las hojas, cubiertas de una apretada escritura. ¿Quién podría seguir el destino de este manuscrito que, a través de guerras y destrucciones, a través de los Grandes Incendios, había llegado hasta este día? Ya en los tiempos de Sömmering, que heredó las obras de Heinse, del *opus* propiamente

dicho sólo se conservaba el fragmento de “Las cerezas”, una obra de juventud al estilo de Grécourt. Fue una gran suerte que, después de la primera de las grandes catástrofes, se descubrieran e imprimieran los diarios personales.

Lucius se consagraba a su pequeña colección de manuscritos con la misma veneración con que en otros tiempos se guardaban las reliquias. En un libro impreso veía la conversación del autor con el lector y con la sociedad de su tiempo, mientras que en los manuscritos escuchaba su monólogo -más aún: su diálogo con Dios. En todo autor vivía una voluntad tendida hacia el todo, una chispa de poder creador. Y, al lanzarse hacia el todo, se presentaba ante sus terribles jueces con la más absoluta libertad, ya antes de que recayera la sentencia. El manuscrito era la preciosa escoria que había quedado de estas llamas, fundiciones, aniquilaciones y purificaciones del espíritu.

Y luego los esquemas, los osados planes. En más de un aspecto, eran mejores incluso que las obras maestras, del mismo modo que la Idea es siempre inalcanzable. Tampoco se terminó nunca esta novela. Pero estas pocas páginas permitían ya ver las garras del grifo que huyó volando del nido del padre Gleim. El telón de fondo estaba formado por las luchas entre las casas rivales de los Orsini y los Colonna, en la Roma de Alejandro VI. Se encuentra ya aquí la concepción plena del individuo soberano, el gran tema de Gobineau y Stendhal, de Burckhardt, Nietzsche y todos los demás. Se iniciaba ya el resplandor de los terribles fanales. Así, por ejemplo:

“No regresaré nunca. Me he lanzado a una nueva esfera, hermano, y tengo que hacerme un sitio allí, arrojar del camino a una poderosa chusma o estrellarme contra el abismo. Comienzan mis trabajos, el juego ha llegado a su fin. Pero tú sigue soñando un poco; pronto irrumpirá también para ti el día. La próxima semana partiré para Roma, Borgia, Florencia.”

Por aquellas fechas, Napoleón tenía doce años y Mirabeau había

dejado ya a sus espaldas sus primeros actos demenciales. Todavía seguía funcionando el dorado reloj de Versalles. Pero ya se conocían el *Götz von Berlichingen* y el *Sturm und Drang.* Ahora bien, ¿se había comprendido qué clase de decisión se había adoptado con el suicidio de Werther? Los espíritus como Fernkorn seguían el buen rastro. Sin duda, por aquella época los franceses habían visto con mayor claridad el gran cambio de los tiempos, pero los alemanes les ganaban en profundidad: el hombre nuevo era sólo una promesa, no una meta.

Y luego las tachaduras, los sobreañadidos, las restituciones. Esta línea decía primero: "las más rojas uvas", luego: "las rojeantes uvas". Y esta otra: "He sentido el calor de la vida y me ha penetrado como ardor y llama". En la corrección, las últimas palabras habían sido sustituidas por "rayo y tempestad".

Cerró las hojas y las guardó en el estuche. Las palabras son el supremo blanco del arquero. Nunca se acertará, desde luego, en el centro -es un punto ideal, inextenso. Pero ya el mismo orden de las flechas indicaba la postura del autor frente a la meta invisible. Ésta es, en medio de los cambios, su inconmovible profesión: dirigir, con palabras, el sentido hacia lo inexpresable; con sonidos, hacia las armonías nunca oídas; con mármol, hacia las regiones etéreas; con colores, hacia el resplandor supraterrenal. La calidad suprema que podía alcanzar era la transparencia. Por eso, en medio de la aniquilación, su oficio era más necesario que nunca.

Tras haberlo contemplado todavía un largo instante, Lucius guardó el volumen en una gaveta. Quién sabe si también muy pronto desaparecería consumido por las llamas, en esta ciudad en que las fuerzas enemigas se hallaban tan juntas como las viejas torres de Florencia. Era también curiosa la actitud frente a la propiedad: había que desligar a tiempo el corazón de las cosas que se poseían, para que no causara demasiado dolor su pérdida. Y, con todo, también aquí se daba una gradación creciente. Era evidente que de las cosas sólo se puede poseer lo que tienen

de invulnerables, de indestructibles. Incluso el propio cuerpo y los sentidos de que estaba revestido se llevaban sólo como un vestido prestado. Justamente el peligro suscitaba un nuevo sentimiento de la vida.

Recordó a Budur Peri y la fuerte impresión que había producido en la muchacha su presencia. En su debilidad había una especie de poder, pero de una índole diferente a la de aquel a que estaba habituado. Era el poder de los niños, el poder que pedía cuidado y protección. Aquellos tiempos hacían que los encuentros entre hombres fueran más profundos que en épocas de paz; se encontraban como navíos cuyas cuadernas están desunidas. Entonces hay que concederse mutuamente cosas más elevadas, negarse cosas más decisivas, que cuando se está sobre tierra firme.

“Reflexionaré un poco sobre estas cosas”, se dijo para sí.

Salió de nuevo al balcón. Casas y palacios yacían ahora silenciosos bajo la luz de la aurora. Desde el Corso, la Allée des Flamboyants y la anchurosa calle del Regente, irradiaba el follaje de los árboles con un verdor tenue que apenas era todavía un color. Una bandada de palomas cruzó sobre los tejados con sus rosadas pechugas iluminadas por un sol todavía invisible. De ordinario, a estas horas se veían ya las rojas y cuadradas velas de las barcas de los pescadores, que regresaban de su faena nocturna; hoy, domingo, no aparecían en el horizonte. Pero asomaban ya las puntiagudas alas de los yates. Se oían los primeros pasos en el palacio.

Lucius se sentía aún despejado. Estas vigilias, durante noches como aquélla, le vigorizaban como el arco a la flecha que vuela ligera hasta que se precipita al suelo. El cansancio no se acusaba hasta la tarde, pero entonces imperiosamente.

Ojeó rápidamente las notas que se habían ido acumulando en el transcurso de su viaje y que esperaban ser trasladadas a su diario. Durante la travesía marítima había comenzado una nueva

sección, un autorretrato. Le había movido a ello la lectura de un corto fragmento en prosa de La Rochefoucauld que comenzaba con la frase: *Je suis d'une taille médiocre, libre et bien proportionnée,* la cual constituye uno de los grandes hitos en el camino del descubrimiento del hombre a través de su mundo interior. Hacía ya mucho tiempo que las técnicas pictóricas se prestaban a estos intentos mejor que las escultóricas. Los caracteres se habían diversificado hasta tal punto que se requería la pincelada del pintor. Por otra parte, la conciencia se había agudizado hasta límites extremos, había penetrado en la oscuridad de los pozos como la lámpara del minero. Resultaba de aquí una doble luz que iluminaba las regiones de los sueños y hasta del mito -en cuanto sueño de los pueblos- mucho más claramente que cuanto se había logrado en épocas precedentes. Del mismo modo que la física había penetrado hasta los átomos, el individuo había llegado hasta las partículas elementales de su propio ser. La consecuencia podía ser la destrucción,

o también acaso la intervención de fuerzas enormes. Lucius ojeó uno de los pasajes que había taquigrafiado, a la espera de una elaboración posterior:

"… y luego sobre el amor, sobre las relaciones con él. Los tipos… La clasificación de Stendhal es pura sociología. Sólo hay un amor, más allá del tiempo y del espacio; todos los encuentros sobre la tierra son sólo símbolos, son diversos matices de una luz única e indivisible. El amor en lo extenso, en los torbellinos del tiempo, es telúrico, es neptuniano; el Océano es la cuna desde la cual se alza Afrodita. De este abismo surge lo que tiene de onda y ritmo, de tensión y mezcla, de magnífico y terrible. En la orilla del mar y sobre los acantilados escuchamos su canción sin nombre, su canción del destino, los profundos cantos de las sirenas que intentan seducirnos para perdernos en su mar, en las auroras y los ocasos. Nos arrastra su encanto irresistible.

"Me he hecho a la mar con los pescadores, cuando grandes bancos de peces se acercan a la costa. Desde lejos, como atraídos

por imanes de fuego, se precipitan hacia el fondo para sus paradas nupciales. Como adorno nupcial despliegan los colores de las piedras preciosas. Se los ve, por legiones, lomo contra lomo, en torno a las quillas de las barcas. Las olas, en las que esperma y óvulos se mezclan, parecen hervir, borbotar por el calor del amor. El ojo no es capaz de distinguir lo que es cuerpo y lo que es ola. Y en su entorno tienden las redes su anillo circular.

“Todo esto sólo puede ser el reflejo del amor. Reina en lo inextenso, nos alcanza desde inmensas distancias con su invisible rayo. En él radica lo que el encuentro tiene de eterno, de imperecedero. Por él es consagrada la espuma.

“Los símbolos neptunianos dominan en lo extenso y sobre los anónimos enjambres, en el ámbito de lo elemental. Hay tan pocas parejas de amantes célebres, que se las puede contar con los dedos de la mano. Su característica es la desdicha terrenal. Se encuentran, como Dante y Beatriz, en el puente sobre la corriente del tiempo. Siguen las leyes de las paralelas: se encuentran en el infinito.

“Mis amigos opinan que mi educación en el país de los Castillos me ha perjudicado y que llevo en mi espíritu, como cicatriz, una especie de españolismo. Hay algo de cierto en ello. Yo amaba la soledad, pero no era una soledad inerte. Nunca sentí tan cerca, ni con tan clara conciencia, la unidad del Creador y las criaturas. Pienso en los paseos a caballo en mayo y junio, cuando la naturaleza se abría como un espléndido salón. Las praderas resplandecían con el verdor de la vida. Florecían los árboles; en cada cáliz había algo más que la promesa de un fruto futuro. Así, en el centro de la rueda hay más de lo que se repite en su giro y la llama se alimenta de un núcleo invisible.

“Y luego los bosques, su profunda y mohosa radiación. Desde la espesura venía en oleadas el aroma de las clemátides. El canto del cuco, o el trino de los carpinteros, el zureo de las tórtolas en las rejas de sombras… Las llamadas eran como aldabonazos en

el silencio.

“En una de estas horas me encontré por vez primera con Astrid. Cabalgaba con su hermano, que moriría más tarde en combate en Asturias, vestida con un corpiño azul, los cabellos tendidos al viento. Desde entonces, la vi casi todos los días, pero casi nunca lo bastante cerca para saludarla, porque me apartaba cuando la divisaba a lo lejos. Jamás me hubiera atrevido a dirigirle una palabra. Me sentía ridículo; cuando pasaba, la esquivaba. Pero me gustaba contemplarla desde lejos, como un punto en el país de la primavera, y siempre pensaba en ella. Todavía hoy su imagen sigue en mí más clara y luminosa que ninguna otra.

“Parecía como si este primer encuentro hubiera arrojado una sombra sobre todas las demás cosas: a menudo veía en las calles de la ciudad, en el esplendor de una fiesta, en el palco del teatro, una figura femenina que me recordaba a Astrid, como una flor, rodeada de un aroma, un fulgor, un bienestar de naturaleza superior. Pero sé también que la distancia es aquí un factor inseparable. Fuerza de atracción y fuerza de repulsión se mantienen en equilibrio: es inútil todo esfuerzo por tender un punto sobre este abismo. Presentimos el poder de las separaciones primigenias.

“¡Cuán distinto es el mundo en que rigen los poderes neptunianos! Aquí la vida nos apresa en una sólida red. Pasé una temporada en una de las costas del Mar del Norte, en casa de un amigo de Nigromontano. Nos dedicábamos a la caza y la pesca y perseguíamos al urogallo y al alce, al bisonte y a los escurridizos salmones. Todavía había noches, pero el sol sólo desaparecía por algunos instantes. Eran los días que allí se llaman alciónicos: la época de incubación del alción.

“Habíamos estado en un *saether,* una de las cabañas alpinas a orillas de los pantanos elevados, celebrando una alegre fiesta. Los jóvenes de aquella región son silenciosos, ensimismados, pero alegres cuando se reúnen en estos días.

“Cuando nos separamos, una pálida luna ascendía en el cielo; los caminos se extendían como luminosas arterias por las praderas. Acompañé a Ingrid a su granja, situada junto a la playa. Reíamos y corríamos por las pendientes abajo, Ingrid un poco por delante de mí. Me había tomado de la mano y la mantenía elevada, como si quisiera enseñarme el movimiento de la danza, o tal vez el vuelo. Los cuerpos eran ligeros, casi espirituales.

“Llegamos así a la empalizada que rodeaba a la granja, en una amplia extensión, para guardar los animales. Mientras tanto, la luna había adquirido color; las sombras de los avellanos y de los saúcos se proyectaban como un enrejado sobre el camino. Las cruzábamos con precaución, como si se nos hubiera concedido el poder de pasar por las paredes, las cadenas y las rejas de las cárceles. El jazmín nórdico resplandecía en blancas llamas, brotaba de él un aroma maravilloso. Oímos la llamada de los chorlitos en las praderas junto al fiordo.

“Nos cogimos de nuevo las manos, pero esta vez por miedo. El campo tenía una luminosidad eléctrica y nosotros éramos los polos en que la corriente se cerraba sobre sí. Se iban ensanchando los anillos de oscuras y profundas ondulaciones, cada vez más pesadas. Sentí que la sangre se arqueaba en mí como la superficie del mar cuando se alza al encuentro de la luna.

“La luz parecía difuminar los rasgos de Ingrid; se había transformado en una máscara, con oscuros agujeros por ojos. Mi compañera había sufrido una modificación total, su ser propio se había fundido por entero. Tomé su rostro con ambas manos, recorrí sus formas, para reconocerla, con las puntas de los dedos… Desde el nacimiento de los cabellos, pasando por la frente, los cerrados ojos, hasta los labios, que me oprimieron suavemente, y la barbilla. Seguí por los hombros, las líneas del cuerpo, que iba descubriendo como si fuera un reino desconocido. Sentí cómo ella respondía, al modo como la mimosa se estremece ante el contacto, pero desplegando al mismo tiempo todo su encanto. Así vibran las cuerdas del arpa, así se redondea el ánfora bajo la

mano del alfarero. Desde el mar venía el hálito de rizadas algas marinas. Luego siguió el aroma de las flores del castaño.

"Cuando recuerdo aquellas noches, las lágrimas acuden a mis ojos. Tal vez sea la deuda que pago al tiempo. Entonces, cuando me despedí de Ingrid, sentí que las gotas fluían silenciosamente sobre mi rostro, hasta la mano. Había allí un dolor sin límites, porque el abrazo no puede prolongarse.

"A Nigromontano no le desagradaban mis encuentros con mujeres como Ingrid. Pero quería que fueran fugaces. Tocó el tema en uno de nuestros paseos, pero, como siempre, se contentó con alusiones. Actuaba como si lo que decía perteneciera más bien al ámbito de la enseñanza del provenzal, sobre el cual me estaba dando por entonces algunas lecciones.

" 'La desenvoltura es una especie de naturaleza superior, el movimiento espontáneo del hombre libre dentro del atavío que le viene de la naturaleza. La encuentras en los juegos, los torneos, la caza, los banquetes, y en los campos de batalla, donde presta a las armas su fulgor. Pero debe estar acompañada por la *souplesse*, la flexibilidad. La palabra viene del provenzal: *supplex* es el que dobla, flexiona la rodilla. Puedes saber que posees desenvoltura cuando los hombres te juzgan digno de su trato; que posees flexibilidad, cuando las mujeres te honran con su afecto.'

"Hasta aquí Nigromontano, una de cuyas enseñanzas era que la naturaleza interior del hombre debe hacerse visible en su superficie como la flor que nace del germen. Pero otra era la opinión del padre Félix, a quien confiaba mis secretos desde que estuve adscrito al palacio. Le pregunté si era posible la gran síntesis, si podría darse una mujer en la que se unieran las cualidades de Ingrid y las de Astrid. Me contestó que esta pregunta desborda nuestro ámbito y que sólo en la adoración podía adivinarse la respuesta.

'Pero tú atente al dogma según el cual la materialidad de las

imágenes oculta a las miradas el resplandor supraterrenal. Así lo ha ido tejiendo la sabiduría de los padres en el curso de los siglos. Nunca encontrarás en la tierra lo supremo, pero hazte digno de ello llevando una vida acorde con las reglas bien acreditadas, para cuando tengas que traspasar la última puerta. Hoy es tan espantosa como en los tiempos paganos la osadía de los hombres, quienes quieren sentarse a mesas que no han sido preparadas para ellos. Tú gobiérnate según la norma de Boecio: una tierra dominada nos da las estrellas. Éste es el único camino recto.̓.

Leyó fugazmente otra nota, escrita en una ocasión diferente:

“Cabo Rojo. Estación hidrobiológica. Las once de la mañana. Buen tiempo. El sol brilla claro en el desnudo cuarto de trabajo, situado en una de las antiguas casamatas. El agua del mar se desliza por cuencas cristalinas. A lo largo de las paredes se alinean las estanterías, sobre las que descansan libros, productos químicos, instrumentos y preparados.

“La mesa de trabajo con sus microscopios, reactivos, tubos de vidrio en los que juguetea el sol. En recipientes de cristal, una serie de clipeastroideos que Taubenheimer ha ordenado que me traigan. Abro con el escalpelo las cúpulas óseas, bajo cuyas azules espinas se ocultan jeroglíficos. Aparece entonces la simetría interior, la estructura pentarradiada de los órganos internos, los vasos linfáticos, el ovario castaño-rojizo, la linterna de Aristóteles. Una vez abiertos los astroideos, instilo

en dos delgadas placas, que llevan los signos y, tejido reproductor masculino y femenino.

“Pongo primero bajo el microscopio el tejido femenino, en una gotita de agua. Es redondo, incoloro y sólo visible porque la refracción de luz es un poco diferente que la del elemento neptuniano en el cual se agita.

“A continuación, añado a la gota de agua una traza de tejido masculino. Enjambres de espermatozoides se acercan, con movimiento vibrátil, hacia los óvulos. Se les ve orbitar como cometas en torno a los globos hasta que uno de ellos consigue penetrar en el interior. Una vez lograda la copulación, el óvulo se cierra mediante un espesamiento de la membrana hacia el exterior. Comienzan ahora las maravillas, muchas veces contempladas, de la radiación y la división, que van modelando, en una serie de secuencias complicadas, la simetría y el desarrollo del nuevo ser.

“Taubenheimer expuso brillantemente la técnica de este proceso. Con todo, le he preguntado en vano muchas veces qué es lo que hay de significativo en este acoplamiento, dónde está la materia para un saber superior. Me da la impresión de que ni siquiera entiende la pregunta, de que no ha captado el enigma.

“Para empezar, ¿qué es lo que distingue lo masculino de lo femenino en este modelo minúsculo? Encontramos el núcleo, la sustancia radiante, tanto en el semen como en el óvulo. El plasma, en cambio, muy desarrollado en el óvulo como materia nutritiva y de soporte, toma en el semen la forma de látigo, como instrumento de un movimiento espacial y una acción de ataque.

“Podernos considerar el plasma como el elemento telúrico y, en especial, como la herencia neptuniana de que hemos sido dotados. Es una imagen del mar: en el óvulo, como la materia cósmica, que descansa en cristalinas esferas; en el esperma, como fuerza cósmica, cuya señal es la ola.

“En el núcleo podemos ver, en cambio, nuestra herencia astral; lo vemos actuar siguiendo las leyes de la luz y la radiación, cuando está a punto de nacer una nueva vida. En toda generación se refleja el universo.

¿Qué es lo que me empuja a asegurarme, con los medios de que disponemos, de aquello que desde el principio no ofreció ninguna duda para la fe? Me parece que el padre Félix se muestra in-

dulgente en este aspecto, como se tolera la debilidad de un niño:

'Son órganos que te abandonarán cuando suene la hora… la partitura temporal de una melodía eterna.' "

El sol bañaba ahora con su claridad toda la estancia. Repicaban las campanas para la misa matutina. Lucius cerró la celda acorazada y abrió la puerta que daba al pasillo. Deshizo las ropas de la cama. No tardaría en aparecer Donna Emilia con el desayuno y la leche para Alamut y comenzaría a reñirle si advertía que había pasado en vela toda la noche.

EL SIMPOSIO

EL ESTUDIO del pintor coronaba la Volière; la mirada se extendía a lo lejos, hasta las Islas y el mar. La pared meridional y el techo formaban un frente abombado de cristal sin junturas. La pesada cúpula apenas se distinguía del aire, pero a través de su finísimo enrejado actuaban impulsos que provocaban cambios en la calidad de la transparencia. Estaba conectada con un cuadro de mandos que se parecía a la paleta de un pintor. De este modo, Halder disponía en cada instante de la luz deseada. Podía también prescindir de cortinas, ya que en cierto modo estaban incorporadas a la ventana misma. En el más claro mediodía, podía reinar en el estudio la oscuridad nocturna con sólo hacer bajar hasta el punto cero la barra del cuadro de mandos. Su extensión y, sobre todo, su unidad sin fisuras hacían costosa la instalación; era un regalo del Procónsul, que había hecho instalar estos mismos dispositivos en los invernaderos.

En aquel momento, Halder dejaba penetrar la luz a raudales; sólo las paredes internas estaban débilmente iluminadas. La luna estaba en su cenit. Se divisaban las hogueras en las Islas y los barcos en la bahía, bañado de luz. Desde el cabo Rojo al Cabo Blanco, un collar de perlas marcaba con su brillo la orilla del golfo y se reflejaba en las ondas. De vez en cuando, al paso de un barco, lanzaban sus destellos los espejos de la entrada de la dársena. En el Corso, los vehículos señalaban el óctuple reguero de sus faros. Los obeliscos despedían su rojizo resplandor; las fuentes, su brillo plateado. En el Gran Puerto y en su zona franca giraban los tiovivos y las norias gigantes y ascendían al cielo los fuegos artificiales. En la superficie del mar se dibujaba el rectángulo del puerto de cohetes. Más allá de la ciudad vieja palpitaban las luces de orientación del aeródromo, cuyo plano de destacaba contra la noche como marcado por un lápiz fosforescente. Sobre él flotaba, mediante anclaje magnético, una pequeña nube roja perceptible a simple vista desde gran distancia y fácilmente de-

tectable por los radares de vuelo sin visibilidad. Gusanos de luz, rojos y verdes, parpadeaban acá y acullá. En la alta atmósfera, las órbitas de los cohetes dejaban un reguero de chispas. El espacio parecía una oscura caverna en la cual una conciencia matemática vigilara con polícromos ojos y llevara adelante su juego.

Como siempre que contemplaba este espectáculo, Halder sentía un estremecimiento de orgullo y, al mismo tiempo, de temor. Se diría que el cerebro se elevaba con demasiada osadía y que el diafragma respondía con una contracción de advertencia.

"Son los palacios encantados de *Las mil y una noches.* Desde niño tuve la sensación de que no podíamos morar en ellos; somos arrastrados por lo desconocido como Sindbad por el gran pez, o como por las alas de los príncipes de los demonios, que Alá quema con una estrella. No podemos saltar al vacío. Hemos sido arrojados como un proyectil y, sin embargo, el hombre no siempre ha vivido así. ¿Cuál es el sentido, cuál el objetivo de esta terrible trayectoria?"

Había dicho estas palabras en parte para sí mismo y en parte dirigidas a su acompañante, que estaba a su lado, en pie, junto a la pared de cristal. Era Serner, también como él invitado del Procónsul, un hombre delgado de mediana edad, vestido con descuido y caracterizado por su elevado grado de distracción. Era sabido que Serner vivía en una especie de monólogo, de entrenamiento mental; y que, por consiguiente, resultaba difícil mantener una conversación con él. Con todo, no pocas veces sus palabras se mantenían dentro de la línea de las preguntas que se le dirigían. También él parecía inmerso en el espectáculo de la Heliópolis nocturna. Sin quitarse de la boca la corta pipa, se volvió al pintor y dijo:

"Está usted en un error, Halder: el hombre ha vivido siempre así. Sólo que de vez en cuando percibe su situación con especial claridad. Debería estar agradecido por estos instantes de intuición. El espacio que le asusta es siempre el mismo, y no es mayor que

la bóveda ósea que rodea su cerebro.”

Y, sin analizar más la pregunta del pintor, se hundió en un monólogo sobre la gnosis, tema que le venía ocupando desde tiempo atrás. La caverna del espacio cósmico y el miedo cósmico… El uno había engendrado al otro sin que pudiera distinguirse quién era causa y quién efecto: la altura incluye en sí la profundidad. Por lo que se refiere a él, Serner, había investigado el lugar espiritual en que se desarrollaba el proceso. Ésta era su tarea.

Fueron interrumpidos por la entrada de Ortner, un hombre ya de edad, cabeza del pequeño grupo y amigo del Procónsul. Vivía también en la Volière, pero prefería su casita con jardín junto al Pagos, cerca de la villa en que pasaba el príncipe los domingos y vacaciones. A su amigo y protector le habría gustado que Ortner diera clases en la Universidad, pero él prefería el trato con los pequeños hortelanos y los viñadores que tenían sus casitas en las terrazas de la falda del Pagos. Estas sencillas gentes habían dado a algunas rosas y frutos el nombre de Ortner, que también en esta ocasión vestía la indumentaria de aquellos campesinos. Debía hallarse ya cerca de los sesenta años; lucía una espesa cabellera gris sobre una frente bronceada por el sol. A primera vista, casi podría creerse que este hombre de rudas manos pertenecía a la sencilla clase de los campesinos, cuya compañía tanto le agradaba, pero sus rasgos testificaban una amplitud de miras mucho más vasta, madurada en el curso de los decenios.

La prensa a sueldo de la Oficina Central solía llamar a Ortner, mitad en son de mofa, mitad a regañadientes, el “Homero de Heliópolis”; de hecho, su trabajo estaba íntimamente ligado a la evolución y las crisis de la gran metrópoli. En sus años jóvenes se dio a conocer por sus poesías cósmicas, dotadas de una destructora violencia anárquica. Participó en revueltas populares, campañas militares y expediciones cinegéticas acompañando a los de Orión. A este período de su vida, de apertura hacia el exterior, siguió otro marcado por una serie de obras claras y constructivas que, en lo político, se señalaron por un giro de la iz-

quierda a la derecha; vinieron al fin su afición a los jardines y su retorno al mundo de las musas.

El príncipe esperaba que Ortner fuera capaz de inyectar espiritualidad en Heliópolis. Le consideraba capaz de crear un modelo que estuviera dentro del objeto histórico y sirviera para darle una imagen por la que guiarse. Una de las máximas del Procónsul rezaba que una auténtica política sólo es posible a condición de que esté precedida por la poesía. Respecto de Serner, el príncipe esperaba que hiciera algo similar en el campo de las ideas. En la naturaleza de estos hombres había una diferencia claramente perceptible: en Serner se adivinaba un alto grado de frialdad, de análisis desligado de sentimiento, mientras que Ortner irradiaba calor humano.

Ortner ofreció a Halder un ramo de flores al tiempo que le deseaba un feliz cumpleaños:

"Tengo, además, el placer de saludarle como vecino, porque el Procónsul le regala hoy mismo una finca en el Pagos."

Y le entregó la escritura, de la que pendía un sello. Halder sentía que el espacio del "Wolters' Établissement" le estaba resultando angosto y Ortner no perdía ocasión de exponer al príncipe las preocupaciones de su amigo.

Entró Lucius, acompañado de Costar para que ayudara en el servicio. Su regalo era un pez de roja cornalina. Al pintor le gustaban estas piezas de madera, vidrio, marfil, que aparecían diseminadas por el estudio. Para su trabajo no necesitaba paisajes ni modelos, pero le agradaba la presencia de estos objetos, que estimulaban su inspiración. Luego aparecían reflejados en su obra, más bien a modo de imágenes que se repiten en sueños, imprecisos en sus rasgos, precisos en su esencia.

Halder había preparado una sencilla colación, adecuada al género de vida de un soltero. Sobre la mesa aparecían bandejas con

almendras, aceitunas y pececillos de los que se compran en el puerto en las tiendas de salazones. Encuadraban un ancho pastel de carne que Zerboni había preparado al horno, con una costra dorada. De esta guisa, todas las viandas se hallaban en el mismo plato. Guirnaldas de pétalos de rosas adornaban el mantel.

Recayó en Ortner el honor de simposiarca. Se acercó al aparador, sobre el que brillaba el vino en su jarra de cristal, y lo cató.

"Halder nos ofrece un vino de cinco años de la Hostería del Atún, y lo beberemos en su ser natural. Vaciaremos tres vasos juntos, como dictan las normas; el primero por el homenajeado, el segundo por el príncipe, el tercero por las musas. Luego, cada cual beberá a su placer. Puede hablarse de todo, menos de política."

Hechas las libaciones, se tendieron, a medias sentados, en sus literas. Costar atendía al servicio y se cuidaba del vino del aparador. También llenaba y vaciaba el alto vaso graduado, colocado junto a la jarra.

Sonaron las alabanzas del vino y también de los taberneros de Vinho del Mar. La bodega del Atún gozaba de gran fama. Lucius mostró sus preferencias por la del Calamaretto, aunque a condición de beber sus vinos en el mismo punto y lugar, porque era un caldo muy sensible y perdía cuando se transportaba por mar. Era preciso, además, beber unos vasos con el patrón, el señor Arlotto, y demostrar ser un buen degustador y un jovial camarada, para hacerse digno a sus ojos de catar lo mejor. Ortner, por su parte, se inclinaba por los pequeños cosecheros desconocidos que os ofrecen su vino en la cocina mientras la madre se afana en el hogar y se gastan bromas en familia. El trabajo de las viñas era su oración. Se comían queso de oveja con vino claro y corazones de alcachofa con el tinto. Se hablaba sosegadamente de las viejas y sencillas cosas, de su ritmo siempre repetido: del tiempo, de las cosechas, de las fiestas del año. Aquí se aprendían muchas más cosas, y mejores, que las que enseñan los libros. No existe

ningún arte que no nazca del calendario.

Hablaron a continuación de los vasos que Costar les ofrecía. Eran pequeños y panzudos, de forma adecuada para la concavidad de la mano, de modo que el consumidor pudiera suavizar a su gusto la frialdad del vino. La boca se estrechaba para conservar el aroma. Su tintineo era claro y delicado.

"Por mi parte", dijo Ortner, "prefiero los vasos de arcilla, de acuerdo con el epigrama de Ateneo: 'Dame la dulce copa formada de la tierra de la que he sido creado y a la que volveré.'

Y añadió que años atrás había iniciado una serie de estudios sobre los útiles sencillos, como la hoz y los quinqués. El estudio debería incluir también un capítulo titulado O *Bouteille profonde,* consagrado al estudio de la botella de vino, de su relación con los diversos países, los distintos caldos y las diversas costumbres de beber tales como se han sido desarrollando en los diferentes pueblos.

"Pero fracasé ya en el intento de hacer el catálogo, del mismo modo que Casanova perdió el ánimo ya en los trabajos preparatorios para su léxico de las clases de quesos. Son tareas que desbordan la capacidad del individuo; el trabajo tendría que ser asumido por un círculo de entendidos que celebrarían sus asambleas en las bodegas y mantendrían correspondencia con las mejores tablas redondas de todos los países vitícolas."

El filósofo emitió la opinión de que sólo el cristal es el adecuado recipiente del vino. El vino es, según él, el símbolo de una existencia superior, de la sangre hecha espíritu, cuyo límite natural es la muerte. El cristal es la materia más estéril, la más alejada de la vida; en los más finos vasos, el vino ondula como sumido en lo invisible y contenido en él a modo de pura esencia en la forma pura. De ahí que el rito de romper los vasos sea también un símbolo de la felicidad: alude a la libertad sin límites en el éter. El cristal es cuerpo; el contenido, espíritu.

"En este sentido", dijo Halder, "el cristal sería lo que para el pintor el negro o la oscuridad. Los objetos están rodeados de finísimas capas de oscuridad que los separan entre sí. Esto es aplicable no sólo al dibujo, sino también a la pintura. El color es el vino de nuestros ojos. Pero sólo se hace visible y fruible a través del engaste de la oscuridad." Lucius le preguntó si es necesario que el pintor conozca la teoría de los colores.

"Sin duda, aunque se limita a acentuar en la conciencia el sentido innato del color, pero nunca puede reemplazarlo. Nuestra época cuenta con la ventaja de que actúan de consuno la teoría del color y el instinto colorista, del mismo modo que la corrección gramatical y la belleza poética construyen la frase perfecta. Por lo que a mí respecta, reflexiono con frecuencia sobre los colores y creo que en mis cuadros esta teoría es tan importante como el conocimiento del contrapunto en una composición musical."

Luego entró en detalles sobre la técnica de su trabajo. Para él, el nacimiento de un cuadro es, en primer término, un acto de tipo primario que recuerda la transfusión de sangre. Lo importante es que la vida interior del pintor pase al lienzo. Se sentía en el buen camino cuando el punto del cuadro que tocaba con su húmedo pincel estaba unido como a través de una sutil corriente con su brazo, con su cuerpo. Perdía seguridad cuando esta corriente le abandonaba.

"Por eso mismo, en la oración debe poder adivinarse, cuando las manos se extienden, una especie de magnetismo, si la oración ha de llegar a su destino", confirmó Ortner, que había seguido con atención las palabras de Halder. "La derecha y la izquierda se entrelazan en un signo de paz y acumulan una fuerza individida. Y entonces actúa la razón, que no se refleja en simetrías."

Nadie consagrado a obras estéticas ignora este proceso. Al autor se le ocurren las mejores ideas en los descansos, como respuesta

desde lo infinito.

Halder añadió algunas observaciones sobre el color en especial. La punta del pincel resplandecería, vibraría como una minúscula lamparilla, como la punta de una aguja cargada de tensión eléctrica.

“El color es poroso, es como una fina esponja que se empapa de lo invisible. Ceñido por la forma, como la vocal por las consonantes, ciñe a su vez lo inefable. Pero el pintor no actúa solo; el ojo del contemplador añade riqueza a la obra. Así van madurando los cuadros. Por eso para nosotros es importante saber quién los adquiere y quién los conserva.”

En opinión de Halder, los cuadros son los objetos más preciosos de una casa, y por eso, en caso de incendio, serían lo primero, si no lo único, que debería ponerse a salvo, como en otro tiempo los lares. ¿Quién puede determinar la influencia de los cuadros en los cuartos de trabajo, en las piezas nobles, en la habitación en que la madre espera un niño? Unos adquieren pleno sentido en viviendas modestas, otros en los palacios, otros en fin en las iglesias. Resulta triste verlos en los museos. Es también hermoso que los cuadros se hagan santos y que de ellos irradie inmediatamente un poder maravilloso.

Estaría aquí actuando el arquetipo mágico, cuyo poder seguía siendo el mismo, idéntico a sí mismo, desde la edad de las figuras de cazadores en las cuevas del Pagos. Lucius opinaba que debería añadirse también un elemento temporal: el espíritu de la época en que la obra fue creada. ¿Existían reglas para determinar si el poder pictórico primigenio era “moderno” o no?

“Cuando existe una fuerte vocación innata, debe conseguir por fuerza el estilo que corresponde a cada época; más aún, es esta época la que determina el estilo. El espíritu del tiempo fluye en los caracteres. Metal y forja se condicionan mutuamente. El primero se refiere a lo que es eternamente igual; la segunda, al ins-

tante concreto en que nace el artista. De ahí que éste sienta al principio en sí mismo el carisma que se la ha conferido, pero de forma inconcreta, y sólo en un segundo momento descubra los medios que le permiten desarrollarlo. Nace una obra maestra cuando lo atemporal llena hasta rebosar lo temporal, como el vino llena el vaso."

"Pero ¿quién puede prescindir de la forma? Sin ella no habría movimiento ni estilo. Uno de los distintivos del artista es que conoce lo eternamente igual bajo formas nuevas e intactas. La sorpresa del nuevo descubrimiento no lo es sólo respecto de una época… afecta a la misma esencia."

La objeción procedía de Serner, que de ordinario se hallaba tan ausente que los demás apenas advertían su presencia. Lucius contempló su pálido rostro, en el que parecían moverse finas patas de araña, y que acentuaba sus rasgos cuando se le fijaba un pensamiento. Era evidente que Serner sabía más de lo que decía y más de lo que podía decir… De vez en cuando surgían súbitas condensaciones de ideas, profundas miradas a un objeto.

Al acabar sus estudios, el filósofo emprendió una vida itinerante y viajera en la que consumió su escasa herencia. Luego su moral se derrumbó y vino a dar, como arrojado por la resaca, en Vinho del Mar, donde podía vérsele, medio desnudo, en compañía de los pastores, pescadores y viñadores. Dormía en sus chozas o bajo sus barcas y vaciaba con ellos, junto a una fogata de sarmientos, una panzuda jarra de arcilla, o bien echaba un trago de sus botas de piel de cabras, a las que se abrazaba como a un amigo. No eran raros en Vinho del Mar los visitantes de este tipo; el pueblo se divertía con su compañía y los consideraba mitad locos, mitad profetas. Fue aquí, en el Calamaretto, donde le conoció Lucius, ya muy pasada la medianoche. Habían conversado frente a unos vasos de vino hasta que el sol asomó sobre Castelmarino. Serner, ya bebido pero dotado de esa elevada capacidad de persuasión que presta el licor, le había expuesto su sistema. Le llamaba monantropismo y partía del principio de que sólo existe

un hombre del que todos los demás son sólo reflejos.

Poco tiempo después, Lucius mencionó este encuentro ante el Procónsul, más bien como anécdota humorística. Pero al Procónsul le llamó la atención, y opinó que merecía la pena atraerse a aquel hombre extraño y seguirle la pista, para ver lo que daba de sí. Así fue como llegó Serner a la Volière, donde desarrollaba su trabajo, interrumpido de vez en cuando por prolongadas escapadas a las Islas.

Mientras tanto, Costar había vuelto a llenar los vasos con vino frío y presentaba al filósofo, para que encendiera la pipa, la pequeña barra de metal térmico resplandeciente colocada en un plato de arcilla. Siguiendo las reglas establecidas en estos simposios, Ortner propuso un nuevo tema:

"Pasaremos ahora al 'instante de dicha' y oiremos lo que cada uno opina sobre este punto. De Geer tiene la palabra."

Lucius reflexionó unos instantes, contemplando su vaso. Luego lo vació y comenzó:

"Para mí, la dicha presenta los rasgos de lo intacto, de lo nunca tocado ni descrito. Comparándola con un tesoro, diría que la felicidad está en el instante en que lo siento totalmente en mi posesión pero todavía no lo he utilizado. Se trata de un estado potencial animado por la ilusión. En él aparece siempre el color blanco. Las superficies blancas me dan un sentimiento de alegría y ligereza: un campo nevado, la carta aún no abierta, la hoja de papel que espera sobre la mesa. Pronto la llenaré de signos, de letras, y le quitaré una parte de su resplandor.

"Poder comenzar, comenzar de nuevo enteramente, es un sentimiento precioso. Entra aquí también la conciencia de lo desconocido, lo oculto, lo secreto. La felicidad es la infancia y el retorno a la infancia. Entramos entonces en la batalla de la vida y disponemos de todas nuestras reservas. Luego, la derrota susti-

tuye al sueño de la victoria.

“Cuando pienso en horas felices, me viene a las mientes el recuerdo de las blancas ciudades al borde de los desiertos, los puertos de más allá de las Hespérides, en los que desembarqué bajo nombre falso. Ni una prenda de ropa, ni el más pequeño papel, permitía adivinar quién era yo. Se habían borrado mis huellas en la arena como desapareció la estela del navío que me había llevado hasta allí. Sólo conocía el nombre de un agente con el que debía reunirme por la noche en una oscura callejuela. Hasta entonces, se me regalaba el día de una manera nueva y desconocida. Se había roto la fina urdimbre con que la costumbre nos ata a la cotidianidad y el deber, y en su lugar se introducía, como en los sueños, la libertad. Tenía ante mí un día que estaba más allá de las leyes, como si poseyera el anillo mágico que nos hace invisibles. Comprendí entonces el extraño júbilo de aquel enano: el júbilo de que nadie conociera mi nombre. La tentación rondaba poderosamente a mi alrededor.

“El mundo se transformaba como si hubiera bebido un generoso vino, como si hubiera tomado drogas de la India. En la medida en que me mantenía apartado de la voluntad, de la acción, crecía mi poder. Me hallaba sentado ante la mesa del desayuno mientras un camarero de oscura piel me vertía el café. Cuando contemplé su sonrisa, el brillo de sus ojos, comprendí que yo era el cliente desconocido al que servía cada mañana. Pero sabía también que yo era su destino. Estábamos a la vez de acuerdo y en desacuerdo, confiados y calculadores. Yo podría romper el hechizo si, atrayéndole hacia mis rodillas, le revelara que conozco el secreto de los sueños y los deseos que él ignora. Pero guardo silencio, me reprimo y así aumento mi poder.

“Esto es la obertura; a todo ello se añaden los paseos por el puerto, por los bazares y las estrechas callejuelas. La visión de los hombres que aquí se agitan aumenta mi alegría. Cuanto menos conozco sus nombres, sus ocupaciones, su lengua, con más luminosidad asoma a la superficie un sentido oculto. Están ilumi-

nados por dentro.

"Siguiendo su vuelo, el sol alcanza el cenit y comienza a descender sobre el mar. El tiempo transcurre ligero y sin dolor; las imágenes se van engarzando entre sí placenteramente. Los hombres viven en mí; participo de sus pensamientos, sus acciones, sus dolores y sus pasiones.

"La sustancia luminosa se enriquece como sobre tapices cuyo dibujo se ilumina. Respondo a las imágenes, las devuelvo, como un espejo, al mundo. El ojo es como un sol; el mundo, como una galería de arte. Se configura como una melodía que yo compongo; ahora me resulta familiar la felicidad del pintor, del poeta, del amante."

"La felicidad se asienta en la ilusión", prosiguió el pintor, "y su realización es su muerte. ¿Qué es lo que nos hace titubear entre el momento en que vemos brillar el fruto en el follaje y aquel en que la mano lo arranca? Querríamos prolongar el tenso instante de la felicidad.

"Recuerdo mi encuentro con Coralina, en nuestra primera cita. Hasta entonces sólo nos habíamos visto en reuniones de sociedad.

"Mucho antes de la hora convenida, me hallaba ya en el puente junto al faro. Le había escrito una carta insensata y comprendía por mi parte lo absurdo de la situación. Y, sin embargo, una fuerte tensión me dominaba, como al cazador que, al acecho de un animal extremadamente tímido, apenas perceptible, puede caer bajo un engaño óptico.

"En esta inquieta espera, voló hacia mí y me golpeó con la fuerza de un proyectil lo que se llama el instante de felicidad. Vi que Coralina venía a mi encuentro avanzando por el puente. Me había reconocido desde lejos. La mezcla de felicidad y angustia que se apoderó de mí era como una vibración que a un mismo tiem-

po acrecentaba la realidad y amenazaba destruirla, y me demostraba que yo era a la vez caza y cazador. La inverosimilitud de la ilusión luchaba en mí contra la certeza de la visión. La figura femenina que se acercaba a mí con ligero paso era el arquetipo de los sueños, tales como se presentan al conjurador. Pero iba ganando realidad. Veía su vestido gris, el bolso rojo de larga correa que dictaba entonces la moda, dando a las mujeres un aire de cazadoras. Todo, en aquel segundo, me parecía maravilloso… como el hecho de que, entre tantos miles de hombres, su mirada sólo se dirigiera mí. Se había creado entre nosotros un lazo de misterio. Veía ya su sonrisa como el primer movimiento, el primer temblor de la cortina de un mundo desconocido. Éramos conjurados.

"Éste fue el instante en que más poderosamente salió a mi encuentro, aunque nuestro amor fue feliz y duradero, aunque todavía sigue viviendo en mi corazón. Me refiero al instante en que todo es aún ilusión, todo suprarrealidad en la amada, mientras que ya inunda nuestro espíritu el presentimiento de la posesión. Son dos esferas que nunca se unen en la tierra, si no es por una chispa que salta por encima del tiempo."

Le tocaba la vez a Serner, pero no había seguido la conversación y hubo que arrancarle de su ensimismamiento. Tras informarse de lo que ya se había dicho, tomó la palabra con tal dominio y soltura, que indicaba a las claras tanto su familiaridad con el tema como el influjo del vino, que desataba su lengua:

"La felicidad está ligada al instante; es decir, no puede ser durable. En el mejor de los casos, la vida es como una cadena hecha de eslabones de deseos cumplidos. Aun en el caso de que todo sean victorias, como en Alejandro, nadie puede escapar al destino. El enemigo del hambre es la hartura, del mismo modo que la satisfacción es la muerte del deseo.

"Por esta razón, los sabios de todos los países y todos los tiempos están de acuerdo en que la felicidad no puede alcanzarse por

la puerta de los deseos ni en la corriente del mundo.

“De donde se sigue que quien quiera tener parte en la felicidad debe ante todo cerrar la puerta de los deseos. En este punto concuerdan todos los preceptos, como variantes de un texto revelado – los libros sagrados, los antiguos sabios de Oriente y Occidente, las doctrinas de los estoicos y los budistas, los escritos de los monjes y los místicos.

“La experiencia nos enseña, además, que el hombre no sigue estos preceptos. Vive como en los palacios de *Las mil y una noches,* en los que todas las habitaciones le ofrecen bienestar, salvo una cuya puerta no puede traspasarse y tras la cual se halla la preocupación. ¿A qué se debe que su mala estrella le empuje a abrir precisamente ésta? el enigma consiste en que es la puerta de los deseos.

“La caza de la felicidad lleva a las espesuras. Hay que dejar que la felicidad entre por sí misma. No se encuentra a gusto con los impacientes. Es como los preparativos, que son cada vez más bellos. No hay que acelerar el ritmo de la vida, hay que retardarlo, al modo de los ríos que fluyen hacia el mar. A medida que va ganando, con la edad, profundidad y fuerza interior, es capaz de arrastrar consigo oro, navíos y monstruos rientes.

“Raras veces nos salen al encuentro hombres felices: no quieren llamar la atención. Pero aún viven entre nosotros, en sus celdas y buhardillas, sumidos en el conocimiento, la contemplación, la adoración -en los desiertos, en las ermitas bajo el techo del mundo. Tal vez a ellos se deba que nos llegue todavía el calor, la fuerza superior de la vida.”

El último en hablar fue Ortner, que puso fin a la conversación.

“Mi epilogo no puede ser sino modesto. Esto puede deberse a la naturaleza misma de las cosas, ya que, para mí, modestia y felicidad van de la mano. Felicidad es la armonía en que vivimos con

las cosas que nos rodean. Cuanto menos y más simples son las cosas, más puro y fácil es el acorde. A ello se debe que los hombres sencillos consiguen más fácilmente la felicidad. Un rincón del jardín con flores y frutos, una mesa con un amable invitado y una botella de vino, la suave lámpara que ilumina el libro y el servicio de té… todos éstos son cuadros que dan felicidad, si a ello se añade la armonía interior.

"Los hombres que viven esta armonía están insertos en un círculo en que aquélla se hace visible. Son islas en el caos de este mundo. Un jardín, un cuarto de trabajo, una modesta vivienda, un círculo de amigos… todas estas cosas testifican el genio de aquel a cuyo alrededor se forman. Muestran que la felicidad, la alegría, la posesión no pueden existir aisladamente y que su esencia requiere la comunicación, la participación. Radica en dar, en distribuir lo recibido. Sólo el que da es rico.

"La extensión de estas islas depende de la talla del hombre. Hasta el más pequeño puede dar algo, puede difundir resplandor, aunque sólo sea el de una humilde luz. La felicidad del jardinero se ve en los frutos, se oye en las canciones que canta su mujer en la cocina. Los príncipes forman reinos a su alrededor. Las estrellas son islas en el mar cósmico; adivinamos que son la patria de los poderes buenos. Y, finalmente, todo el universo es a su vez una isla creada por Dios en el seno de la nada."

Se brindó a continuación por la felicidad. Como ocurría a menudo en estos simposios, los comensales pidieron a Ortner que les expusiera algún tema de su libre elección. Solía acceder fácilmente, porque le gustaba hablar en público y lo hacía muy bien, con ayuda de una memoria privilegiada. Asintió, pues, y comenzó:

"Recuerdo ahora que entre mis viejos escritos, hoy ya abandonados, hay uno consagrado al tema que acabamos de mencionar. Lo había realizado con destino a un ciclo de estudios que analizaba el destino de la ciudad de Berlín. Tengo el manuscrito arri-

ba y, por casualidad, lo he hojeado estos días.”

Salió un momento para recoger el texto y regresó con una cartera roja descolorida por el sol. Mientras el pintor aumentaba la potencia de la luz, Ortner repasó las hojas, muy amarillentas en los bordes.

Halder le pidió que esperara un momento y trajo una botella de *Vecchio* y nuevos vasos. Rogaron a Costar que se sumara a la ronda.

Ortner se acomodó en su asiento y, al principio tropezando un poco y luego con gran fluidez y ya en vena, comenzó su relato.

EL RELATO DE ORTNER

FUE en otros tiempos, y callaré el nombre que llevaba entonces. No merece pasar a la posteridad.

Me sentía desdichado, arruinado en cuerpo y alma y, además, por mi propia culpa. Mis padres no habían ahorrado gastos y esfuerzos en mi educación. Cursé estudios superiores y nunca me faltaron medios para mis viajes e investigaciones. Pero había fracasado; el despilfarro, el vicio y la pereza me hundieron en la ruina total. Hacía mucho tiempo que no tenía dinero ni techo, y mis conocidos, cansados de ayudarme, me evitaban. Su actitud no me molestaba, porque yo también me apartaba de su camino, totalmente devorado por un sentimiento de odio contra los hombres y contra la sociedad. Sólo me hallaba a gusto en las madrigueras de los rechazados y los excluidos.

Privado de recursos para disfrutar de vicios caros y selectos, tenía que contentarme con los excesos baratos y odiosos: groseras borracheras, la compañía de las prostitutas de los barrios miserables y, sobre todo, los juegos de azar en los tugurios de la gran ciudad. Vivía, pues, en una especie de sueño turbio y terrorífico. Mi destino asumía cada vez la forma de los naipes sucios, húmedos de sudor y aguardiente, marcados por los tramposos: de los ases y reyes, las sotas, las reinas negras y rojas, y de todas sus posibles combinaciones, a las que me aplicaba medio borracho y con pasión. Rostros miserables y avarientos me rodeaban en la redonda mesa, y manos que se aferraban convulsivamente a su juego. Con la mañana venían el balance de pérdidas y las salvajes peleas.

Así se arrastraban mis días, y su fardo era más pesado cada hora, aumentado por el recuerdo de las ricas islas, el lujo y la abundancia. Yo había conocido todo aquello, lo había disfrutado, y me roía el deseo de volver a aquellas mesas en que el dinero ca-

rece de importancia. La felicidad y la dicha tenían para mí la forma única y exclusiva del dinero, de las grandes sumas. Y no veía otro camino hacia la felicidad que el de aquellas combinaciones, parecidas a las del jugador, cuyo único objetivo es la ganancia.

Era preciso, me decía a menudo, establecer con el mundo y sus tesoros la relación que el jugador llama "la buena racha". Había barruntado a veces, en el curso de las partidas, la presencia de un poder que, como un sutil magnetismo, nos abre la visión de los reinos de la Fortuna y nos da la buena mano. Pero nunca logré superar la ley de las series: la corriente se interrumpía bruscamente y se doblaban mis pérdidas. Y, con todo, estaba convencido, como todo jugador, de que podría llegar a conseguir una especie de habilidad no sujeta al poder del azar. Creía que la suerte debe ser arrancada y que hay una fuerza en nuestro interior que decide cómo caen las bolas o se distribuyen las cartas. Durante largas noches meditaba estas posibilidades.

Como en todos estos sueños, me fui acercando al ámbito de lo mágico y a cosas aún peores. La existencia del jugador le arrastra como una poderosa corriente hacia la superstición y luego hacia crímenes mucho más graves de cuanto el juicio y los tribunales humanos pueden imaginar, crímenes cuyos nombres ni siquiera figuran en los libros en los cuales están escritas las leyes de los hombres. Cuando nos entregamos al juego en cuerpo y alma, no tardamos en penetrar en el mundo de los talismanes, de los lugares y las horas mánticas, de los sistemas cabalísticos. Si osamos penetrar en estos laberintos, en cuyas paredes brillan cifras y símbolos, cada nuevo giro, cada nueva curva nos acerca un poco más a los poseedores de las fuerzas mágicas, cada vez más poderosas. Son invisibles, pero influyen sobre nuestros pensamientos y nuestros actos. Cuando la corrupción ha progresado lo bastante, acaban siempre por mostrarse al desnudo y repiten la eterna promesa de ganar el mundo a costa de nuestra salvación.

Es curioso observar cómo es precisamente la incredulidad la que da tanto poder a estas fuerzas, la que las hace tan particularmen-

te eficaces. Desde los días de mi primera juventud había despreciado todo lo que lleva el nombre de pecado y de más allá. Ahora me había alejado tanto de estas esferas, que ni siquiera me mofaba de ellas. El mundo me parecía un gran autómata; la suerte dependía de la medida en que se acertara a adivinar el mecanismo de su construcción. El demonio de la Edad Media era un pobre diablo, un botarate, producto de miedos infantiles, de obsesiones infantiles. Ofrecía a los hombres tesoros a cambio de reinos absurdos y de una firma sin valor. No sería mala cosa que se nos apareciera un tipo para ofrecernos tan magníficos negocios.

"Si yo fuera el diablo, no daría ni un centavo a todos estos perezosos clientes a cambio de su firma. Y, si se me apareciera, le daría la mía por un octavo. No tendría que ofrecerme el saco de la fortuna ni el anillo de Dschudar ni tan siquiera veinte libras. Me contentaría con que volviera a llenarme este vasito."

Así refunfuñaba yo en mi interior en los espesos sueños de la borrachera, con la cabeza apoyada en una basta mesa de madera. Me hallaba en una sala de espera poco antes del gris amanecer. Sentía una opresión en el estómago y un mareo como si me hallara en la cubierta superior de un navío. Oía fuertes voces y entrechocar de vasos a mi alrededor. Los borrachos discutían con los camareros, con sus queridas, con los policías que echaban por allí sus redes. Todo se movía, ondeaba, refluía en un giro que presagiaba lo peor. Solían aparecer por allí los noctívagos cuando los bares estaban ya cerrados y las prostitutas espiaban al último posible cliente. También los que, como yo, carecían de techo esperaban en esta turbia sala el nuevo día.

Ya sólo podía presentarme en lugares como éste, sumidos en la penumbra, porque los andrajos se me caían a jirones. Ofrecía una espantosa imagen y hasta conocía la espesura en que mi cadáver asustaría a los niños que llegaran hasta allí en sus juegos. Advertía bien que me había convertido en una total y absoluta inmundicia, en un hedor que, brotado de dentro afuera, se había

apoderado de la camisa, los zapatos, los vestidos y los disolvía y devoraba. Era necesario, era inevitable que decidiera suprimirme. Pero me perseguía siempre el vago sueño de la suerte como una melodía al barco que se hunde rápidamente en el abismo.

Mi cabeza parecía repleta de mercurio. Haciendo un esfuerzo, tambaleándome, me enderecé. Vi entonces, con asombro, que mi vaso estaba lleno. Me froté los ojos, pero no había dudas: un rojo elixir lo llenaba hasta los bordes.

"Brandy Blackberry; tiene que recuperar las fuerzas, amigo."

La voz sonaba a mi lado suave pero muy expresiva. Giré la vista y vi allí sentado a un desconocido que me contemplaba atentamente. Vestía un traje de calle de color gris que, aunque sin resultar llamativo, revelaba la mano de un excelente sastre. Tampoco el rostro del desconocido tenía nada de particular; era el tipo de hombre con que tropezamos a diario en nuestro mundo. Sus rasgos, enérgicos y vigilantes, indicaban el hábito de las decisiones personales y las dotes de mando; la palidez de la tez insinuaba trabajos nocturnos. Suelen encontrarse estos cerebros en los ministerios, los bancos, la industria, pero nunca en el primer puesto. Actúan más bien desde recónditos despachos. Erramos a la deriva mucho tiempo por pasillos cada vez más laberínticos, cuando los negocios nos llevan a estos lugares, hasta que un ujier no conduce a la celda de estos cerebros grises. Entonces se hace la luz sobre nuestros asuntos: en dos o tres frases se aclara lo que tiene importancia y todo concluye rápidamente con una firma. También se les encuentra a veces, como es obvio, en locales y bares nocturnos, en calidad de clientes distinguidos.

En otras épocas, a estos espíritus se les hubiera calificado de malévolos y temibles; pero, en un mundo en que el mal está tan generalizado, actúan con autoridad. Se adivina al momento que encarnan los principios dominantes, que son los amos. Pero no dan ninguna importancia a los honores y encuentran su recompensa en el trabajo. Construyen en sus celdas ideas más cortan-

tes que todas las espadas, descubren pequeños polvos capaces de enervar a los pueblos. Sus modales son modestos pero seguros, y tienen conciencia de su rango. Se presiente que son los dueños de los problemas que preocupan a sus contemporáneos. Este saber les da cierta ironía casi imperceptible.

El desconocido seguía observándome con mirada benévola y escrutadora. Mostraba la atenta preocupación del médico que levanta la venda de un absceso. Luego repitió:

"Tiene que recuperar fuerzas, amigo."

Alcé el vaso y lo vacié de un tirón. Sentí que un reguero de fuego recorría mis venas y me vigorizaba, y miré a mi entorno con ánimo más libre. La niebla se alejó de mi cabeza, se me agudizaron los sentidos. Pero todo ello no hizo sino aumentar aún más mi extrañeza por el encuentro. Nada más lejos de mi espíritu que creer en la bondad ajena, de modo que decidí mantenerme vigilante. El hecho de que se dirigiera a mí en aquellas circunstancias debía obedecer por fuerza a intenciones sospechosas. Por otra parte, me hallaba en una situación en que no tenía nada que perder. El desconocido sonrió:

"¿Cree usted acaso que puedo leer los pensamientos? Y, aunque así fuera, ¿qué tiene eso de extraño? Leer el pensamiento no es brujería. Es un arte que se apoya en simples combinaciones. ¿Hay algo más sencillo que adivinar que lo que un bebedor espera ante su vaso vacío es que alguien se lo llene? Nada más evidente. No existe ningún pensamiento que no sea movido por un resorte; en este caso, la sed. Esto es un sencillo ejemplo, pero la capacidad de comprensión aumenta a medida que se van conociendo las posibles combinaciones. Entonces se pueden abrir todas las cerraduras, porque se tiene la llave maestra. Llegando a esta situación, hay partidas que siempre se ganan."

"Vaya, un fullero. Probablemente en busca de un compinche para hacer saltar la banca. Ese de ahí viene como anillo al dedo -

ahora hay que proceder con precaución."

Y, con aire indiferente, exploré un poco más:

"¿Partidas que siempre se ganan? Entonces leer el pensamiento serviría de alguna ayuda."

"¿De ayuda? ¡En absoluto! Preste atención." Y, tal como había imaginado, el del traje gris sacó un mazo de cartas que mezcló y distribuyó con manos expertas.

"Dígame tres cartas, las que quiera."

Nombré el siete de bastos, la sota de copas y el as de oros.

"Ahora, saque."

Saqué las tres cartas en el mismo orden en que las había nombrado. El tipo valía su peso en oro. Sentí que mi interés aumentaba.

"Jugada perfecta. Sólo que no sé qué ha tenido que ver aquí la lectura del pensamiento. Se podría incluso decir que he sido yo quien ha adivinado su pensamiento, al ir sacando las cartas."

El de gris me miró risueño, con una sonrisa apenas disimulada.

"Estupendo, ya me di cuenta de que sabe usar la cabeza. Su objeción es correcta. El experimento era demasiado fácil. Probemos otra vez."

Barajó de nuevo y me presentó el mazo.

"Piense tres cartas, pero sin decirme cuáles. Y, ahora, saque.

Así lo hice, y, con una expresión de asombro que no pude disimular, vi en mi mano los tres naipes pensados. El desconocido

parecía disfrutar con mi desconcierto, que era evidente.

¿Quién ha leído ahora los pensamientos, usted o yo? Pero no puede contestar a la pregunta, pues no sabe qué son los pensamientos. No son más que acciones de la materia. Y esta materia es la que forma tanto las fibras del cerebro como las bolitas de la ruleta o las cartas de la baraja. Sólo que es infinitamente más fácil adivinar lo que se oculta tras un naipe que lo que se esconde tras la frente. Con todo, si lo desea puedo enseñarle este arte."

Veía cada vez más claro que había topado con un pillo de extraordinaria habilidad. Lo único que aún no acababa de comprender es qué quería de mí, porque cualquiera podía ver, de lejos, que yo era una pura ruina. No habría interesado ni a un trapero. Lo primero que se me ocurrió es que quería divertirse a mi costa, y decidí, por las buenas o por las malas, entrar en el juego. Así que yo también empecé a reírme y dije:

"Si realmente usted dominase el arte de leer a través de las cartas, me parece que no tendría ninguna necesidad de andar a las cuatro de la mañana por las salas de espera en busca de compañías como la mía."

La jovialidad del hombre de gris pareció ir en aumento; comenzó a silbar con aire complacido.

"Vaya, vaya, una cabeza bien organizada. Una vez más, ha puesto el dedo en la llaga. Es la misma objeción que temían los alquimistas: ¿por qué vais vendiendo vuestras habilidades de puerta en puerta, en vez se sentaros tranquilamente en vuestros cuartos para fabricar cuantos ducados os vengan en gana?"

Calló durante unos momentos y me miró sonriendo; luego añadió:

"Es usted un hombre malicioso: no conoce el poder de la simpatía. ¿No podría pensar que cuando le he visto se me ocurrió la

simple idea de que usted estaba necesitado de ayuda? Pero dejemos esto. Hay otras posibilidades que no pueden habérsele escapado. Por ejemplo, que yo esté intentando una serie de operaciones para las cuales su colaboración me resulte imprescindible.;Qué es lo que movió al mauritano a dirigirse precisamente a Aladino cuando decidió esconder la lámpara? le repito que estoy dispuesto a enseñarle un arte con el que siempre se gana. Pero no es éste el lugar indicado para ello."

Miró a su alrededor y preguntó burlonamente: "Espero no interrumpirle en sus negocios."

El maldito sabía seguramente que mi única preocupación en aquel momento era buscar una cuerda para ahorcarme. Así que me apresuré a responder:

"No merezco que se moleste por mí. De todas formas, si esto le agrada, me tiene a su disposición."

"Creo que no se arrepentirá. Venga conmigo."

Llamó al camarero, pagó mi cuenta y abandonamos el lugar.

Sobre la plaza de la estación caía ya una descolorida claridad. El hombre de gris caminaba sin prisa y silbando pequeñas melodías a través de las calles todavía desiertas. Yo me mantenía a su lado como un cliente miserable. Me sentía pesado e intranquilo; barruntaba que había caído en malas manos.; Qué quería de mí, qué planeaba contra mí? Por primera vez me acometió, como un sutil dolor, la nostalgia de la infancia. Pero ¿qué tenía que perder en aquel crepúsculo, antesala de la nada?

Llegamos pronto a nuestro destino. El desconocido se detuvo ante un alto edificio de oficinas totalmente cubierto de placas de firmas comerciales y carteles de propaganda como harapos multicolores. Penetramos en el interior y un ascensor nos llevó hacia

los pisos superiores. El hombre de gris abrió una puerta; sobre el timbre pude leer su nombre:

DOCTOR FANCY OCULISTA
Consulta a horas convenidas

Una desnuda sala de espera llevaba al consultorio, parecido al taller de un artesano de gran inteligencia. Sobre una mesa había gafas e instrumentos ópticos, de las paredes pendían tablas con números y letras. En la pieza dominaban el ángulo recto y la línea recta: daba la impresión de estar toda ella surcada de duras e inmisericordes radiaciones. Me llamó la atención sobre todo una caja con unos ojos de cristal. Colocados sobre un fondo de rojo terciopelo, brillaban con colores que superaban los de los naturales y hacían pensar más bien en ópalos. Se echaba de ver en ellos la mano de un especialista de excepcional categoría.

El doctor Fancy me indicó un sillón de hule encerado y se sentó frente a mí en un taburete. Se había puesto una bata blanca. Me miraba taladrándome con los ojos; era como si de sus pupilas, reducidas casi a puntos, salieran dos finos rayos que me traspasaban. Me acometía la somnolencia, pero oí con toda exactitud las frases que me dirigía, pronunciadas lentamente, con voz suave e irresistible.

“No le entretendré inútilmente. Hace mucho que conozco sus secretos deseos. Aunque sus ideas eran confusas, se hallaba usted en el buen camino y debe ser recompensado. Usted sospechaba que hay dos clases de personas: los tontos y los enterados. Los unos son esclavos; los otros dueños de este mundo. ¿A qué se debe la diferencia? Sencillamente, a que en el universo actúan dos grandes leyes: el azar y la necesidad. Nótelo bien: no hay nada más. Los esclavos están regidos por el azar; los señores lo determinan. En el ejército anónimo de los ciegos hay algunos espíritus clarividentes.”

La voz me adormedecía. Volvía la embriaguez, más fuerte que nunca. Oía que el doctor manipulaba con sus instrumentos.

Mientras tanto proseguía su exposición con su voz suave pero penetrante, de la que no perdí ni una sílaba.

"El mundo está configurado a imagen de la doble cámara, de la *chambre double.* Del mismo modo que todos los seres vivientes se componen de dos hojas, también el mundo está dispuesto en dos capas que se hallan en relación de parte interior y parte exterior y de las cuales una posee una realidad superior y la otra una realidad inferior. Sin embargo, la inferior está determinada hasta en sus más pequeños detalles por la superior.

"Ahora piense lo siguiente: usted se halla, junto con gran número de personas, en este cuarto o esta sala. Se juega, se discute, se negocia; en una palabra, se hacen las cosas habituales. Para los invitados no iniciados, las cosas y las combinaciones que ocurren en esta sala dependen, en mayor o menor grado, del azar. De ahí que ninguno de ellos puede decir con certeza qué ocurrirá en el minuto siguiente. Aquí domina lo imprevisto, la fuerza ciega.

"Pero siga usted reflexionando: la sala está rodeada de una segunda capa, invisible como un aura. Apenas tiene extensión, pero es muy significativa. Imagínese esta capa como una especie de tapiz lleno de símbolos y cifras a los que no se presta atención. Pero le quitaré las escamas de los ojos y verá, lleno de asombro, que estos caracteres contienen la clave de todo cuanto ocurre en la otra sala. Hasta ahora, usted se parecía al hombre que sigue por la noche el curso de las estrellas sin tener conocimientos de astronomía. Pero ahora está usted en el secreto y su poder se asemeja al de los antiguos sacerdotes que predecían los eclipses del sol y la luna. Ha recibido la consagración que le confiere el principado mágico. En este mundo se oculta el misterio; no hay otro. Me estará eternamente agradecido."

Al decir estas palabras, el doctor Fancy se inclinó sobre mí. Vi que se había ceñido la frente con una cinta en cuyo centro había un espejo redondo. Con un movimiento de la mano colocó mi

sillón en posición horizontal y se acercó con un puntiagudo tubo de cristal.

“Se ha vuelto loco. J Me va a quemar los ojos!”

Me acometió un helado terror; no podía mover ni un músculo. Vi que dirigía el espejo hacia abajo; me contemplaba como a través de un ojo enorme pero vacío. Le oí murmurar:

“El brandy ha hecho su efecto.”

Se me erizaron los cabellos. Abrí la boca, pero ningún sonido salió de mi garganta. Colocó el tubo sobre mis ojos y dejó caer dos gotas, abrasadoras como el agua fuerte. El dolor era insoportable; cayó un velo de oscuridad y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, el doctor Fancy había vuelto a colocar el sillón en su posición normal. Me estaba secando los ojos con algodón.

“Le ha hecho un poco de daño, ¿verdad? Pero, ya se sabe, no hay recompensa sin esfuerzo. Ya hemos terminado. Y le repito: me estará agradecido.”

Apenas me atrevía a creer que hubiera salido tan bien librado. Miré precavidamente por ver si descubría en la estancia algún instrumento con el cual, en caso de necesidad, pudiera derribarle por tierra. Luego añadí cortésmente:

“Doctor, ya se ha divertido conmigo. Ahora, por favor, déjeme marchar; me siento muy débil.”

Y, para darle mayor seguridad, añadí:

“Si me da un poco de dinero, le quedaré agradecido.” El doctor se echó a reír.

“Creso pide una humilde limosna… aunque se oye decir que

muchas veces los supermillonarios no tienen dinero suelto."

Se dirigió a su mesa y me dio, sin contarlos, un fajo de billetes.

"Gaste sólo los billetes pequeños mientras lleve esas ropas. De lo contrario, conseguirá que le encierren."

Me miró una vez más, con el aire del que se siente satisfecho de su obra.

"Pero, por supuesto, descubrirá pronto que las cárceles y las rejas no han sido hechas para gentes como usted. Ahora está por encima de la ley."

Y, con estas palabras, me despidió.

Las calles estaban ya animadas. Me precipité en su tumulto. Todavía el terror me sujetaba con sus garras. Ni por todo el oro del mundo hubiera repetido aquella aventura. Corrí a mi jardín público y me senté en uno de los bancos, al borde del agotamiento. Sólo cuando metí la mano en el bolsillo, recordé el fajo de billetes. Lo saqué y los conté, procurando no llamar la atención. Los billetes eran a todas luces auténticos y alcanzaban una suma importante… lo que hacía todo el suceso totalmente enigmático. Pero no pensé más en ello. Me sentía como un náufrago que acaba de tocar tierra firme.

La mañana era hermosa y cálida. Poco a poco, sentado al sol, fui aclarando mis ideas. Era indudable que al doctor Fancy le faltaba un tornillo, sólo que las personas de su entorno todavía no se habían dado cuenta. Yo había sacado buen partido de su chifladura. La aventura podía haber tomado un giro peligroso, pero escapé con suerte. De vez en cuando, miraba a escondidas el fajo de billetes.

Comencé a reflexionar sobre las nuevas posibilidades que se me abrían. En primer lugar, tenía que actuar con precaución, para

redimirme del grado de bajeza en que había caído. Comenzaría por buscar algún ropavejero en la parte vieja de la ciudad y compraría ropa barata. Luego alquilaría otra vez el pequeño cuarto en que había vivido antes de quedarme sin techo. Allí me encargaría un traje a medida y me cambiaría de ropa por segunda vez. Así iría ascendiendo poco a poco desde la cloaca, como por una serie de peldaños.

Con ánimo rejuvenecido, me dirigí al tren rápido que lleva a la ciudad vieja. Llegó el tren amarillo, se abrieron las puertas. La gente se apretaba en los vagones, pero una extraña visión me detuvo. Tenía la impresión de que subía a un coche fúnebre. El cobrador y los pasajeros me miraban con ojos espantosos. Debía tratarse de un efecto retroactivo del terror pasado, un jirón del mundo de imágenes del semiahogado. De todas formas, me sentí incómodo y decidí dirigirme a la ciudad a pie. Me puse en camino siguiendo el tendido de la vía férrea que, sobre altos pilares, llevaba al centro de la ciudad. En un paso elevado, cerca del triángulo del empalme, me cortó el paso una aglomeración humana. Se había producido un gravísimo accidente: el rápido se había precipitado al vacío. Pude ver cómo se llevaban en una camilla al cobrador, con el cráneo destrozado. Me cruzó como un relámpago el pensamiento no sólo de que había previsto la catástrofe, sino de que habían contribuido a que se produjera.

Aquella misma tarde estaba tomando ya el té en mi pequeño cuarto. En adelante debería prescindir, ante todo, de las bebidas fuertes. Vestía pantalones marineros y un jersey de lana; me había bañado y estaba recién afeitado. A mi lado tenía una pequeña maleta llena de ropa interior. De vez en cuando, acariciaba mi cartera. Llené una pequeña pipa con tabaco de Virginia. La casera me había recibido al principio con desconfianza, pero cuando le pagué las deudas atrasadas no tuvo inconveniente en darme mi antiguo cuarto. Por lo demás, no puso excesivas dificultades, porque el inquilino anterior estaba en la cárcel por malversación de fondos. Llevaba ya dos años encerrado y, sin embargo, la casera le visitaba con regularidad. Había pasado

mucho tiempo en aquella casa en calidad de pequeño empleado, sin llamar nunca la atención, hasta que se descubrieron sus grandes desfalcos.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas, me pasó por las mientes una curiosa idea. Nunca se pudo averiguar el paradero del dinero robado. Probablemente, lo había escondido. Entonces, ¿no era lógico suponer que lo habría hecho cerca del lugar donde vivía, tal vez incluso en este mismo cuarto? No dejaban de ser extrañas las atenciones que la casera le seguía dispensando. Sentí que se despertaba en mí una ávida sagacidad. Con una actitud completamente diferente, comencé a girar la vista sobre aquellas cuatro paredes ya tan familiares, esforzándome por seguir los pensamientos de un hombre que busca un escondite. Supe de inmediato que sólo había un lugar posible: la chimenea. Cierto que la policía lo había registrado todo a fondo, pero la técnica que emplean estos hombres responde a una mentalidad de subalternos.

Cerré cuidadosamente la puerta y puse manos a la obra. Aparté dos lámparas y un reloj de péndulo colocados sobre la repisa e intenté levantar el tablero de mármol. Aunque estaba sólidamente sujeto, se movía un poco, como la tapa de un arcón cerrado con llave. Daba la impresión de que estaba trabado por algún tipo de pestillo, y, en efecto, había un adorno que, una vez movido de su sitio, eliminó el obstáculo. Pude alzar el tablero y apareció una oquedad repleta de fajos de billetes y saquitos llenos de monedas de oro. Había descubierto el tesoro escondido.

He aquí que había arrastrado yo durante muchos días una existencia sumida en la más abyecta miseria, junto a un tesoro no más distante de mí que lo que cuesta extender la mano, como el hombre que está a punto de morir de sed postrado sobre una oculta vena de agua. ¡Cuántas noches interminables había pasado yo aquí, recorriendo el cuarto de arriba abajo, rumiando mis oportunidades, y había dejado sobre esta repisa mi vaso de grog!;Cuántas había vaciado sobre ella mi pipa! Apenas hacía

unas horas, me parecía despreciable mi estúpida vida sin sentido. Cuidadosamente y con un sentimiento de creciente orgullo por mi nueva capacidad, conté los billetes y las monedas de oro. Con tales medios en la mano, nadie se deja encarcelar. Aquel tipo había encontrado lo que se merecía.

Era indudable que el encuentro con el doctor Fancy había producido en mí una radical transformación; tenía razón: debía estarle agradecido. A partir de este instante, experimentaba este nuevo poder con creciente claridad, como el niño que cada día aprende a mirar con mayor penetración. De una manera enteramente similar, aprendía yo a usar mejor cada día esta segunda mirada, que me daba enormes ventajas. Al principio, este don me empujaba como en sueños, al modo como había ocurrido respecto al accidente del tren rápido y al escondrijo de la chimenea; yo me limitaba a seguir su impulso con la seguridad de un sonámbulo. Pero luego adquirí plena conciencia de mi nuevo poder. Aprendí a gobernarlo a mi capricho, con sangre fría y bajo el dictado de la razón. Y, sobre todo, sólo recurría a él en las circunstancias adecuadas. Era como si dispusiera de la capacidad de agudizar mi vista hasta el máximo, cuando así lo quería. Vivía como si poseyera un microscopio en medio de unos hombres que ni siquiera sospechaban su existencia. Pero yo lo utilizaba con circunspección. Veía ahora los elementos, los átomos que determinan los acontecimientos, los gérmenes que llevan en su seno la suerte y la desgracia. Pero actuaba con prudencia, como vestido con la capa que hace invisible.

Volví, por supuesto, inmediatamente a los viejos tugurios de los juegos de azar. Ahora sabía cómo salen las cartas, cómo cae la bola. El cambio de cifras y colores había perdido su aspecto amenazador: sucedía en mi interior, en el fondo de mis ojos. Eran otros los problemas que me preocupaban. Tenía que aprender a dominar el nuevo poder que se me había concedido, tenía que familiarizarme con él y, al mismo tiempo, mantenerlo oculto. Con esta intención, al principio me quedaba mirando largo rato, temblorosamente, la mesa verde, como quien no dispone

sino de una sola pieza de oro y espera con angustia hasta que decide arriesgarla. Quería cerciorarme de mi ciencia. Pronto vi que era infalible.

Luego me dediqué a hacer apuestas y procuraba perder. Me gané fama de mal jugador. El doctor Fancy no había elegido a un imbécil. A continuación empecé a conseguir algunas modestas ganancias, treinta libras aquí, cincuenta más allá. Daba a conocer mis pérdidas y ocultaba mis ganancias. Lo más importante era que mi arte permaneciara oculto. Por supuesto, nadie hubiera adivinado su existencia, pero no es menos cierto que uno puede atraerse la sombra de una sospecha si acierta con frecuencia los grandes premios. Ahora sabía, por lo demás, lo que siempre había presentido: que todo jugador empedernido es un tramposo.

Muy pronto perdí todo interés por el juego. La salvaje tensión que se había apoderado de mí en otros tiempos y que hacía que la noche pasara en un abrir y cerrar de ojos, cedió el puesto, tras la primera sorpresa, al aburrimiento, después de comprobar que mi suerte era infalible. Me sentaba junto a la mesa de juego del mismo modo que el oficinista espera impaciente el fin de la jornada. Lo único divertido era la pasión de los otros: el modo como aquellos mentecatos tendían sus trampas para caer en las mías.

Al cabo de poco tiempo dediqué mi atención a otros negocios más sutiles. Me trasladé a los barrios elegantes del Oeste, donde alquilé una casa con servidumbre. La primera transacción que llevé a cabo se refería a una sucesión hereditaria. Yo conocía la suma de la herencia y a los pobres herederos del pariente desaparecido, dos datos que obtuve por medio de un hombre de paja y que transformé en dinero contante y sonante. Actuando de un modo similar, adquirí barcos que se daban por desaparecidos y suscribí arriesgadas pólizas de seguros. Hacía también excursiones de placer a lugares vinculados por las leyendas a tesoros enterrados y los localizaba sin el menor esfuerzo. Pero no los desenterraba; los dejaban donde estaban, pues me parecía que

allí estaban más seguros que en los bancos. Me limitaba a tomar nota del emplazamiento, con croquis y mapas, que guardaba entre mis valores. Supe así, por propia experiencia, que los rumores que corren entre el pueblo sobre tesoros ocultos tienen siempre un sólido fundamento. Su número es mucho mayor de lo que se cree.

Más sencilla aún resultaba la especulación con minerales. Conocía dónde estaban los yacimientos, pero los mantenía en secreto y los añadía a mi capital. Me apresuraba, por el contrario, a obtener provecho de otros terrenos de los que sabía bien que las concesiones de explotación nunca resultarían rentables. Firmaba contratos con los propietarios para fundar sociedades mineras. Me arrebataban las acciones de las manos. Yo me contentaba con su dinero, dejándoles a cambio la esperanza de ricos filones y la liquidación de los gastos suplementarios.

Tras haber gustado las mieles de una serie de grandes éxitos, me pareció demasiado fatigoso el sistema de perseguir los objetivos uno por uno. Esto disminuía el placer. El curso mismo de las cosas me llevó al campo de los grandes negocios, de las altas finanzas, cuya marcha está casi enteramente determinada por la pura fuerza de la mente. Me inicié en los secretos de la bolsa, cuya técnica pronto se me hizo familiar. Aprendí a conocer los valores y la opinión que determina su curso. Como todos los poderes de este mundo, también el dinero es al mismo tiempo completamente real y completamente imaginario. Quien conoce esta doble característica, domina los grandes negocios. Así se explica ese toque de fantasía que no le falta a ninguno de los magos de las finanzas y que les capacita para composiciones que tienen gran parecido con las de la música. De hecho, la musicalidad surge de la percepción de la sutil armonía de los números.

“Vende a la alza y compra a la baja.” En esta regla se encierra la estrategia del juego de la bolsa; en el fondo, lo que quiere decir es que debe interrumpirse la serie en el momento exacto. El instinto obsesionado por la suerte, la pasión innata, nos arrastran

en la dirección contraria, porque siempre imaginan que la serie es infinita. Pero yo conocía las leyes en que se apoyan las coyunturas.

Entré en el círculo de los espíritus selectos, a quienes pagan tributo la riqueza y el trabajo de los hombres. Los negocios se hacen con el esfuerzo y el dinero de los demás. El negro que busca diamantes en el suelo azulado, el ingeniero que abre zanjas con millones de enfebrecidos trabajadores para unir dos océanos con una vía férrea, el granjero que sigue con atenta y preocupada mirada el estado de sus cosechas, el príncipe que medita en su gabinete sobre la paz y la guerra… apenas ninguno de ellos sospecha que todo su esfuerzo es sólo un factor en el juego de las especulaciones, desarrolladas en cámaras en las que el valor del mundo se traduce en valor monetario. El dinero es el auténtico poder de la vida, en su más expresiva condensación. De ahí el universal y desmedido impulso por poseerlo.

Es también misterioso el flujo de las altas finanzas, la acumulación y desaparición de las fortunas. El conocimiento de estas mudanzas es, en los niveles supremos, completamente independiente de su valor real. Al contrario, actúa sobre los valores mismos con poderosas ficciones. Hay lugares en que las pérdidas no son menos rentables que las ganancias. Aquí es donde los negocios alcanzan su carácter ideal.

No tardé en organizarme de tal modo que en un mínimo de tiempo conseguía un máximo de ganancia. Bien a través de mis agentes o por teléfono, daba orden a los bancos de comprar acciones que rozaban los mínimos y vender otras justo un momento antes de alcanzar sus índices máximos. La auténtica dificultad no procedía de la elección, porque en este aspecto mi juicio era infalible. Procedía más bien del hecho de que tenía que imponerme unos límites para no provocar con mis compras una perturbación en la relación de la oferta y la demanda. Me hallaba en la situación del apostador que sabe cuál es el caballo ganador, pero que reduciría los porcentajes de las ganancias si apos-

tara sin limitaciones. La situación me fascinaba también desde el punto de vista filosófico, porque me permitía tener exquisita visión de la textura del libre albedrío y la determinación. Tomé la costumbre de interrumpir de vez en cuando la serie y fingir pérdidas, para que las operaciones permanecieran ocultas, e impedir que alguien cayera en la idea de copiar mis movimientos. Esto provocó muchas ruinas, pero en cambio mi fortuna alcanzó pronto enormes proporciones.

En todas las grandes capitales y en las plazas con bolsa de valores, instalé pequeñas villas, exquisitamente amuebladas y decoradas, que me servían de *pied-à-terre.* Tenía a mi servicio a los mejores sastres y proveedores. Un ejército de marchantes buscaban y compraban para mí cuadros y obras de arte. Ahora podía satisfacer sin tasa mi vieja afición a vestir con gusto y rodearme de objetos exquisitos. Ningún capricho estaba fuera de mi alcance. Fui el prototipo del *dandy* que toma con seriedad las nimiedades y a la ligera las cosas graves. Evitaba los menores esfuerzos. Así, como me cansaban las pruebas, hice construir maniquíes que reproducían exactamente mis medidas y sobre los cuales trabajaban los sastres. Poseía los mejores automóviles y magníficos caballos, y, aunque bebía con moderación, en mis copas se escanciaba el mejor vino. Un mayordomo, con maneras propias de un embajador veneciano, me evitaba hasta la más ligera molestia con la servidumbre.

Se me vio en Longchamp en compañía de la princesa Pignatelli, en Epsom con Sarah Butler, entonces en la cúspide de su gloria. Veía como en un claro espejo aquello que las mujeres ocultan tanto más cuidadosamente cuanto más lo desean: la inclinación hacia un desconocido que roza su esfera. Yo tenía siempre clara conciencia del efecto que causaba. De ahí que nunca me asaltara la inquieta desazón que nos causa sobre todo el embrujo de la belleza femenina. Mi seguridad era absoluta. Por eso resulta irresistible.

Me hallaba en Wannsee, a punto de tomar el desayuno, cuando

me anunciaron la visita de un tal señor Katzenstein. Le conocía de nombre, como uno de los más hábiles financieros. Le hice pasar. Tras algunas generalidades tópicas, abordó el tema; he aquí, más o menos, sus intenciones:

Venía observando, desde tiempo atrás, mis iniciativas y también las de los agentes de cambio que seguían mis órdenes. Conocía a mis hombres de paja. Y le parecía que, aparte algunos fracasos ocasionales, al fondo de todas mis transacciones había una extremada perspicacia, fuera de lo común. Mencionó detalles y habló de geniales combinaciones. Su visita obedecía a la pura admiración, del mismo modo que la lectura de un libro provoca en el lector el irresistible deseo de conocer personalmente al autor. Me lanzó una astuta mirada e hizo chasquear la lengua como el catador que prueba un caldo de primerísima calidad.

Al oír sus palabras sentí una viva irritación; tuve la impresión de que, en los últimos tiempos, no había actuado con la prudencia necesaria. Tal como estaban las cosas, lo mejor sería ahora adoptar una actitud autoritaria y navegar en la corriente de su admiración. Le ofrecí, con protectora sonrisa, un vaso de oporto. ¿No era la cosa más natural del mundo que las ganancias financieras partieran de la base de un extraordinario conocimiento del dinero y de su circulación? Era necesario, ante todo, tener una clara visión de la gran política y de su repercusión en los mercados y en la industria pesada. De este tronco parten las restantes ramas y sus múltiples entrelazamientos. Venía luego el problema de los capitales libres y sus grandes cuencas de confluencia. La coyuntura tenía, por supuesto, múltiples razones, muchas veces ocultas, pero perfectamente calculables. Puede deducirse que alguien ha arrojado una piedra al estanque por las ondas que se forman. Y puede calcularse también cuándo llegarán las ondas a esta o aquella parte del estanque.

Katzenstein me escuchaba atentamente mientras yo exponía estos lugares comunes. Luego respondió con gran cortesía

"Ciertamente, éstos son los hilos conductores de la economía política. Siguiendo un procedimiento similar, el meteorólogo puede predecir, con cierto margen de probabilidad, los cambios atmosféricos. Aunque, desde luego, no sin estaciones meteorológicas, instrumentos, barcos y personal repartido por todo el mundo."

Juntó luego las yemas de los dedos y contempló las vacías palmas.

¿Qué quiere decir, señor consejero comercial?

Me miró con brillantes ojos, como si estuviera admirando a un Rafael.

"Una buena cabeza, lo acabo de decir, una privilegiada cabeza. Y también un buen oporto… Tiene que proceder de la reserva personal del viejo Sandemann. Mi opinión es que no basta, en la práctica, el conocimiento de las cuestiones dinerarias. Presupone también el capital. A medida que crece, el dinero ejerce una mayor capacidad de atracción. La ventaja de los bancos está en que pueden seguir el rastro del dinero por más tiempo y en campos más amplios y diversos que el pequeño jugador aislado; de este modo aumenta la probabilidad de sus ganancias. Pero hay otra clase de juego que podría competir con ellos; es decir, la capacidad de corregir la secuencia, de determinar el tiempo meteorológico."

Mi irritación fue en aumento. Era indudable que aquel tipo, de ojos enturbiados por la buena vida y la bilis, se había procurado una buena información sobre mi persona. Sabía sin duda que no mucho tiempo antes yo era aún un mendigo. Por supuesto, sus tiros erraban el blanco. Me catalogaba como un agente de las fuerzas que actúan invisiblemente desde el trasfondo de los mercados. Pero no tenía astucia suficiente para saber que este trasfondo es de índole irracional. No adivinaba, no podía adivinar, que yo extraía mis datos del mayor corredor de bolsa anónimo

del mundo y que se me había dado un cheque en blanco. No sabía con quién estaba desayunando.

Con la circunspección que el caso pedía, dejé entrever que su punto de vista no era del todo inverosímil. Pero, si yo poseía de hecho aquellas conexiones que él sospechaba, sólo podrían resultar eficaces a condición de mantenerlas secretas. Por supuesto, mis palabras no hicieron sino agudizar su atención, que crecía en la misma medida en que yo daba la impresión de querer distanciarme de él. En todo tipo de negocios, tiene ventaja el que se muestra indiferente. Ahora me presionaba ya formal y abiertamente, se comportaba como un pez atraído por mi cebo.

A partir de aquel día, multiplicó sus visitas para pedirme consejo. De este modo, y sin él sospecharlo, me quitaba mucho trabajo de encima, sobre todo en el trato con los agentes, siempre molesto. Me convertí en su socio. En esta calidad, fundé, dentro de sus monopolios, una compañía de seguros que hacía préstamos sobre las cosechas y se especializaba en negocios de elevado riesgo. Me reservé esta compañía como coto especial.

Poco antes de la superación de la crisis marroquí, provoqué una baja en los valores eliminando de los contratos la cláusula relativa a tiempos de guerra. El golpe iba dirigido contra Katzenstein. Y, aunque no podía ver claramente el fondo del asunto, comenzó a albergar sospechas. Le aconsejé astutamente que hiciera una liquidación total, pero no siguió mi consejo. La baja no parecía natural y prometía ganancias dobladas. En aquellos días, todo era confuso. Se estaban produciendo cambios que no pueden describirse con palabras y que sólo un buen olfato es capaz de percibir. En estas situaciones, el valor del dinero alcanza cimas ficticias y llega a convertirse en materia de pura imaginación. Mi consejo era bueno. ¿Por qué no lo había seguido? Sus conocimientos no pasaban de la probabilidad matemática.

Vino luego el tratado de Tánger, con su consiguiente “viernes negro”… La banca hizo quiebra. La compañía de seguros obtuvo

enormes ganancias. En estas crisis se repite siempre el viejo juego de “guerra o paz”, como se juega a cara o cruz con una moneda. Mantuve luego una conversación con Katzenstein. Admitió que se había equivocado. Cuando, al día siguiente, fue a despertarle su ayuda de cámara, le halló muerto en el lecho. Se habló de un ataque cardíaco. Fue grande el sentimiento de sus acreedores.

Ahora me había convertido en el propietario de la firma Katzenstein and Co. Nadie podía ya sorprenderse de verme implicado en los negocios de las multinacionales. Dediqué mi actividad a los empréstitos estatales, la suprema y soberana esfera de las finanzas. Me nombraron barón en Alemania, recibí el cordón de la Legión de Honor. Los filántropos me recibieron en sus filas. La princesa no tenía ya reparos en que su coche fuera públicamente visto ante mi puerta; la gente se agolpaba ante la plaza que tenía reservada en el Jockey-Club. Era bien sabido que perdía allí grandes sumas en el juego.

Tal era mi vida, contemplada desde el exterior. No podía ser más próspera. Y, sin embargo, a medida que aumentaban mi poder y mi prestigio, iba aumentando, en igual proporción, mi sentimiento de infelicidad. Primero fue el hastío, cada vez más torturador. Noté que me faltaban la tensión, el factor de incertidumbre, el pro y el contra, el rojo y el negro que dan su encanto a la vida. Encarnaba el papel de combatiente invencible. Podía calcular todas las posibilidades. A mi vida le faltaban lo misterioso, lo enigmático, lo indeterminado, lo que acelera los latidos del corazón.

Ya he dicho que al cabo de muy poco tiempo el juego perdió para mí todos sus atractivos. Y lo mismo ocurrió con todas las demás combinaciones. Pronto me resultó tediosa la tarea de quedarme con el dinero de los imbéciles, que parecían empeñados en meterlo en mis bolsillos. Sentía a menudo la tentación de anular las apuestas antes de que comenzara el juego. ¿Quién juega a las adivinanzas, cuando ya conoce la solución? Lo único

que todavía me divertía era ver la excitación y la desesperación de los demás. Aparecían al día siguiente para humillarse ante mí. Pero, con el tiempo, tampoco esto me dio placer. Había renunciado a mi destino y ahora me convertía en destino de los que se cruzaban en mi senda. Con la indiferencia, aumentó la crueldad. Aquí se apoya, sin duda, el hecho de que los hombres que adquieren un poder ilimitado se entregan, como los césares, al asesinato. La tierra se convierte en un espectáculo, en un circo.

Esta misma actitud adopté respecto de las mujeres; en el trato femenino, lo que yo sentía, ante todo, era mi poder. Se acercaban a mí como polícromas mariposas a la luz. Al tiempo que les prodigaba mis caricias, tenía plena conciencia de mis uñas. En las partidas que jugaba con ellas, yo era el jugador que nunca puede perder. Y, como un Shylock, estaba atento a que pagaran sus deudas con carne y sangre. No se me escapaba ni la más ligera nota en falso de la melodía.

Resultaba curioso el miedo que sentía a que me estafaran. Conocía con toda exactitud el precio de las cosas y ponía empeño en no pagar ni un céntimo más de su valor. Cuanto más crecía mi fortuna, más me torturaba este problema. Se compra más barato cuanto mayor es la riqueza que se posee. Y la riqueza absoluta compra incluso de balde.

Un cuadro, una casa, un mueble, me resultaban particularmente queridos si podía unir a ellos el recuerdo de una buena compra. Era la lógica del dinero, que me llenaba y se apoderaba de mí con creciente intensidad. Paralelamente, aumentaba también el *spleen;* sentía que los placeres me proporcionaban cada vez menor satisfacción. A medida que aumentaban mis medios, perdían para mí su valor. Tras años de excesos, me veía reducido a un tenor de vida similar al que se lleva en los sanatorios caros. Me gustaban los colores apagados, el servicio silencioso, los días pasados tras las cortinas corridas, los manjares sin condimentos, las conversaciones impersonales, las mujeres en que se aúnan la suprema elegancia y la vacuidad suprema.

Pero había además otra circunstancia que me sumía en una inquietud mucho más honda que la del agotamiento de la alegría, de la jovialidad, de la fuerza vital. Su presencia se dejó sentir ya con los primeros compases de júbilo del éxito inicial. Veía con creciente claridad que llevaba en mí un misterio terrible, incompartible. Y comprendía cada vez más nítidamente que era un misterio criminal. Mis ataques a los hombres eran monstruosos, eran los propios del Gran Enemigo. Y eran tanto más poderosos cuanto más se situaban fuera del alcance de la ley. El ladrón que medita un golpe seguro, el tramposo que marca las cartas, el hombre que maquina en la soledad de su cuarto una fechoría, todos ellos desafían a la suerte y se hallan sujetos a la ley general. Actúan como hombres, mientras que yo poseía un poder de autómata. Podían tener cómplices, mientras que mi saber exigía la más absoluta y profunda soledad. Y lo advertía porque hubiera preferido mil veces pasar por falsario antes que se tuviera ni la más leve sospecha de mi secreto.

Mi ojo certero, mis éxitos infalibles, que tanta admiración causaban, se habrían trocado en horror, estremecimiento y odio terrible de llegarse a conocer su origen. El usurero que conoce la esencia del dinero mejor que los pobres diablos con cuya sangre engorda, un Don Juan que repite su técnica de seducción con la misma sangre fría con que una caja de música deja oír su melodía, todos ellos estaban muy lejos de alcanzar mi infalibilidad. Con ello, me alejaba del género humano y entraba en un orden nuevo. El hombre que alcanza el poder mágico, simbolizado por la capa que hace invisible o por el anillo de la felicidad, pierde el equilibrio, la tensión que nos mantiene sujetos al curso del mundo; maneja palancas de sobrehumano poder. Y muy pronto estas potencias se volverán contra él.

Sentí todo esto primero bajo la forma de un vago descontento, porque iba viendo con creciente claridad la funesta situación en que me encontraba. El mundo se vaciaba, se convertía en desierto; en él se movían los espectros según leyes mecánicas. Sentía

que me había extraviado, que había apuntado demasiado alto, y ahora me acometía el anhelo de retroceder. Crecía el vacío… Hasta los desdichados me daban envidia. Ellos tenían hambre, sed y esperanza, tenían un destino. Todo esto me faltaba a mí.

Supe entonces que, al lado y por encima de la mecánica, hay otra ley que rige el mundo y lo hace fructificar. Y presentía que esta ley sólo podía encontrarse en el hombre que da con amor. El vacío me empujaba hacia la plenitud; el frío, hacia el calor. Sentía que tenía que ligarme a un corazón, que sólo así podría salvarme. Pero estaba tan ciego que cuando decidí buscarlo recurrí a los medios mágicos.

Una noche, cuando mi inquietud era ya casi insoportable, comencé a errar sin rumbo por la calle, me sentí como empujado por una fuerza extraña a la estación de Silesia. Entré en su gran vestíbulo, donde bajo el resplandor de las lámparas de arco voltaico hervía una multitud de viajeros. Como otras muchas veces en situaciones similares, me animaba una especie de tensión presciente: la curiosidad de averiguar qué era lo que me había llevado allí. Era como el cazador que no duda un instante de que dará con la pieza que persigue.

Fue aquí donde encontré a Elena. Estaba sentada bajo el arco de una falsa ventana; tenía a su lado el cestillo de mimbres que suele constituir todo el bagaje de las muchachas que buscan trabajo. Contemplándola de espaldas, vi el abrigo barato y los hundidos hombros de una pobre criatura que lloraba en solitario. De una sola ojeada, me hice cargo de su situación: abandonada, sin dinero y sin amigos en una ciudad extraña. Son las víctimas a cuya caza se dedican los alcahuetes, los explotadores y los intermediarios de turbios negocios.

Me acerqué a ella y le dirigí la palabra. Se mostró muy agradecida, pues se hallaba en una situación en que se acepta cualquier ayuda. Por otro lado, era de carácter sencillo y sin malicia. Vio en mí al prójimo cuya presencia se anhela en los momentos de

desamparo y depositó en mí su confianza. Le ofrecí ayuda y cobijo. Recogí su canastillo y nos dirigimos en taxi a Treptow. Tenía yo allí uno de mis refugios, al que solía retirarme de vez en cuando, bajo nombre supuesto, para entregarme a mi *spleen*. Se trataba de un modesto retiro, una casita con jardín junto al Spree. Elena se instaló en una de las habitaciones.

Cené con ella; tomamos el té y charlamos. Descubrí que era una criatura sencilla e inocente, apenas extrañada por lo singular del encuentro. Veía en mí a un, hombre caballeroso y bueno y no podía sospechar que nuestro encuentro era el de la persona completamente ingenua con el hombre absolutamente calculador. La llevé a su cuarto y le entregué la llave aunque sabía que no cerraría la puerta. Era como un pajarillo en mis manos.

Después de haberla dejado, paseé durante largo tiempo a lo largo y ancho del jardín. La noche era oscura; de vez en cuando descendía por el Spree un tren de chalanas con sus luces multicolores. Yo sabía muy bien que el más fácil de seducir es el inocente. Pero no pensé en tal cosa. Quería reencontrar la inquieta tensión, el sentido íntimo. Y esto sólo era posible a condición de que me marcara unos preceptos en el reino de mi ilimitada libertad. Sabía también que sólo podría conseguirlo usando los medios de un hombre normal. Quería dedicarme a ella, dedicarle mis atenciones como a una criatura adorable creada para devolverme la salud. Elena tenía que ser el espejo virginal sobre el que yo enviaría los rayos del conocimiento para que me los devolviera concentrados, impregnados de calor humano. No advertía entonces que de este modo no hacía sino aumentar mi crimen, porque estaba conjurando al amor con poderes mágicos.

Al principo la situación evolucionó de acuerdo con mis intenciones. Di a Elena la dirección de mi pequeña vivienda, en la que me dedicaba a mis libros y mis estudios. Por las mañanas me dirigía a Wannsee o al centro y despachaba operaciones en curso. Mis negocios marchaban más venturosos que nunca, aunque no tenía ciertamente derecho a emplear la palabra ventura.

Elena me tomó por un empleado de banco con buenos ingresos. Le di a entender que, aunque no me veía obligado a economizar, sí tenía que hacer números. Mi riqueza la habría asustado. Procuré formarla a base de desarrollar sus cualidades personales. Pronto vi que se aficionaba a los colores, las formas y los perfumes que a mí me gustaban. De vez en cuando visitábamos las tiendas y comprábamos telas, cristalería, algún mueble. Le regalé libros expresamente seleccionados por mí. Los sábados por la tarde asistíamos a alguna representación teatral y los domingos comíamos fuera; si hacía buen tiempo, en pleno campo. Pero procuré siempre mantenerme apartado del lujo o revestirlo de formas modestas. Adivinaba sus deseos con sólo mirarla.

No fue, pues, extraño que mi plan alcanzara sus objetivos. Podría haber poseído a Elena ya la primera noche; hubiéramos vivido entonces en la intimidad de un hogar. Pero, en lugar de ello, nuestras relaciones se elevaron a un plano espiritual. Yo notaba cómo se unía cada vez más íntimamente a mi ser, con raíces de planta dotada de sensibilidad. Fui su amante en el sentido de rodear de cariño una flor rara, una obra de arte excepcional. Aquel terreno era virginal; de él surgían cristales y floraciones bajo formas de creciente belleza. Asistía al espectáculo de un alma que se iba abriendo y creciendo en un misterioso despliegue de poder.

En el breve curso de un año, la situación dio un giro completo. Ahora era yo el que recibía los dones; los frutos maduraban con tal abundancia que casi superaban mis fuerzas. Elena fue para mí la fuente de una vida superior; veía el mundo a través de ella. Pero, cuanto más dependía de ella, mayor era mi temor. Veía con creciente claridad que, al convertirme en dueño del azar, me había insertado en la máquina de la fortuna, me había convertido en un autómata, en una nada sin valor. Tenía una ciencia más nociva que la del hombre que perdió su sombra; y, mediante este saber, había vinculado una persona a mi destino. En el intante en que ella penetrara en mi interior y comprendiera mi secreto, su amor se convertiría en asco, en espanto y terror. A veces me

imaginaba que me miraba con preocupación. Me parecía posible que su intuición le permitiera adivinar la mentira en que la tenía prisionera.

Fue por aquella época cuando se produjo mi derrumbamiento. Llegué a uno de aquellos momentos decisivos, que todos conocemos por propia experiencia, que aniquilan al hombre a quien alcanzan o le obligan a enfrentarse con nuevas decisiones. Puede ser un derrumbamiento físico: desde tiempo atrás venimos presintiendo, a través de pequeños síntomas, que se está produciendo un cambio en la base misma de nuestra salud. Deberíamos entonces hacer un alto, renunciar a nuestras tensas actividades, pero desoímos la advertencia. Y de pronto viene el golpe que nos derriba en tierra. De modo enteramente semejante, desoímos también las sutiles voces internas que nos previenen frente al derrumbamiento psíquico, hasta que descarga sobre nosotros el golpe que arranca de sus goznes la totalidad de nuestro sistema. A veces la bancarrota es precedida de un corto período de especial sentimiento de seguridad. Y al fin viene el derrumbamiento moral, mucho más terrible que la apoplejía o la locura. Porque aquí se tambalean los fundamentos mismos del ser.

Es espantoso el enfrentamiento con la nada. Advertía con claridad que me había vaciado desde dentro, que me había aniquilado en mi mismo ser, que la riqueza me rodeaba como un manto engañoso, como la fina capa de polvo que se quita de la superficie de las momias. Sentí asco de mí mismo, un asco inmensamente más insoportable que el que tuve en otro tiempo, en los días de mi abyecta miseria.

Elena creyó que estaba gravemente enfermo. Hizo que me visitaran los médicos. Yo sabía demasiado bien que ninguna medicina podía ayudarme, y menos que nada las artes de esos psicólogos que han aprendido sus teorías con cerrajeros. Nuestro mundo está superpoblado de esos charlatanes. Más que expulsar al demonio, beben a su salud.

Quería rezar, pero mi boca estaba sellada. Espantosas palabras pugnaban por salir al exterior. Frente a mi casita, a orillas del Stralau, había una iglesia: fui a visitar al párroco. Me conocía porque era uno de sus feligreses y le había hecho de vez en cuando algún donativo. Me acogió con gran respeto.

Intenté explicarle mi situación, pero advertí inmediatamente que no me entendía. Mis palabras le intranquilizaron, le sumieron en confusión; creyó sin duda que yo era un desequilibrado. Me respondió con corteses palabras, como las que se emplean con un loco para quitárnoslo de encima; me recomendó con insistencia que visitara a un médico.

Busqué también ayuda en un clérigo de la vieja Iglesia, en la cual no se ha extinguido del todo el conocimiento de las profundas maquinaciones del Mal. Me escuchó atentamente y luego me despidió con horror.

Fui muchas veces al centro buscando el consultorio del doctor Fancy, pero nunca pude descubrirlo. A veces pensaba que todo era pura imaginación, sueños desvariados. Pero esto no mitigaba mi dolor. Sabía bien que estaba perdido.

Por aquella época me entregué de nuevo a la bebida; sólo cuando estaba borracho se me hacían las horas soportables. Eran como tiendas multicolores que yo plantaba en el desierto, sobre mi cabeza. Elena me traía el vino como una enfermera la medicina. Mi situación la acongojaba, pero sentía que yo necesitaba la bebida. ¿De qué sirve entonces prescribir al desdichado una yerta abstinencia? La borrachera es el último de sus cobijos, la última franja de color ante las tinieblas.

Luego, ya muy pasada la medianoche, me dirigía a los barrios en los cuales la vida nunca se extingue. Notaba en mí el impulso a fundirme con las masas que se afanan inquietas en sus negocios bajo la luz de polícromas lámparas. En toda gran ciudad hay un centro oscuro en el que reside el Mal. Me sentía atraído por él y

sabía también dónde se hallaba: en un cruce de la calle de los Granaderos. Allí y en aquellas horas, todos, salvo los policías, se hallaban bajo el dominio de la bebida o las drogas; sólo se cruzaban en el camino mujeres que se vendían y hombres tras un crimen. Me mezclaba sin rumbo con esta multitud, que unas veces se agolpaba bajo los rojos rayos de la depresión de la Alexanderplatz y otras se desparramaba hasta los tranquilos puentes del Spree. En ocasiones me introducía en uno de los grupos que se formaban junto a un detenido por la policía

o a una prostituta borracha, o llevaban a cabo oscuros negocios. Y luego volvía a entrar en uno de esos cafés de paredes cubiertas por brillantes espejos y me quedaba allí, como los demás clientes, rígido ante mi propia imagen, escuchando el sonido de una orquesta mecánica. La visión de estas arquitecturas despertaba en mí los más sombríos pensamientos.

Como me había ocurrido en épocas anteriores, estos errantes paseos me llevaban, completamente exhausto, a las estaciones. Hay formas de vida que se nos imponen, que están cortadas a nuestra medida, con independencia de la pobreza o la riqueza. Y así ocurrió que una mañana me vi una vez más irremediablemente enfrentado con el suicidio. No advertí que me había sentado en el mismo sitio que la vez pasada. Como siempre a esas horas, estaba completamente borracho. De vez en cuando llevaba la mano al bolsillo interior de la chaqueta para sentir el contacto de la pequeña cápsula de potente veneno que llevaba conmigo. Los periódicos de la mañana todavía tendrían tiempo para recoger la noticia de la súbita muerte de un desconocido. Vertí el polvo en mi vaso.

En este preciso instante avanzó con paso vivo un viajero de traje azul y se acercó a mi mesa. Con pesado asombro vi que se trataba del doctor Fancy. Se sentó frente a mí y me midió con mirada escrutadora.

“Vaya, un antiguo paciente, si no me engaño. ¿Puedo interesar-

me por el estado de su vista?”

Le dirigí una oscura mirada, cargada de odio.

“Puede usted juzgarlo mejor que yo. Pero esta vez arreglaré mis asuntos sin ayuda ajena.”

El doctor Fancy sonrió y silbó la antigua tonadilla.

“Sabemos muy bien que hay pacientes que se sienten descontentos cuando les quitamos las cataratas. Se quejan de que su vista es demasiado penetrante. Al parecer, lo más aconsejable es un estado de capacidad óptica media… un claroscuro.

Tomó mi vaso y lo olfateó placenteramente. Yo le contemplaba con ojos malignos y ánimo expectante. El doctor volvió a reírse y repitió su melodía en un tono más alto.

“Veo que ha hecho progresos. Esto huele muy bien… a almendras amargas.”

Derramó el contenido por el suelo y prosiguió:

“Vamos a hablar seriamente. Todo indica que usted considera insoportable mi intervención,

aunque salió bien. Había pensado incluso publicar un artículo sobre su caso en las revistas especializadas. De cualquier modo, casi no costaría ningún esfuerzo devolverle su antigua visión.” Apenas me atrevía a creer lo que me decía y grité: “Si lo hace, doctor, le entregaré toda mi fortuna. Usted sabe bien que es inmensa.”

“Lo sé. Pero yo soy uno de esos artistas que trabajan sin honorarios. Dado que usted ha llegado en cierto modo al punto en que se anuda el lazo, lo adecuado será que las cosas recorran el camino inverso. Para empezar, debería invitarme a un brandy bla-

ckberry. Así estaríamos básicamente en paz."

Llamé al camarero y encargué la bebida. Vaciamos nuestros vasos y nos pusimos en marcha como en la ocasión pasada. Me llevó a su casa, a la sala de espera que yo había visitado tantas veces. Tras haberse puesto su bata, me hizo sentar en el sillón de hule y exploró mis ojos con una gran lupa. Mientras iba alineando sus instrumentos, se entregó, tal como suelen hacer algunos médicos, a un soliloquio a medias dirigido a mí.

"El ojo", decía, "es imperfecto, como todos los instrumentos del demiurgo. Un poco de humor, un poco de color en una cámara oscura, para poder captar la banda media de la luz con impresiones totalmente borrosas. Como instrumento de visión cognitiva, está limitado por lo imprevisto. Si aumentamos su capacidad óptica, de modo que pueda ver con alguna mayor precisión el juego del azar, los pacientes se quejan del dolor que les causa una luz demadiado fuerte. Quieren volver a la ilusión. Prefieren las imágenes veladas. En realidad, el ojo ha sido hecho para el reino de las tinieblas, no para la luz incolora. La luz, el gran poder del universo, os quemaría si se acercara a vosotros sin velos. La belleza, la verdad, la sabiduría, son insoportables para la mirada turbia: basta una sombra de todas estas cosas. ¿Qué es lo que os empuja a elevaros por encima de vuestro círculo?

"Pero, por supuesto", siguió diciendo, "¿podría ser de otro modo? el universo es una obra de arte… y aquí radica la imperfección: es una imperfección expresamente querida."

Se volvió hacia mí:

"Yo agudicé el poder de penetración de sus ojos con un ácido. Vamos a reducirlo con una base. Pero tiene que resignarse a una disminución de su capacidad visual."

"Hágalo, doctor, a cualquier precio."

El doctor se encogió de hombros y volvió a sus instrumentos. Luego me colocó en la posición adecuada y deslizó dos gotitas en mis ojos. Una vez más, un sufrimiento cegador recorrió como un ascua todo mi cuerpo y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, el doctor Fancy estaba ya de nuevo en traje de calle. Me contempló con mirada escrutadora y me dijo:

“Puede irse.”

“¿No tiene instrucciones que darme?”

Ah, vaya! ¿Piensa distribuir ahora sus bienes entre los pobres? No se rompa la cabeza con este problema.”

Abrió la puerta y me despidió. Me sentía inmensamente desdichado y avancé a tientas por las paredes. Las cosas se me aparecían como envueltas en una neblina, aunque más policromas. En un cruce me pasó rozando un coche y me arrojó al suelo. Con un supremo esfuerzo, conseguí llegar a casa.

Elena me había estado esperando. Le bastó una sola mirada para comprender mi estado. Me recibió en sus brazos, me besó y estrechó. “Por fin…”, murmuró a mi oído.

Mi salud estaba arruinada; me dolían los ojos y mi capacidad visual estaba seriamente debilitada. Una fiebre nerviosa me llevó al borde del sepulcro. Estuve durante semanas sumido en una opaca oscuridad, con breves momentos de lucidez en los que percibía la presencia de Elena luchando por mi vida. Luego pude sentarme en el jardín y dar algunos cortos paseos.

Repetidas veces me llegaban las urgentes llamadas de mis procuradores reclamando mi presencia. Al fin fui al centro para enterarme de la marcha de mis negocios. Todos estaban hundidos en un caos fantástico. Las pérdidas de mi compañía de seguros por catástrofes imprevistas, la caída de los valores, los desfalcos y abusos de confianza, habían devorado en unas pocas semanas

todo cuanto había acumulado en el curso de los años. Pero, sobre todo, había perdido aquella afinidad con el dinero, aquel sutil olfato que es factor imprescindible en las finanzas. Había perdido aquel estado de pozo sin fondo, de insaciabilidad, que provoca la afluencia de las sumas abstractas. Se había extinguido en mí la tendencia especulativa, sus símbolos habían perdido para mí sentido y realidad.

Ordené hacer un inventario de mis efectos, de mis bienes muebles e inmuebles. En conjunto, podrían equilibrarse pérdidas y ganancias. Hallé un liquidador que tomó a su cargo la responsabilidad plena de mis créditos y deudas, asumiendo todos los riesgos. Sólo pude salvar el pabellón junto al Stralau y los regalos que le había hecho a Elena. Todo ello me proporcionó los fondos suficientes para montar una pequeña tienda de anticuario. Saqué buen partido de mi gusto por las cosas antiguas y exquisitas. Nos casamos y vivimos como todo el mundo.

En el pequeño y modesto ajetreo de cada día, con sus afanes, el pasado no tardó en adquirir los difusos contornos de una quimera provocada por un mal sueño y por mi enfermedad. La ola se había cubierto de espuma y se había desplomado sobre sí misma, sin mérito por mi parte. Había renunciado al mal y a sus pompas, no por aversión, sino por no estar a su altura. El mal me había tomado a su servicio y luego me había despedido como por orden de un patrón distante e invisible. Si yo no me había hundido hasta el fondo, se debía sin duda a que en algún rincón de mi existencia mantenía un punto de contacto con el bien. Había adecuado mi vida a una versión suavizada del mal y había retrocedido de su estado agudo a su estado moderado.

Volví a la Iglesia, como tantos otros a quienes la angustia del mundo empuja a los altares. Observé los mandamientos, cumplí la ley. Pero sentía que los misterios habían perdido su fuerza y que mis oraciones no penetraban los cielos. No hay mérito en mi justicia. No despertaba ningún eco en mi corazón.

Por eso dije al principio de mi narración que mi nombre no merece pasar a la posteridad. Vivo, como mis contemporáneos, en la tierra de nadie y la abandonaré como todos ellos. Hemos invocado poderes enormes para cuya respuesta no estamos capacitados. Y entonces nos acomete el horror. Nos enfrentamos con la alternativa de entrar en los reinos demoníacos o replegarnos a los débiles dominios de lo humano. Podemos mantenernos en él mientras el suelo siga dando su renadío.

Ortner cerró su cartera y la entregó a Costar, quien la llevó a su lugar. En el patio y los pasillos se oía el relevo de la guardia nocturna. En el estudio penetraba la luz de la mañana. El sol ascendía sobre el mar. Las primeras golondrinas giraban en torno a las almenas y puertas todavía grises de Heliópolis. Ortner desconectó el regulador de ambiente.

"Me vuelvo charlatán cuando me pierdo en estos temas del viejo Berlín, como gusta hacer Fernkorn. Con el tiempo, estos problemas se han ido simplificando. Pero ya es hora de retirarnos a descansar; de Geer, sobre todo, necesita un sueñecito."

Lucius sonrió.

"Con sus charlas se olvida uno hasta del sueño; sabe mantener bien despierta la atención. También yo he creído observar que ha levantado el índice varias veces."

"Esto sería un crimen contra el arte. Pero no quiero negarlo. Puede muy bien deberse a que los tiempos se parecen y a que los problemas que aquejaban a mi poco brillante héroe están siempre presentes. No todo el mundo es un Fortunio. Usted, Lucius, está deseoso de saber qué otras formas hay de encauzar la vida. Tal vez una de ellas incluya su encuentro con una Elena. Es una vieja receta."

Dieron las gracias al pintor y se despidieron.

LA EXCURSIÓN A VINHO DEL MAR

TRAS un breve sueño, Lucius se presentó a la hora habitual en su despacho, situado al lado de la oficina blindada del jefe. La habitación era sobria: una mesa de trabajo, una caja fuerte, un archivador y algunas sillas componían todo el mobiliario. Las paredes estaban revestidas de corcho y enteramente cubiertas de mapas con señales. Frente a la mesa colgaba un tablero con la inscripción: "Escuela de Guerra". Llevaba escritos en cintas de papel una serie de nombres que permitían saber, de una sola ojeada, no sólo el grado y la ocupación de cada cadete, sino también el lugar en que se encontraba. Lucius se acercó a él para grabar en la memoria los cambios ocurridos durante su misión. De la columna "En permiso" retiró dos fichas con los nombres "von Winterfeldy "Beaumanoir", y las colocó en su correspondiente lugar. Luego se acercó a la ventana y dirigió una mirada al patio interior. El cristal era cromatizable, pero sólo llevaba dos indicaciones: "Claro" y "Oscuro".

Como siempre, Theresa había puesto flores de acuerdo con las instrucciones del jefe, quien intentaba, con estos detalles, no sólo suavizar la austeridad del trabajo, sino darle ciertas pinceladas estéticas.

La correspondencia estaba ya, perfectamente clasificada, sobre la mesa: las órdenes, algunas de ellas de tipo confidencial, dentro de sus plicas rojas; los impresos y, un poco más cerca del ramillete de flores, los sobres con las cartas privadas. Lucius ojeó primero los periódicos, que dedicaban sus primeras páginas a los desórdenes del día anterior. Ya por los titulares podía adivinarse sin dificultad qué publicaciones estaban del lado de la Casa y cuáles otras a sueldo de la Oficina Central. Así, por ejemplo, el "Amigo del Pueblo" decía, con grandes caracteres: "La policía auxiliar impide los saqueos en el barrio parsi". Debajo aparecía

una fotografía enmarcada en lápiz rojo. Lucius vio que en ella aparecían él, Mario y Costar. Era evidente que algún espía los había captado en el preciso instante en que Mario miraba el cucharón de plata. Un buen golpe. Probablemente la pantalla de proyección permanente había difundido ya la escena.

Lucius conectó el regulador de ambiente y dejó el periódico a un lado para dedicar su atención a las órdenes que, durante su viaje, se habían ido acumulando hasta formar un pequeño montón. Una de ellas le mencionaba directamente:

"Se multiplican las quejas de los comandantes acerca de los oficiales jóvenes. Se admite, en términos generales, que se ha elevado su nivel de conocimientos técnicos. Pero esto no puede hacerse a costa de la personalidad. Quiero decir que la educación debe tender a formar hombres con capacidad para tomar decisiones personales.

"Con este propósito, se añadirá a la Escuela de Guerra un curso superior. Asignaturas previstas: equitación y esgrima, formación para la vida de relaciones sociales. La Academia proporcionará profesores de lógica, retórica, derecho internacional y teología moral. Seguirán instrucciones para la realización práctica. Encomiendo al comandante de Geer la inspección del curso y la redacción de los informes correspondientes."

Evidentemente, el Procónsul, siempre obsesionado por la idea de que el ejército pudiera transformarse en una especie de tropa de mamelucos o, en el mejor de los casos, en un instrumento de su devoción personal, ponía así en marcha una de sus ideas predilectas. El jefe había firmado el proyecto, aunque era otra su opinión, y su preocupación constante era el exceso de asignaturas de los cadetes.

Seguían luego los habituales prospectos y las invitaciones características de la vida de Heliópolis. Los cazadores cósmicos anunciaban una exposición sobre la captura de grandes peces. Fer-

nkorn pronunciaría una conferencia sobre la novela teológica. Lucius anotó en su calendario las horas y los lugares. Sólo quedó, al fin, un pequeño sobre escrito por una mano torpe. Lo abrió y leyó:

"¿Se acuerda todavía de Melitta? el señor Mario le habrá dicho que llegué bien a casa de mi tía. Usted me invitó, tal vez en broma, tal vez por amabilidad. Yo me pregunto qué puede encontrar en mí, que no puedo significar nada para usted. Usted no sabe lo que es estar sola, siempre sola. Le saluda Melitta, que le está agradecida."

Había errores en la carta. Lucius la sopesó, con cierta tristeza, en la palma de la mano. Llegaba demasiado tarde. Había pasado ya el tiempo de los encuentros fugaces. Así se lo había impuesto el padre Félix, antes de tomarle bajo su dirección. Afirmaba que podando estas ramas se obtenían mejores frutos. Pero Lucius sentía que su naturaleza se rebelaba. Invitaría a Melitta a pasear y charlar, en plan de amigos, por las Islas, como excursión de despedida. Con esto no quebrantaba ninguna orden.

Se abrió la puerta del despacho blindado y entró el jefe. "¿Ya de pie? Oí decir en el desayuno que la fiesta de cumpleaños se prolongó bastante.

Tomó asiento.

"¿Qué me dice de su foto en el 'Amigo del Pueblo'? ¿La ha visto ya?"

Lucius asintió:

"Semejantes finezas, lo mejor es olvidarlas."

"Si lo toma muy a pecho, el 'Amigo del Pueblo' publicará mañana una rectificación, por ejemplo, bajo el título: 'El comandante de Geer niega ser ladrón de cucharas de plata"'

“A esos tipos hay que pagarles con otra moneda.”

“Eso pienso. Si aumenta su insolencia, como yo espero, daré orden de girar una visita al Casteletto. Y entonces pondremos otro pie de foto: ‘Bandidos disfrazados de policías auxiliares liberan prisioneros.’”

“A nadie le haría daño hacer de una vez un poco de luz en aquel antro de horrores. Si se decide a ello, le ruego que no me olvide.”

“Es cosa hecha; no podemos desentendernos de estos asuntos. Puede proponerme algún alumno de la Escuela de Guerra para acompañarle.”

“Pienso en hombres como el cabo Calcar, que se distinguió en las barricadas.”

“Perfecto; le mencionaré en la orden del día… Recuérdemelo.”

Lucius tomó nota del nombre y el general continuó: “Pero todo esto vendrá más tarde. Yo quería hablar con usted de otro asunto: de su informe sobre las negociaciones as-túnicas. Ya lo he enviado al chalet del príncipe, añadiendo mi propia opinión. He subrayado su punto de vista concreto, según el cual una acción precipitada de Dom Pedro nos proporcionaría, a la larga, bastantes quebraderos de cabeza. Estamos contentos por su modo de llevar el asunto. En cambio, no he podido dar mi visto bueno a sus valoraciones globales.”

Lucius luchó contra el cansancio y se obligó a permanecer atento. No era frecuente que el jefe se dedicara a discutir cuestiones de principio, y aun entonces sólo lo hacía cuando quería corregir con energía un error que consideraba fundamental.

Así pues, Lucius se acomodó en su butaca y se dispuso a escuchar con atención.

“Tengo que hablar de unos cambios”, empezó el general, “que vengo observando con preocupación hace ya largo tiempo. Me refiero a la tendencia metafísica que se está abriendo paso, y con creciente intensidad en usted y otros miembros del Estado Mayor. No tendría nada que oponer si pretendiéramos fundar una orden religiosa… pero, por el momento, no es ésa mi intención. Voy a expresarle, una vez más, mi opinión sobre el asunto.”

Apartó a un lado el ramo de flores, que le impedía mirar a Lucius directamente, y prosiguió:

“Nos hallamos en una situación en que hace ya mucho tiempo que han desaparecido los antiguos vínculos, en una situación de anarquía. Está fuera de toda duda que es preciso restablecer el orden. Si prescindimos de los mauritanos, que desean medrar en y a través de la anarquía, quedan dos grandes escuelas en Heliópolis. Una, que se agrupa en torno al Prefecto y a su Oficina Central, se apoya en las ruinas y en las hipótesis de los antiguos partidos populares, y planea establecer el dominio de una burocracia absoluta. La segunda es la nuestra; se basa en los restos de la vieja aristocracia y del Senado, y está representada por el Procónsul y el Palacio.

“El Prefecto quiere elevar a la categoría de Estado una colectividad ahistórica; nosotros buscamos un orden histórico. Queremos la libertad del hombre, de su esencia, de su espíritu y de su propiedad, y queremos el Estado en la medida en que es necesario para la defensa de estos bienes. De aquí se deriva la diferencia entre nuestros medios y métodos y los del Prefecto. El Prefecto se ve obligado a nivelar, atomizar e igualar el potencial humano, en el cual debe prevalecer un orden abstracto. En nuestra opinión, por el contrario, quien ha de dominar es el hombre. El Prefecto busca la perfección técnica; nosotros, la perfección humana.

“Y aquí se apoya también la diferencia de la selección. El Prefec-

to quiere una superioridad técnica. La búsqueda de especialistas desemboca necesariamente en tipos atrofiados. La elección recae sobre aquellos en quienes el impulso técnico encuentra la mínima resistencia. Y así, en el terreno práctico, podemos comprobar que en la Oficina Central se da una mezcla de autómatas y criminales inteligentes.

"Nosotros nos proponemos por el contrario, la formación de una nueva élite. Nuestra tentativa es incomparablemente más difícil: nadamos contra corriente. Mientras que la nivelación encuentra en todo ser humano material en que ejercitarse, nuestro propósito abarca al hombre en su totalidad; pero esta totalidad se muestra pocas veces y, aun entonces, siempre sólo a modo de aproximación. En este sentido, el Procónsul nos sirve de modelo, de titular de las virtudes justas, llamadas a ejercer el dominio. En él se conservan intactos no sólo los principios aristocráticos, sino también los democráticos.

"Sabemos que es un hombre leal, que está dispuesto a asumir esta tarea. Con esta intención, está procurando atraerse a las mejores fuerzas. Para elegir, tiene que guiarse por la capacidad de las personas, es decir, tiene que dirigirse a un círculo de hombres que se distinguen bien por sus hechos, bien por sus conocimientos o por su gran capacidad. Es el camino más vulnerable, pero el único viable en nuestro tiempo. Tenemos que excluir de los puestos de mando no sólo a los tecnócratas, sino también a los románticos.

"Y esto me lleva otra vez al asunto de Asturias. Usted ha sabido valorar con mirada certera, en su informe, las posibilidades con que cuenta Dom Pedro. Su régimen no podrá durar. En aquellas regiones prevalece el derecho del más fuerte; por consiguiente, a Dom Pedro le asistirá el derecho si prospera su golpe de Estado, y gobernará un Estado de derecho mientras tenga los resortes del poder.

"Frente a estas turbulencias, el Procónsul asumirá el papel de

observador que dispone de tiempo. La extensión del conflicto no le obligará a tomar partido, aunque sí a adoptar las medidas previstas para casos de graves agitaciones. Pero entonces tendrá que actuar en todos los frentes. Toda nuestra educación debe orientarse a ese momento.

"En nuestra formación es preciso poner en claro dos preguntas, pero de tal modo que no quede flotando la más ligera duda. Primera: ¿dónde está el enemigo? Y segunda: ¿dónde está el poder legítimo? En este sentido, estoy de acuerdo con el curso superior y he dado mi personal aprobación -aunque no sin algún recelo- a las clases de teología moral. Pero estas clases en modo alguno deben debilitar la voluntad. Lo que es justo, debe seguir siendo justo; quiero decir; es algo que se apoya y se ha apoyado desde siempre en los principios fundamentales. Quiero que los jóvenes se imbuyan de estas ideas, y no que se pierdan en ociosas disquisiciones. Éstas son las directrices de la misión de inspección que se le ha confiado. Permanecerán en vigor mientras yo sea el responsable de la dirección de los asuntos."

El general hizo una pausa. Se había expresado con gran fluidez y precisión, como persona que está segura de los elementos de que dispone y los articula sin esfuerzo. Concluyó su exposición con la fórmula acostumbrada:

"¿Alguna pregunta?"

"No, jefe. Le agradezco las aclaraciones y le consultaré siempre que surjan dudas."

El jefe se levantó y le tendió la mano. La puerta de acero se cerró tras él sobre sus suaves y silbantes resortes. Lucius meditó sus palabras. Encerraban, sin duda, una reprensión, tal vez merecida. Sentía que le faltaba aquella claridad de ideas característica de los hombres de voluntad de acero. Debía tratarse de una diferencia de perspectivas; él vivía en otra realidad en la cual los partidos no estaban tan netamente diferenciados. Hay siempre

una tercera posibilidad, además de la de amigo y enemigo.

El jefe consideraba que esto era distracción, falta de concentración. También era posible que aquellas palabras, más que dirigidas a él, al comandante de Geer, fueran la expresión de su preocupación por el Procónsul. A veces daba la impresión de que se sentía cansado, hastiado por la tosquedad de la materia a que tenía que recurrir en la lucha por el poder. Tal vez asomaba aquí un rasgo de la vieja raza. Tal vez lo mejor sería alzar la tienda y retirarse al país de los Castillos. ¡Que se devoren entre sí como ratas!

"Sea como fuere", concluyó Lucius, "la verdad es que podemos imaginar tiempos mucho mejores que los nuestros. Sólo que, si nos dieran a elegir, elegiríamos precisamente éstos y no otros."

Theresa llamó a la puerta y le entregó más correspondencia. Se hundió de nuevo en el trabajo.

"Heliópolis…" Murmuró el nombre en un susurro mitad ternura y mitad misterio, como un conjuro del destino. En estas horas del mediodía, el mar era de un azul profundo, como seda de finos pliegues. Los bastiones se recortaban sin sombras. Las formas se destacaban bajo la cruda luz con perfiles hiperrealistas.

Día tras día, hasta la estación de los monzones, ascendía el sol en un cielo sin nubes. La luz llegaba súbitamente, como un resonar de címbalos. El gran reloj iniciaba cada mañana su marcha inexorable. Obligaba a los hombres a representar su papel en este escenario, sin preguntar cuántas fuerzas les quedaban.

Lucius conocía los puertos abandonados de lejanas costas, las pálidas ciudades al borde del desierto. Se habían secado ya los pozos que Iskander había hecho excavar, y con ellos los jardines que los rodeaban. Las casas y los palacios, los altos obeliscos y las atalayas en torno a las cuales giraba la sombra, eran testimonio de que aquí había palpitado la vida. Monumentos funerarios

y catacumbas eran todo cuanto quedaba de este mundo. Se habían convertido en polvo las flores y los frutos, los senos de las hermosas mujeres, los brazos de los guerreros, las frentes de los reyes. Las muertas ciudades asemejaban conchas que se descomponen lentamente junto al mar. Aún quedaban algunos nombres, como Troya, Tebas, Knossos, Cartago, Babilonia. "Damasco no será ya una ciudad, sino un montón informe de piedras." Luego, también los nombres desaparecían, como se borra una inscripción en la losa de un sepulcro.

¿Qué importancia podía tener que la vida hubiera fluido a torrentes durante unos siglos por estos montones de conchas? ¿Para qué las luchas, los trabajos inauditos? el polvo de vencedores y vencidos se mezclaba y confundía en los mercados abandonados, en los patios de los palacios consumidos por el fuego, en los desiertos jardines de recreo. Así lo había llorado ya en sus elegías el viejo tejedor de tiendas. ¿Para qué miradas se había montado aquel espectáculo? Si las líneas no se cortan en el infinito, no se completan en lo desconocido, su último sentido es el triunfo de la muerte. Y entonces habría que intentar extraer de ellas un poco de dulzor antes de que las flores se agosten, un poco de néctar, como botín y salario.

Se hallaba sentado en el jardín del Wolter's Établissement, al borde de la colina que unía el Palacio con la catedral de Santa María. Aquí se conservaba todavía el carácter campestre; viñedos y huertas predominaban sobre las zonas edificadas. En la falda de la colina aparecían, rodeadas de masas de verdor, las ruinas de villas hundidas. Los restos de un acueducto descendían hacia la ciudad; las grandes uvas azules de las glicinas de balanceaban en sus arcos.

El establecimiento ocupaba el lugar de una antigua lechería; su jardín limitaba con un cementerio. Las placas de mármol brillaban en la espesura -hacía ya mucho tiempo que habían muerto también los que cuidaban las tumbas.

Era la tarde del sábado; el jardín aún estaba vacío. Estos días, los despachos y centros oficiales cerraban antes, salvo la Oficina Central, que, en cuanto dependiente de una autoridad atea, trabajaba según otro ritmo. Lucius llevaba el uniforme de su sindicato: un mono azul con un águila bordada en el pecho. Era el mismo para todos los hombres y mujeres que trabajaban en las oficinas del Procónsul o servían en su ejército. Esta ropa ofrecía la ventaja del anonimato; como en ella no se indicaban ni el grado ni las condecoraciones, suprimía las diferencias y, con ellas, los saludos de rigor.

Un camarero con chaqueta de tela listada salió del restaurante y subió por el camino. Limpió la mesa con un paño y depositó sobre ella dos copas con granos de granada. Las angulosas pepitas brillaban bajo la delgada capa de azúcar, que se teñía en los bordes de color rosado.

Aunque estaba muy cerca de la ciudad, el jardín del Wolter's no contaba con muchos clientes. En uno de sus ángulos se encontraba el estudio de Halder. Algunas veces, Lucius y Ortner veían allí al pintor entregado a su trabajo. Por las mañanas aparecían algunos clientes solitarios que bebían leche o agua mineral y gentes de letras que buscaban la soledad. Se les veía sentados bajo la verde enramada con libros, manuscritos y pruebas de imprenta sobre la mesa. Aparecían también y desaparecían, a horas fijas, personas extrañas, como si fuera aquél su puesto de trabajo. Había un inválido que daba de comer a las palomas, las cuales esperaban su venida, se posaban sobre sus hombros y picoteaban los granos que él les ofrecía en sus labios. Había otro que jugaba todas las mañanas una partida de ajedrez con un amigo que tal vez estaba haciendo un viaje en barco o vivía desterrado en las Islas. Estudiaba con gran atención los movimientos y los anunciaba en voz alta en el fonóforo. Por las tardes, el restaurante se animaba; llegaban parejas de enamorados que se dirigían a las grutas. Se oía la apagada música de los conciertos nocturnos de las emisoras; grandes mariposas giraban en torno a los farolillos venecianos que el viejo Wolter encendía con una

vela sujeta al extremo de un bastón. Lucius rememoraba las noches de junio en que los gusanos de luz resplandecían en los arbustos o en las puntas de las hierbas, desde donde se lanzaban al aire para su vuelo nupcial. Su brillo se confundía con el de las estrellas y los meteoros en el oscuro cielo, y con el de la espuma de las costas y los navíos en el mar, de modo que podría uno creerse en el centro de una esfera en voluptuoso movimiento, cubierta de resplandecientes inscripciones.

En las solitarias horas del mediodía acudían los pájaros de los bosquecillos del Pagos. Los colibríes giraban locamente junto a los arbustos del bosque, picoteaban, como elevados por ligeras nubes, los colgantes cálices. Desde una encina se echó a volar un grajo con su estridente graznido. En el país de los Castillos, a este animal se le llamaba arrendajo, y algunas veces los cetreros traían de los bosques de encinas algunos polluelos todavía en cañón. Lucius se había encariñado mucho con uno de ellos, al que llamaba “Carus”; lo había domesticado y amaestrado y lo acompañaba incluso, suelto, por el campo. En sus paseos, volaba hasta las cimas y luego volvía a su puño, al modo de los halcones. Sabía también pronunciar, con ronca voz, algunas frases; por ejemplo, “Lucius es bueno”. Imitaba con facilidad la llamada del cuco, el silbido de los pájaros carpinteros, el sonido de las campanas y el martilleo con que se afilan las guadañas. Lucius tenía un gran cariño a esta ave y recordaba que, cuando acariciaba su plumaje de oscuro color vinoso, le subía desde el interior el presentimiento de ternuras desconocidas. “Carus” estuvo con él casi un año, hasta que en la primavera, seducido por una hembra, partió en vuelo como una flecha. No hubo llamada que lo hiciera volver. Siguió a su compañera hasta la orilla de los bosques. Desde la cúpula de los árboles, emitió otra vez el “Lucius es bueno” como saludo de despedida. Durante mucho tiempo se sintió apesadumbrado por la ausencia de su amigo. Lo había seguido con las alas de la imaginación en su nueva existencia, en el voluptuoso mecerse y balancearse por los soleados bosques en la época del celo, bajo las verdes sombras, en el tibio calor del nido en los brezos, acolchado con plumas y finas raicillas. Muchas veces,

cuando le despertaba por la noche el viento que giraba en torno a las almenas, se acordaba de su amigo, que entonces se hallaba con los suyos en el cobijo de un cálido nido, acunado por el viento del sur. Ahora vivía ya, sin perderse y sin que nadie pudiera alcanzarle, en el bosque y en su libertad, de la que había venido y a la que había vuelto. "Pierde para poseer", decía una de las máximas de Nigromontano.

Una carcomida valla separaba el jardín del cementerio.

Acá y acullá se habían renovado algunas de sus estacas, que destacaban por su blancura. En uno de los brillantes vértices, a la altura del hombro de Lucius, se calentaba al sol meridiano una pequeña criatura del tamaño de un grano de arroz. Tenía un color negro bronceado y alzaba al cielo, como una antorcha, su minúsculo vientre. Cuando Lucius dejó caer sobre él la mirada, vio un segundo animalillo que giraba en torno al vértice hasta posarse en él. Era casi del todo igual al primero, a excepción de las largas alas inferiores, las cuales arrastraba como un vuelo de seda antes de plegarlas con cuidado. Luego palpó a su compañera, que aguardaba quietamente, con las antenas, parecidas a dos oscuros cordones de perlas, y comenzó a girar en torno a ella con agitados movimientos. Finalmente, la sujetó con las patas y se colocó sobre ella.

El sol se hizo aún más cálido y pintaba verdes sombras sobre la mesa. Los pájaros se llamaban y revoloteaban en las copas de los árboles. El aroma de las flores se mezclaba en el aire inmóvil.

Los dos animalillos se habían separado. Ahora erraban sin rumbo por el vértice como cegados por la fuerte luz. Luego, como fantasmas quiméricos, desplegaron las alas y se lanzaron al espacio.

Por uno de los pasillos enramados apareció Melitta, que subía por el sendero. Vestía un brillante corpiño y una falda que descendía formando pliegues sobre sus caderas. Sobre la oreja dere-

cha llevaba un diminuto sombrero, no mayor que un nido de colibrí, a modo de joya. Se acercó con ondulantes movimientos y le tendió la mano.

"¡Ah!, granos de granada… ¿Y dos porciones? Entonces, ¿estaba seguro de que yo vendría?"

Lucius la contempló. Aparecía llena de frescor y vitalidad como una de las flores de aquel jardín semisilvestre. De ella fluía una fuerza natural. Su labio superior estaba ligeramente alzado y bañado por minúsculas gotitas, como el borde de un cáliz cubierto de gotas de rocío. Supo que ahora tenía que decir, con una mirada llena de profunda significación:

"¡Oh, sí! Yo sabía que vendría, Melitta; lo sabía con absoluta seguridad."

Pero aquello no armonizaba con el propósito que le había llevado allí. Para él se trataba de un paseo de despedida, en medio de los jardines y los prados de las islas de la ciudad del sol. "Pierde para poseer…" Era curioso notar que esta máxima de Nigromontano coincidía casi literalmente con una de las normas que el padre Félix le había inculcado: "Renuncia para ganar". A veces, las máximas estoicas y las cristianas se acercaban tanto, que apenas las separaba el grosor de un cabello.

Así pues, dijo:

"Sabría que vendría, Melitta". Pero sus palabras sonaban como dichas entre camaradas.

Luego añadió:

"Con este calor, dos porciones de granos de granada no son suficientes ni para uno solo. ¿Qué le parece si vamos a las Islas y bebemos un vaso de vino?"

“¿Sabe usted que también Mario me ha invitado a las Islas?”

“No… Pero, de todas formas, usted puede confiar plenamente en cualquiera de sus tres caballeros.”

“Costar me resulta demasiado aburrido.”

“Éste es el lado negativo del hombre serio y de fiar. Pero debería guardarse más de los buenos bailarines y de toda esta multitud de marineros, aviadores y pilotos espaciales que infestan el puerto.”

“El padre Félix piensa que los soldados no son mucho mejores.

Lucius quedó muy sorpendido al escuchar el nombre. Sin embargo, sabía que la influencia del eremita alcanzaba muy lejos. Dijo en voz alta:

“Me inclino a creer que el pater aprecia a los soldados. ¿Qué opina su párroco de que usted haga un camino tan largo para confesarse con él?”

“¿Qué habría de decir, si él también lo hace?”

Permanecieron allí todavía algún tiempo, esperando que disminuyera la fuerza del sol, y luego bajaron, sin prisas, a lo largo de la calle del Regente hasta la plaza del puerto.

Los clientes se acomodaban en la gran sala del bar. En las terrazas hacía todavía demasiado calor. El humo azulado de los cigarrillos ascendía en perezosas volutas a través de los redondos arcos de las ventanas. En el curso de noches innumerables, había ido oscureciendo el enyesado del techo hasta darle el color del hueso. Hojas dentadas colgaban todo alrededor. Ahora sus puntas parecían rojizas, como teñidas en sangre. Mecido por la débil brisa que soplaba desde la costa isleña, se agitaba el escudo de la casa, forjado en hierro: el Calamaretto. El cuerpo del animal pa-

recía una granada de artillería, de la que irradiaban, como llamas, los tentáculos. Debajo pendía un blanco delantal, como para indicar que el plato acababa de ser preparado.

El dueño del Calamaretto, el *signor* Arlotto, a quien sus compatriotas llamaban "el presidente", subía en aquellos momentos de la bodega; traía con ambas manos un garrafón de cristal, recién llenado de vino fresco, que centelleaba con apagado brillo ambarino. El bien redondeado vientre, el rostro lleno de riente dignidad, y, sobre todo, la señorial nariz que lo adornaba, todo ello denunciaba al gastrónomo de primera clase. Se veía bien que estaba hecho para paladear, degustar y compartir los buenos vinos y los exquisitos manjares. Como símbolo externo de su clase, llevaba el alto y blanco gorro y el trinchante, sujeto al cinturón, junto con la redonda piedra de afilar.

El *signor* Arlotto dejó el vino sobre la mesa y lo gustó en un vaso. Luego lo vertió con sumo cuidado en las garrafas. No le gustaban las botellas polvorientas y solía decir que se debe saber la edad por el vino mismo, no por las telarañas.

Reinaba la atmósfera agradable y un poco somnolienta del lento mano a mano con las botellas, como en una carrera de fondo sobre grandes distancias y distantes metas. En mesa redonda, se sentaban un buen grupo de marinos y capitanes de cabotaje interinsular que se habían reunido para honrar a algún celeste patrono o por cualquiera de las innumerables razones que dan pie a estas fiestas. Podía tratarse de una onomástica de las fechas rítmicas de Neptuno y Dionisos, de los beneficios de una expedición de contrabando. A la pregunta de por qué se vive y se trabaja, se responde en estos círculos sin la menor vacilación: para poder celebrar fiestas.

De vez en cuando, también el presidente se sentaba a la mesa, cuyo tablero había sido recortado, frente a su asiento, para dar cabida a su redondo vientre. Se mostraba muy solícito de que existiera el justo equilibrio de sólidos y líquidos; para ello, cada

par de horas animaba a sus clientes a tomar un tentempié. Ofrecía jamón con aceitunas negras, queso de oveja con pan candeal, atún en aceite, empanadas garrapiñadas, todos ellos manjares bien acreditados que daban fondo al vino y suavizaban armoniosamente su poder. Se servía, además, café fuerte en pequeñas tazas. Se navegaba así, a velas desplegadas, con el lastre justo.

Al cabo de cada una de estas pausas, el presidente hacía llenar de nuevo los vasos y gritaba: "¡Al centro!" Era la señal: a continuación todos los bebedores extendían los brazos para hacer entrechocar los vasos sobre el centro de la mesa. Se vaciaba su contenido y, como tras una profunda inspiración, se escuchaba un dilatado "¡ah!" de satisfacción. En este orden se engarzaban las horas como perlas de un rosario, animadas por la viva conversación.

Estos marinos y pilotos no sólo encuentran en el vino la llave de la simpatía. Para ellos es, además, la puerta de la espiritualidad. La acción mueve y empuja al hombre a través del espacio; la borrachera, en cambio, hace que el espacio fluya a través de él. El Calamaretto era como un navío espacial, con sólidas cuadernas bajo las cuales se combaban una bodega inagotable y una cocina cuyo fuego nunca se extinguía.

En la mesa de los músicos aparecía el viejo Sepp, cantante y citarista, elemento indispensable de aquellas reuniones. Lucía una blanca barba y vestía al modo de los cazadores, con cortos pantalones de cuero, chaleco con botones de asta de ciervo y puntiagudo sombrero verde. Fumaba una pipa en cuya cazoleta de porcelana lucía el águila del Tirol, con una divisa:

Águila, águila del Tirol, ¿por qué eres tan roja?

Por el *áureo disco del sol, por los rojos vinos de fuego,*

Por la roja sangre del enemigo… por eso soy tan roja.

Si la conversación languidecía, rasgueaba la cítara que tenía sobre la mesa y cantaba una de sus canciones, que resonaban maravillosamente en estas costas, como melodías que el viento del norte arrastraba desde las altas montañas. Hacía ya muchos años que Sepp era parte inseparable del inventario de las pequeñas tabernas y terrazas de Vinho del Mar. Durante el claro día, predominaban las canciones de cazadores y montañeros, mientras que por las noches, cuando ya la alegría rondaba los límites báquicos, echaba mano de un repertorio clásico, con el adecuado picante. Traía entonces a colación las maliciosas historietas atenienses de Lais y Aspasia, o evocaba los recuerdos de los célebres lugares del placer físico, como los baños de Capri o la Casa Áurea de Nerón:

Mirando ciertas figuras en el calidario,

se pasaba Tiberio muy buenos ratos.

Resultaba muy agradable aquel paso de la más distinguida compostura a una atmósfera de saturnales, con toda una gama de escalas intermedias, como creada por la luz del foro de un escenario.

Lucius, que se había sentado, con Melitta, junto a una ventana, reconoció también a Serner, el único de todo el corro que llevaba gafas. En no raras ocasiones el filósofo, arrastrado por su vieja afición a las Islas, se perdía en estas compañías y tomaba parte, durante días enteros, en sus actividades. Se le recibía con los brazos abiertos porque su mentalidad se acomodaba a todos los colores. Arrojaba luz, pero sin introducir cambios. A todo esto se añadía una especie de infantilismo, tal como suele darse con alguna frecuencia en las mentes de gran penetración; el instinto lúdico, que en las cumbres bosqueja esquemas como redes, se deleita abajo en la locura. La conversación en la mesa redonda giraba en torno a los combates navales. Un patrón pequeño y delgado, de unos cincuenta años, que fumaba en pipa y estaba sentado a la mesa con las mangas arremangadas, había tomado

parte en el encuentro de las Syrtes. En su pelo aparecían ya las canas, pero su rostro era sumamente expresivo y lleno de la viva animación que presta la brisa salada del mar. Probablemente había servido durante muchos años como oficial en barcos de guerra o mercantes, antes de capitanear su propia embarcación en estas costas.

"Y es así como, al regresar de una de las bases avanzadas, caí, sin darme cuenta, en medio de la formación de las grandes flotas. La visibilidad era escasa, pero, como ocurre a menudo en estos mares, la niebla fue barrida por la brisa de la mañana. El mar resplandecía como un gran círculo. Nosotros estábamos al pairo y vimos a las escuadras aproximarse la una a la otra navegando con rumbo norte-sur, primero como líneas de oscuros puntos, luego más claramente, como bandadas de delfines, hasta que al fin pudieron distinguirse los detalles de las torretas y las superestructuras. Cuando se acercaron a la distancia media de combate, torcieron el rumbo hacia el este, de suerte que mejoraba la visibilidad de los dos bandos. El viento era más favorable al Regente. Mantenía la flota de la Liga a sotavento. Esta circunstancia, junto con la mayor velocidad de la flota del Regente, fue la causa determinante de la aniquilación de la Liga.

"Nuestro cascarón de nuez se hallaba justo en medio de las dos escuadras cuando se dio la señal de zafarrancho de combate. En el buque insignia de la Liga, el *Giordano Bruno,* se izó el pabellón de la llama roja. Al mismo tiempo, el viento nos trajo, desde los pesados navíos del Regente, el sonido de las trompetas y el redoble de los tambores. Desde las torretas blindadas, los tubos de las baterías apuntaban al aire como agujas de enormes relojes."

Describía luego el momento memorable, instantes antes de que el *Brutus,* el *Copérnico* y el *Robespierre* volaran por los aires reducidos a átomos por los aniquiladores espejos de las naves pesadas del Regente. El encuentro de las Syrtes pasaba por ser un modelo de combate naval con tiempo inestable. Tenía algunos

rasgos de simplificación clásica y hasta de arcaísmo. Ocurrió inmediatamente antes del momento crucial en que el Regente decidió marchar al exilio, tras haber pronunciado aquella terrible frase: "Con vosotros, incluso el castigo es insensato."

Con el tiempo, aquella batalla naval entró en el campo de la leyenda. Casi todos los nombres ilustres de la historia habían resucitado y tomado parte espiritual en ella. Por eso sintió Lucius una extraña impresión al escuchar, junto a un vaso de vino, las palabras de un testigo presencial que describía el aspecto visible de aquel hecho que había acontecido cuando él era todavía niño. Podía comprender muy bien cómo a aquel pequeño oficial de guardia se le erizaron los cabellos cuando sonó el gran gong… pero no por miedo. En el momento de la decisión, el miedo se funde como la cera en el molde cuando entra el ardiente chorro de bronce.

"Fue estupendo, Melitta, que pasáramos por allí justo a tiempo para poder librarla de las garras del monstruo."

Lucius estaba sentado junto a ella con ese indolente bienestar que le presta al hombre la compañía de una hermosa mujer. Bebían lentamente el vino ambarino. Ante ellos, sobre la mesa, había un ramillete de flores silvestres ya un poco ajado.

El recuerdo de los desórdenes del barrio parsi hizo que una sombra cruzara el rostro de la muchacha, tallado como una gema. Había sido la naturaleza, no el espíritu, lo que había configurado aquel rostro… los grandes ojos, la delicada barbilla, la pura frente, sobre la que caían los cabellos como la yedra sobre la bóveda de una gruta de mármol. En estos rasgos, la conversación no despertaba el destello de la comprensión; más bien aquélla cruzaba por ellos con la misma naturalidad que las sombras de las nubes y los rayos del sol, en un cambio constante de melancolía y alegría, como traducción libre de los pensamientos en el ser elemental.

Lucius insistió en el tema:

“De no ser por nosotros, aquel tipo habría conseguido lo que se proponía.”

“Eso no es cierto. Ya en la cocina le acorralé contra la pared.”

“Usted no sabe la fuerza que tienen los hombres. Además, es indudable que tendría alguna arma. Habría encontrado cómplices que le ayudaran… ¿Y qué haría usted si cayera en las manos de semejantes hordas?”

Ella reflexionó.

“Entonces tendría que aliarme con el jefe contra los demás.”

Lucius se echó a reír.

“Veo que sabe usar la cabeza, Melitta; no es una Lucrecia.

“Sí, pero luego entraría en un convento. Los hombres son unos animales, unos asquerosos.”

“Espero que no todos.”

Y acarició la firme mano de la muchacha, acostumbrada al trabajo.

“No, todos no… porque en usted se puede confiar. Hay hombres piadosos y justos.”

“Es muy cierto. Puede contarme, si no entre los primeros, sí entre los segundos; y, sin embargo…”

Iba a decir: “y, sin embargo… ¿quién se conoce enteramente?”

Le pasaron de pronto por la cabeza el dictado que había hecho

Fernkorn en el *Aviso Azul* y el nombre del poeta que había previsto ya con tanta anticipación la nueva era de la que fue tal vez también la primera víctima. En su *Marquesa de* O. había trazado el cuadro del hombre caballeresco que había sucumbido a esta misma tentación.

Preguntó:

"¿Qué cree usted, Melitta, que puede significar esto?"

"¿Qué quiere significar? Yo he dicho que los hombres son unos animales. ¿O es que se refiere usted a otra cosa?"

"Yo me pregunto cómo pueden ser posibles tales espectáculos, quién puede encontrar placer en ellos. Tal vez retornen aquí a la vida los viejos dioses, los tiempos en que las mujeres eran botín de guerra o cacería."

"Los viejos dioses han muerto hace mucho tiempo."

"Sin duda, Melitta, y el padre Félix tiene razón cuando dice que Cristo los aniquiló como un nuevo y más poderoso Hércules. Pero dice también que las viejas edades están todavía presentes. Dice…"

Se interrumpió.

"La estoy aburriendo."

"¡Oh, no! Me gusta escucharle…"

"¿Le hablaron, cuando era pequeña, de la batalla en las estepas de sal?"

"Oímos hablar de muchas batallas, pero no recordamos sus nombres."

“Pienso en los días que siguieron, en nuestra retirada a través de los campos habitados. Las ciudades sobre las que caían los mongoles brillaban como antorchas en la noche. Los estertores de los moribundos, los alaridos de las mujeres perseguidas, se mezclaban al crepitar de aquel mundo en llamas. Surgieron entonces las viejas imágenes… y la tentación de tomar parte, si no en el crimen, sí en la terrible violencia. Había un placer en ello… una sed que no puede saciarse con agua. No sé si usted lo entiende.”

“Claro que sí. Hay que pagar a las bestias con su misma moneda.”

“Así es, por desgracia. Hay que hacer trabajos sucios. Pero ¿no deberíamos conocer también los sacrificios que permiten que se cierren estos abismos, que llegue la purificación?”

La joven sacudió la cabeza.

“Si yo fuera hombre, no me rompería la cabeza pensando en eso. Fue espantoso cuando subíamos las escaleras, pero sentí también placer cuando vi a aquellas bestias muertas por el suelo. Por la noche, vi que tenía sangre en el borde del vestido.”

El Calamaretto se había animado. El *signor* Arlotto ocupaba la presidencia y las rondas se multiplicaban. Irrumpió un tropel de clientes con máscaras. Era el momento en que el citarista iniciaba el espacio de las canciones más picantes, mientras la gente repetía a coro el estribillo:

Y las damas de Su Majestad Imperial

sentían gran afición por los gallitos

de la clase de los que no alzan el grito.

“¿Le parece bien que demos una vuelta a la isla?”, propuso Lucius. Se levantaron. El dirigió un gesto de despedida a Serner,

quien, hundido en su habitual distracción, apenas pareció advertirlo. Fuera, el ambiente había refrescado; el sol estaba muy bajo en el horizonte.

Caminaron por el oscuro polvo del sendero, cuya estrecha cinta se deslizaba por entre los viñedos. Entre el follaje rojeaban ya las uvas. Los halcones planeaban en la ligera brisa vigilando a las pequeñas avecillas que se ocultan entre los sarmientos. En un recodo del sendero, que abría la vista sobre el mar, había una imagen de piedra que representaba la cabeza de un joven. En su zócalo nunca faltaban ramilletes y coronas de flores. Se le veneraba bajo el nombre de san Sebastián, aunque Halder, que había contemplado más de una vez la estatua en compañía de Lucius, opinaba que se había producido una migración de nombres y que en realidad se trataba de una de las numerosas estelas que Adriano había hecho alzar en honor de Antínoo. A favor de esta hipótesis estaba el hecho de que la mirada de la imagen se dirigía a la tierra, mientras que el arte daba al santo muerto por las saetas de los arqueros la actitud de la apoteosis. "Suponiendo siempre", había añadido el pintor, "que se entienda la palabra en el sentido cristiano que le da Prudencio."

Fuera como fuere, la imagen venía siendo venerada desde antiquísimos tiempos y sus rasgos reflejaban el tipo de los primitivos habitantes, una conjunción de placer y melancolía. Al pasar, Melitta se santiguó y Lucius pudo advertir en ella un parecido con la estatua. Un hálito del espíritu de la tierra.

En la rojiza luz del atardecer destacaba la torre de vigía en la punta oriental de la isla. Las olas cubrían con perezosa espuma sus cimientos. Sobre el estrecho, dos centinelas vigilaban en dirección a Castelmarino. Sus cascos brillaban en la tardía luz. La oscuridad avanzó con rapidez. En la torre de vigía brilló una llama y sobre la punta del Casteletto se elevó una luz roja.

Anochecía. Entre los cañaverales sonó el grito de un gran pájaro al que respondió, desde una de las derruidas galerías, una lechu-

za. Sentían cómo se agitaban las fuerzas primigenias que dormitaban entre los viñedos. Se expandía en la atmósfera una vorágine de pánico. Permanecieron quietos y silenciosos. Lucius contempló fijamente el rostro de la muchacha, que brillaba como una pálida máscara. Dirigía a él sus ojos como oscuras cavernas. Parecían encuadrados en un claro color óseo. Le acometió un súbito estremecimiento. Extendió la mano para romper el hechizo y tocó la lisa frente, las mejillas, los labios, que le respondieron con un leve suspiro.

El cuerpo de la joven se elevaba, resplandeciente, al encuentro de su abrazo. Desde aquel cuerpo le llamaba la tierra, la vieja y fuerte madre, ataviada con el ornato de las flores y el sabor de los frutos, magníficamente coronada con el dulce suelo de los muertos. Los oscuros árboles, la luna, las estrellas, permanecían inmóviles como si por un instante el universo hubiera interrumpido su curso y hubiera llegado al centro de los jardines primigenios en los que el tiempo quedaba aniquilado. En la playa fluía y refluía con suave ritmo el cinturón de las olas. El hálito profundo del viento corría entre las hojas.

Lucius consiguió elevarse a la superficie como el nadador ya tragado por la poderosa vorágine. Tomó la cabeza de la muchacha con ambas manos y depositó en ella un beso fraternal. En la espesura alzó su vuelo, con penetrante graznido, un grajo. Cogidos del brazo, regresaron al puerto de las góndolas.

EN EL PAGOS

EL SOL, inició su ascensión sobre el Pagos. Su resplandor iluminó las torres del silencio en sus oscuros jardines y las rosadas paredes del Chalet, con sus puertas y ventanas encuadradas en mármol. Con el correr de los años, se había ido añadiendo anexos a aquella residencia campesina sin pretensiones; en particular, el ala destinada a los huéspedes y el museo para las colecciones, que crecían sin descanso. Aparte la pequeña y la gran biblioteca, el museo comprendía gabinetes de autógrafos, de monedas y de cuadros, y la galería de antigüedades. Se añadían además, con holgado espacio, los edificios comerciales, los jardines y las cuadras con picaderos cubiertos o al aire libre, así como los alojamientos para los cuerpos de guardia.

A todo lo largo de la vertiente sur corría una cadena de invernaderos. El Procónsul, amigo de las flores y los frutos, no había ahorrado aquí gastos ni esfuerzos. Aconsejado por Ortner, había hecho construir auténticos palacios de esa clase de vidrio que está animado por una vida interna, como la piel del camaleón. Ocelos no mayores que el ojo humano regulaban la luz solar. Para los días nublados y las largas noches, se reforzaba su eficacia con ayuda de reflectores. Desde que se había desarrollado la técnica del bronce térmico, podía lograrse la climatización de grandes espacios con poco costo y escaso personal. El jardinero determinaba el ritmo de luz y calor adecuado para sus plantas y el especialista en térmica lo ponía en marcha. Así pues, nunca faltaban en la mesa flores y frutos de todos los países.

En algunos calidarios, Ortner hacía elevar lentamente la temperatura, como en las retortas, hasta superar la de los cálidos pantanos. Quería reproducir, mediante evolución regresiva, los nenúfares de edades terrestres ya pasadas, cuyas formas pueden adivinarse en las fosilizaciones.

El gran palmarium era un edificio de más de cien codos de altura, al estilo de los países orientales. En extensas superficies, los grupos de palmeras alternaban con islas de bosque virgen y matorrales de majaguas. Poderosos setos de bambú se agitaban en la fangosa orilla de un estanque en cuya superficie se desarrollaban las hojas y flores de la *Victoria regia.* Peces y aves tropicales, la mayoría de ellos obsequio de Orión, animaban aquel modelo de los mundos amazónicos, desde cuyas copas caía el vapor en minúsculas gotitas. El Procónsul, muy aficionado al calor y al indolente bienestar, solía tomar aquí el café después de la comida. Junto con el brebaje ofrecía puros habanos, envueltos todavía en sus verdes hojas. Aquí discutía con Ortner los progresos del *Hortus palmarum,* la gran obra iniciada bajo sus auspicios y en la que se aunaban los esfuerzos de jardineros, botánicos y diseñadores. Quería alzar allí un monumento digno de esa familia de árboles a los que Linneo consideraba, con razón, como los príncipes del reino vegetal. En su prólogo, Ortner los celebraba no sólo por su magnífica altura y su regia corona, sino también por sus dones pacíficos de pan, aceite y vino.

En su entorno se habían ido formando pequeñas villas, talleres y cabañas dados como prebenda y albergue a algunas existencias consagradas a la estética. Aquí se contemplaba el curso del mundo ya con escepticismo, ya con serenidad, ya con extravagancia, como desde las cabañas de *Las aves* de Aristófanes… pero siempre con una libertad respaldada por la benevolencia del Príncipe. Entre los edificios situados a alguna mayor distancia habría que mencionar la Escuela de Guerra y el Museion, que era también sede de la Academia. Había sido instalado en el emplazamiento de un antiguo convento y contaba con dependencias no sólo para la investigación y el estudio y la celebración de congresos y sesiones, sino también para dar alojamiento a buen número de profesores universitarios, a no ser que, como Fernkorn o el consejero de minas, prefirieran vivir en domicilios privados.

La vida en el Pagos ofrecía todas las comodidades propias de las residencias alejadas del centro de la gran ciudad. A ello se aña-

día cierto carácter íntimo propio de las épocas de tensión política. Entonces es más dura la cáscara de la vida y más dulce su pulpa.

Lucius penetró en el parque por la terraza posterior, que ascendía suavemente por la falda de la colina. Ya se había regado el corto césped; la verde superficie estaba dividida y animada por serpenteantes senderos con firme de baldosas. Caminó a lo largo de una de estas arterias hasta un portalón donde ya le esperaba Costar con los caballos. Montaron y cabalgaron ascendiendo por una angosta cuesta que llevaba desde las primeras pendientes hasta el interior de la montaña.

La mañana era risueña. Una suave brisa soplaba desde el golfo, cuya superficie iban ganando en extensión a medida que se ascendía. Los caballos estaban descansados; asentaban con ligereza y suavidad los estrechos cascos entre las piedras del camino, cortado a veces por torrenteras. Las gotas saltaban entonces hasta la altura de los verdes arneses, en los cuales brillaban incrustaciones de metal. Como siempre que sentía bajo las piernas, en el frescor de la mañana, los poderosos flancos del animal, le asaltaban a Lucius los recuerdos de su juventud en el país de los Castillos. Se sentía más libre y los desórdenes perdían importancia.

Cabalgaron a lo largo de una cadena de pequeñas lecherías, viñedos y residencias campestres. Entre ellos se hallaba el jardín de Ortner; una casita de plano aguilón cubierto de piedras, con azules persianas en las ventanas, le miraba desde lo alto de la pendiente meridional. Los parterres estaban escalonados en terrazas por cuyas paredes se expandían los emparrados. Un arroyuelo con dos cascadas bordeaba el camino central. Las superficies y hasta las junturas mismas de las terrazas estaban densamente cubiertas de flores; los parterres ascendían por la vertiente como bandas de un espectro. Hortensia, la ayudante de Ortner, estaba sujetando a los emparrados, con esparto, las ramas cuajadas de frutos. El poeta no estaba a la vista; probablemente

se hallaba trabajando en su cuarto o inspeccionando los invernaderos.

Junto a la casa, algunos albañiles estaban echando los cimientos del estudio que el Procónsul había ordenado construir para Halder. No le faltarían allí al pintor colores ni perspectivas. Al fondo aparecían los edificios de la nueva Academia, con su observatorio cósmico, cuya verde cúpula brillaba muy por encima de las restantes torres. Fue en este lugar clásico donde se inventó el primer espejo electrónico, el cual dio nacimiento a la nueva cosmografía. Pero había pasado ya mucho tiempo desde entonces.

El camino giraba desde allí hacia una ancha garganta. En ella se advertía claramente la estructura porosa de la montaña. En algunos puntos la escarpada pendiente aparecía salpicada por las oscuras bocas de las galerías que surcaban la masa calcárea. Bandadas de chovas se agitaban en aquellas bocas, mientras que los senderos que llevaban a las cuevas se hallaban cubiertos de espesa vegetación. La garganta estaba ahora desierta y abandonada, pero en los años de los Grandes Incendios había reinado allí una gran actividad. Los lisos edificios de vidrio armado, como se habían conservado en la Oficina Central y en algunas otras reliquias del estilo caparazón de tortuga, tuvieron como réplica un género de vida subterránea sin más paisaje que los fondos de las cavernas y los pozos de las minas. Por aquella época, el Pagos estuvo administrado por la Sociedad General Inmobiliaria, la cual abrió sus laberintos y los ordenó y organizó en un sistema de catacumbas que penetraban hasta las profundidades del macizo. La ligera piedra caliza se trabajaba con facilidad y al mismo tiempo su elasticidad permitía la construcción de grandes bóvedas. La fundación de la Sociedad Inmobiliaria fue uno de los grandes negocios de aquel tiempo; los alquileres proporcionaron enormes beneficios. Apenas había una persona privada que no alquilara una celda, ni oficinas públicas que no se reservaran galerías enteras, ya fuera para conservar los bienes o como lugar de refugio para los momentos de peligro. A todo ello se añadía la pasión coleccionista, que creció como un torrente desbordado a

la sombra de la aniquilación. Fueron los tiempos de la doble posesión: de la fugaz en la superficie, de la sólida y segura en los espacios subterráneos. Por este camino pudieron salvarse del mundo del fuego, sobre todo, archivos y bibliotecas -al principio en copias, duplicados y fotogramas, pero muy pronto en el sentido inverso: se guardaban en las catacumbas los originales mismos.

A partir de la Regencia, que creó el orden planetario, todos aquellos tiempos fueron ya sólo un recuerdo del pasado. Pero también aquí, como en cualquier otra fase de la historia, sus efectos se dejaron sentir en las instituciones. En aquellas galerías siguieron funcionando algunas ramas de la industria de carácter preferentemente plutoniano. En otras simas de la montaña se habían instalado las grandes cartotecas y los archivos, encapsulándose en una vida semipolvorienta, pero precisa y ordenada, en un Eldorado de la burocracia. Aquí yacía, como en un silencioso cerebro, el recuerdo incrustado en las actas y los archivos. Así como la Oficina de Convergencia se había asegurado el monopolio de las formas, el Archivo Central se había hecho con el control de las interconexiones temporales, de todo lo que se llama *suceso.* Su colaboración era de todo punto imprescindible cuando se quería consultar los documentos. Pero, del mismo modo que la Oficina de Convergencia era incomparablemente superior a las viejas oficinas de patentes, también el Archivo Central estaba recorrido por la corriente de una inteligencia a la vez mecanizada y sumamente refinada. Desde que la mentalidad de la época se afilió al determinismo materialista, la estadística regía amplios campos tanto de la praxis como de la teoría. Suministró asimismo los fundamentos de la historiografía. Ha-cía poco tiempo que Serner había arrojado luz sobre este punto en uno de sus estudios; describía en él el camino que lleva desde la libertad a las cifras, partiendo sobre todo del análisis de la historia de los plebiscitos y de las garantías. Este estudio de Serner estaba considerado como un excelente movimiento en la partida de ajedrez que se estaba jugando por hacerse con la influencia sobre el Archivo Central.

Desde un punto de vista práctico, la importancia que había adquirido este instituto se apoyaba, de un lado, en la enorme perfección conseguida en la transmisión mecánica de informes y, del otro, en la de los medios de información. Proporcionaba, con la rapidez del pensamiento, una enorme cantidad de datos. Las preguntas planteadas caían en este laberinto como en una red de araña tejida de hilos de ganglios.

No había un solo periódico, ningún lugar de trabajo o de investigación, ninguna firma ni oficina estatal, en cuyos presupuestos no figuraran en primer lugar los gastos de consulta al Archivo Central. Aquí podían saberse muchas cosas, no sólo sobre los hechos, sino también sobre las personas. Había, pues, excelentes razones que explicaban que este edificio se construyera siguiendo el estilo de las fortalezas. Y había también muy buenas razones para que, en los rangos superiores de su burocracia, los mauritanos desempeñaran un importante papel: ellos conocían bien el poder de la estadística aplicada y su capacidad de persuasión. En estos canales transversales, el saber discurría por unos conductos especiales.

El camino seguía ascendiendo. Desmontaron y llevaron a sus cabalgaduras de las riendas para no imponerles demasiado esfuerzo. A la izquierda aparecieron las señales de advertencia; se estaban acercando a los terrenos en cuyas entrañas se guardaba el Tesoro. El ministerio del Tesoro era la segunda de las funciones públicas que se habían conservado y desarrollado en el Pagos, exclusivamente sujeta al control proconsular. Los caminos de acceso estaban cerrados por reductos y custodiados por secciones escogidas. En caso de necesidad, estos centinelas contaban, como reserva, con la ayuda de las tropas que protegían el Chalet y de la guarnición de la Escuela de Guerra.

El Tesoro era doble y respondía, en su orientación general, a la reforma monetaria introducida por el Regente. Como todas las medidas de aquella época, tenía rasgos progresivos junto a otros

regresivos. Tenía, por ejemplo, carácter regresivo la vuelta al patrón oro y a su función de cobertura de la emisión de billetes de banco. La circulación monetaria respondía a las reservas de oro, al *thesaurus,* administrado por el consejero de minas. A partir del descubrimiento de nuevos Eldorados por Fortunio y otros, era tarea fácil mantener el nivel de reservas a la altura establecida por el Regente. A esto se añadía la extracción del oro del mar por medio de auro-imanes.

Todos los negocios referentes a bienes muebles e inmuebles se establecían sobre la base del patrón oro; el oro era la norma para todo lo que significara bienes y propiedades. La moneda progresiva era de tipo energético: su base eran los servicios que se prestaban. Podía calcularse en cifras, tanto en la relación de unos servicios con otros como en relación con el patrón oro. Se apoyaba en un segundo Tesoro, el *energeion,* comparable a una explotación subterránea. Sólo que estas instalaciones no contenían ni petróleo ni carbón, sino talleres plutonianos. El fuego uraniano, cuya utilización sin límites se había reservado el Regente para sí, actuaba aquí desde su pura capacidad financiera y laboral. Las monedas estaban referidas a la energía y acuñadas de tal forma que se las podía echar en las infinitas máquinas automáticas que, repartidas por las casas, los lugares de trabajo y los medios de transporte, suministraban los servicios. Se las podía cambiar por luz, por fuerza, por calor, por movimiento o por diversiones. Venía luego la energía al por mayor, es decir, la que servía para mover el mundo de las máquinas, móviles o fijas, en tierra firme, en el mar, en el aire, en empresas públicas o privadas. Era dirigida mediante rayos vectores sobre trayectorias ionizadas y medida antes de transformarse en fuerza motriz. La producción de energía constituía la parte socializada de la economía; la circulación de oro, la parte capitalista. En el fondo, se trataba sólo de dos aspectos de un único proceso. La producción especializada había vuelto casi enteramente a manos de la iniciativa privada, sin más cortapisas a su libertad que las marcadas por el plan energético estatal. De este modo, la estructura económica tenía o bien un carácter enteramente estatal o bien un

carácter totalmente liberal, según la perspectiva que se eligiera. Este hecho se reflejaba también, como ya se ha dicho, en el sistema monetario.

En cuanto al control, al principio se había repartido de tal modo que el Procónsul tuviera a su cargo la inspección del Tesoro y el Prefecto la del *energeion.* Pero no hacía aún mucho tiempo que se había producido una modificación sustancial en esta relación, porque se confió también al ejército la custodia del *energeion.* Semejante logro era considerado como uno de los principales timbres de gloria del nuevo jefe. El objetivo que Nieschlag había perseguido inútilmente durante años de negociaciones, lo alcanzó él en una sola noche. Así, el Procónsul tenía también el control sobre la energía. El Prefecto sólo podía oponerle su popularidad, que, en un enfrentamiento serio, se habría expresado en grandes agitaciones y desórdenes. Hasta ahora había luchado en vano por extender su influencia a la plantilla del *energeion,* ya que el jefe ponía un exquisito cuidado en la selección de este personal.

Venía luego Malpasso, un oscuro desfiladero trasversal bordeado de cipreses. A través de una angosta senda llevaba, por la parte posterior de las colinas, al Campo Santo de Heliópolis, el tercero de los puntos del Pagos que se remontaban a los años de los Grandes Incendios.

La época de la amenaza uranida no sólo había sacudido los cimientos de la confianza en la solidez de las ciudades y las casas, sino que había destruido también la esperanza en la seguridad de las tumbas como lugar del último descanso. Las tumbas son los auténticos puntos fijos de orientación y referencia en el profundo sistema del mundo. Y esta conciencia se difundía poderosamente en la proximidad de la muerte.

Las modificaciones en los usos funerarios marcan las grandes fases de la historia; comparado con ellas, el simple cambio de los estilos es una realidad efímera. Hasta los Grandes Incendios, a

los muertos se los sepultaba en la tierra. De todas formas, había ido aumentando sin pausa la secta de los que preferían la cremación. Sólo más tarde se advirtió que esto era un símbolo anticipado del mundo de la aniquilación.

A la vista de los destruidos cementerios, de los camposantos que habían saltado en pedazos o se habían vitrificado bajo el fuego, se extendió una nueva oleada de pánico. El superviviente, el que ascendía de la noche, no encontraba ya cruz ni piedra. A la tierra la faltaba el tapiz de flores, como símbolo del mundo materno; y las estelas, como símbolo del mundo paterno. El fuego lo había consumido todo.

Fue por entonces cuando se inició la costumbre de excavar criptas en el Pagos, en el corazón mismo de la roca, cuya seguridad superaba la de las pirámides. La costumbre se hizo general y pronto se advirtieron sus ventajas. Hallaba aquí su más perfecta expresión el nuevo anhelo de una vida conservadora y cristiana. Por esta razón, el desfiladero oriental del Pagos se convirtió en la gran avenida de los muertos. La entrada en este reino era solemne: los claros acantilados se elevaban, en forma de columnas o de órganos, hasta alturas donde sólo llegaba el vuelo de las águilas. Las aguas de glaciares largo tiempo extinguidos habían labrado aquí poderosos monolitos. Bordeaban, como obeliscos creados por la naturaleza, el valle de rocas, de modo que parecían avanzar como un desfile triunfal.

Las avenidas cruzaban aquel inmenso imperio de las criptas que, parecidas a las celdas de una oscura colmena, se iban enriqueciendo con los desaparecidos. A partir de las capillas ylas iglesias excavadas en la roca viva y destinadas a las ceremonias fúnebres, se bifurcaban los senderos que llevaban a las criptas y, sobre todo, a los columbarios. Aquí se reflejaba, hasta en el lugar del último descanso, la dura estrechez de los barrios populosos. Las paredes estaban adornadas con un mosaico de losas, en cada una de las cuales aparecían grabados un nombre y dos fechas. Tenían una cavidad para el agua bendita en la cual casi siempre

se veía un ramillete de ramas silvestres. El estrecho zócalo se hallaba recubierto por las capas de cera de las innumerables velas que allí se habían ido consumiendo. Durante las festividades de la madre y de los difuntos, una inmensa multitud hervía en estas galerías, como en los días de grandes recepciones.

A Lucius le gustaba pasear a lo largo de estos caminos de la ciudad de los muertos, bajo el resplandor de millares de luces. Aquí se veía quién, entre aquellos inmensos ejércitos de muertos, tenía todavía un alma que pensaba en él: su nombre estaba iluminado por la luz de los cirios. Las salas parecían bóvedas de una inmensa biblioteca pétrea. Pero sólo los títulos estaban iluminados. Tras ellos descansaban los libros de la vida, olvidados para el tiempo, conservados para la eternidad.

Muy de tarde en tarde, algún visitante erraba extraviado por entre las criptas ya en desuso que, como celdas abandonadas, dormitaban en los abismos. Aquí el silencio tenía una inmensa profundidad. Ni el más pequeño cirio flameaba, y sólo el reguero de luz que conducía, como el hilo de Ariadna, a través de los laberintos iluminaba con su brillo sin sombra esta residencia de los muertos. El escenario podía cambiar si se descubría la importancia de alguno de los que yacían allí desde los tiempos antiguos. Entonces le rodeaba la luz como si la roca se incendiara.

Había también galerías donde los muertos estaban ordenados por categorías; entre ellas, el gran Panteón, en el cual resplandecían los hombres famosos, magnífica rotonda solitaria, de oro y mármol, adornada con numerosas estatuas. Tenía anexo el Heroon, con sus sarcófagos repletos de guerreros conocidos y desconocidos, y con su sala de honor, ornada de trofeos. Hay que mencionar, además, las criptas de las órdenes y congregaciones, de los orfanatos y asilos, de los muertos innominados de los Grandes Incendios y las catástrofes marinas.

Los Grandes Incendios habían traído, junto con el pánico, formas especiales de veneración de los muertos. El fenómeno se re-

pite cada vez que la muerte amenaza toda una región. Cuando se produjo la devastación de las provincias orientales del Reich alemán, surgió una de las primeras epidemias de suicidios conocidas en la historia. Y se repitieron con el flujo y reflujo de las catástrofes y las persecuciones políticas, o incluso con los rumores nihilistas. La nostalgia de la muerte permitió el florecimiento de sectas como la "Ave Fénix" y la "Nowo-Raskolniki", o "Copa de sueño", cuya finalidad consistía en suavizar, facilitar e idealizar el supremo paso. En algunos lugares, como en otro tiempo en Keos, contaban con la protección del Estado, pero fueron suprimidas cuando el Regente restableció el orden. También desde entonces se prohibió el acceso a sus criptas. Se decía que había en ellas pinturas y esculturas mucho más libres y licenciosas que las transmitidas por los sarcófagos etruscos. Corrían también rumores sobre las saturnales que se habían celebrado en tales sitios. Podían leerse algunos detalles en un pequeño libro de Fortunio, quien había roto los sellos y descendido hasta sus profundidades.

De estas densas aglomeraciones de la muerte se distinguían los mausoleos de los ricos y poderosos. Mantenían entre sí una relación similar a la que existe entre las suntuosas villas de los barrios residenciales y las superpobladas plazas y calles de una ciudad. La forma clásica era la capilla, más o menos ornamentada, con altar y féretros de los antepasados. Incluían una o varias cámaras, según las ramificaciones de la familia. Había en ellos mucha huera magnificencia, pero también algunas soluciones célebres por su simplicidad. Se había hecho costumbre repetir aquí, como en sombras, pero de sublimada manera, las fechas y fiestas principales de la historia de la familia, anunciándolas a los muertos -así, las peticiones de mano, los votos, la apertura de testamentos. De este modo, en las gargantas del Pagos bullía siempre la vida, no sólo la marcada por los rasgos de la tristeza, sino la de los visitantes de toda índole.

Por la tarde, un sonido de campanas anunciaba el cierre de las puertas de la necrópolis. Entonces las masas se agolpaban en los

senderos, las galerías y las bóvedas del mundo subterráneo y se apresuraban a salir a la luz. En cierta ocasión se encontraba Lucius a esta hora junto a los acantilados y contempló con asombro aquellos torrentes humanos que se precipitaban por los oscuros portalones sobre los que, bajo los postreros rayos del sol en su ocaso, temblaba un suave fulgor de incienso. Era bien sabido que, al contemplar la luz del día, se propagaba un desatinado alborozo, un salvaje aspirar el placer de la vida. Los carmelitas del Pagos se cuidaban de mantener el orden en las calles de tumbas. Los miembros de la congregación, consagrada al servicio de los difuntos, desempeñaban sus tareas desde sus conventos y sus ermitas rupestres. Sus funciones abarcaban desde los rudos trabajos en las casas de duelo y en las tumbas, desempeñados por los hermanos, hasta los donativos y el paternal consuelo. También había monjes que habitaban en el corazón del macizo, dedicados a la incesante repetición de los oficios. Alimentaban allí las lámparas eternas, decían misas durante la noche, leían los textos de los libros de los muertos y observaban las vigilias.

Para poner punto final a este oscuro capítulo, es preciso lanzar una mirada retrospectiva al pasado. Las grandes catástrofes habían acercado poderosamente a los hombres al dominio de la muerte. Veían en ella no sólo su destino individual, sino también sus grandes interconexiones: el espíritu percibía la polifonía de las culturas hundidas en el tiempo, estudiaba su ocaso. Se disponía a escucharla como se escucha una orquesta. Su medio más eficaz era la arqueología, que se dirigía necesariamente a las sepulturas y permitía contemplar la superficie de esta tierra como la tapa de una inmensa sepultura plena de misterios. Penetró en las pirámides, en los túmulos de príncipes y caudillos, en las cavernas con pinturas, en las ciudades y los palacios sumergidos. Una vez más obtuvo su más rico botín forzosamente allí donde más había florecido el culto a los muertos. Siempre acaba por encontrarse lo que se busca oscuramente; el hallazgo es fruto del anhelo, su polo material.

Se atesoraba en los museos lo que se robaba a las tumbas. No es

sólo que ahora prosperaran los museos en vez de las iglesias: es que también las iglesias se transformaban en museos. La sustancia sin vida que se acumulaba en los gabinetes y las vitrinas gozaba de la misma veneración que las reliquias en la Edad Media, sólo que con una montura racional, como correspondía al espíritu del tiempo.

Cuando descargaron los primeros golpes aniquiladores, las grandes metrópolis del mundo hallaron un nuevo centro en el Heroon. La tumba del soldado desconocido, los lugares en que reposaban los grandes caudillos que habían guiado el destino de los pueblos en las horas de prueba, los campos de tumbas, los montes calvarios, cuyos terribles sufrimientos recibían ahora místicas transfiguraciones, todos estos lugares eran centros de poderosa irradiación. Vinieron a continuación las espantosas plagas, en las que eran innumerables las gentes que no poseían otra cosa que el recuerdo de una tumba. Aquí descansaban para siempre los pensamientos y los sufrimientos. Se generalizaron los viajes a los lugares del recuerdo, que se convirtieron en centros de peregrinación. Las iglesias hicieron suya esta veneración, la cual pasó a ser la más poderosa fuente que alimentaba los cultos.

Bajo este clima surgió en las gargantas del Pagos un Estado de los muertos que constituía el oscuro contrapeso de la vida de la ciudad y sus fugitivas metas. Aquí residía el poder fundamental que se oponía al progreso, porque el progreso negaba la muerte. Pero esto constituía un desafío al Señor del mundo, que volvía a poner las cosas en su justo medio. Filósofos y poetas opinaban que el hombre había salido ganando desde que fue arrojado de su altura. Era indudable que, al caer derribado, no había crecido tan sólo en su fe, sino también en sus artes, cuyas raíces son siempre más profundas en el campo de los misterios que en el terreno del conocimiento. Por eso la obra de arte es siempre el gran testigo del poder espiritual.

Detrás de Malpasso, la garganta se estrechaba en un desfiladero.

Un riachuelo de montaña salpicaba con espuma el barranco, de pendientes cubiertas de musgo. Grasillas y helechos brotaban de la adiposa capa vegetal. Aquí era aconsejable llevar al paso las cabalgaduras sobre las húmedas planchas del puente tendido sobre el abismo.

Se abrió luego una caldera rocosa, una de las redondas hoyas excavadas por los torbellinos que traían el recuerdo de las fundiciones glaciales. Aquí se alzaba, particularmente claro y al desnudo, el espíritu de la piedra. Las paredes surgían lisas como la muela de un gigantesco molino; el suelo estaba cubierto en parte de suave arena y en parte de pulidos guijarros.

Aquí habían establecido su morada los cazadores mucho antes de los días de Nimrod. Todavía podían verse en las cavernas sus hogares y sus armas de sílex junto a los huesos de animales ya desaparecidos; en las paredes aparecían pinturas con ofrendas mágicas y escenas de caza. Ahora vivía en esta soledad el consejero de minas. Su casa estaba incrustada en el muro meridional de la caldera y se prolongaba en las galerías rocosas. Le servía al gnomo como gabinete de sus colecciones.

La parte visible de esta residencia de trogloditas le hacía recordar siempre a Lucius la casita de caramelo de la bruja del cuento: las paredes estaban cubiertas de ammonitas, conchas, valvas, belemnites y otros fósiles, todo lo cual daba la impresión de una erosión primisecular. Cuando, como ahora, caían sobre ellos los rayos del sol, se llenaba de vida la polícroma herrumbre de la roca mineral, el terciopelo violeta de las drusas y el somnoliento cristal. Como las ascuas de carbón reflejan el resplandor de veranos nunca contemplados por la mirada humana, así se despertaba aquí, como en las cuevas de tesoros maravillosos, la vida de edades cósmicas desaparecidas. Se presentía la presencia de uno de esos inmensos tesoros cuya entrada está señalada no por magníficas fachadas, sino por un cofre cuyas incrustaciones revelan el arte de los enanos.

El consejero de minas era el administrador de las reservas áureas. Este cargo le ponía en relación con los inmensos tesoros de más allá de las Hespérides y le permitía estar al tanto de conexiones cósmicas que muy pocos conocían. Como antagonista conservador del *energeion,* defendía, en el curso de las grandes luchas del sistema monetario y en las transacciones de gran envergadura, el partido del oro, aunque él siempre permanecía en la sombra. "El oro y la muerte", solía decir, "son dos poderes que no necesitan propaganda." Su actividad en la nueva Academia era estrictamente matemática: pasaba por ser un cristalógrafo de excepcional categoría. Era uno de los especialistas más entendidos en la técnica de la radiación. Aparte todo esto, era el hombre que mejor conocía el Pagos y sus laberintos: los había explorado con la ayuda de Fortunio y guardaba los planos bajo su custodia. También ésta era una de las fuentes de su poder.

"Espere un momento. Voy a dar los buenos días al consejero de minas."

Lucius entregó a Costar las riendas y avanzó por el estrecho sendero que se desviaba hacia la casita. La puerta estaba adornada, como la entrada del pozo de una mina, con los dos martillos cruzados. Era metálica, sin picaporte, y llevaba como adorno un dibujo de arabescos que se unían en la flor de una mandrágora. Lucius se inclinó hacia la flor y con voz baja y bien modulada imitó el sonido de un pájaro carpintero. Le respondió el suave rumor de una cerradura. Se abrió la puerta.

Al entrar Lucius, se iluminó un vestíbulo a modo de caverna con peldaños que llevaban a la gran sala, ya excavada en plena roca. El ambiente era fresco, pero en la chimenea ardía una fogata. Ante ella se hallaba sentada Stasia, una mujer con aspecto de sílfide que llevaba un vestido de blanca gasa. Tenía delante, sobre una mesa, el fonóforo, el cual transmitía constantemente información desde remotas estaciones. Se oían los nombres de puertos, de lugares de atraque y almacenamiento de minerales y metales, junto con series de cifras que Stasia iba anotando en un re-

gistro. Al entrar Lucius, una sonrisa iluminó sus rasgos; le hizo un gesto e interrumpió el trabajo. Le estrechó la mano y preguntó:

"¿Desea ver al consejero, señor de Geer?"

Y luego añadió, como un susurro:

"Hoy tiene uno de sus días raros."

Era un hecho sabido que aquella mente, tan celebrada por la claridad de sus ideas, sucumbía a veces a extraños caprichos incomprensibles que la atacaban de vez en cuando como una jaqueca. Lucius pensó en posponer la visita para mejor ocasión. Pero entonces se abrió una puerta arriba, sobre la balaustrada, y apareció el anciano. Mirando hacia abajo, exclamó:

"¡Ah, comandante! Seguro que viene para ver mis ágatas. Tómese la molestia de subir."

Lucius trepó por la escalera de caracol, la mitad de ella excavada en la roca viva y la otra mitad en saliente libre sobre la gran sala. El consejero vestía su habitual traje gris y se tocaba con un gorrito verde como el que suelen llevar los picadores en las minas. Condujo a Lucius hasta su celda, iluminada por una suave luz procedente de una fuente invisible. Lucius manifestó que sólo pensaba detenerse un momento.

"¡Ah! Es una lástima, porque he construido una nueva galería para mis ágatas. Pero le ofrezco a su mirada, como desayuno, esta placa de lirios marinos."

La celda era amplia, con lisas paredes que se unían formando una bóveda de crucero y estaban cubiertas en toda su longitud por estantes con piedras y libros. Un archivador, una mesa redonda, sillas en el centro y un pupitre, constituían el mobiliario. Al fondo corría, de pared a pared, una amplia banda en la cual

se amontonaban escritos y piezas de artesanía. Aparte el fonóforo y el regulador de ambiente, habituales en todos los lugares de trabajo, Lucius vio toda una serie de microscopios bajo campanas de cristal. Encima de ellos colgaba un cuadro de Fortunio joven sobre un fondo mágico. Tres puertas llevaban a las profundidades de la sima. Sobre una de ellas se leía “Museo”, sobre la segunda “Laboratorio”, mientras que sobre la tercera, muy angosta, estaba grabada la palabra “Tesoro”.

La pieza de lirios era de una calidad extraordinaria. Se apoyaba sobre un fondo de madera de encina. Aunque ni una mota de polvo enturbiaba la superficie, el consejero de minas pasó cuidadosamente un paño por ella. La pieza debió de ser moldeada sobre un bloque de un tamaño no inferior a un metro cúbico. La superficie estaba ligeramente alabeada y lucía el más profundo de los violetas, casi rayando el negro. Una orla de rojizo terciopelo rodeaba el oscuro núcleo. Animales de formas vegetales había sido incrustados en mármol cristalino a modo de flores escarchadas. La talla los seguía en toda su longitud, como esbeltos capullos de magnolias, o de través, destacando su dibujo radiolado. A veces los tallos se subdividían y aparecían descompuestos en sus segmentos, como monedas desparramadas.

Lucius contempló aquella pieza fosilizada con el asombro que le invadía siempre ante tales formaciones, ante el estilo jeroglífico de los primeros documentos. Era un asombro mezclado de angustia. En su precisión matemática, en la radiación de su estructura, había algo de despiadado, el resplandor de los talleres supremos, la soledad de los juegos y reflejos sublimes del primer día de la creación, antes incluso de que Leviatán fuera concebido. Prevalecía aquí el carácter de los antiguos escritos, carentes de vocales y de rasgos específicos, el brillante esqueleto del plan de la vida, su ley grabada en el cristal. Ante estos descubrimientos, la mirada caía, como por una rendija, sobre el patio de un arquitecto en el cual la luz era demasiado poderosa. Todas las ciencias llevaban a esta visión. Aquí la admiración sustituía al saber.

Lucius acarició con la punta de los dedos la alabeada y pulida superficie.

"Es una pieza, señor consejero de minas, que estaría mejor en el Tesoro que en el Museo. ¿Una amatista?"

"Una amatista de la especie azul profundo tirando al negro, en roca de calcedonia. Los lirios estuvieron al principio en otra incrustación y cristalizaron bajo fusión. Está usted en lo cierto: es más una joya, un regalo para los senos de las hermosas titánidas."

Y añadió, señalando el Laboratorio:

"Tengo ahí el vaciado y puedo repetir los dibujos como en un molde."

Se inclinó y susurró:

"Se lo enviaré al príncipe, engastado en el más puro oro de los ríos, como regalo, el día que se pasee por las calles de Heliópolis la cabeza del Prefecto."

Lucius se acercó a la mesa para cerciorarse de que el fonóforo estaba desconectado. Al parecer, Stasia tenía razón: el viejo tenía hoy uno de sus días raros. Le oyó tararear la vieja melodía de los yingos:

We have the ships and the men

And have the money, too.

"Usted tiene el oro y los soldados, comandante; puede descargar el golpe. El encuentro será breve y terrible, pero el resultado no ofrece dudas."

“Tampoco al Prefecto le faltan medios. Tiene a su lado ala plebe y además controla una buena parte de la energía. Por otra parte, aunque el Procónsul es muy aficionado a los invernaderos, no le gustan, para decirlo con palabras de Talleyrand, en la política. Prefiere que los frutos vayan madurando por sí mismos.”

“Sí, hasta que se pudren. Como todos los optimates, nunca ve el momento adecuado para dar el salto. Podría traer la dicha a las masas.”

“Eso es indudable. Pero las masas prefieren con mucho la desdicha que les preparan sus tiranos y sus técnicos. Sienten un profundo aborrecimiento por el poder legítimo, sobre todo por el que está vinculado al país de los Castillos. Es lamentable, pero es así. Por tanto, no podemos abandonarnos a los sueños de un Chateaubriand.”

“No debería subestimar a Chateaubriand, comandante. Al menos, admitió la primacía de la felicidad.”

“Sin duda supo ver las sombras de la Ilustración. Pero ¿qué es la felicidad, señor consejero? No existe ningún otro tema sobre el cual se hayan emitido tantas opiniones, y tan opuestas.

“Sí, pero mientras los espíritus están inquietos. Por eso es más rara en las democracias que en las monarquías. Prolifera también en las épocas decadentes, y esto los románticos supieron verlo muy bien. No hay por qué reprochar a las masas que se tracen sus propios programas de felicidad: están en su derecho al hacerlo. ¿Qué cosa es más natural que el hombre que quiere mejorar su vida? Lo único lamentable es el diletantismo que hace que fracasen todos estos sistemas, algunos muy bien pensados. A los programas de felicidad de las masas responden las autoridades con el *argumentum ad necessarium* y estableciendo programas de poder. Aquí está el fallo. Deberían esbozar programas de felicidad y ejecutarlos autoritariamente.”

Lucius consultó la hora y se levantó:

"¿Piensa entonces en una utopía?"

"Exactamente. Todo Estado que haya perdido conexión con el mito tiene que cultivar la utopía. Aquí es donde adquiere la autoconciencia de su misión. La utopía es el boceto del plan ideal mediante el cual se define la realidad. Las utopías son las tablas de la Ley de la nueva Arca de la Alianza; los ejércitos las llevarán consigo, aunque invisiblemente."

El consejero de minas acarició una vez más el bloque de lirios. Luego añadió:

"Ésta es la razón por la que fracasan los soldados puros: porque no basta con la simple y desnuda voluntad de orden. Esto es quedarse, como ocurre con Dom Pedro y los suyos, en *l'art pour l'art*. Falta la fe que ofrece resistencia a los cañones. De ahí que con tanta frecuencia se vea a los generales fracasando en los golpes de Estado de una manera que sólo puede explicarse por la conciencia de vacío que les acomete en el momento de tomar la decisión. En todo plan de un Estado Mayor debería haber su pizca de fantasía."

Se acercó a su mesa de trabajo:

"Tiene usted prisa, comandante; pero sé que en Palacio piensa mucho las cosas. Yo aprecio también a su jefe. Pero tampoco aquí, en las gargantas, nos estamos mano sobre mano: tenemos tanto interés como ustedes en saber cómo acabará esta situación."

Sonrió y entregó a Lucius una hoja que había sacado de entre sus papeles:

"Le doy aquí, en unos cuantos conceptos resumidos, un esquema de la cuestión. Lo discutiremos cuando vuelva a visitarme.

Charlaremos junto a la chimenea con una botella de *parempuyre*. Buena suerte, comandante."

La salida superior de la caldera rocosa desembocaba en una altiplanice conocida con el nombre de Gran Arena. Allí volvieron a montar. Los caballos reanudaron la marcha con renovado brío. El sol veraniego arrancaba de su piel destellos áureos. Junto a los arneses se dibujaban húmedas franjas. Sus claros relinchos y el modo como enderezaban las orejas y aspiraban el aire por las nerviosas narices, todo ello indicaba el placer que sentían en aquella altura.

La Gran Arena se extendía hasta la elevada cresta que coronaba el Pagos. Todo el terreno podía abarcarse de una sola ojeada y al mismo tiempo estaba bien articulado, de modo que ofrecía excelentes posibilidades como campo de maniobras. Las cadenas de brillantes dunas alternaban con claros bosquecillos y oscuras franjas de eriales. Al pasar junto a un alto pantano, resplandecieron las redondas lagunas; aquí la luz solar tenía el mismo frío resplandor que en los espejos de acero azul.

La llanura estaba animada por una gran actividad marcial. El resonar de tambores y trompetas de las bandas militares que se ejercitaban sobre la zona verde llenaba el aire con su canto de gallo. En la falda de la montaña relampagueaban las señales de un heliógrafo; al fondo se desplegaba una sección de fusileros que avanzaba, como un hormiguero, hacia la montaña. No lejos del camino se había situado un grupo montado, listo para entrar en acción. Se distinguían los jinetes uno a uno, primero al trote corto, luego lanzados al galope, salvando fosas y setos. Al pasar Lucius, el jefe de la sección se desvió para informarle.

Se veían ya, en medio del parque, los tejados de la Escuela de Guerra. Lucius tenía la intención de "asistir" a las nuevas clases impartidas por orden del Procónsul. Envió por delante a Costar para que diera descanso a las monturas y anunciara su presencia y se sentó en un tronco de árbol junto al camino. Ojeó el progra-

ma de distribución de actividades que el director de la Escuela de Guerra enviaba al jefe cada semana. La última lección de la mañana de este día estaba dedicada al análisis de un tema de teología moral, a cargo del doctor Ruhland, licenciado en teología. Se trataba justamente de la asignatura que el jefe había dudado en autorizar. Habría, pues, que seguir de cerca esta clase.

Le quedaba aún tiempo para leer las notas del consejero de minas. Las extrajo de la cartera de bolsillo. Era un pliego doble que Stasia había copiado a máquina en densas líneas azules y rojas, bajo el título: "Notas para una utopía". Hizo una rápida lectura del extraño texto:

"Pregunta: ¿Puede un proyecto estatal ser un proyecto de felicidad?

"Respuesta: Sí, pero sólo si se dan ciertas condiciones previas.

"¿En qué consisten estas condiciones?

"Ante todo, en que el Estado se manifieste como *status.* Por consiguiente, es necesario que sus tareas dinámicas esenciales se lleven a cabo de forma total y plena. Las fases dinámicas pueden llegar a su fin porque han logrado su objetivo; por ejemplo, en los imperios mundiales. Pero también pueden llegar a su fin porque fracasan, se hunden en la resignación. La sentencia de Nestroy: 'La mejor nación es la resignación', no es tan errónea como podría creerse. El Estado renuncia entonces a sus objetivos últimos. De ahí que a menudo las épocas de decadencia sean también épocas de felicidad, como en la Venecia tardía o en la Austria de la etapa final. A menudo la vida es más alegre en las colonias y las provincias alejadas, e incluso sobre montones de ruinas o bajo la ocupación de ejércitos extranjeros. La felicidad está más allá de los sucesos históricos y de su consunción.

"Aplicado a nuestra situación. Es favorable en el sentido de que el Regente posee el monopolio del poder. De este modo, son im-

posibles las guerras en su versión antigua; hoy se reducen a simples querellas provinciales y antes o después acaban en el tribunal de arbitraje. Que se las considere torneos o crímenes, es cosa que depende del Regente y de su libertad. De ahí se deriva esta ambigüedad, esa dudosa luz de anarquía y orden que llena nuestros campos y ciudades. Se parecen a dominios cuyo señor ha abandonado, pero a los que puede regresar para actuar como juez.

"A todo esto se añade que puede considerarse que la técnica ha alcanzado ya sus objetivos últimos en los campos más importantes. La reserva de energía potencial es mayor que el consumo.

La técnica está entrando, casi sin advertirlo, en su tercera fase. La primera fue titánica: se concentró en la construcción del mundo de las máquinas. La segunda fue racional y desembocó en el automatismo perfecto. La tercera es mágica, porque ha dado vida a los autómatas a base de dotarlos de sentido. La técnica adquiere un carácter mágico, se identifica con los deseos. Al ritmo se le ha añadido la melodía. De este modo se ha abierto paso un nuevo ser: podemos dejar a un lado las llaves.

"Desde esta situación, puede intentarse la conquista de la felicidad. Pero es necesario que todos disfruten de ella en plenitud; la tierra debe recluirse sobre sí misma como un espacio vital cerrado. En este sentido, es un hecho favorable que haya adquirido carácter insular: las islas son los viejos lugares de la felicidad.

"La segunda meta es la eliminación del proletariado. Para ello hay que atacar las raíces del problema; hay que ir hasta el fondo de las causas de la insatisfacción. El proletario es el hombre desheredado, y, desde los tiempos de los Gracos, lo que este proletario tiene en mientes es un nuevo reparto de la herencia. Poco a poco, las parcelas se hacen minúsculas; el proletariado se hace universal. La auténtica solución está en adecuar la cifra de la población a las porciones de herencia, y no al revés. La fuente de todas las guerras, civiles o internacionales, ha sido desde siem-

pre la presión demográfica. Ésta es la fuente del mal. Esto presupone el imperio universal. Debe calcularse y garantizarse una media de población ideal. De este modo aumentará la felicidad tanto de la colectividad como del individuo.

"Al mismo tiempo, y en tercer lugar, se reducirá la competencia a niveles razonables. Mientras se desarrolla entre Estados, su forma está definida por el plan universal. La media ideal de población permite que cada individuo concreto consiga una elevada participación en el capital. Sólo entonces comenzará a tener eficacia la idea, acertada en sí, de que la socialización tiene que limitarse a la energía. El equilibrio de planificación y libertad debe poder desarrollarse sin cortapisas, como la circulación de medios de pago cuando están bien respaldados por las reservas de oro. Pero, ante todo, debe procurarse que el aspecto conservador de las medidas permanezca oculto tras una ejecución de signo liberal."

Lucius dobló la hoja y la guardó. Habría que estudiar los detalles que sólo se mencionaban de pasada. En sus rasgos esenciales, se trataba de la adaptación de antiguas ideas a la técnica de la radiación y, en términos generales, a la nueva situación del mundo. Ya antes otros hombres habían pensado cosas similares, sobre todo ingleses inteligentes como el Lord Mayor Graunt, Malthus y Huxley, aunque también Casanova, en su curioso *Icosameron,* en el cual trasladaba el jardíndel Edén al centro de la tierra. Tal vez de ellos había extraído sus ideas el consejero de minas. Se veía también entre líneas al magnate preocupado por sus tesoros. Esto no constituía ninguna objeción, ya que a menudo la riqueza es más clarividente. Se cavila en la medida en que se tiene algo que perder.

Una cosa era cierta: que la solución de estos problemas sólo podía conseguirse a escala mundial. Esta idea, en cuanto tema de la historia contemporánea, había sido captada desde muy pronto tanto por los espíritus imperiales como por las utopías socialistas, y de hecho el Regente la había desarrollado hasta convertirla

en solución provisional. Se había ido tejiendo y precisando, como en un tapiz, a través de las guerras civiles e internacionales, de los proyectos de trabajo y de paz, así como en las grandes perspectivas de la ciencia y la técnica. Todos y cada uno esperaban que al fin se alcanzaría esta meta, la cual daría sentido y justificaría los sacrificios pasados.

Pero quedaba en pie una objeción fundamental: ¿Debe buscarse realmente la felicidad en la quietud? ¿Debe identificarse la felicidad con la satisfacción? Recordaba las conversaciones mantenidas sobre el tema en el apartamento de Halder. Tal vez el mundo estuviera destinado a ser palestra de guerreros y cazadores. En los períodos de paz aumentaban como una fiebre el hastío, la intranquilidad, el *taedium vitae.* Tal vez desde los tiempos de Caín y Abel tenían que coexistir dos grandes razas con ideas totalmente opuestas sobre la felicidad. Y las dos seguían viviendo en el hombre, turnándose en el poder. A menudo, las dos habitaban bajo el mismo techo.

EN LA ESCUELA DE GUERRA

LUCIUS se hallaba, junto al licenciado Ruhland, en la pequeña sala de conferencias de la Escuela de Guerra, una sobria habitación de altas ventanas en arco a través de las cuales caía la luz sobre las blancas paredes. En su parte longitudinal, el muro estaba adornado con una escena de guerra: el cuadro “Los últimos de Guillemont”. Sobre el atril pendía uno de los retratos del Procónsul habituales en tales lugares, pomposo producto de la pintura de ostentación.

Los jóvenes soldados irrumpieron en la estancia y, tras los saludos de rigor, fueron ocupando sus puestos. En este curso superior vestían ya el uniforme de sus respectivos regimientos y ofrecían una estampa llena de colorido. Acababan de regresar del ejercicio de equitación y estaban animados por la abierta jovialidad que entraña el contacto con armas y caballos. Algunos de ellos, la mayoría con el uniforme verde de los cazadores montados, saludaron personalmente a Lucius: eran conocidos suyos y también gentes del país de los Castillos con que le unían lazos de parentesco.

El licenciado subió al atril, sobre el cual colocó un puñado de hojas escritas. Lucius se sentó en una butaca junto a la ventana. El conferenciante mostraba un rostro pálido y ascético, con los rasgos verticales que excavan los estudios profundos y las noches pasadas en oración. Ofrecía un vivo contraste con sus oyentes, de pieles bronceadas por el sol.

Abrió un estuche y se puso unas gafas de gruesos cristales. Sus primeras palabras fueron para saludar a Lucius:

“Nos cabe el honor, señores, de tener entre nosotros al comandante de Geer, perteneciente al Estado Mayor del Procónsul.”

Le respondió un suave rumor y sonar de espuelas. Luego tomó el hilo de la exposición:

"En el curso del seminario, hemos ido avanzando en la investigación de la acción violenta y hemos analizado las circunstancias de las que surge esta acción. Hemos comprobado que la violencia se fundamenta en las pasiones y que nos independizamos de ella en la medida en que va creciendo en nosotros el conocimiento de lo que es bueno y justo. En esta misma proporción va aumentando también el espacio de juego que nos separa de la violencia considerada como *ultima ratio.* La distancia nos parece tanto menor cuanto más nos aferramos a la voluntad y tanto mayor cuanto más avanzamos en el conocimiento. Hemos visto también que lo justo y lo bueno nunca coinciden enteramente en la tierra y que nos vemos forzados a creer que su armonización perfecta sólo se logra en el más allá. El valor supremo a que tiende lo justo es el juicio de la razón, mientras que el bien lleva, en última instancia, al sacrificio.

"Cuando se produce un conflicto, estamos obligados a hacernos un juicio de la situación, esto es, una visión de la realidad que no se fundamenta en la voluntad. Tenemos que esforzarnos por seguir los pensamientos de nuestro adversario, y ello tanto más cuanto más encadenado está a la pasión, es decir, cuando menos advierte su propia responsabilidad. Hay que ponderar también cuál podría ser en tal caso la eficacia del bien en cuanto medio supremo de convencer a los hombres. Hemos visto también que esta ponderación nos llevará al sacrificio. En este sacrificio, separamos una parte de nuestro derecho y lo transformamos en una exigencia de una categoría más elevada. En este sentido, hay una irradiación de lo inextenso al mundo extenso, al mundo físico, y de ello obtienen provecho los diferentes partidos."

Tomó la hoja superior del paquete y prosiguió:

"Hemos ido analizando, a lo largo de una serie de ejemplos, esta situación, que se repite con frecuencia en la existencia humana,

y elegimos -siguiendo el modelo del *Pilgrim's Progress*- la forma de la migración a través del mundo extenso. La vida es una peregrinación que nos lleva a través del mundo por una serie de estaciones. Nos sitúa ante obstáculos que parecen espaciales y nos enfrenta con decisiones que ponen a prueba la razón. Pero que sepamos elegir el camino que lleva a la meta depende del conocimiento de una ley superior. A este conocimiento está supeditada la elección del camino, del mismo modo que la verdadera posición de los lugares de la tierra sólo se manifiesta mediante la contemplación de los astros.

"Estas reflexiones nos llevaron hasta el sendero de Masirah. Repito aquí el esquema que sirvió de base para nuestro trabajo."

Al decir estas palabras se produjo una interrupción: el jefe entró en la sala. Saludó cortésmente y pidió: "Continúe, por favor, señor licenciado."

Y a continuación se sentó al lado de Lucius, junto a la ventana. El conferenciante reanudó el hilo de la exposición:

"Durante el curso llegamos a la discusión de un problema al que titulamos 'el sendero de Masirah'. Tomamos el caso, con las debidas modificaciones, del relato de un antiguo viajero. Se encuentra en el diario del capitán James Riley, quien naufragó en el año 1815, con su bergantín le *Commerce,* en las costas mauritanas. A lo largo de aquel litoral, peligroso e impracticable, corre una antigua pista caravanera que ora cruza por regiones desérticas ora se empina por altas dunas y abruptos acantilados.

"En un paraje llamado Masirah, la montaña avanza sobre el mar en forma de media luna. A sus pies rompe la resaca, mientras que su cima se eleva hasta las nubes. La piedra tiene el color del acero y es extremadamente resbaladiza. Allí el sendero corre, a medias colgado sobre el abismo, a lo largo de un muro vertical. Su anchura apenas alcanza los dos palmos, el espacio justo para asentarse el pie del hombre o el casco de un animal de carga, a

condición de que su paso sea seguro y desconozcan el vértigo. En tan angosto lugar la mirada no puede dirigirse hacia el abismo, donde brilla el blanco rosario de los rompientes, que ejercen una funesta atracción, ni tampoco hacia arriba, donde gira en círculos el albatros. Tiene que mantenerse fija en la lisa pared de la roca, mientras la mano busca a tientas un apoyo.

"De este modo se trenza el sendero, en la vertiginosa altura, al borde mismo del acantilado, describiendo un agudo arco cuya parte exterior mira al mar. Al comenzar la travesía, sólo puede verse la mitad del camino. De aquí que se haya establecido la costumbre de detenerse al llegar al punto en que la cuerda toca la mitad del arco, para cerciorarse de que no avanza nadie por el lado opuesto. Para ello, se lanzan fuertes gritos, al modo de los muecines, desde la cavidad de la roca. Si no hay respuesta, se supone que la senda está libre y se prosigue la marcha.

"Así fue cómo Riley salvó este abismo, en calidad de prisionero del moro Seid, quien se dirigía al mercado de esclavos de Mogador. Riley era un marino. A la edad de quince años había huido de la casa paterna para navegar en los veleros. Estos hombres no son fácil presa del vértigo. Y, sin embargo, nos cuenta que en esta travesía se sintió a veces hundido en la desesperación y que le parecía que vacilaban los cimientos del mundo. Hubo momentos en que tenía que cerrar los ojos para calmar el vértigo que subía desde sus entrañas y tiraba de él para hundirlo en la nada sin límites. Pasaron por parajes donde la roca del sendero se había desmoronado. Los animales reculaban antes de dar el salto.

"Riley describe cómo, una vez finalizada la travesía, estuvo largo tiempo tendido en tierra, incapaz de mover un solo músculo. Le parecía que la bóveda del cielo daba vueltas y que las nubes venían a su encuentro. Le había rozado el ala de la aniquilación. Sólo poco a poco se fueron calmando los latidos de su corazón. 'Veía al agitado mar oscuro azotar los acantilados y lanzar olas cada una de las cuales era tan grande como una alta montaña.'

“Fue entonces cuando su amo, Seid, le contó una vieja historia vinculada por la leyenda a aquel lugar:

‘Esta montaña, oh franco, que tú ves que señala aquí el confín del mundo como el monte Kaf, se prolonga lejos, hasta el interior del desierto. De no ser así, preferiríamos dar un rodeo antes que afrontar este desfiladero, terrible como el puente del infierno Sirat, que todos tendremos que cruzar el día del juicio. Por eso nos preparamos para salvarlo recitando antes, como tú has oído, la oración de la sepultura. El fuerte grito que lanza el guía sirve para advertir a los caminantes que tal vez se acerquen por el otro lado del sendero. Un encuentro sobre el abismo sería mortal.

‘Es verdad que estos acantilados están casi siempre desiertos. Separan un mar inhospitalario y siempre agitado de los desiertos sin agua. Por eso, apenas cabe imaginar que haya dos grupos de gentes que se aventuren por él a un mismo tiempo y en direcciones contrarias. No obstante, Iblis, a quien Alá confunda, está siempre al acecho. Es el señor de los accidentes, y sólo en Alá hay seguridad.

‘Se cuenta, pues, que hace ya muchísimos años sucedió lo improbable. Vinieron dos caravanas, una del mediodía, la otra del septentrión, por este abismo. Ninguna de las dos lanzó el grito de advertencia. Y así se encontraron en el punto en que más tenso es el arco.

“ ‘Se dice que los que venían del sur traían consigo oro de Ofir. Los otros eran judíos del Mogreb que transportaban con sus bestias un cargamento de sal y estaban en camino desde la gran ciudad al interior del desierto. El *kismet* quiso que ambas caravanas, con sus cargamentos y sus animales, se encontraran sobre la arista de roca en pleno mediodía. Los jefes estuvieron negociando, primero con amables palabras, luego con amenazas, hasta la llegada de la noche. Y entonces comenzaron a luchar; se lanzaron rabiosamente los unos sobre los otros y cayeron al

abismo, tragados por la muerte. Se dice que nadie escapó con vida.'"

El licenciado hizo una pausa y luego prosiguió:

"Hasta aquí la narración de Riley; nos ha servido de telón de fondo para el análisis de nuestro propio caso y nos ha proporcionado un arquetipo de situaciones, al parecer sin salida, en las cuales el hombre reclama un derecho y está dispuesto a imponerlo frente a la resistencia de los demás.

"Hemos reconstruido este encuentro como un juego de planificaciones y hemos caracterizado a algunos de sus protagonistas. El guía de los hombres que venían de Ofir es Abdal-Salam, que significa 'padre de la salvación'. Es traficante en oro, hombre digno y rico en años, experimentado en las cosas del poder terreno. En él se aúnan los rasgos del gran mercader y del príncipe despótico. Sabe sacar buen partido de las circunstancias favorables, pero también se distingue por su justicia y su generosidad, y está siempre rodeado de autoridad.

"Le acompaña su hijo, llamado Kafur, es decir, 'el luchador'. Venera a su padre y se parece a él, aunque toma sus decisiones con mayor rapidez e impetuosidad. Hay que mencionar también a Omar, el esclavo negro de gigantesca estatura, que está al servicio de Abd-al-Salam. Omar, armado con una lanza, es el primero de la fila que avanza por el sendero. Le sigue Kafur, con arco y carcaj. Inmediatamente detrás viene el padre, desarmado. Sigue luego la larga fila de los animales con sus guías, que los llevan sujetos por las riendas, y, al final, los hombres de escolta.

"En este orden tropiezan como los mercaderes de sal, guiados por Trifón. Trifón es un hombre de mediana edad que se ha dedicado desde su infancia a los viajes caravaneros, es decir, ha aprendido en la dura escuela de los encuentros violentos. La índole de sus negocios le obliga a trabajar con grandes márgenes de beneficios porque tiene que entablar negociaciones y ganarse

la protección de las tribus cuyos territorios cruza. Se atiene a la norma de que hay que salir al encuentro del poderoso con flexibilidad y procurar sacarle con astucia lo que hay que pagarle por la fuerza. Pero, en estas regiones, tampoco él puede viajar desarmado, y así lleva consigo una escolta de bereberes. Uno de ellos, un explorador llamado Halef, abre la marcha por el estrecho sendero. Lleva una espada en la mano.

"Al producirse el encuentro, la fila está, pues, dispuesta de tal modo que Halef, seguido por Trifón, choca con el esclavo Omar, que precede a Kafur y a Abd-al Salam. Al detenerse los que marchan en cabeza, se paran tras ellos, en larga cadena, las caravanas bajo su mando. Omar dirige la punta de su lanza al pecho de Halef y, tras él, Kafur echa mano al arco y coloca en él una flecha presta para ser disparada.

"En esta situación comienzan las negociaciones. El problema planteado por este juego de planificación dice así: 'Describir la solución propuesta por Abd-al-Salam.'"

Ruhland ordenó el paquete de hojas que tenía extendidas ante sí y prosiguió su exposición:

"Pasemos ahora a discutir las soluciones. Me apresuro a declarar que, en general, no son satisfactorias. El sentido de la pregunta se encuadra dentro de la teología moral, es decir, no se interesa por las decisiones tácticas. Y, con todo, la mayoría de las respuestas se han concentrado en este aspecto, aun prescindiendo de las afirmaciones simplistas como: 'Los judíos tienen que retroceder.'

"Una buena parte de las soluciones se limitan a comprobar que, desde una perspectiva matemática, quede excluida la posibilidad de llegar a un acuerdo satisfactorio. De donde se concluye la necesidad de abrirse paso por la fuerza. Citaré como ejemplo el trabajo del señor de Beaumanoir."

A estas palabras, se levantó un joven de ojos y cabellos oscuros que hizo una inclinación con graciosa seguridad. Sobre su rojo uniforme lucía la pequeña estrella de los monitores. Al verle, Lucius recordó la conversación que había espiado en el *Aviso Azul* y sonrió. Ruhland le indicó que se sentara y leyó su respuesta:

"Desde el primer momento, Abd-al-Salam sabe muy bien que se producirá un choque violento. Comienza por advertir a Halef y Trifón que no sigan avanzando y ordena a Omar y a su hijo que los vigilen. Luego hace pasar la orden para que todos y cada uno de los miembros de su caravana se detengan en el lugar en que se encuentran. Cuanto más unidos estén los eslabones de la cadena, más funestas consecuencias tendrá el pánico que es de temer. Imparte sus órdenes con una calma que se comunica a hombres y animales.

"Luego ordena a Trifón que deje vía libre del modo que mejor le parezca. Para ello le concede una hora de plazo. Como el sol se está hundiendo en el mar, en la tensión del momento la decreciente luz juega a su favor.

"Ante la firme actitud de Abd-al-Salam y de Kafur, comienzan a extenderse entre los comerciantes de sal, primero, la inquietud y, luego, el temor, que llega hasta el pánico. Hombres y animales se ven ya desplomándose en el abismo. Halef y Trifón no encuentran otra salida que intentar avanzar; uno es abatido por la lanza de Omar; el otro, por la flecha de Kafur."

De la misma manera fue recorriendo el licenciado los trabajos que tenía ante sí. De ellos se desprendía que la tarea había sido demasiado difícil y superaba la capacidad de espíritu de los alumnos. La mayoría de ellos lo había analizado como una especie de accidente de tráfico. Algunos lo concibieron como un lance de honor. Otros se perdían en consideraciones jurídicas. Hubo quien defendía que se debería esperar el ataque del contrario para poder actuar luego en legítima defensa. En términos generales, las respuestas de los alumnos del país de los Castillos indi-

caban mayor seguridad y precisión.

Finalmente, Ruhland tomó la última hoja que quedaba en el atril y dijo:

"La única solución que se aparta radicalmente de las restantes y con la que estoy de acuerdo es la del señor von Winterfeld."

Las miradas se dirigieron al alumno mencionado, quien se puso en pie con signos visibles de azoramiento. Era un joven de rostro pálido y distraído y rubios cabellos, que cayeron sobre su frente cuando hizo una inclinación. Llevaba el uniforme de los cazadores montados, sobre cuyo tejido verde destacaba una venda blanca en torno a su brazo izquierdo en cabestrillo, probablemente como consecuencia de una caída.

Lucius conocía el tipo: muchachos solitarios con sueños e inclinaciones peculiares. De ordinario, solían fracasar en la Escuela de forma rápida y a mentido aventurera, aunque también era posible que se fueran habituando al esquema hasta escalar los primeros puestos. Esto dependía casi siempre de que tuvieran la suerte de encontrar un superior capaz de ver más allá de las simples formalidades. Estos hombres eran "inadecuados para puestos intermedios."

Ruhland había iniciado ya la lectura del trabajo:

"La descripción de los caracteres permite comprender que el único hombre capaz de afrontar con éxito aquella situación es Abd-al-Salam. A él le incumbe tomar la decisión. Es el poderoso y rico, el señor de la abundancia y la gracia. Es el hombre con cualidades de rey. De él dependen la paz y la guerra. Es también consciente de su responsabilidad.

"Abd-al-Salam advirtió el peligro en el instante mismo en que se produjo el encuentro. Había que evitar ante todo que los hombres de cabeza llegaran a las manos y cerraran así, con ciega có-

lera, la puerta de la paz. Por consiguiente, ordenó con fuerte voz que cada cual permaneciera en su lugar. A continuación adoptó las medidas de seguridad necesarias.

“Para valorar la situación, se hizo las siguientes reflexiones: la anchura del sendero permite el paso de un animal de carga; por tanto, es de suponer que un hombre, procediendo con suma precaución, puede girar en redondo. A partir de esta idea abrió las negociaciones con Trifón. Le preguntó cuál era el valor de la mercancía que transportaba y el de la ganancia que esperaba obtener. El precio era elevado, pero no representaba más que una minúscula parte del valor del oro que Abd-al-Salam transportaba consigo. Por tanto, compró a Trifón los animales y su cargamento y le prometió hacer el pago apenas hubieran llegado al otro extremo del sendero. A continuación, dio orden de vendar los ojos de los animales y despeñarlos por el abismo. La maniobra dio buen resultado. Entonces Trifón y los suyos pudieron dar media vuelta y regresar al punto de partida. Quedaba así libre el camino para Abd-al-Salam y su caravana, que cruzaron felizmente aquella senda de la muerte. Llegados a la otra parte, Abd-al-Salm pagó a Trifón la suma convenida y añadió una recompensa. Hizo además erigir en aquel lugar un monumento en señal de acción de gracias y como signo de advertencia para futuros caminantes.

“En aquel encuentro, Abd-al Salam tenía plena conciencia de su superioridad táctica. Pero también sabía que no podía poner a su adversario entre la espada y la pared, porque en tales situaciones hasta el enemigo más débil es peligroso. Abd-al-Salam disponía de espacio interior y por eso fue también dueño de la angostura exterior. Con todo, su conducta no estuvo guiada por el cálculo ni por la generosidad. Se sintió responsable también de la vida de sus enemigos. Esto es un claro signo de superioridad, que entre los hombres se fundamenta en un principio más elevado.

“Abd-al Salam estuvo dispuesto a sacrificar una parte de sus

bienes, pero no tanto en calidad de comerciante que procura salvar la parte mayor de su fortuna, sino en calidad de príncipe que, por encima de los partidos, atiende a la salvación del conjunto. Como el encuentro tuvo lugar en el espacio, hubo que pagar un precio. Pero los hombres pudieron salvarse: sólo los animales fueron sacrificados."

Tras el comentario del trabajo de Winterfeld, el licenciado dio por concluida la lección, se inclinó ante el jefe y recogió sus hojas. Éste le dio las gracias y dijo:

"Me gustaría expresar mi opinión sobre el caso, señor licenciado."

Luego se volvió hacia Lucius:

"Pero antes quisiera pedir al comandante que hiciera un resumen, como relator competente."

A Lucius no se le había escapado el hecho de que el jefe había seguido la exposición con creciente descontento. Pareció mortificarle de forma especial la distinción de que había sido objeto el joven Winterfeld, quien precisamente no hacía aún mucho tiempo tuvo que ser amonestado por un acto de insubordinación. Lucius había dado ya por descontado que se vería obligado a emitir su opinión, de modo que abordó directamente el tema, tal como al jefe le gustaba.

"El señor Procónsul", comenzó, dirigiéndose a los cadetes de la Escuela de Guerra, "ha implantado este curso a título de ensayo, como complemento de las clases superiores. Se trata, pues, de un riesgo a través del cual expresa la confianza que tiene en la capacidad de juicio de todos ustedes. No deben abandonar la Escuela con la falsa idea de que las tareas que se les encomienden serán tan fáciles de resolver como algunos podrían suponer. El príncipe quiere que tomen parte no sólo en las tareas que deben cumplir, sino también en la responsabilidad. Desea que advier-

tan claramente los dos tipos de tensiones que implica nuestra profesión.

"Está, en primer lugar, la tensión entre libertad y obediencia, que surge precisamente cuando el orden comienza a tambalearse. Ustedes saben bien que la obediencia estricta es un factor indispensable en cualquier ejército. Sobre ella descansa el servicio. Pero hay siempre una limitación, en el sentido de que las órdenes que afectan al honor no se consideran obligatorias. Este principio no se halla consignado en ningún reglamento militar, porque es uno de sus presupuestos tácitos. En períodos de paz, tanto los superiores como los subordinados saben perfectamente qué clase de órdenes podrían afectar al honor y, en consecuencia, muy raras veces se producen choques. Entonces la obediencia es visible y la libertad invisible, aunque siempre está presente.

"La perfección de la técnica ha destruido en muy buena parte esta vinculación, al igual que otras muchas, sustituyéndola por relaciones mecánicas. La orden y el cumplimiento mantienen ahora entre sí una relación técnica y se siguen el uno a la otra como la causa y el efecto en un dispositivo. En este contexto, el arte de la guerra al viejo estilo es tenido por romántico y hasta por sospechoso. Ésta es la razón de que se hayan rechazado por utópicas las normas de la convención de La Haya y de la Conferencia de Minnesota. En ellas, los jefes militares de las grandes potencias declararon la ilicitud de todas las acciones y todos los medios bélicos dirigidos contra la población civil. Esta decisión será para siempre un título de honor del soldado, aunque haya sido desbordada por la marcha de los acontecimientos.

"La otra tensión es la que se da entre el derecho y la seguridad. Tiene aquí aplicación el viejo principio del archiduque Ernesto de Gotha: 'Un buen príncipe no juzgará justo lo que es más seguro, sino que considerará más seguro lo que es justo'. Este es también el fundamento de la política proconsular. Quiere, ante todo, crear en el ejército y la administración un modelo a imita-

ción del cual se pueda erigir el Estado perfecto, fundamentado en la confianza.

"Por esta razón, su formación técnica debe estar acompañada de la espiritual y la ética. La política del príncipe se basa en la máxima de que, a la larga, sólo podrá obtener la victoria en sus combates una concepción sana y unitaria del mundo. Todo esto debe hallar su adecuada expresión en la educación que aquí les impartimos. No podemos disminuir su capacidad de decisión. Lo único que podemos hacer es intentar robustecer las cualidades y capacidades de las cuales brota la decisión. Es desde esta perspectiva como deben contemplar los ejercicios que aquí llevan a cabo. Son simples maniobras; su objetivo último no es la solución -punto sobre el cual siempre puede discutirse-, sino más bien el fortalecimiento de la seguridad y la libertad interiores a las que está supeditada la decisión de cada individuo. El príncipe les hace participar de su soberanía."

Para concluir, tomó la palabra el jefe:

"Me referiré primero brevemente a la situación de que parte el ejercicio. Se ha reconstruido de tal modo que en ella se presupone un equilibrio de fuerzas que casi nunca se da en las situaciones reales. Por otra parte, se ha tomado un ejemplo del mundo mercantil, cuyas leyes no tienen validez para los soldados. En el mundo mercantil impera la ley de la igualdad, y, cuando se producen desacuerdos, se entabla un proceso ante la autoridad civil.

"En el ejemplo propuesto se trata en realidad", y al pronunciar estas palabras se dirigió al licenciado, "de un accidente de tráfico y, además, de tal índole que escapa a las normas usuales. Ahora bien, la formación castrense tiene en cuenta un mundo dirigido por la norma, y una norma visible. Entre nosotros no existe nunca la menor duda sobre quién debe saludar y quién ceder el paso. En épocas anteriores era la dignidad la que regulaba las normas de cortesía y, con ellas, las prioridades. Actuaba de forma jerárquica, de arriba abajo, en sentido vertical. En nuestro

actual orden planificado, las masas se encuentran al modo de corrientes, en sentido horizontal, casi sin gradientes de valor, aunque tampoco aquí existen apenas dudas sobre quién tiene, por ejemplo, preferencia y quién debe ceder el paso al viajar en automóvil.

“Por lo que hace a ustedes”, y ahora se dirigía de nuevo a los alumnos, “tendrán misiones muy elevadas, al servicio de la totalidad. Su símbolo es el águila, que no cede el paso a nadie y es capaz de vencer cualquier resistencia. Desde esta perspectiva recibirán ustedes sus misiones. Su alcance deberá estar clara y precisamente delimitado. Lo único que se les confiará será la ejecución, nunca la reflexión sobre si la misión está o no justificada. No es mi intención negar que existen situaciones en las cuales el soldado roza los límites del deber y debe extraer fuerzas del fondo de su propio ser, como Yorck von Wartenburg. Pero la educación castrense no puede tener como meta estas situaciones. El genio causa más daño que provecho en un ejército. Es en la política, las artes y las ciencias, donde tiene campo adecuado para su libertad y sus capacidades.

“En el Estado, a los soldados les compete la función de servidores, no de señores. Llevan a cabo los trabajo rudos, como Hércules, aunque sea un Euristeo quien se los mande. Llevan, como Atlante, el peso del mundo con su insuficiencia. Allí donde las cosas se ponen difíciles, donde crepita el fuego, donde fallan la razón y el derecho, se recurre a ellos como a último tribunal de arbitraje. Aquí está su grandeza y aquí radica su gloria. Al prestar juramento, renuncian a la libertad que adorna al ciudadano privado. Al Estado, en cambio, al poder legal, le compete la obligación de encauzar las cosas de tal modo que el soldado pueda combatir con limpia conciencia. Porque, efectivamente, la supervivencia del Estado consiste en mantener puras las fuerzas en que se apoya.

“Pueden tener la absoluta seguridad de que el Procónsul intentará por todos los medios evitarles conflictos entre el honor y la

obediencia. No siempre será posible suprimirlos por entero. Entonces, tendrán que soportar esta situación. No se limpian los establos de Augias con guantes de seda. Yo apoyaré con mi autoridad a aquel que, en el ardor del combate, vaya más allá de la medida, no al que retroceda. Porque esto sería favorecer los golpes bajos.

“En unos tiempos en que lo justo y lo injusto están indisolublemente mezclados, la duda se nos acerca con todo su poder. Intenta paralizar la acción, transformándola en reflexión. Nuestro interior no hace sino reflejar la confusión de nuestro tiempo.

“El general que dirige la batalla conoce muy bien estas dudas. Le acucian la víspera misma del gran cambio. En ellas se expresan las exigencias del adversario. Perderá la batalla si no las expulsa de sí. Ustedes, señores, están llamados a representar a sus jefes en el puesto de combate que se les asigne. Y deberán estar a la altura de esta misión.”

EL APIARIO

LUCIUS acompañó al jefe hasta la puerta. La despedida fue un tanto fría. Era evidente que al general no le agradaba el giro que había tomado el nuevo curso. Sin embargo, era de todo punto innegable que las palabras que había dirigido a los jóvenes les habían causado una profunda impresión. Lucius iba rememorando estos detalles mientras se dirigía a los establos para ver cómo había atendido Costar a las monturas. Estaba descontento de sí mismo; advertía bien el ingrato pa-pel de mediador que se había visto obligado a desempeñar. El consejero de minas, el licenciado, el jefe, todos ellos sabían bien lo que querían y se atenían a sus convicciones. Desconocían los diversos y encontrados impulsos que pugnaban en su interior y que sólo con dificultad se armonizaban. Le faltaba la decisión con que otros tomaban partido y que tanta importancia tiene en la vida. Y esto tenía por fuerza que reflejarse en las tareas que se le encomendaban. Probablemente supra-valoraba el influjo de los elementos espirituales en la marcha del mundo. Y esto le daba aquel aire soñador que ya había llenado de preocupación a sus padres. Tal vez contribuyó también a ello la educación recibida de Nigromontano: le había orientado hacia fórmulas seguras, hacia esa oscura maestría que domina el mundo. Pero siempre en el último instante las vacilaciones le hacían retroceder ante este arte, ante estos caminos por los que había visto avanzar a los adeptos más dotados, como Raimundus, Fortunio, el consejero de minas y, también, las más sutiles mentes de los mauritanos. Aquí reinaban el silencio y el resplandor sin sufrimiento de la soledad. No había azar, no había restos indivisibles.

Tras haber concedido a Costar permiso para la tarde, emprendió el camino de la cumbre. Desde el borde meridional de la Gran Arena ascendía un sendero rocoso. Aunque la subida estaba oculta por la maleza, Lucius la descubrió en seguida, pues le resultaba familiar por otros muchos paseos anteriores. La estrecha

senda ascendía por la caliza marmórea, que aquí se mostraba a la vista en claras bandas. A veces subía en forma de peldaños. En sus bordes crecían enormes retamas que, donde el sendero se estrechaba, juntaban sus cimas para formar dorados túneles de enramadas. De vez en cuando brotaban blancos espinos y acacias. Aquí arriba la floración desplegaba aún su total magnificencia.

A medida que se ascendía, disminuía el tamaño de las rocas, que asomaban por las capas de musgo y licopodio. Los bloques eran blandos y porosos como si el agua se hubiera filtrado en ellos. En sus junturas se acumulaba el humus, sobre el cual germinaba la flora de alta montaña: el azafrán, la soldanella, la anémona sulfúrea y el dentado cáliz de la genciana y, de cuando en cuando, brezos y una planta toda ella cubierta de un claro y sedoso velo aterciopelado. En algunos puntos, la roca aparecía enteramente recubierta; las flores la envolvían como polícromo césped y colgaban de ella como azules y rojas almohadillas. A la clara luz, los colores aparecían nítidamente separados entre sí, sin tonos intermedios, como en la paleta de un pintor. Y, del mismo modo que aquí, en la altura, la respiración era más libre, también la mirada se sentía henchida de un nuevo bienestar.

La flora era demasiado espiritual para ser destinada a groseros usos; parecía creada tan sólo para cosechar aroma y néctar. Aquí aleteaban las grandes mariposas que aman las cumbres, navegando en el aire balsámico. Se posaban sobre los blandos lechos de las flores y planeaban, lenta y voluptuosamente, con extendidas alas, sobre el fondo aterciopelado.

Un suave zumbido llenaba el aire y aumentaba cumbre arriba, a medida que se aproximaba el apiario del padre Félix. El jardín apícola del eremita estaba cubierto de infinitos cálices. Las libadoras revoloteaban diligentemente de flor en flor, de modo que su vuelo cubría el espacio como con un tapiz. Pendían como racimos de uvas, allí donde colgaban las esteras de las saxífragas, de las siemprevivas, de las cimbalarias; ebrias de miel, regresaban a la colmena cubiertas del polvo del polen. Trabajo y placer

parecían aquí íntimamente fundidos en la fiesta nupcial de las flores, en su

 oficio de mensajeras del amor. Ahora se divisaba ya el apiario, el granero de miel donde confluía el néctar de infinitos contactos. Formaba el muro exterior de la hendidura, donde estuvieron, en la época del florecimiento monacal, las más elevadas ermitas. Ahora estaban desiertas, a excepción de aquellas en que vivían los carmelitas dedicados al servicio de la necrópolis. Aquí había fijado su residencia, desde hacía muchos años, el padre Félix, dedicado a la apicultura. Era célebre la miel de aquellos panales. Ya desde lejos brillaban las amarillas colmenas en los huecos de las rocas. Las trayectorias de las abejas se unían hasta formar una espesa y, al parecer, inmóvil radiación. Su zumbido aumentaba hasta la efervescencia, y de él fluía una sensación espiritual, como una melodía tejida de luz. Ante esta ancha trayectoria alada, Lucius abandonó el sendero. La hendidura servía de celda, en el interior del gran bloque de piedra que llevaba el Pagos sobre sus espaldas. El trabajo de acomodación se remontaba a los tiempos de las catacumbas y había consumido toda la vida del fundador. Los muros de la bóveda excavada en el corazón de la roca eran toscos y sin pulimento; aún se advertían en ellos las huellas de los golpes de pico. Una estrecha abertura dejaba entrar la luz por la parte superior. Un crucifijo, una estrecha cama, un atril de lectura, una repisa para la vela, constituían todo el ajuar. Lucius conocía el lugar por sus anteriores visitas. A todo ello había que añadir un cuarto trastero y una chimenea con haces de ramas secas, recogidas en las grietas de las peñas. La entrada daba al frente norte y desembocaba en una especie de sala formada por el saliente de un peñasco. Aquí tenía el padre Félix su taller de trabajo. Lucius entró sin hacer ruido. El espacio estaba totalmente impregnado del aroma de cera y miel. De sus paredes pendían viejas colmenas. Entre los huecos se veían caretas, redes, crisoles, balanzas y útiles de las más variadas clases. El eremita se hallaba sentado junto a la ventana, vestido con una oscura bata de trabajo, cortando de un rollo mechas de igual longitud. Aunque Lucius per-

manecía callado, el padre pareció advertir su presencia, porque interrumpió su trabajo y se volvió hacia él con una cordial sonrisa, aunque sin manifestar sorpresa. Luego se levantó y le tendió la mano. "¡Hola, Lucius! Te esperaba. Me encanta que hayas venido. Siéntate ahí fuera, en el banco; te he preparado un tentempié" Y, sin escuchar la respuesta de su visitante, se dirigió a la bodega de miel.

El banco que el padre Félix le había indicado estaba un poco alejado de las colmenas; desde allí solía contemplar los enjambres de abejas, sobre todo en la época del vuelo nupcial.

El asiento había sido excavado en la misma roca, mientras que la mesa era un regalo de gran valor. En su oscuro tablero se había grabado un haz de plateadas flechas. Las puntas señalaban los lugares más destacados del paisaje. Había una serie de inscripciones que indicaban el nombre y la distancia. En conjunto, el dibujo recordaba un reloj de sol, y, como suele ocurrir en éstos, tenía también grabada una leyenda:

Es más tarde de lo que piensas.

Lucius siguió por las flechas el camino que le había llevado hasta la cumbre. Al final aparecía, como un resplandeciente sello, la ciudad de Heliópolis. Leyó también los nombres de las islas y los promontorios. Las distancias no estaban dadas en unidades-luz, sino en horas de camino, a la antigua usanza. Era un delicado gesto de parte del donante.

El calor del sol era ya fuerte, pero menos opresivo que allá abajo, en la ciudad. El aire flotaba inmóvil en el mediodía. Los cardos plateados brillaban como grandes estrellas sobre el fondo rocoso. De vez en cuando, alguna libadora errante quedaba prendida del pelo de Lucius, el cual permanecía inmóvil hasta que el pequeño animal se liberaba.

El padre Félix se entretuvo un buen rato en la hendidura. Eran ya grises los cabellos de los niños que habían acudido a él, en la juventud, en busca de consejo. Desde este lugar había visto y oído

Ernst Jünger HELIÓPOLIS $_{10}$2 muchas cosas. Se sabía muy poco de su vida pasada y él casi nunca hablaba de ella. No fue él quien introdujo allí la apicultura, pues se venía practicando en aquel lugar desde antiquísimos tiempos. Su predecesor fue el padre Severino, monje rudo y solitario, aunque muy venerado por el pueblo. Al encuentro de este hombre dedicado al ayuno y la oración vino muchos años atrás el padre Félix – aunque entonces bajo otro nombre- pero no, como se decía, deseoso de llevar una vida de ermitaño, sino para que le enseñara los secretos de la apicultura, transmitidos de generación en generación. Todavía hoy podía advertirse que el padre Félix estaba versado en las ciencias y había pasado por su escuela como por una rigurosa antesala. Pero los conceptos habían casi acabado por borrarse. Eran como los caracteres de un pergamino blanqueado y nueva-

mente escrito. De cuando en cuando afloraban los viejos signos con cierto tono de ironía. El nuevo texto era mucho más simple. Lo mismo podía decirse de la conducta del ermitaño, que, bajo una sencillez suprema, permitía adivinar el conocimiento de las exquisitas normas de la cortesía. Toda su persona irradiaba un suave calor humano. Solía decir que había pedido una limosna al padre Severino y éste le regaló un tesoro. Al principio, no fue nada fácil el trato con aquel santo, áspero y duro, que despreciaba la formación y la cultura. El viejo había tenido dificultades con su congregación, pero insistió en que su discípulo recibiera las órdenes sagradas en su seno. Murió al cabo de los años y el padre Félix le enterró en aquellas alturas. Como todos los que vivían aquí arriba, llegó a una avanzada edad -se decía que aquella dilatada longevidad se debía, aparte la rigidez de las reglas, a la miel de que se alimentaba. Prohibió severamente que se pusiera ninguna señal sobre el lugar en que reposaba, porque no le gustaba el culto de las tumbas. En él se daban la mano una fuerte conciencia de sí con la pasión por disolver cuanto tenía de personal. Por eso, las fuerzas que brotaban de su interior le atravesaban casi sin resistencia, sin aduanas ni barreras. "Soy un espejo; y permanecerá para siempre lo que hubo de luz en él." Antes de su muerte, predijo a los pueblos, al estilo de los apicultores, los grandes cambios que se avecinaban. El nuevo *pater* prolongó su existencia. Seguían subiendo hasta la cima las mismas personas, casi siempre gentes del pueblo que le hablaban de sus preocupaciones y sus esperanzas. Pero el círculo se amplió, porque entre los visitantes se encontraban también figuras de primeras filas en aquella lucha del espíritu y el poder que dividía al país. Subían hasta aquella celda incluso fieles de otras religiones, y hasta gentes que no tenían ninguna creencia. Para todos hallaba la palabra justa. Había brotado, pues, como renuevo de superior cultura, sobre el rudo tronco del padre Severino. Lucius llegó a conocer al padre Félix por medio de Ortner, quien le visitaba de vez en cuando por encargo, según se decía, del propio Procónsul.

El *pater* se había puesto una túnica de lana blanca. Algunas abe-

jas quedaban prendidas en el áspero tejido y él las apartaba cuidadosamente con la mano. Traía en una fuente un fresco panal y un cuchillo de madera. Añadió además pan blanco y una botella de *vecchio. El* pan había sido cocido sin levadura, en forma de delgadas tortas, y la corteza aparecía en algunos puntos tostada por el calor del horno. De esta forma se mantenía fresco durante mucho tiempo en este lugar alejado de toda morada humana.

"Ahora bebe y come. Estás cansado de la subida. Es miel de mayo, como la que van a libar las abejas allá abajo, hasta los tilos."

El *pater* se sentó a su lado y le contempló con aire amistoso. Lucius alabó la miel y se interesó por la marcha de las colmenas.

"Estoy contento; este año habrá mucha miel. Bebe, el vino es bueno. Lo ha traído Melitta y lo he guardado para ti.

Sonrió.

"Los años vuelan. Fui yo quien bautizó a la muchacha con este nombre… y ya es hora de que se case. Tú protegiste a la pequeña y ella te está muy agradecida."

Lucius sintió que enrojecía. El *pater* le palmoteó la mano. "También tú te casarás. Acaso muy pronto. No estás hecho para permanecer soltero."

 Luego repitió: "Estoy contento; la miel llenará las colmenas hasta rebosar. Se anuncian enjambres numerosos." Hablaron de las abejas y sus costumbres. Lucius había asistido en el Instituto de Taubenheimer a un seminario sobre los insectos que viven formando sociedades. En el Instituto sabían aumentar el rendimiento con procedimientos ingeniosos y consideraban los métodos tradicionales de los campesinos y eremitas como una especie de latrocinio. El *pater* conocía esta escuela, pero se atenía a lo aprendido de su maestro Severino. "Allí siguen la antigua máxima de que el hombre es la medida de

las cosas. Es ésta una de las más osadas pretensiones que se vienen arrastrando durante milenios. Un alemán dijo algo parecido, pero con mucha mayor modestia: 'Toda la naturaleza se rima en torno al hombre'. Esto está muy bien, porque plantea inmediatamente la pregunta de quién es el autor de la poesía." Bebió un sorbo del mismo vaso de Lucius y le miró con ánimo jovial. "Te contaré algunas cosas de las abejas, eso será mejor. El dueño de la casa que por la noche entra en el colmenar para comunicar a las abejas los acontecimientos de la familia y la situación doméstica, este hombre conoce la sabiduría que poseen los animales y la respeta. Las abejas son en muchos sentidos ejemplares, a condición de entender bien el sentido de esta palabra. El hombre les adjudica muchas de las cualidades de su naturaleza humana; también muchas cosas imperfectas o insuficientes. Dice que las abejas son laboriosas. Hubo un emperador de Occidente que las puso en su escudo de armas precisamente en una época en que el trabajo había perdido su antiguo sentido." Señaló con un gesto las libadoras, que bullían en torno a las matas de tomillo y las mullidas colchas de saxífragas, y movió la cabeza ante la escena. "Cuando, con los primeros rayos del sol de la mañana, se abren las flores y mis abejas inician su jornada, no resuenan cornetas como en los cuarteles, ni sonidos de silbato como en los barcos, ni aullantes sirenas como las de las fábricas que llaman al trabajo. Tú oyes en el piso de los panales y en las celdas la danza de la miel como una melodía arrebatada por el néctar, que crea gozo y alegría. De entre todas nuestras llamadas y señales, la más parecida es el sonido de la campana. No, el día de las abejas no está marcado por el trabajo tal como nosotros lo entendemos." "Por supuesto", prosiguió, "podemos aprender muy bien de ellas lo que es el trabajo. Cuando ves en la primera luz de la mañana al campesino siguiendo, a pecho descubierto, la marcha de su carreta, cuando ves al herrero tras su yunque o al pescador lanzando su red al mar, barruntas en ellos un bienestar más allá de todo cálculo y toda ganancia. También puedes percibirlo en la agitación de los mercados y las ciudades. Este bienestar es el tesoro del mundo, es oro puro… Las cosechas, los beneficios y ganancias, son sólo el interés que rinden. Y lo mismo puede de-

cirse de cualquier otra actividad económica: el bienestar es la vara que todo lo convierte en oro. En todo esto debes pensar al desempeñar tu cargo, sobre todo allí donde tienes hermanos tuyos a tus órdenes.” Bebió otro sorbo. “Así, la ‘sociedad estatalizada’ de las abejas es un espantajo que se han inventado los hombres. ¿Puede hablarse realmente de ‘sociedades’ cuando se observa con atención la vida de estos animales? Forman una gran familia o, por mejor decir, un solo cuerpo. Aquí tu amigo Serner se halla en el buen camino. Se dice, por ejemplo, que la naturaleza no ha dado sexo a las abejas obreras, y se habla de una especie de economía, y hasta de robo. Esto es ver las partes, olvidando el todo. La fuerza del amor se halla en las colmenas de una manera indivisa. Puedes verlo claramente cuando se inicia la agitación del vuelo nupcial. Forman entonces *un* cuerpo vivificado y configurado por *una* fuerza. Todas ellas participan del deleite, ellas y las aún no nacidas. ¿Qué es, comparado con esto, el fugitivo contacto de la reina? Poco y mucho. Es muy poco si lo consideramos aisladamente, como el contacto mortal en el infinito. Pero adquiere una inmensa significación si lo contemplas como símbolo sensible de la plenitud del amor, que se lleva a cabo en un órgano en nombre de todos. De este mismo modo alza el sacerdote el cáliz por todos en la celebración eucarística.” El ermitaño calló durante unos instantes y luego puso fin a sus reflexiones:

 “Sí, podemos aprender mucho de las abejas… de su manera de acumular tesoros, su afán por hacer provisiones a partir de cosas perecederas. Las flores son como los instantes de esta vida con los que tejemos la infinitud, la verdadera ambrosía de los antiguos que garantiza la inmortalidad. Pero, además, una vida de esta índole tiene también sus ganancias en el tiempo. Puedes verlo en el hecho de que sólo las flores que han sido tocadas a tiempo producen fruto.” Lucius reflexionó sobre estas palabras. Advertía que algunas de ellas estaban dirigidas a él personalmente. El zumbido de las abejas seguía llenando, como un oscuro órgano, el aire del mediodía. En las plateadas hojas de los cardos se afanaban las ágamas, veloces cazadoras brillantes como joyas. Dijo: “También se oyen decir

muchas cosas terribles de los animales." El *pater* sonrió. "Te refieres a los episodios de la vida de las abejas que nosotros calificaríamos de sangrientos: el asesinato de las reinas, su duelo a muerte, la batalla de aniquilación contra los zánganos. También aquí nuestra mirada nos engaña, porque humanizamos a estos animales. No acabamos de comprender bien el hecho de que un enjambre de abejas es *un* cuerpo. Si, para preservar su bienestar, expulsa a los zánganos en un momento dado, ocurre lo mismo que cuando un niño pierde los dientes de leche. Los enjambres siguen su propia ley. Cuando el hombre contempla estos instintos, lo único que hace es descubrir el mal que anida en su propio interior. Y, así, la matanza de los zánganos le parece un viejo ejemplo de la razón de Estado y de todas las teorías que consideran al hombre como un animal político. Pero hay que responder que el hombre está dotado de conocimiento y, por tanto, de culpa. Por eso a él la ley se le presenta bajo otro aspecto." "Pero esto nos llevaría a admitir que los asesinatos, las guerras, las noches de San Bartolomé, caen fuera del plan de Dios y que la historia es sólo una cadena de violaciones del orden. Y esto es difícil de creer cuando se contempla al hombre tal cual es, con sus garras y dientes, y se tiene en cuenta la situación en que nos encontramos al nacer." El anciano movió la cabeza amistosamente. "Vas muy de prisa, Lucius, pero intentaré responderte. Los asesinatos, las guerras, las atrocidades, no están fuera del plan. Pero sí están fuera de la ley. En este sentido, es cierto que la historia es una cadena de violaciones, una cadena que sólo subsiste gracias a una serie de actos de la gracia. Éste es el gran tema del Antiguo Testamento. "También en los Estados existe la necesidad de la naturaleza; pero, junto con el conocimiento, se ha establecido la culpa. De ahí que un hecho pueda ser a la vez necesario según la naturaleza y culpable según la ley. Para salvar esta diferencia, que nos aniquilaría en la Esencia suprema, está el tesoro del sacrificio. Éste es el tema del Nuevo Testamento. "El sacrificio puede ser posterior en el tiempo y entonces tiene carácter de expiación y penitencia. También puede ser anterior al hecho; lo que hacemos en este caso es poner a un lado una parte de nuestras exigencias naturales, para gloria de Dios. Ésta es la parte que da

el mil por uno, con réditos eternos. Puede ser una parte pequeña, y puede también incluir toda nuestra vida natural. Lo maravilloso es que el sacrificio tiene una función y una repercusión vicaria. De este modo, también nosotros, los pobres ermitaños, podemos contribuir un poco a la salvación del mundo." Se había levantado una ligera brisa que traía el aroma de los tomillos y los jacintos moscados. Podía también sentirse que había pasado por las cálidas gargantas espinosas en que el aroma de la resina se fundía con el de las flores. En el sur de la cúpula del firmamento se movía en el espacio uno de los grandes cohetes del Regente. Se dirigía a la ciudad y fue disminuyendo la marcha antes de penetrar en la atmósfera. Luego cruzó las montañas como un meteoro, se mantuvo inmóvil unos instantes, con una gran irradiación, y al fin se deslizó lentamente hacia el puerto de cohetes. Lucius consultó la hora. El horario y el tipo de la nave se salían de lo normal. Se trataba sin duda de alguna misión de información en torno a las alteraciones del orden. Desde hacía ya mucho tiempo se había abandonado la esperanza de una intervención del Regente o de una decisión de arbitraje en estos

asuntos. Se limitaba al papel de simple observador. Se tenía la impresión de que se estaba recopilando material para una lejana oficina, material depositado en archivos que un sabio administraba según las leyes de la estadística científica y siguiendo unas directrices desconocidas. El emperador se había limitado a reservarse ciertas prerrogativas, tales como los monopolios de la Corona, el uso del color azul, el empleo de armas pesadas y la utilización de algunos puertos y algunas bases militares determinadas. Todo esto quedaba en entredicho y los partidos ponían gran cuidado en respetarlo. En realidad, ni siquiera eran necesarias las naves azules para garantizar su cumplimiento. En todo lo demás, el Regente se mantenía por encima de las negociaciones y nadie conocía sus propósitos últimos. Mientras tanto, el padre Félix había retirado la bandeja y regresaba de la celda con un pequeño recipiente de cobre. Sirvió el café y se sentó de nuevo junto a Lucius. Le tomó la mano y le dijo: "He estado hablando todo el tiempo; la soledad nos hace

charlatanes. Dime ahora qué es lo que te preocupa.” Lucius le contó el desarrollo del ejercicio académico a que había asistido y el enfrentamiento que se produjo entre el jefe y Ruhland. El *pater* escuchó atentamente, interrumpiendo de vez en cuando el relato con alguna pregunta. “No puedo decir que el general esté equivocado: la reflexión no es el mejor medio para esclarecer una situación. La enseñanza de la teología moral lleva con excesiva facilidad a la mera casuística, al estilo de Escobar. Los jóvenes educados según esta teoría son como guerreros que todo lo que saben lo han aprendido en los libros y en trincheras y maniobras artificiales. El auténtico valor se demuestra en el combate. No te preocupes por tus alumnos, Lucius. Algunos de ellos se han sentado en esta misma mesa. Les conozco y sé qué es lo que les atormenta. Es bueno que vosotros penséis en ellos. Saben extraer lo mejor, incluso de vuestras propias dudas… más que de los conocimientos clásicos y ya estructurados que les dais. El hombre, más que ser comprendido, lo que desea es que se respete lo que hay en él de incomprensible. De aquí debéis procurar extraer las mejores fuerzas, como el jardinero del oscuro suelo. El resto depende de Dios.” Luego añadió: “Vosotros ponéis empeño en una severa y estricta disciplina y hacéis bien. Pero no debéis dar a vuestras prescripciones un carácter absoluto, o fracasaréis en el intento. Dejad intactas las fuentes.” Callaron. Los rasgos del eremita se habían animado. Rozando la cumbre, pasó volando una bandada de grullas. Al comienzo de la estación seca, estas aves emigraban hacia las grandes lagunas pantanosas del interior. Lucius pensó en el regreso. Como todos los gastrósofos, el consejero de minas exigía puntualidad. Entonces recordó la nota que le había entregado y que llevaba todavía en la cartera. “El consejero de minas ha esbozado un programa que quiere someter a la consideración del Procónsul. Si le he entendido bien, intenta implantar una política demográfica que suavice la lucha por la competencia y disminuya el riesgo de guerras. Quiere establecer una correcta relación entre el número de la población y las porciones de herencia, para salir así al paso del minifundismo y de la formación de proletarios. Entonces viajaríamos por la vida como en un transatlántico de lujo, en el que

hay camarotes adecuados para todos." el *pater* movió la cabeza: "Sí, y los no nacidos pagarán el billete del viaje. *Il a toujours quelqu'un qui paie.* Es una verdad inconmovible sobre la que se basa todo el confort y que ningún plan, por muy sutil que sea, puede desvirtuar." Y luego, ya con rostro serio, añadió: "Es indudable que el consejero de minas toca un punto importante. Se advierte la influencia de Nigromontano, quien envió a sus discípulos en busca de la piedra filosofal. También tú, Lucius, has aprendido de él, lo mismo que Fortunio, el diácono y otros. Voy a decirte lo que pienso sobre esto. "La concepción está siempre acompañada de culpa y multiplica los males de este mundo. Por eso es meritoria la continencia. Pero sería un gran error hacer planificaciones humanas, ya sea para disminuir los nacimientos ya para aumentarlos, como medio para conseguir la supremacía. Ya este

 simple pensamiento nos llevaría a malas compañías, como la del doctor Mertens, que está planeando algo de este género en la Oficina de Convergencia de Castelmarino. Éste es el camino que, paso a paso, lleva a la muerte fría y meditada, al triunfo total de la economía. El príncipe no se dejará enredar en estos proyectos. "También en las desnudas cifras se ocultan leyes que escapan a toda estadística. Piensa en la sorprendente aunque tardía explicación que se ha dado del aumento de la población en los siglos XIX y XX. "Es indudable que la felicidad del pueblo descansa en la renuncia de los elegidos, tal como puedes ver en el ejemplo de las abejas. Pero en el reino humano, en el cual impera la libertad, esto sólo puede conseguirse mediante el sacrificio voluntario, no mediante la planificación. El objetivo último es la transformación de la fecundidad física en fecundidad metafísica. "Desde siempre se han venido diciendo cosas muy negativas de los monjes y los conventos. Pero descubrirás que las épocas en que floreció el monacato fueron con mucha frecuencia tiempo de felicidad y larga paz. Aun con todas sus imperfecciones, una de las grandes ideas del hombre ha sido siempre la de retirarse a una celda para ponerse allí, como centinela solitario, al servicio de la totalidad.

Mientras alumbren estas lámparas, no habrá oscuridad total. Es buena cosa que el príncipe no se encierre a esta idea. Por eso extiende su protección también a este lugar." Lucius le habló del simposio en la Volière e intentó explicarle qué era lo que les fascinaba a él y a sus amigos en la presencia, los discursos y escritos de Serner. El padre escuchó con gran atención, interrumpiendo de vez en cuando a Lucius con alguna pregunta. "Así me lo había imaginado. Parece acercarse a la verdad desde el lado opuesto al seguido por Ruhland. ¿Dices que se emborracha de vez en cuando?" Calló. Parecía estar pensando en aquel hombre para él desconocido. Luego añadió: "Cuando el espíritu asciende hasta los últimos peldaños, se llega necesariamente a la vedad. Y esto ocurre incluso cuando trabaja en el delimitado campo de las ciencias. Todos los caminos desembocan en un mismo punto. Aquí acaba el conocimiento y es sustituido por la veneración. Las últimas llaves no las crean la reflexión ni el conocimiento. "El espíritu reconoce el palacio del vencedor de la muerte, con sus lámparas, y puede describirlo, aunque sin penetrar en la sustancia. Nigromontano es tal vez la mente más preclara de cuantas están fuera del palacio, es el príncipe de los magos. ¿Qué es lo que les impide entrar? La riqueza que bloquea el verdadero camino puede ser también una riqueza espiritual." El ermitaño tocó el brazo de Lucius con ánimo benévolo. Sabía bien que su visitante era muy sensible para todo lo que se relacionaba con su antiguo maestro. "Tal vez un día te acompañe Serner hasta aquí arriba. Pero espera a que la idea salga de él." Las sombras se alargaban y teñían las gargantas con azulada luz. Comenzaban a reanimarse las flores rojas y amarillas, como si la tarde las incendiara. Se desplegaban los cálices de las gencianas. Se espaciaba el vuelo de las abejas. Los murciélagos se atrevían a salir de entre las grietas de la celda y aleteaban en torno a la cruz. Era hora de regresar. Pero Lucius tenía aún una pregunta que le estaba causando profundas preocupaciones. "Para el caso de que los tumultos vayan en aumento, el jefe tiene preparados una serie de golpes contra el Prefecto. Piensa tanto en demostraciones de fuerza como en destrucciones a cargo de comandos. Ha pensado proveer a estos hombres de cápsulas de veneno, tanto para evi-

tarles las torturas como para garantizar el secreto en caso de necesidad." El padre preguntó: ¿Y tú qué opinas, Lucius?" "No me gusta la idea." "Y no te engaña tu sensibilidad. Es éste uno de los puntos que demuestran que no basta recurrir a los simples sentimientos humanos. En caso necesario, podéis encomendar a unos hombres ciertas misiones sin posible salida, pero no podéis quitarles la esperanza. De hacerlo así, los transformaríais en simples objetos utilizados por el poder y en nada os distinguiríais de los enemigos a quienes combatís. No podéis atacar el núcleo de la libertad, ni por la mejor de las causas. Cuando se

 elaboran tales planes, ello es señal de que os alejáis del buen camino. "Pero tienes prisa, Lucius. El consejero de minas te espera. Adiós, pues. Te incluyo en mis oraciones."

SEGUNDA PARTE

EL ATENTADO

HABÍA PEDIDO el coche para las diez. Pero aún no se había despertado. La habitación estaba oscura y silenciosa. Sólo se percibía la vibración del ventilador, brotando desde el interior de las paredes de vidrio armado.

La orgía se había prolongado hasta las primeras horas de la mañana. Como ocurría casi siempre en aquella pequeña sala de banquetes llamada también "el sofá", la reunión había culminado con los últimos grados de la borrachera, seguida del profundo letargo, del sueño insensible. Pero ahora se agitaba intranquilo en su lecho, atacado por el terror del espíritu que surge de la oscuridad y lucha en vano por fijar los recuerdos. Todo era sólo tinieblas. Y luego volvió a resonar la melodía de los violines y las flautas. Reaparecieron las imágenes, pero sueltas, distorsionadas, inconexas y laberínticas, como contempladas a través de las rendijas de las persianas.

Estaba tendido en el suelo; giraban luces a su alrededor. Botas lustrosas y piernas de desnudas mujeres le pasaban por encima, lentas y rosadas, como en los tiovivos. En el estrado, los violines repetían incansablemente la misma melodía. Se sentía feliz como un bienhechor. Se había disuelto aquella rigidez con que las imágenes le rodeaban de ordinario. Le llegaban fragmentos de convesaciones de borrachos.

"Puñalito, todo el 'sofá' está otra vez bebido como una cuba."

"Eso está bien. Así que da de beber también a los tipos de ahí arriba: se lo están ganando."

Siempre había dicho que los músicos cegados son mejores que

los músicos ciegos. Se les podía elegir. Las melodías brotaban con todo esplendor, como cuando se hace un injerto en una corteza con ojo. Como juego de palabras, no estaba mal.

Ahora volvían los rostros, y esto no era bueno. Era como si llenaran el fondo del ojo, primero una cabeza, después muchas, luego todo un friso. Todos ellos feos, odiosos, haciendo muecas y visajes. Eran ávidos, maliciosos, impulsados por una desenfrenada sexualidad. Crecían, se multiplicaban por centenares, por millares. Tan pronto parecían ocupar las filas de anfiteatros clínicos como quedarse rígidos, mirando desde altos palcos el espectáculo de allá abajo, como la hidra que sólo se recrea con el mal. Y luego volvían a llenar la inmensa sala de un tribunal, un tribunal sin juez. Asquerosas brujas, viejos en cuyos rostros aparecían grabadas las desvergüenzas de su vida, niños impúberes con la desnuda y olfateante movilidad de ratas y comadrejas, pasaban en oleadas a su lado. Jamás un Callot o un Daumier hubieran sido capaces de imaginar semejantes cosas. A veces los rostros amenazaban deformarse hasta la descomposición total: cuernos, cornamentas, trompas, trofeos sexuales, brotaban de ellos, y en ellos se abrían hendiduras como en los árboles añosos. Su júbilo, su complicidad, eran monstruosos.

El durmiente se agitó y luego arrojó la manta. Un amargo sabor llenaba su boca. Buscó a tientas la garrafa y la derribó. El centinela que dormía durante la noche ante su puerta, sobre una colchoneta, le oyó vestirse mientras mantenía, según su costumbre, monólogos en voz baja y agitada. Entonces llamó a la Oficina y anunció que Messer Grande se había levantado. El coche se puso en marcha y los centinelas ocuparon sus puestos.

La puerta principal de la Oficina Central daba sobre la plaza de los Curtidores. Se veía desde allí,

 siguiendo la calle Mayor, el obelisco alzado en el círculo que formaba la dársena. Los bloques de casas de vivos colores de la ciudad nueva se cruzaban en ángulo

recto con este eje central. La estructura pentarradiada del gran edificio se adaptaba a la pendiente. Formaba el casquete de la ciudadela donde residía el Prefecto, su parte visible. Sus dos alas, que se abrían sobre la plaza, estaban unidas entre sí por una escalinata que se estrechaba en la parte superior y desembocaba en una terraza. El paso estaba cerrado por los centinelas. Messer Grande apareció en la terraza a las diez en punto. Le rodeaba su pequeña escolta. Estaba más pálido, más bilioso que nunca. Su rostro mostraba una calma pétrea, inexpresiva, pero estaba surcado por una sutil vibración como la que se advierte a veces en los flancos de los animales atormentados por los tábanos. En todos los funcionarios y oficiales de su Estado Mayor podía observarse este juego encontrado de viva irritabilidad y rigidez de máscara que actuaba, como quien tira de rudos alambres, sobre los subalternos, en su mayoría matones embutidos en un uniforme, tipos de robustas nucas y mentones como cascanueces, que al excitarse se ponían en acción con movimientos trituradores. Los inteligentes eran enjutos, esbeltos, dotados a veces de cierto encanto felino. En ellos, el estremecimiento adquiría el carácter de un sutil desagrado, como si hubiera en las cercanías malos olores o un enjambre de moscas que provocaran su irritación. El sol era cegador. La plaza estaba, como de costumbre en esta hora, atestada de ociosos transeúntes que contemplaban en silencio las idas y venidas de vendedores de periódicos, reporteros, fotógrafos, policías de paisano y gentes desocupadas que desayunaban en los cafés. El calor era todavía soportable; la brisa traía un aroma de lilas desde los quioscos de las floristerías. El coche esperaba. Se abrió la puerta. Como ocurre en la historia de los atentados, en los que siempre interviene el azar, sea para estorbarlos o para favorecerlos, lo mismo ocurrió ahora. Esta vez, el efecto fue beneficioso. Había quedado fuera de servicio el gran coche que solía utilizar Messer Grande, porque se había averiado uno de los receptores. Hubo necesidad de sustituir aquel pesado vehículo, a prueba de todos los ataques imaginables, por un turismo descubierto. Se facilitaba así la acción que tantas calamidades habría de arrastrar consigo. El cambio obligó a unos momentos de espera. Messer Grande ordenó que le traje-

ran sus gafas. A pesar del calor reinante, sentía escalofríos y se tapó con una manta. A continuación, los cuatro hombres de la escolta saltaron sobre los estribos. En ese instante, un joven se abrió paso a través del cordón. Vestía como un estudiante, aunque llevaba el *kosti,* el cinturón tejido de blancos hilos, al modo parsi. Antes de que nadie pensara detenerle, e incluso casi antes de que se advirtiera su presencia, se acercó a la puerta del coche. Se le vio extender la mano e inmediatamente después el vehículo pareció como sacudido por un choque. Apenas se oyó ningún ruido. Messer Grande fue empujado hacia arriba como un muñeco y luego se desplomó sobre el asiento. Los rojos cojines de cuero fueron desgarrados por los cascos de metralla y se esparció el relleno de negra crin de caballo. En su agonía, Mes-ser Grande arrancó algunos mechones y los desgarró con los dientes. A la acción siguió un instante de silencio. La plaza quedó como paralizada bajo la cruda luz. Luego comenzaron a oírse el suave chasquido de los disparadores de las cámaras y el deslizarse de las películas de los tomavistas. Como páginas de un libro ilustrado rápidamente ojeado, las fotos volaron hacia sus destinos, hacia los archivos, las redacciones de los periódicos y las pantallas de proyección permanente, ante las cuales comenzaban ya a agolparse las masas. Apenas habían transcurrido cincuenta minutos cuando ya el "espejo" publicaba la noticia en primera plana, con una nota necrológica: "Dio la sangre de sus venas". Aun admitiendo la gran capacidad de improvisación de los redactores, aquella rapidez sólo era posible admitiendo que tenían ya perfilado el artículo en previsión de un atentado. Al poco rato se prohibió a los periodistas tomar fotografías. Las cámaras bajaron sus focos buscando otras presas, que no faltaban. Sólo pudo acercarse al automóvil un funcionario uniformado de la Oficina Central, quien lo fotografió minuciosamente, como si quisiera hacer luz sobre cada minúsculo detalle. A continuación se procedió a levantar el cadáver de los cojines donde había quedado tendido. Todavía tenía crines de caballo en la boca y las manos, que se fueron arrastrando tras él como si se hubiera capturado un animal marino. Huellas de sangre se fueron

 marcando en los blancos peldaños de las escaleras. ¿Qué suerte corrió el autor del atentado? Pasado el primer momento de paralizada sorpresa, el chófer, que había salido indemne, y los hombres de la escolta se lanzaron sobre él. Se vio desaparecer su delgada figura en un oscuro grupo, del que se alzaban puños y porras. En medio del tumulto, pudo oírse el agudo grito de las mujeres: “*À mort,* à *mort!*” Y, luego, el bramido más oscuro: “¡A muerte, a muerte!, de la chusma del puerto, tal como se oye en la zona de sol de las plazas de toros. Inútilmente intentó hacerse oír el ayudante de Messer Grande: “¡Atrás! ¡Atrás! ¡No toquéis ni un pelo a ese hombre!” Tuvo que enviar centinelas para hacer retroceder a la chusma enfurecida. Luego se acercó al guiñapo humano que yacía sobre la acera. “¡Le han matado a golpes! Es una lástima. Un parsi… Este tipo ha tenido demasiada suerte.” Luego, a los esbirros: “Llevadlo al laboratorio del doctor Mertens. Hay que analizarlo a fondo.” Más tarde se supo que era un estudiante de medicina, parsi, llamado Nadarsha. Se decía también que su hermana había sido violada durante los desórdenes anteriores. Otros afirmaban que se trataba de un asesino a sueldo del Palacio. Otros, en fin, sostenían que los hilos de la trama estaban en la Oficina Central. En estas personas y en sus opiniones se reflejaban todos los problemas del momento. Mientras tanto, una oleada de agitación se había desbordado por las calles de la ciudad nueva. Se formaban grupos, se descubrían sospechosos. Era curioso ver que eran precisamente los que más habían temido a Messer Grande quienes más vivas muestras de indignación daban ahora. Se oían disparos que se propagaban desde la calle Mayor hasta el puerto, se practicaban detenciones. Muy pronto la prisión de la Oficina Central estuvo llena a rebosar. Hubo que conducir a los presos a la yerma plaza, nivelada en épocas anteriores para crear un campo de tiro dirigido hacia el Palacio y cercado por una valla de alambre espinoso. Allí se amontonaba la masa de los detenidos. De forma inmediata, y antes de que la Oficina Central hubiera impartido instrucciones, estalló una persecución de parsis que superó ampliamente la de los últimos alborotos. En el barrio del puerto y en la parte baja de la ciudad nueva,

la plebe se lanzó a la caza de los transeúntes solitarios. Tenía un olfato especial para descubrir a los parsis aunque no llevaran el vestido o ningún otro signo externo de pertenecer a este pueblo. Se lanzaba esta acusación sobre cualquier persona que despertara antipatía. Tan funesto era el grito "¡Ahí va un parsi!" como el otro, "¡Es un amigo de los parsis, es un parásito!" Las tiendas cerraron, quedaron desiertas las calles de los barrios elegantes y de las villas residenciales. Se formaron manifestaciones de protesta en los barrios periféricos y en los cercanos al puerto; desfilaron, con banderas y pancartas, por delante de la Oficina Central, cuya escalinata había sido cubierta con un paño negro. Sobre la terraza se alzó un catafalco. Presidió la marcha el Prefecto en persona, que se había dirigido a su puesto de combate. Luego las masas avanzaron hacia el barrio parsi. Pudo observarse que tomaban parte en los desórdenes, y cabalmente en los más graves, jóvenes de buenas familias y hasta no pocas mujeres elegantes. El Prefecto dejó vía libre, durante no poco tiempo, a los tumultos, que degeneraron en una especie de fiesta popular. Las acciones espontáneas de ese tipo constituían uno de los puntos capitales de su pequeño catecismo, pues contribuían a ponerle el viento de popa. Hasta bien entrada la tarde no concedió audiencia a los ancianos de los parsis. Entonces ordenó que la policía y la milicia popular intervinieran en aquellos montones de ruinas. Ahora la persecución era ya oficial. Los saqueos fueron sustituidos por registros domiciliarios, y los robos por las incautaciones. Los parsis estaban tan quebrantados, que hasta enviaron un mensaje de gratitud al Prefecto. También en el Palacio se dispensó una fría acogida a los dirigentes parsis. Había otras cosas más urgentes. Esta vez se renunció a la ocupación militar de los establecimientos parsis situados en la parte alta de la ciudad; la presión de la plebe parecía demasiado fuerte. En cambio, el Procónsul

ordenó bloquear todos los accesos al Palacio, a los destacamentos de tropas y a los edificios oficiales, al *energeion* y a otros puntos neurálgicos. Situó tanques en todos los puntos de la ciudad y mantuvo abierto el espacio

aéreo. Cuando, hacia el mediodía, el Prefecto ordenó la movilización de la milicia popular, sobre el Palacio se izó la enseña que indicaba el estado de sitio. Pronto pudo verse con absoluta claridad que la opinión popular era hostil al Procónsul, pero que éste contaba en cambio con la total adhesión de las tropas. Los servicios públicos amenazaron interrumpir el trabajo, pero esto carecía de importancia mientras estuviera asegurado el *energeion.* Los cadetes y las tropas técnicas lo tenían bajo su sólida protección. A las catorce horas, el jefe ordenó que se interrumpiera la radiación durante treinta segundos. Entonces los aviones tuvieron que planear en vuelo sin motor, como cometas tiradas por un hilo. Enmudeció la suave vibración que animaba a la ciudad y a continuación tuvieron que ponerse en marcha, con anacrónico estruendo, las máquinas auxiliares. El "Amigo del Pueblo" lanzó una edición especial que enumeraba los daños producidos por aquella interrupción: choques, fallos en las operaciones quirúrgicas de los hospitales, caídas de aeronaves y cosas semejantes. Los dos detentadores del poder se habían retirado a sus respectivas guaridas y tanteaban sus fuerzas. Era indudableque uno contaba con la superioridad política y moral; el otro, con la militar y técnica. En este tanteo de fuerzas, los parsis era el hueso que se arroja a la plebe. Ninguno de los dos quiso tomarles bajo su protección. Pero no se interrumpieron las negociaciones: la comunicación entre la Oficina Central y el Palacio seguía viva y constante. Los mauritanos desarrollaron en la Allée des Flamboyants su función de intermediarios.

Poco después de las diez se ordenó la alarma general. El antedespacho rebosaba de gente. El jefe impartía órdenes, parte de viva voz y parte por teléfono. En cambio, el Procónsul anunció que no se presentaría hasta la tarde. Esperaba, con Ortner, el florecimiento de la *Victoria devonica,* que se estaba desarrollando en sus estanques cubiertos y había constituido el tema de conversación en las comidas desde hacía ya varias semanas. Desde que Taubenheimer enunció la teoría del punto cero genético era posible acelerar los cultivos en cualquier dirección deseada.

Lucius se hallaba preparado, en su despacho, mientras seguía de cerca las noticias. Se palpaba claramente la excitación que llenaba todo el edificio en días como aquél y que parecía comunicarse a través de las paredes.

Hacia las doce, Theresa abrió la puerta y le pidió que pasara: "El jefe le ruega que venga". Lucius la siguió y saludó al general, quien le contestó con un movimiento de cabeza mientras hablaba por teléfono. Como siempre, sobre la casi vacía mesa había un ramo de frescas flores traídas de los jardines del Pagos.

"Bien, Treskow, envíeme una copia del papelucho por vía luminosa. Lo utilizaremos para instruir a la tropa. ¿Qué hará con los agentes? Antes de media hora tienen que estar fusilados. No he establecido tribunales de guerra para que jueguen a las cartas."

Colgó el auricular.

"Esos tipos han echado hojas volantes en los cuarteles. No podemos minusvalorar estas cosas. A la larga, causan impacto, sobre todo si hay descalabros. Los soldados no son mejores porque se les tenga en reserva. Ante todo y sobre todo, hay que procurar que no les ataque el tedio. Tenemos que preparar una serie de golpes."

"¿Piensa contar conmigo para ello, jefe?"

El general asintió.

"Manténgase preparado y a punto para hacer una visita al Instituto de Toxicología de Castelmarino. Le doy carta blanca. Esperamos un ataque todavía más espectacular. Seguro que no faltará. Y entonces les daremos una fiesta de juegos artificiales. Sievers le proporcionará el equipo necesario. Arreglaré ahora mismo esta cuestión."

Llamó por el fonóforo. Contestó una voz cortante. "Aquí Sievers,

comandante de artificieros… A sus órdenes.

“Sievers, uno de estos días irá el comandante de Geer al Arsenal para buscar un equipo de

 comando. Enséñele sus artículos selectos. No, nada de notas de entrega, nada de papeles. El comandante tendrá que actuar por su propia cuenta. Asiéntelo en los registros como ‘utilizado para experimentos.” Desconectó el fonóforo. “Por lo demás, mis máximos respetos a los informadores… Pude ver al tipo cuando todavía saltaba por los aires.” Señaló la pantalla de proyección permanente frente a su mesa, en la cual, en aquel instante, se pasaban las escenas de la inauguración de una exposición de trofeos en el club de Orión. “Abaten las piezas de tal manera, que no se puede distinguir la cabeza del rabo. Prefiero una buena cacería del zorro.” Se echó a reír. Luego, ya en tono serio, añadió. “Tengo una misión desagradable para usted: presentar al Prefecto los sentimientos de condolencia en nombre del príncipe. Con uniforme de servicio. Lo mejor sería que pudiera librarse con una firma en la lista de visitantes. Pero, si se le concede una audiencia personal, no debe abordar temas que se salgan del Objeto de la visita. La Oficina de Personal le dará las credenciales necesarias. Hágame dos informes: uno para mí, confidencial, y otro *inflammabiliter.* ¿Ninguna pregunta? Está bien.”

El coche esperaba en el patio interior. En aquella ocasión exhibía el guión oficial del Procónsul. Mario conducía y Costar ocupaba el otro asiento.

Salieron por el portón principal, cuyas hojas centrales estaban abiertas. La parte alta de la ciudad aparecía tranquila y casi desierta. Siguieron luego por el Corso, que hervía de gente. Un tanqueplaneador patrullaba pesadamente, como un escarabajo de azulado acero, entre la plaza de la Catedral y la dársena. Volaba tan bajo, que cortaba el chorro de agua de las altas fuentes y parecía rozar las puntas de los obeliscos. El coche recibió aclama-

ciones en algunos puntos.

También en la ciudad nueva había una intensa agitación. Se veían ya grupos de personas que regresaban a sus casas con sacos y paquetes, producto de los saqueos. No lejos de la plaza de los Curtidores, el tránsito estaba cerrado a toda clase de vehículos. Tropas de la casa del Prefecto bloqueaban todos los accesos. Lucius manifestó al oficial de control que se veía obligado a insistir en que se le diera paso, y señaló el guión con el águila. Se despachó un mensajero, con las cartas credenciales, al comandante de la Oficina Central. Se produjo una espera.

No dejaba de ser satisfactorio que estuvieran cerca los centinelas del puesto de guardia. Las masas que llenaban las calles se hallaban muy excitadas. Se veían personas borrachas y gentes armadas ilegalmente. Lucius contemplaba los objetos, a menudo verdaderamente extraños, que llevaban consigo. Hasta los niños iban arrastrando su botín. Los centinelas reían, sin escatimar las chanzas.

El coche se había detenido en un extremo, tocando casi la valla de alambre que cerraba el yermo espacio situado al oeste de la Oficina Central. Cuando Lucius, para apartar su mirada de aquel sórdido espectáculo, la dirigió hacia allí, se sintió estremecido ante un cuadro tal como sólo se contempla en las pesadillas. En aquella plaza se hacinaba una inmensa muchedumbre gris. Parecía como si el polvo hubiera puesto una máscara fantasmal sobre rostros y vestidos. Flotaba como una nube sobre un aprisco. Un pestilente olor fluía del lugar, donde zumbaban los tábanos.

Los claros vestidos que solían llevar los parsis eran irreconocibles: sólo los *kosti*s mantenían su albura. La mayoría de las personas estaban de pie, pero había otras tendidas en el suelo, luchando por respirar. Carecían de agua y podían verse algunas agotadas, heridas, incluso mujeres con los dolores del parto. Entre ellas se movían los centinelas de la milicia popular jurando y gritando como posesos. De aquella multitud brotaba el dolor co-

mo una cegadora irradiación. Lo que más profundamente impresionó a Lucius era el hecho de que, al otro lado de la valla de alambre, la otra multitud humana reía y alborotaba, ignorándolo todo. Aquella fina reja, casi invisible, separaba el gozo y el sufrimiento como la luz y las tinieblas. Así resuenan, sin ser oídos, sobre la desierta playa, los desgarradores gritos de los náufragos cuando un buque desaparece bajo las olas.

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 11 3 Lucius contempló el grupo más cercano, que casi rozaba el vehículo. La visión era estremecedora. En los polvorientos rostros brillaba el blanco de los ojos. Las expresiones parecían fundidas por un rayo de fuego. Tuvo la impresión de que alguien le llamaba; oyó su nombre repetidas veces, pronunciado en voz baja pero acuciante, como en las llamadas de socorro por radio. La voz era sólo un susurro pero sumamente claro, como dictada por el conjuro de la fuerza de la mente. Y era una voz conocida. Procedía de una mujer que se asía con ambas manos a la reja con esa actitud que suele denominarse "llamada de extrema necesidad". Le pareció que la mujer había sabido conservar, en medio del tumulto, una especie de frescor. Sus cabellos, peinados hacia atrás sobre las sienes, se mantenían limpios e intactos. También la chaqueta y la falda caían todavía graciosamente sobre la delicada figura. Pero podía anticiparse que al cabo de pocas horas su aspecto sería tan miserable como el de los demás. Y esto hacía que la visión fuera aún más desoladora. Lucius la reconoció y alzó la mano para indicarle que la había oído. "¡Fuera de las rejas, maldita carroña, o sabréis lo que es bueno!" Junto a la valla apareció un gigantesco centinela. La multitud retrocedió como un remolino. En este instante regresó el mensajero y se les dio vía libre. Mario se puso en marcha. Lucius se inclino y preguntó: "Costar, ¿ha visto a la mujer que había ahí, en la reja?" "La he visto, mi comandante. Era la señorita Peri. He ido algunas veces a su casa para recoger los libros. "Bien, Costar. Tome buena nota de los detalles. ¿Lleva dinero encima?" "Tengo unas trescientas libras de oro. Todavía no hemos hecho gastos." El coche se detuvo. Lucius ascendió por los escalones cubierto de negros crespones y entró en la fortaleza.

Los pasillos de vidrio armado eran estrechos y ahogados; se percibía olor a petróleo y acero y de máquinas que renovaban el aire. Todo parecía pensado para que la estancia en estos lugares provocara terror; los muros despedían apagados colores y no había reguladores de ambiente. Se tenía la impresión de que miles de oídos estaban a la escucha de las palabras.

Lucius fue llevado a presencia del jefe de protocolo, quien recibió con la máxima cortesía sus cartas credenciales y las hizo registrar. Rogó a Lucius que tuviera la amabilidad de esperar un instante; luego regresó y le dijo:

"El Prefecto le concederá una audiencia personal."

Un ascensor les llevó a una enorme profundidad, donde se abría un nuevo laberinto de pasillos. Entraron en una habitación en la cual la secretaria de recepción estaba clasificando por grupos la correspondencia. Era muy joven, casi sin caderas. Su oscuro cabello, cortado a la romana, formaba una orla sobre la frente, encuadrando un rostro de color ambarino como los que se ven esculpidos en los camafeos. Sus pestañas eran largas y oscuras como la noche, y en los ojos punteaban chispitas violetas. En sus rasgos se hermanaban la madurez de la experiencia y la inocencia de la infancia… a medias estudiante adolescente y a medias pupila de un salón de BendaStreet. Tras haber analizado a Lucius con mirada complaciente, le precedió, con ondulantes movimientos, hasta la puerta del Prefecto. Él percibió su aroma de flor de nuez moscada. Anunció, en tono negligente:

"El comandante de Geer."

La habitación estaba más en penumbra que la antesala. Las paredes tenían un brillo gris bajo la opaca luz. Lucius oyó la respuesta de una voz profunda y melódica. Era a la vez penetrante y tamizada, como moldeada en cera y modulada a través de innumerables negociaciones confidenciales. Pero era también una

voz poderosa, y se advertía sin esfuerzo que era decisiva no sólo en el gabinete. Era la voz que todos conocían, la voz que en las plazas electrizaba a las masas, las mantenía pendientes y luego las empujaba y elevaba con la fuerza del huracán. Se parecía al vuelo de las grandes aves que saben afrontar la furia de las tempestades. Era la voz que en los días de desatada pasión se oía en todas las plazas, en todas las casas, y que hacía temblar al pueblo en lo más profundo de sí, como si de esta palabra dependiera su destino. Una voz que dejaba sentir su

 influencia hasta en las más sencillas conversaciones: su propietario conocía su poder. ¡Cuán distinta a la voz del Procónsul!, una voz un poco cansada, siempre amable, con un deje de ironía. Le gustaban los silencios, los matices, las leves insinuaciones. Las pasiones, la excitación, el espíritu de las masas, hasta el entusiasmo, le resultaban cosas molestas. En los informes, o en el Consejo de Estado, quería hechos y argumentos, apenas opiniones. Y luego, en unas breves frases, dictaba la decisión a tenor de la cual se debía actuar. En plena acción bélica, sabía adoptar con enorme facilidad las órdenes oportunas. Eran célebres tanto la claridad como la secuencia impecable de sus disposiciones. En estas situaciones, su lenguaje era frío y brillante como la hoja de una espada que se saca pocas veces de la vaina pero cuando se hace, es infalible. Frente al peligro, sus pensamientos fluían más ligeros y más libres, como el certero golpe de vista del piloto que lleva el timón. En esos momentos, hasta su cuerpo, de ordinario ligeramente encorvado, parecía ganar estatura y difundir una inmensa seguridad. Estaba del lado de las instituciones, del Estado, el Ejército y la Iglesia, de la sociedad ordenada y articulada, de la familia y del país de los Castillos. En este marco, no dependía de la palabra, porque le bastaba un solo gesto para hacerse obedecer. En cambio, para el Prefecto la palabra era el medio elemental, el combustible que alimentaba su política. Este hecho se reflejaba hasta en el timbre de la voz, que distinguía a los dos espíritus, uno de ellos enteramente volcado en la forma, el otro enteramente en la voluntad. La voz dijo: “Está bien, Sonia, déjenos solos. No deseo ser mo-

lestado." La joven pantera de esbeltas caderas dejó a Lucius con el viejo jaguar, ya cubierto de grasa. La habitación ganó en claridad: el Prefecto había aumentado la potencia de la luz. "Tome asiento, comandante, por favor." Pero Lucius permaneció en pie: con el casco en el brazo izquierdo, repitió las fórmulas que el jefe le había esbozado. El príncipe se había enterado, con gran consternación, de la grave pérdida que acababan de sufrir el Prefecto y su Oficina. Deseaba transmitirle sus sinceros y seguros sentimientos de condolencia. Esperaba que cayera el justo castigo sobre los culpables y estaba dispuesto a colaborar en su descubrimiento. Podía también contarse con su colaboración para todo lo referente al restablecimiento del orden. El jefe ponía mucho empeño en que el Procónsul quedara al margen de todo el asunto. De este modo, se marcaban unos claros límites al aparato de propaganda del Prefecto, aunque a costa de abandonar a los parsis a su suerte. Así pues, la declaración debía ser de tal índole que en parte lisonjeara y en parte molestara al Prefecto. De hecho, habría cabido esperar que el Procónsul saliera en defensa de los parsis, lo cual habría dado una excelente base a los ataques de sus adversarios. Lucius paseó la mirada por la habitación. Además de la puerta por la que había entrado, había otra oculta tras una pesada cortina. Conducía sin duda al dormitorio. La pantalla de proyección permanente estaba desconectada. Ocupaba toda la extensión de la pared más larga y estaba dividida en varios paneles. Se decía que, gracias a esta división, el Prefecto podía contemplar a sus prisioneros cuando le apetecía. No necesitaba pues bajar, como Luis XI, a las mazmorras para concederse este placer. Una larga y estrecha mesa auxiliar aparecía cubierta de pasteles, licores, frutas y dulces. Era bien conocida la afición del Prefecto al café fuerte y a las golosinas. Aparte de esto, colgaban, en estrechos marcos, las fotografías de las mujeres más hermosas de Heliópolis. Estaban conectadas con la corriente que pasaba por la pared y aparecían luminiscentes, como muñecas que unas veces dormían y otras sonreían, o bien temblaban bajo el placer del instante del abrazo amoroso. Entre los puntos del programa de alegría de la vida que el Prefecto había desarrollado, destacaba el de la elección de una reina de la belle-

za. La agraciada no sólo pasaba a convertirse en soberana del imperio de la moda, sino que era además la *maîtresse en titre.* Presidía las fiestas de las flores y las vendimias, y las monedas acuñadas en el año de su reinado llevaban su efigie. Las elecciones eran precedidas por batallas de galantería. El Prefecto se hallaba cómodamente arrellanado en su butaca. Siguiendo su costumbre, vestía un traje claro de factura semi-militar. Aunque el ambiente estaba refrigerado, se dibujaban bajo sus

5 axilas oscuras manchas de sudor en forma de media luna. Largos cabellos caían generosamente sobre su frente con azulados reflejos cruzados por un blanco mechón. Era inmensamente gordo, lo que le obligaba a mantener muy separados los adiposos muslos. La barbilla descendía en triple papada sobre el ancho cuello. Los párpados le colgaban pesadamente, de suerte que, para contemplar a Lucius, tenía que mantener la cabeza muy echada hacia atrás. En sus rasgos resplandecían una falsa benevolencia y una gran seguridad. Su rostro conservaba huellas de su pasada belleza y un orgulloso brillo del poder titánico. Era de anchos y fornidos hombros y de mediana estatura. En su mejilla izquierda se dibujaba la señal de nacimiento de una oscura mancha en forma de media luna. Raras veces se le veía sin uno de sus verdes cigarros puros. También ahora tenía cerca una caja de ellos, sobre la mesa de caoba. A su lado se veía un pequeño volumen encuadernado en cuero: *Las aventuras del abate Fanfreluche.* De este cuadro se desprendía una mezcla de bienestar y angustia, de modo que no habría causado extrañeza leer como firma: "Señor

N. N., rey de la caña de azúcar en los mejores tiempos de Cuba."

Este era, pues, el hombre a quien la población seguía fanáticamente y cuyas apariciones en público eran compañadas de tempestades de júbilo. Brotaban de él la plenitud de poder, la amplitud de una existencia animal exhibida sin rebozo. Seguía su curso como un Missouri. Le hastiaba la policía con sus métodos racionales y sus archivos. Dependía de él, él era el polo que daba

sentido a sus investigaciones.

No le gustaba el trabajo. Le gustaba el placer con su magnificencia. Conocía el inmenso poder del hombre que ha derramado sangre. Siempre le rodeaba esta atmósfera que aumentaba su gloria. Pero lo extraño era que, a pesar de todo, se le consideraba un hombre bondadoso. El nimbo de la bondad le rodeaba y se comunicaba a sus acciones. Incluso ahora, cuando estaba aniquilando a los parsis, se decía que era demasiado blando.

Resultaba curioso ver cómo el *demos* podía rendir adoración a tales dioses, aunque el camino que llevaba a ellos no carecía de lógica. Así lo había explicado ya Serner en su estudio sobre la evolución del tribunado. Primero aparecían los teorizadores y utópicos, que vivían en sus pequeños cuartos de trabajo consagrados a una labor sobria, estricta, lógica y, la mayoría de las veces, justa y acertada, centrada en el análisis del futuro y de los medios de dar felicidad a los oprimidos. Aportaban luz a las masas. Venían luego los hombres prácticos, los vencedores de las guerras civiles, los titanes de nuevas edades, los favoritos de la Aurora. En su actuación culminaba y fracasaba la utopía. Se advertía bien que ésta había sido el motor ideal. Se veía entonces con toda claridad que podía cambiarse el mundo, pero no sus fundamentos. Seguían luego los puros y desnudos detentadores del poder, que labraban para las masas un nuevo y terrible yugo. En esta tarea, la técnica les prestaba una colaboración tal que superaba los más osados sueños de los antiguos tiranos. Volvían los viejos medios con nombres nuevos: los tormentos, la servidumbre, la esclavitud. Se propagaban la desilusión, la desesperanza y una profunda repugnancia a todas las frases y triquiñuelas de la política. Al llegar a este estadio, el espíritu se refugiaba en los cultos, florecían las sectas, y los hombres, agrupados en pequeños círculos y élites, se consagraban a las bellas artes, a la tradición y a los placeres. Las rudas masas se distanciaban de estos reducidos grupos. Aparecían entonces esos caníbales en los cuales la masa reconoce tanto la encarnación como el ídolo de las tendencias animales que habían quedado en su interior. Los

amaba por su esplendor, su soberbia, su insaciabilidad. El arte -sobre todos los filmes y la gran ópera- preparaba el clima para la triunfal expansión de esos tipos. Y al final no había nada, por repugnante, vergonzoso o terrible que fuera, que no desencadenara un huracán de entusiasmo. Mientras que la élite anterior se había entregado al lujo, al vicio y a la crápula en el interior de sus mansiones y sus recónditas villas cerradas al mundo exterior, la de ahora exhibía todo esto en los mercados y las plazas públicas, para espectáculo y regalo de los ojos de la plebe. Había descubierto las fuentes de la popularidad.

Lo asombroso era que este mismo pueblo seguía siendo sumamente crítico y hasta puritano respecto de las pretensiones que había recibido en herencia. Un hombre, que pasara a caballo, con un sencillo traje, por el Corso sería tenido por más arrogante que el que cruzara raudo a su lado con

 un automóvil de lujo de cien caballos de potencia. Los mauritanos habían estudiado este contraste y consideraban la indignación como un sentimiento anticuado, fueran cuales fueren su forma y su dirección. Extinguirlo fue en otro tiempo la meta primera de sus ejercicios. Por la sonrisa perenne de sus rasgos, se sabía que ya habían hecho su noviciado. Seguía luego, ya en los grados superiores, la mirada impasible. Para ser justos, es preciso añadir que, con la aparición de tipos como el Prefecto y, en cierto sentido, también Dom Pedro, habían mejorado algunos aspectos importantes de la situación de la masa, comparada con la que tuvieron bajo el dominio de los terribles dictadores del desnudo mundo laboral. Por supuesto, seguía siendo una masa impotente y no se habían restablecido los derechos humanos. Pero no es menos cierto que desaparecieron aquellos terribles ejércitos de obreros que tenían que acudir apresuradamente a sus puestos cuando eran llamados ya por las sirenas de las fábricas ya por el tronar de los cañones. Aquella época fue sustituida por jerarquías bien establecidas. Se restableció la esfera de la vida privada; hubo incluso un poco de abundancia para todos y gigantescas riquezas para unos

pocos. Era como las flores que se plantan en torno a unas rejas. Las burocracias habían sabido tejer una red sutil e inteligente, casi invisible, de archivos y registros, al modo de la Oficina de Convergencia y del Archivo Central, aunque desde luego la policía constituía la excepción. A todo esto se añadía la técnica de la irradiación, que había dispersado los enormes barrios industriales, al permitir instalar la fuerza en cualquier punto. Por este camino, se había establecido una clara y beneficiosa diferenciación entre la propiedad estatal, alimentada por la fuerza del *energeion,* y la propiedad privada, constituida por innumerables talleres y centros motores particulares. Había que abonarse a la energía, pero existía la propiedad sobre bienes y productos, tal como se expresaba, por lo demás, en el doble sistema monetario. Los impuestos se establecían a partir de este monopolio de la energía, de modo que las deducciones resultaban invisibles. Así pues, se habían dado ya en germen los primeros pasos para poner en marcha el plan feacio del consejero de minas. En esta situación, la lucha por el poder no se centraba en las teorías, sino en los modos. Era una lucha más primitiva y más concreta.

Una vez transmitido su mensaje, Lucius se sentó frente al Prefecto. Apoyó las manos sobre la empuñadura de la espada. Por lo demás, tenía la plena certeza de que, cuando estuvo con el jefe de protocolo, había sido minuciosamente registrado para ver si estaba armado y que también ahora mismo estaba siendo sometido a vigilancia. Las hermosas mujeres sonreían en la pared. La pantalla de proyección permanente estaba pasando imágenes sin sonido en varios de sus paneles; podían verse las masas desfilando en procesión interminable ante el catafalco y los campos donde iban amontonando a los sospechosos.

El Prefecto dirigió a Lucius una mirada llena de benevolencia.

"Asegure usted al príncipe, comandante, mis sentimientos de gratitud por su condolencia. Conocemos sus sentimientos…"

Aquí hizo una pausa, mientras sus ojos se animaban, y luego

añadió:

“…y los compartimos.”

Le gustaban estos giros ambiguos, que podían interpretarse en una u otra dirección. Era evidente que ahora estaba intentado sugerir que apreciaba el carácter táctico de la visita y acaso algo más: que la muerte de Messer Grande no le disgustaba demasiado. El atentado no sólo le ofrecía una excelente oportunidad de ampliar su poder, sino que significaba un cambio entre los altos dirigentes de la burocracia. Accidentes de este género le evitaban la molestia de las depuraciones. En nada le perjudicaba el hecho de que en Palacio se supiera que estas cosas no sólo no le quebrantaban, sino que le fortalecían. Meneó la cabeza con aire atribulado:

“Una dura pérdida para nosotros y para todos. Será difícil calmar la justa indignación del pueblo.”

Tomó un nuevo cigarro puro y presentó la caja a Lucius.

“¿No fuma? Es una lástima. Voy a conectar el regulador de ambiente. ¿Qué me dice de mi puesto de combate, comandante?”

 7 “Da la impresión de que sabe conjugar de manera perfecta la comodidad con la seguridad.” El Prefecto asintió. Se acentuó su benevolencia. Detrás de la cortina, un reloj de cuco cantó la hora. “Desde luego, es un poco estrecho: un saloncito en un acorazado. *Mais je ne boude pas làdedans.*” [*] Rió con risa restallante y jovial y golpeó con gesto complacido *Las aventuras del abate Fanfreluche.* Luego preguntó: “¿ Ha regresado el Procónsul?” “Está todavía en sus jardines.” Lucius observó que una nube cruzaba por el rostro del Prefecto. Había sin duda esperado que el príncipe se apresuraría a ir a Palacio. Aquella tardanza era el rasgo de un gran señor. ¿Quién podía saber si era debilidad o fortaleza? Una cosa era segura: el gesto entrañaba cierto desdén. El Prefecto desconectó el regulador

de ambiente como señal de que daba la audiencia por concluida. Las sonrisas de los hermosas mujeres de la pared se petrificaron y sus rostros adquirieron una expresión de máscara. Lucius se levantó e hizo una inclinación. El Prefecto le devolvió el saludo con un grave movimiento de cabeza. Apareció Sonia y le condujo al exterior.

De nuevo ante el jefe del protocolo, Lucius quiso saber si se había nombrado ya al sucesor de Messer Grande. El jefe, uno de los efebos dotados de exquisitas maneras que el Prefecto gustaba poner al frente de sus gabinetes y servicios exteriores, no sabía aún nada.

“Me gustaría mucho aprovechar esta visita para arreglar un asunto relacionado con la policía.”

“*Va tiene,* siempre que no se refiera a una cuestión de principios. En caso contrario, tendrá usted que hablar con el sucesor.”

Lucius vaciló.

“Es un asunto relacionado con los parsis.”

“En tal caso, no hay ninguna dificultad. Haré que le lleven hasta el doctor Becker, jefe de esta sección. Mientras usted va hacia allá, anunciaré su visita.”

Fue conducido una vez más, a través de un laberinto de pasillos, hasta un despacho sobre cuya puerta colgaba el rótulo:

Dr. THOMAS BECKER

Departamento de extranjeros

La habitación era estrecha: una gran mesa de trabajo, sobre la que se amontonaban paquetes de revistas, dejaba libre sólo un angosto paso. Las paredes estaban cubiertas de estanterías. En un rincón aparecía un gramófono de diseño antiguo. En las estanterías se alineaban, al estilo de los museos, armas y utensilios. Aparecían también dispersas sobre libros y cartas, como juguetes infantiles, piezas de madera, piedra, bronce, hueso y marfil, que comunicaban una fuerte irradiación al ambiente de la estancia.

Se tenía la impresión de entrar en el cuarto de trabajo de un etnólogo entregado a sus aficiones. Y, sin embargo, aquellos objetos extraños y fetichistas tenían algo que angustiaba, y no sólo porque los juguetes encerraban un poder mágico. El lugar tenía algo de osario, ya que, evidentemente, una de las especialidades del doctor Becker era coleccionar cabezas tales como se las preparaba en las más diversas regiones para convertirlas en trofeos de guerra o en ídolos del culto a los antepasados. Las cabezas momificadas y decoloradas aparecían adornadas, con un arte refinado, mediante líneas ornamentales y piedras polícromas. Algunas de ellas tenían en la cavidad ocular incrustaciones de conchas y discos de nácar. En una esquina pendía un manojo de pequeñas cabezas que casi se diría

[*] Juego de palabras intraducible: el Prefecto *ne boude pas*… en el *boudoir,* es decir: no haraganea en el saloncito. *[N. del T.]*

 que estaban vivas, procedentes de la cuenca amazónica; entretejidas unas con otras por los cabellos, parecían ristras de cebollas. Lucius sintió un estremecimiento en este gabinete de cazador de cabezas. Notaba que se

hallaba en un lugar en el cual la ciencia mostraba a cara descubierta su aspecto amenazador… su condición de medio al servicio de la policía. Las severas líneas de la Oficina de Convergencia formaban aquí anzuelos y lazos corredizos. El antiguo "saber es poder" de Francis Bacon se había convertido en un desnudo "el saber es asesino". También la paz era una mera apariencia en esta habitación. El doctor Becker parecía estar concentrado en una especie de balance: delante de él se iban acumulando montones de fichas perforadas en las que iba marcando pequeñas señales con tinta roja. Miró a Lucius con el aire de quien está muy atareado y le indicó con un gesto una segunda butaca. Lucius se sentó y contempló al sabio, descuidadamente vestido con su uniforme gris, que más parecía una bata casera. Conocía aquel estrecho y abombado cráneo, con su corona de rojos cabellos y sus azules ojos fuertemente convergentes. El asunto tomaba un sesgo más favorable de lo que había esperado. "No hace mucho tiempo tuve el placer de escuchar la conversación que mantuvo usted con el profesor Orelli sobre una extraña isla de la que él hablaba." El doctor puso cuidadosamente sobre sus tarjetas un hueso esculpido y asintió. "Sí, lo recuerdo. Usted desayunó en el *Aviso Azul* en nuestra misma mesa. Los viajes son siempre agradables. Todavía flotaba en el aire algo de la atmósfera de las Hespérides." Y añadió, deseoso de marcar bien las distancias: "Orelli es un viejo amigo de estudio y un camarada de la Neo-Borussia." Señaló con un gesto la pequeña cinta visible bajo la chaqueta de su uniforme y continuó: "Apreciamos en mucho los informes de sus investigaciones, que siempre resultan estimulantes, aunque necesitan un control científico." Lo que constituía, de paso, una indirecta contra la Academia. "De hecho, últimamente estos informes están adquiriendo un aire un poco extraño. Ese Lacertosa trae a la memoria lugares como la Atlántida o Haithabu, inventados por mentes ociosas y que constituyen un lastre para el trabajo auténtico. Y es la interpretación más benigna, porque en realidad habría que plantearse la clásica pregunta del *cui bono.* Sobre estos informes no puede fundarse una auténtica reputación." Jugueteó con un colmillo de morsa en el que había grabadas algunas figuras y rezongó: "Llego incluso a dudar, dicho sea

entre nosotros, de que hayan existido jamás tales lugares en el universo. Desde luego, no a este lado de las Hespérides." Mordaz alusión al país de los Castillos. La conversación tomaba unos derroteros poco gratos. Se produjo un silencio. Para superar el punto muerto, Lucius observó: "A éste no debió de irle muy bien." Y señalaba un cráneo, cuyo parietal presentaba un gran agujero. "¿A quién pertenece?" El doctor indicó la cifra roja escrita sobre el blanco hueso. "Procede de un cementerio parsi situado en un borde del Pagos. Una pieza típica… Es el agujero que suelen hacer los buitres para poder llegar hasta la masa encefálica." La contemplación del cráneo desató su lengua, porque tocaba un punto en el que se sentía competente. "Debería ver las películas que he tomado sobre esto. Primero aparecen una especie de pequeños cuervos que picotean los ojos. Luego se acercan los quebrantahuesos y los buitres franciscanos, que actúan como trinchadores, pero tienen que ceder el puesto a los buitres reales, a los reyes de la carroña, que reclaman para sí las vísceras nobles. Finalmente aparecen las bandadas de los urubúes, las arpías y otras rapaces menores, que concluyen con los restos del festín. Así, un cadáver queda reducido en un instante a los puros huesos. Es digno de verse." Colocó el cráneo al lado de los otros.

 "Se dice que hay una semántica especial vinculada a estos festines. Los sacerdotes los contemplan desde una pequeña torre y adivinan la moralidad del difunto según que las rapaces ataquen primero el ojo izquierdo o el derecho." Suspiró. "Un pueblo miserable. Una vieja basura de Oriente rodeada del hedor de la carroña. Vagos, pérfidos e hipócritas. Pero dejemos esto. ¿En qué puedo servirle, comandante?" Lucius se enderezó. "Doctor, tengo que presentarle una petición referente a los detenidos. Uno de ellos tiene especiales relaciones con Palacio. Me refiero a Antonio Peri, el encuadernador, que vive en la calle de Mitra. Es un hombre pacífico y apreciamos mucho sus trabajos de artesanía. Trabaja desde hace muchos años para el Procónsul. Hay todavía numerosos y preciosos manuscritos en su poder. Me preocupa mucho su suerte. Desearíamos que se le pusiera en libertad. Le considero un hombre por

encima de toda sospecha y asumo la responsabilidad de él y de su familia." La frente del doctor Becker se abombó. Contempló a Lucius con mirada inquisitiva y movió la cabeza en signo de desaprobación. "Después de cada intervención se multiplican las demandas y reclamaciones de este tipo. En definitiva, hay otros encuadernadores no parsis, en Heliópolis, que realizan un excelente trabajo. ¿Cree usted que el Procónsul tiene interés personal por ese Peri?" "No estoy autorizado para responder a esta pregunta. Le ruego que consideremos esta conversación como un asunto privado." El doctor reflexionó y luego se puso en pie. "Permítame un momento. Quiero consultar las actas del archivo." Salió afuera dejando solo a Lucius en aquel osario. El silencio pesaba como una losa. Sólo se oía el zumbido del ventilador en la pared. Durante una fracción de segundo se escuchó el suave chasquido del disparador de una máquina fotográfica, como si se abrieran unas pupilas. Lucius sonrió. La técnica del doctor Becker adolecía de algunas pequeñas deficiencias. Luego se abrió de nuevo la puerta y reapareció Becker con una carpeta. La abrió y consultó las hojas, algunas de ellas ya amarillentas. Ahora adoptaba el tono neutro del policía. "Peri, Antonio, viudo, 63 años de edad, propietario de la casa número 10 de la calle de Mitra. Encuadernador, dorador y comerciante en artículos de piel de alta calidad, perteneciente a una antigua familia parsi residente en Heliópolis desde hace varias generaciones." Pareció que pasaba por alto ciertos datos no adecuados para Lucius y leyó a continuación otra nota: "Peri, Budur, 25 años de edad. Sobrina del anterior, hija de Marzban Peri y de su mujer Birgit, nacida en Thorstenson de Hammerfest. Semiparsi, soltera, germanista; obtuvo el doctorado con el profesor Fernkorn." Alzó la vista y movió los hombros. "Me temo que no podré ayudarle. Respecto del viejo, no puedo bajo ninguna condición. Respecto de la sobrina, no sé si existen motivos objetivos para su petición… Es sólo semiparsi, pero lleva el *kosti*." Pareció dudar y al fin preguntó: "A no ser, claro está, que tenga usted un interés personal en el caso." Lucius sintió como un ramalazo la obscenidad de la alusión. De seguir sus propios impulsos, se habría levantado inmediatamente. Pero recordaba muy bien que muy cerca de allí había un ho-

rrible lugar en el cual se extinguía un ser humano que confiaba en él. Aquí había que cerrar los ojos o aullar con los lobos. Si quería conseguir algo, tendría que ensuciarse las manos. Se obligó a sonreír con aire de complicidad. “Y bien, doctor…” Su confusión pareció regocijar mucho al antiguo borusso. Como todos los policías, sentía una admiración mezclada de odio por los oficiales del Procónsul. Se frotó las manos. “Por supuesto, por supuesto. Esto lo cambia todo… Quiero decir: le comprendo mejor. En tales

 casos, siempre hay lugar para excepciones. Por otro lado, es un factor favorable el hecho de que la calle de Mitra esté en la parte alta de la ciudad: en cierto modo, sólo actuamos allí por delegación.” Hizo sonar un timbre. Un escribiente vestido con una desgastada bata asomó la cabeza por encima de los archivadores. Becker le entregó la ficha que había extraído de la carpeta. “Büter, extiéndame una orden de libertad a este nombre; o no, mejor: consígame una orden de comparecencia.” Se volvió a Lucius. “Esto es mucho más seguro. Por supuesto, nosotros sólo podemos garatizarle la libre salida del campo, pero no lo que ocurra a continuación. Los ánimos están tan excitados que nadie puede saber lo que va a pasar en la ciudad.” Lucius le dio las gracias y se guardó el papel una vez firmado y sellado por Becker. Se despidió con cierta rigidez. Había conseguido su propósito, pero fingiendo unos motivos que se diferenciaban poco de los imperantes en las cavernas de los cazadores de cabezas. La situación era nueva para un hombre del país de los Castillos. Estuvo a punto de chocar con la impotencia. En cambio, el doctor Becker se sentía, en su gabinete de cráneos, extremadamente satisfecho. “Vaya, vaya, los semidioses.” Hablaba a medias en monólogo y a medias dirigiéndose al escribiente, el cual aguardaba sus órdenes. Luego le encargó que transcribiera el fonograma de la conversación y abrió una carpeta con una primera nota que decía: “El comandante de Geer pertenece al círculo íntimo del Procónsul. Debe destinarse un agente para ulteriores observaciones. Debe alertarse al servicio de escucha. Es recomendable someter a Antonio Peri a tratamiento

especial. La documentación sobre su persona indica que recaen sobre él ciertas sospechas como traficante de drogas. Propongo el Instituto de Castelmarino."

"¿Está todo claro, Costar?"

"Confíe en mí, comandante."

Estaban ya de regreso en Palacio. El barrio de los parsis era una inmensa hoguera. Se escuchaban explosiones en los santuarios y lugares de oración. Costar había recibido una serie de instrucciones precisas y terminantes. Debía tomar un coche cerrado y trasladarse hasta el puesto de centinelas del campo. Allí presentaría el papel firmado por el doctor Becker. Le entregarían la prisionera. Debería ir con ella bien al aeropuesto, bien al puerto, según lo aconsejaran las salidas de naves. Lucius le entregó una de las tarjetas unitarias de *energeion,* válidas para grandes distancias, junto con una carta en la cual pedía a su agente en las Hespérides que se hiciera cargo de Budur Peri.

"Y no pierda de vista a la señorita Peri hasta que haya despegado."

Un nuevo trueno, seguido de explosiones, sacudió el espacio.

"No olvide la carta, Costar. Si ocurre algo inesperado, le autorizo a usar cuantos medios sean precisos para garantizar la seguridad de la señorita Peri. La pongo bajo su protección."

"A sus órdenes, mi comandante. Si es preciso, no dudaré en recurrir a las armas."

Saludó y dejó a Lucius solo.

"El asunto es grave. Tal vez debí enviar a Mario… pero Costar es más seguro."

Recordó una vez más aquel espantoso lugar, el polvo, la mortal angustia, el sudor. Un sabio como Becker establecía los índices craneanos y los utilizaba como arma para el asesinato en masa. Los lobos son mejores. Su sed de sangre se apaga una vez saciados. Cierto que los carneros se acometen hasta matarse. Intentó liberarse de estas imágenes y se encerró para redactar los informes que el jefe esperaba con impaciencia. No mencionó en ellos la conversación con Becker.

La tarde transcurrió en medio de una enorme tensión. Se habían descubierto grupos de insurgentes en las cercanías del *energeion*. Los cadetes los expulsaron por la fuerza. En los límites de la parte alta de la ciudad, las tropas chocaron con un desfile de manifestantes. Las masas fueron dispersadas hacia sus puntos de refugio por los lanzallamas de los tanques-planeadores. Pero se atrincheraron en la parte baja de la ciudad vieja, junto al puerto y en los lugares francos. No podía controlarse la parte nueva de la ciudad situada al otro lado del Corso. La milicia popular y la policía reforzaron los puntos de acceso. Desde aquí partieron también los primeros disparos. Un tanque

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 12 1 planeador cayó envuelto en llamas. El jefe ordenó inmediatamente suspender la radiación en aquel sector. Se decía que los parsis estaban siendo liquidados en masa en los campos de prisioneros. Los saqueos se extendieron a los barrios residenciales. El jefe dio a los comandantes de los puestos facultades para aplicar la ley marcial. Por la noche parecía ya inevitable en enfrentamiento que acabaría con la aniquilación de uno de los dos adversarios. El príncipe estaba ya en su puesto y sobre el Palacio y la Oficina Central se veían flamear al viento, al resplandor de las llamas, las banderas de combate. El Corso, la gran arteria que separaba a la ciudad vieja de la nueva, estaba desierto. A sus dos lados y en toda su longitud, se desplegaban, frente por frente, las fuerzas de los adversarios. Se presentía una inmensa matanza. Mientras tanto las negociaciones proseguían en las casas de los mauritanos, en la Allée des Flamboyants. El atentado había obligado a ambos bandos a una serie

de acciones que iban mucho más allá de sus propósitos. Pero ninguno de los dos tenía el menor interés en un choque que implicaría la aniquilación irremediable de la ciudad. Era evidente que el príncipe tenía la supremacía militar, pero se enfrentaba con la aventura de la dictadura. El Prefecto consideraba mucho más aconsejable ir minando poco a poco, y de manera fría y calculada, la estructura de poder de su adversario. Era un método más seguro. Así pues, a última hora se llegó a un acuerdo en las negociaciones llevadas a través de los mauritanos. En estos fríos calculadores, las pasiones se equilibraban. Se restableció el orden. Las tropas volvieron a sus acuartelamientos. Se preparó un comunicado para la opinión pública y se arriaron las banderas de combate. El Prefecto y el Procónsul expresaron su dolor por los excesos cometidos. Hacia medianoche se produjo el intercambio de firmas y documentos. Un pequeño refrigerio, animado por el vino de las bodegas mauritanas, puso fin a las negociaciones. Estaban contentos. Su *Semper victrix* se había impuesto también en esta ocasión.

Lucius regresó a una hora ya tardía. Había sido llamado varias veces por el jefe, quien le confió algunas misiones especiales. Luego esbozó y propuso una serie de órdenes que fijaban la participación de los alumnos de la Escuela de Guerra en las tareas de limpieza de las gargantas del Pagos situadas cerca del *energeion*. Los jóvenes guerreros se comportaron magníficamente en las acciones llevadas a cabo durante aquella jornada. Las pausas se llenaban de conversaciones por fonóforo y teléfono.

En la Volière le estaba esperando Mario en la antesala. Durante toda aquella tarde se le confió la misión de visitar a una serie de clientes y averiguar la suerte que habían corrido. Todos ellos, incluida Melitta, se hallaban a salvo. La casa de Antonio Peri había sido saqueada, pero no destruida. Mario parecía extrañamente excitado, casi en trance. Con todo, el hecho no tenía nada de singular, dada la enorme agitación que reinaba en la ciudad y en Palacio. Tras haber rendido su informe, pidió permiso para exponer un asunto de índole personal.

“Dada la hora y la situación, tiene que ser algo importante”, dijo Lucius.

“Ciertamente importante: le pedimos que apoye nuestra petición para que se autorice nuestro matrimonio, el de Melitta y yo. Está esperando fuera. Nos hemos prometido.”

Lucius se quedó muy sorpendido y luego estrechó la mano de Mario.

“Me alegra mucho que nuestro círculo se amplíe de una manera tan feliz. Será dichoso con ella. El padre Félix se lo confirmará. La conoce desde niña; fue él quien la bautizó. Ha hecho una magnífica elección. Llame a su novia y a Donna Emilia. Brindaremos por su futuro.”

Mario vacilaba.

“Parece que todavía le queda algo dentro, Mario. ¿Ocurre algo?”

“He hablado de varias cosas con Melitta… Me ha contado su excursión a Vinho del Mar.”

“Ha hecho muy bien, Mario. Creo que ella no tiene nada que ocultarle.”

“No se trata de eso, comandante. Ella era libre antes de darme su palabra.”

Se estrecharon de nuevo las manos y Mario se precipitó afuera. Era asombroso ver con qué aplomo había sabido llevar aquel delicado asunto, dando muestras de dignidad y liberalidad. Se

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 12 2 traslucía aquí la vieja sabiduría de la vida del pueblo de Heliópolis. Un vasallo del país de los Castillos, como Costar, nunca habría salido tan airoso de la prueba.

Regresó llevando de la mano a Melitta, que resplandecía de felicidad. A continuación apareció Donna Emilia. Todabía flotaba al sur el resplandor de los incendios. Lucius llenó los vasos y los entrechocaron. En este instante apareció Costar con Budur Peri. Estaba herido; un rojo reguero surcaba sus mejillas hasta la barbilla. La parsi parecía agotada hasta la extenuación. Se movía con pasos titubeantes. Al verla, Lucius se sintió consternado. Creía que ella se hallaría ya en alta mar, y ahora su presencia le colocaba en una situación sumamente delicada. Donna Emilia acercó una silla y lavó a Costar con una esponja. Habían caído en una zona de fuego y un casco de metralla le había alcanzado. Luego reanimó a ambos con un vaso de vino. Costar informó de lo sucedido. Presentó a la entrada del campo, donde ya se había iniciado la matanza, el papel del doctor Becker y consiguió que le entregaran sin dificultades a la prisionera. Pero tenía la impresión de que les seguían por la ciudad. Primero se dirigieron al aeropuerto dando una serie de rodeos. Pero tanto el aeropuerto como el puerto estaban cerrados. Sólo se concedía la salida a las naves del gobierno. Los accesos a los muelles estaban bloqueados por la policía. Hubiera sido extremadamente peligroso que vieran a Budur Peri llevando el *kosti*. Pero ella se negó a quitárselo. En el Corso cayeron en medio de la granizada de fuego que se lanzaba desde la Oficina Central contra los tanques-planeadores. El chófer se negó a seguir. Tuvieron que continuar la marcha a pie. La plebe los persiguió e incluso los rodeó en más de una ocasión. Costar logró apaciguar a la multitud exhibiendo la orden de comparecencia y afirmando que la parsi era una prisionera del Estado. Fue casi un milagro que consiguieran llegar hasta Palacio, que, dado el cariz que adquiría la situación, era el único lugar seguro. Lucius escuchaba el informe con creciente disgusto. Le preguntó si alguien les había reconocido cuando entraron. Costar aseguró que no: introdujo a Budur Peri por una puerta lateral sin que los centinelas se dieran cuenta en medio del tumulto. “Me ha colocado usted en una buena situación.” “Intenté cumplir sus órdenes, comandante. Usted me confió a la señorita.” La respuesta le puso a Lucius casi de tan mal humor como antes la alusión de Becker. La situación era vidriosa desde

todos los puntos de vista. Miró a ambos sin saber qué partido tomar. La parsi comenzó a llorar y se puso en pie. “No hago más que causarle molestias, señor de Geer. Déjeme volver al campo; será lo mejor. Pase lo que pase, le estoy agradecida. Ha hecho mucho por mí.” Donna Emilia la abrazó. Melitta se unió a ella. Las dos prodigaban sus caricias a la llorosa joven. Lucius enrojeció. Lo justo y recto era tan sencillo, tan evidente, que se avergonzó de no haber sabido desde el primer instante lo que debía hacer. Dijo: “He cometido el error de pensar sólo en mis conveniencias personales. Perdóneme. Ponerla en la puerta sería peor que un crimen, sería una cobardía. Costar ha actuado muy bien y le estoy reconocido. Usted será mi invitada mientras así lo exija su seguridad; lo considero un honor.” Se volvió a Donna Emilia. “La señorita Peri necesita ahora, ante todo, descanso. Dispondrá del cuarto de los invitados. Por favor, llévela allí.” Repitió: “Usted está aquí a salvo. Mañana pensaremos en el modo de ayudar a su tío.” Mario, Costar y Melitta prometieron guardar secreto. Budur Peri se retiró con Donna Emilia. Lucius se quedó solo. Todavía vibraba en su interior el día con todas sus terribles imágenes. Amortiguó la luz y salió al balcón. Se oían gritos rítmicamente repetidos: los vendedores de periódicos voceaban las ediciones extras. El Prefecto y el Procónsul habían llegado a un acuerdo y suspendían las hostilidades abiertas. Toda la ciudad fue recorrida por un inmenso suspiro de alivio. De golpe reapareció el

 brillo de las luces. Su resplandor llenó las grandes arterias y sus cordones se anudaron en torno a la redonda bahía. En Palacio y en la Oficina Central se arriaron las rojas banderas. En las mesas familiares y en los bares se servía una cena tardía. La vida reanudaba su curso en Heliópolis. Quedaban bajo los fríos rescoldos las casas destruidas. Quedaban los prisioneros, para los cuales el tiempo fluía cuajado de tormentos. Quedaban las largas filas de los muertos, con sus blancos rostros horriblemente desfigurados. La luna contemplaba en silencio el sombrío cuadro: venía iluminando estos paisajes desde los orígenes del mundo.

EN EL ARSENAL

LUCIUS se despertó temprano. Había dormido poco pero profundamente. El sol se alzaba sobre el mar azul, donde se veían los botes de los pescadores que regresaban de sus faenas nocturnas. Como otras muchas veces en sus sueños, había vagado por los bosques del país de los Castillos. Entre sus verdes sombras aleteaba Carus, el arrendajo, con su grito acariciador: "Lucius es bueno."

Echó la manta a un lado. Era el momento que esperaba "Mamut" cada mañana. Saltó ágilmente al lecho y se acurrucó con un ronroneo de satisfacción en el cálido hueco, hasta que Donna Emilia lo expulsó de allí.

En el cuarto de al lado se oía ya ruido. Donna Emilia estaba preparando el desayuno para Budur Peri. En su ir y venir, en el suave tintineo de la vajilla, había algo de festivo. Lucius llamó a Costar y le pidió el café. Le informaron de que su huésped estaba aún muy cansada. Encargó a Costar que trajera los caballos y, al despedirse, recomendó a Donna Emilia:

"Presente mis saludos a la señorita Peri; yo regresaré muy tarde. Le pido sobre todo, Emilia, que tenga las habitaciones siempre cerradas. Tomen precauciones si la señorita Peri quiere salir al balcón. No mencione su nombre por el fonóforo; ni tampoco por el teléfono interior."

"No se preocupe, Lucius."

Había destinado aquel día a la visita al Arsenal y a los preparativos del golpe de mano contra Castelmarino. Las pequeñas atenciones, como decía el jefe, seguían su curso a pesar del alto el fuego. Le mortificaba especialmente que hubieran derribado un tanque-planeador.

Antes de montar, repasó y grabó en su memoria, en su despacho, toda la información que se había ido recogiendo sobre la isla y examinó las fotografías de rayos infrarrojos. El material era escaso e impreciso. La mejor fuente seguía siendo la información suministrada por un centinela que había caído en manos de la tropa de Vinho del Mar en el curso de las alteraciones y fue sometido a intenso interrogatorio. Las actas del caso se cerraban con una breve alusión a su suicidio.

Cabalgaron por debajo de la catedral y cruzaron los viñedos que bordeaban el Wolters' Établissement. Las gentes que regresaban de la misa y se dirigían a las huertas y los talleres para iniciar su trabajo tenían un aire amistoso. Era evidente que valoraban como un hecho positivo el acuerdo de los dos detentadores del poder y que saludaban su arreglo como una buena señal. En el fondo, este pueblo amaba la paz, el suave fluir de las pequeñas preocupaciones y los afanes cotidianos, la diaria actividad, la vida en sus huertas, el ocio, las tardes en las tabernas de la parte vieja o bajo los emparrados, en las afueras de la ciudad, donde pasaban las horas con sus hijos y sus compadres. Todo esto, el tejer y destejer de trabajo y descanso, de días laborables y festivos, el género de vida al viejo estilo ajeno a las preocupaciones políticas, todo esto quedaba una vez más asegurado. De aquí le venía a la mañana su frescor.

Delante del jardín de Ortner se cruzaron con una comitiva fúnebre parsi que se dirigía a las torres del silencio. Todos sus componentes iban vestidos de blanco. Tiraron de las riendas y desmontaron en señal de respeto al difunto. Al parecer, el Procónsul estaba dispuesto a seguir respetando y protegiendo, en su zona de influencia, las costumbres de este pueblo.

El arsenal estaba en la montaña, un poco por encima de los invernaderos del príncipe y no lejos de la Academia. Su aspecto exterior era el de un pequeño edificio administrativo. Los talle-

res y los depósitos estaban excavados en la roca. Desde aquí partían los pasillos subterráneos que llevaban a los acuartelamientos de las tropas y a los depósitos de municiones.

El comandante de artificieros, Sievers, estaba esperando ya a Lucius. Era un hombre de pequeña estatura, casi un enano. Indudablemente, tuvo que estirarse cuanto pudo al tallarse para ser admitido

 en el ejército. Pero aquí había encontrado su auténtica vocación: tres filas de conderaciones adornaban su pecho. Para quien supiera interpretar aquellos jeroglíficos, tan familiares para los soldados, era evidente que la mayoría de aquellas condecoraciones habían sido obtenidas en combates cuerpo a cuerpo. La orden de la Casa del Príncipe, con el águila de plata, testificaba largos años de fieles servicios. El hombrecillo se mantenía derecho como un huso y estaba animado de una saltarina vivacidad; en su naturaleza se aunaban la fortaleza del acero y la jovialidad. Cojeaba ligeramente a consecuencia de una herida. Sus azules ojos, francos y abiertos, sostenían la mirada. Una barba roja como el fuego, en la que aparecían algunas hebras blancas, encuadraba su rostro como una gola. El pequeño despacho del comandante de artificieros rebosaba de ficheros. Las paredes aparecían tapizadas con gráficos cuyas curvas permitían comprobar con una sola ojeada el nivel de reservas en el Arsenal y en sus depósitos. En una pequeña pantalla de proyección permanente se sucedían cifras y signos. En una cromolitografía aparecía la popularizada efigie del príncipe en uniforme de gran gala. A su lado, en marcos ovalados y a modo de santos patronos del lugar, se veían dos figuras míticas de la antigua Galia y la antigua Borussia. La primera representaba a uno de los primeros artilleros, que sacrificó su vida saltando en el aire, hecho pedazos, junto con la fortaleza de Lugdunum. El otro había sido un zapador, especialista en abrir brecha en las torres, que llevaba el nombre simbólico de Klinke. El conjunto daba una impresión de ardiente sobriedad. Los días de trabajo estaban dedicados a la inteligente preparación de explosivos. Los días festi-

vos estaban marcados de rojo.

Una vez que el comandante de artificieros hubo cerrado cuidadosamente la puerta, cruzaron una sala en la cual los técnicos se inclinaban sobre sus mesas de dibujo. A continuación penetraron en la sección subterránea del Arsenal. Sobre la bóveda de la entrada campeaba el símbolo clásico de los artilleros: una bomba envuelta en llamas. La primera parte de la instalación estaba destinada a museo y contenía, en una serie de poderosas bóvedas, ejemplares de la antigua armería y una colección de armas y trofeos ordenados en parte con criterio histórico y en parte con criterio técnico.

Lucius conocía estos lugares, ya que todos los cursos en la Escuela de Guerra incluían, entre los puntos de su programa, una visita al museo. Pero, aun así, también esta vez le acometió el escalofrío, el *horror* que emanaba de esta colección de instrumentos y máquinas de guerra ya en desuso. Se erguían allí, silenciosos, como obras demoníacas relegadas al mundo subterráneo, con sus extrañas formas en que se ocultaban aplicaciones muchas veces enigmáticas. Se veían allí desde el rudo guijarro de mano y el garfio de rojo pedernal hasta las más osadas construcciones de la técnica de la radiación. Pero todos ellos tenían en común el estilo del terror. Eran una muestra de que lo que se enraíza en los estratos primitivos no se pierde en las zonas supremas de la inteligencia, sino que, al contrario, gana en claridad. La reflexión fue siempre en aumento; convirtió el golpe violento en asesinato. Lucius recordó las palabras del padre Félix, cuando afirmaba que con el conocimiento crecía también la responsabilidad y, con ésta, la culpa.

Dejaron atrás la sala de cohetes, que mostraba su evolución desde el torpe modelo de un antiguo inventor llamado Valier hasta los proyectiles tripulables que desafiaban las leyes de la gravedad. Luego Sievers les guió a través de una doble avenida de vehículos blindados colocados en filas como el árbol genealógico de saurios o mamuts. Se percibía el espíritu que, con ímpetu

de demiurgo, se había lanzado a la búsqueda de la suprema conjunción del fuego y el movimiento blindado, aunque a través de algunos tanteos y equivocaciones. Muchos de aquellos acorazados habían entrado en combate; se veían las protuberancias y abolladuras, las cicatrices, los agujeros causados por los proyectiles, las zonas de color opaco donde el acero llegó a la incandescencia. La serie comenzaba con un vehículo hecho de ruda chapa de acero que, comparado con los otros colosos, parecía un juguete infantil. Lucius se detuvo ante él.

"Éste es curioso", dijo Sievers, que conocía su colección mejor que cualquier guía. "Fue desenterrado de las ruinas de un emplazamiento que debió de llamarse Combles. Se dice que hace

 muchísimo tiempo se libró allí una batalla en la que participaron dióscuros. Todavía aparecen huesos y proyectiles a cada golpe de azada." Abrió luego una puerta ante la cual había una señal de advertencia. Aquí estaban los modelos de las armas prohibidas por el Regente. Eran instrumentos con capacidad para aniquilar regiones enteras mediante radiación, virus, inundaciones, glaciaciones o lanzamiento de bólidos. Incluso una ciencia tan amable como la botánica había sido puesta al servicio de la destrucción. Lucius tomó una especie de ballesta. Sievers le explicó su funcionamiento. El arma descubría y mataba al enemigo incluso de noche. Primero se le localizaba magnéticamente; luego, una vez establecida la conexión, se disparaba el impulso mortal. Con este instrumento parecía haberse alcanzado el viejo sueño del hombre de matar por medios mágicos, por la simple fuerza del deseo. Lucius dejó el arma en su lugar como si hubiera tocado un escorpión. Al lado había dos grandes espejos que brillaban con todos los colores del arco iris. Como si fueran ojos, tenían en su centro oscuras pupilas. Cuando se los colocaba frente a frente y se concentraba su energía, brotaba en el espacio intermedio una terrible irradiación, tanto más terrible cuanto que las lesiones que ocasionaba tardaban días y hasta semanas en aparecer, bajo la forma de quemaduras diatérmicas que al principio eran indoloras. Estas ar-

mas radiactivas fueron utilizadas durante las primeras luchas por la regencia. Podían barrer, desde lugares seguros de la retaguardia, las líneas de transporte del enemigo. Pasado el estado inicial, en que el arma produjo grandes devastaciones, perdió su eficacia porque se dotó a los transportes de una pantalla protectora. Era uno de los medios cuya utilización pacífica y para fines defensivos había autorizado el Regente. Servía no sólo para la protección de los bancos y las oficinas del gobierno, sino también para bloquear o cerrar lugares determinados. Su aplicación se había extendido sobre todo a los registros aduaneros mediante radiación especial de los barcos, lo cual permitía detectar la presencia de artículos de contrabando y armas prohibidas. De este modo, la inspección se llevaba a cabo en pocos segundos, mientras las naves pasaban ante los aparatos de detección. Los aduaneros confrontaban las declaraciones con el espectrograma. Había también espejos para fines específicos, como la desinfección, la vacunación y la destrucción de fotografías de zonas prohibidas. Respecto del confort privado, moradas como las del consejero de minas eran un buen ejemplo de cuán al alcance del hombre estaban las maravillas de los gnomos y duendes de los cuentos de hadas. Parecían aquí superados los sueños de un Alberto Magno, y se tenía la impresión de que la materia estaba dotada no sólo de órganos sensibles, sino también de capacidad de combinación. En estos abismos sin sombras, a Lucius le acometía a veces la idea de que eran la piedra y el acero quienes pensaban, mientras que el hombre estaba paralizado por un encantamiento mágico. Y, lo que era aún más terrible, parecía que aquél era un camino hacia la felicidad, hacia el oculto placer del poder sustancial e inmóvil. Sí, aquellos medios pensados para exterminar ejércitos y pueblos eran terribles pero tal vez era aún más terrible el hecho de que el hombre se rodeara de ellos para su egoísta bienestar y se entregara, amparado en su nimbo, como en los castillos de los príncipes de los espíritus, a una silenciosa y demoníaca contemplación.

Lucius suspiró. Quedaban ya muy atrás los tiempos en que estos mundos le cautivaban. Como en los cantos de Ariosto, había pe-

netrado en un país poblado por ingeniosos enanos y gigantes. Aquí regían otras normas, distintas de las de los reinos de los hombres, y salían al encuentro los pocos pero fortísimos espíritus en que se concentraba el superpoder. Conocían las fórmulas que hacían saltar los últimos cerrojos, disponían de tesoros cósmicos, de armas cósmicas. Había saludado con placer el alto mediodía sin sombras. Pero ahora un estremecimiento se agitaba en él.

El comandante de artificieros, que había oído su suspiro, asintió:

“Es una lástima… Tiene usted razón.”

“¿Qué es una lástima?”, preguntó Lucius.

Se hallaban ahora en un espacio lleno de bólidos en forma de fulguritas y cohetes. En algunos de ellos estaban acoplados los motores de impulsión con los aparatos de búsqueda del objetivo. Los había de todos los tamaños, desde los minúsculos, de tiro de proyección, hasta modelos enormes

 que rozaban la cúpula. Su contemplación hacía surgir el vivo recuerdo histórico de la época de los Grandes Incendios. Como siempre en la historia, tras el primer instante de horrible sorpresa, se descubrieron otros medios para neutralizarlos, y luego el Regente los prohibió. El no dependía del poder uránico, no era uno de los contrincantes. Frente a él, ni siquiera cabía la idea de ofrecer resistencia. Pero tampoco existía el temor. “Es una lástima que sólo sean simulacros. Incluso los prototipos han tenido que ser rellenados de arena. Su carga ha sido transportada al tesoro del *energeion.*” “Me parece que, si dependiera de usted, Sievers, hace ya mucho tiempo que Heliópolis habría volado en pedazos por el aire.” “La parte nueva de la ciudad, con toda certeza, comandante. Es incomprensible la paciencia del Procónsul. Debería caer la Oficina Central. ¡Con gamma cinco!” Y, al decirlo, golpeó un pequeño proyectil cuyos polos estaban achatados como los de una naranja. “Habría que

proporcionarle los medios. Entonces se restablecería el orden en un abrir y cerrar de ojos. Las tropas ya no saben cuál es su situación exacta." "El príncipe no es un absolutista. Además, no puede penetrar en las zonas prohibidas. Por otra parte, morirían abrasados innumerables seres que no tienen nada ver que ver con este asunto. ¿Es que esto no le da qué pensar?" El comandante de artificieros golpeó las filas de condecoraciones de su pecho. "No se hace fuego sin quemar la leña; esto ya lo dice el refrán. Cuando se siega, se cortan también las flores y los nidos de los pájaros. El orden rige el mundo y hay que seguir las órdenes. Si el Procónsul ordena abrir fuego, nosotros no nos vamos a romper la cabeza. Esto es lo que hay que hacer, y todo lo demás es insubordinación. Como artillero, soy responsable del encendido. Y le aseguro que lo habrá mientras siga en pie aquí el viejo Sievers." Lucius asintió. "Lo sabemos. Usted está en el lugar debido." Le miró. Los ojos del viejo eran abiertos y francos, y sostuvieron su mirada. Un hombre excelente, en orden consigo mismo, esto era seguro. Tal vez se confesaba de vez en cuando y recibía la absolución sin dificultades. Y ¿qué importancia podía tener que se matara a un solo hombre o a cientos de miles? Esto dependía del potencial de las armas en cada época. Ya Lamec se había jactado de ser más que Caín. Éste era uno de los hombres que, con el gran cambio, habían ascendido hasta el mundo del fuego, en calidad de excelentes tiradores. Su árbol genealógico era de tipo marcial: igual que él habían pensado, en épocas pasadas, los artilleros y cañoneros. El segundo tipo era el del técnico puro. Hubo también, por supuesto, transiciones y reconversiones, sobre todo en la historia de la aviación. Los antiguos caballeros bajaron de sus monturas y subieron a los aviones, seguidos de mecánicos que jamás conocieron la lanza y el caballo. Estudiando los antiguos archivos, le había llamado muchas veces la atención a Lucius la diferencia que se advertía en los rostros, que se reflejaba en los rasgos. En aquellos primeros, que habían muerto, casi sin excepción, entre las llamas de sus aparatos, se descubría todavía el trazo hereditario de la vieja aristocracia. Pero luego venían cabezas a las que sólo se podría calificar como una agradable nada que revelaba el vacío de la aniquilación a cu-

yo servicio estaban. No carecían de regularidad ni de cierto encanto, pero era como si la tela de un buen retratista hubiera sido sustituida por una fotografía. Lucius recordó uno de los primeros informes que había leído en los archivos, referente a una entrevista. El héroe había destruido, en un gris amanecer, una ciudad del mar Amarillo. Por la tarde, los periodistas pudieron localizarle en el Carlton, donde el Senado, agradecido, le estaba agasajando como a uno de los padres de la patria. Le encontraron envuelto en un maravilloso frescor, bien bañado, despidiendo el aroma de excelentes jabones y cigarrillos, en medio del leve chisporroteo de los reguladores de ambiente, con un mesurado gesto de triunfador y muy descansado. Ante su mesa, adornada de laurel, se iban amontonando los telegramas. Los altavoces proclamaban su gloria. Se

 escuchaban ávidamente los informes de las escuadrillas de reconocimiento que sobre-volaban en círculo el cráter en cuyo centro estuvo la ciudad, ahora convertida en un bloque de malaquita fundida. Fuera resonaba el zumbido de las masas como en una colmena. Se le había nombrado Gran Comendador, se acumularon sobre su persona condecoraciones, pensiones y honores. Se le aclamaba como artífice de la paz: los Estados de la Liga de las Naciones competían en la carrera de agasajos. Describió en unas pocas frases la osada incursión: habló de los detalles técnicos en la medida en que no eran secreto de Estado. Durante el vuelo, y poco antes de llegar al momento decisivo, se apoderó de él una extraña agitación, como cuando se está al acecho de una pieza, pero infinitamente más poderosa. Entonces pidió café y tomó titanina, una droga que aumenta hasta extremos increíbles la fuerza de voluntad, que transforma el espíritu en voluntad, barriendo cualquier otro aspecto. A continuación, alabó el comportamiento del resto de la tripulación. Su relato concluía con una exaltada loa a la camaradería. Y así hasta el final. La lectura era estéril. Se tenía la vaga sospecha de que las cuentas no salían, de que siempre se ocultaba algo al fondo. Se andaba siempre a la busca de culpables. Se los buscaba entre las masas, al final de toda guerra civil o inter-

nacional, pero, apenas finalizadas las audiencias y dictada la sentencia contra los criminales, las cosas volvían a estar como antes, o casi peor. Cada uno intentaba aniquilar en el enemigo lo que en realidad llevaba en su propio interior y lo arrastraba, lleno de odio, hasta el tribunal. Llegaban incluso a constituirse en jueces de Dios, que permitía tales cosas… como si nunca hubieran oído hablar de Sodoma, la ciudad cuyo destino se repite incansablemente en cada giro de la historia.

Por supuesto, al fondo de las figuras que aparecían en primer término había otros espíritus, de refinada maldad, que conocían el juego y se complacían en él. Se habían apoderado de las fuerzas del *demos,* del oro, del lúcido saber; las habían acumulado hasta alzarse con un concentrado poder. Habían aparecido casi de repente, como esas terribles montañas que se hacen de pronto visibles cuando la niebla es barrida por el viento. Ya Leonardo las había presentido. Su objetivo era la omnipotencia y la omnipresencia en el tiempo y en el espacio. La técnica fue el medio de que se valieron para realizar sus sueños. Exploraban las profundidades del mar y las regiones más elevadas de la atmósfera y se expandían sobre los continentes. Eran ellos los que dirigían las luchas entre Leviatán, Behemot y la extraña Ave Fénix, que regía el imperio del fuego. Estaban fuera de la historia y se alimentaban de fuentes de otra índole. Poetas como Dante, Milton y Klopstock habían comprendido su medida, porque sólo a estos espíritus se les revelan los terrores del abismo.

Bajo mi poderoso pie tendrán que abrirme senda

la tierra y el *mar a polvo reducidos,*

y entonces el *infierno verá en triunfo exaltado mi*

rostro real.

Y

Así, cuando en el *inaccesible monte la tempestad*

cercana

se incuba tenebrosa y la nube más densa se desgarra

y, armada de los rayos, de fuego y perdición,

avanza solitaria. Cuando otros de los cedros las copas

sólo alcanzan,

ella del uno al otro cielo las boscosas montañas

abarca, y las ciudades regias, de inmensas torres

coronadas,

con mil rayos enciende y bajo inmensos escombros deja

sepultadas.

Lucius se sintió acometido por una falta de concentración impropia del lugar. Mientras caminaban a través de las bóvedas, apenas había prestado atención a las preguntas del comandante de artificieros, quien parecía tener azogue en las venas, como siempre que recibía una visita del Palacio.

Habían llegado a su meta, la gran sala de los prototipos. Bajo la luz sin sombras refulgían las paredes, cubiertas de altas vitrinas que albergaban maniquíes de tamaño natural que representaban soldados de todas las armas y grados, pertrechados con todo el equipo exigido para la llamada general. Se veía aquí una tienda

de campaña alzada mostrando hasta la menor clavija y el último viento; allá, máscaras y escafandras para moverse en espacios invadidos por el humo; en otra parte, una colección de fonóforos para uso del ejército.

La gran sala de los prototipos era el centro nervioso del imperio de Sievers. Aquí se realizaban las ideas de la Oficina de Proyectos y se exhibían modelos de los que existían en los depósitos millares de reproducciones. Para el jefe de artificieros era un orgullo disponer siempre de cualquier cosa, y de la mejor calidad, que pudiera desear o solicitar el Palacio.

Se acercaron a una de las grandes mesas situadas en el centro de la sala. Lucius abrió su cartera y extrajo las notas.

“Sievers, aquí tenemos que pasar por encima incluso de las ordenanzas. Se trata de algo que sólo debemos saber nosotros dos y el jefe.”

“Perfectamente, comandante.”

Lucius sacó un lápiz rojo y señaló los puntos.

“Tome nota de que necesito equipo y armas ligeras para un comando de doce hombres. Debemos evitar a todo trance el empleo del armamento normal del ejército. Las armas de fuego deben ser silenciosas.”

“Le preparé un equipo a base de armas tomadas al enemigo, comandante. Pistolas provistas de silenciador de las utilizadas por la policía del prefecto.”

“Excelente, porque actuaremos como bandidos disfrazados de policías o como policías disfrazados de bandidos. No habrá diferencia. También necesitaremos un explosivo que nos permita hacer saltar las cerraduras rápidamente y sin ruido.”

“¿También cerraduras blindadas?”

“Todo tipo de cerraduras que pueda darse en Heliópolis y en las Islas.”

El jefe de artificieros reflexionó. Luego se dirigió a una de las vitrinas y volvió con una especie de campana del tamaño y forma de media manzana. El rabo estaba reemplazado por un botón marcado con pintura fosforescente. La depositó con cuidado.

“Carga ajustable a diversos objetivos, desarrollada según los principios del espejo térmico cóncavo. Funde como mantequilla los metales más duros. Eficacia ilimitada, incluso bajo el agua o en el vacío.”

Tiró de una pequeña clavija que actuaba como seguro.

“Fijar ligeramente sobre el objetivo. Quitar el seguro. Si aprieto ahora el botón, la más sólida plancha de un blindado se convertiría en chatarra.”

Volvió a colocar la clavija con sumo cuidado. Lucius tomó el dispositivo y lo sopesó en la mano. Era relativamente ligero.

“Esto bastará. Prepáreme media docena de estos bomboncitos. Nada más fastidioso que olvidarse de la llave de casa. ¿Hay cargas que permitan incendiar edificios, incluso de acero, sin penetrar en campos prohibidos por el Regente?” el comandante de artificieros asintió y se acarició amorosamente la barba. El tema le apasionaba.

“Dispositivos incendiarios de todo tipo y tamaño, comandante. No acabaría usted de creer cuántas cosas inimaginables son combustibles cuando se alcanzan mis altas temperaturas. ¿De qué tipo de edificio se trataría en este caso?”

Lucius reflexionó.

“Podría ser algo parecido a una residencia campestre de tipo medio. Usted conoce el Club de

 Orión de la Allée des Flamboyants.” Sievers asintió. “Nada más sencillo. El problema es más bien no ir demasiado lejos. Bastará un ‘huevo de Pascua’. Su soplo es tan ardiente, que funde el acero y reduce a vapor el mármol. En realidad, el arte está en el encendido -hay chucherías que tienen encendido químico, otras mecánico, térmico, por emisión de ondas o por cronómetro-. Otras actúan a la más ligera vibración: basta la que produce el pie de un hombre al entrar en una habitación.” “Preferiría un tipo de encendido que pudiese actuar a cualquier distancia y en cualquier momento.” “Entonces se requiere un aparato auxiliar.” Sievers desapareció y regresó con una bomba que se adaptaba perfectamente a la palma de la mano y depositó a su lado un reloj cuya forma recordaba la de los fonóforos. Todo se reducía a sincronizar las cifras de dos cuadrantes. El dispositivo era tan sencillo como un juego de niños. Quedaba un último punto en las notas de Lucius. De los informes de los agentes se desprendía que, a excepción de unos pocos puestos, en las Islas se había sustituido la vigilancia humana por aparatos automáticos. Durante la noche, los edificios oficiales, aunque débilmente iluminados, quedaban vacíos. Una red de ondas protegía los accesos. Al parecer, el Prefecto se había creado en Castelmarino un reino similar al del consejero de minas. Pero, mientras que en la cueva de duendes del Pagos se ofrecían a los sentidos cosas agradables, la magia de las Islas estaba calculada para despertar el terror y la muerte. Quien osaba entrar allí, era vigilado por malévolos ojos. Lucius se lo indicó al comandante de artificieros, quien movió pensativamente la cabeza. “Esto complica las cosas… Deberán llevar ropas protectoras.” Explicó los detalles con gran cuidado. Las ropas a que se refería estaban galvanizadas en una solución que las hacía conductoras y desviaba en cierto modo las irradiaciones a su alrededor. De este modo se impedían la detección y el contacto mortal con la radiación. Pero no podía mostrarse al descubierto ninguna parte

del cuerpo ni ningún objeto no conductor dentro de la zona amenazada. Esta precaución resultaba absolutamente imprescindible. Así pues, las armas se debían llevar ocultas o impregnadas. Había que evitar asimismo todo contacto con los objetos de los puntos sospechosos, para garantizar al máximo la seguridad. Sievers insistió: “Las ropas protegen sólo contra la detección, pero no contra los efectos que de la detección podrían derivarse. Para esto último habría que tomar otra serie de precauciones que desbordan con mucho el marco de una acción de comando.” Condujo a Lucius ante una fila de altos guardarropas, parecidos a los que se ven en las tiendas de modas. Se guardaban allí prototipos de indumentarias de camuflaje y protección. Se veían tejidos recubiertos de amianto floculento, destinado a proteger contra el fuego y las llamas, junto a ligeras películas que era preciso colocarse cuando se temía la existencia de ondas radiactivas. Las ropas se completaban con cascos y máscaras de diverso tipo, que en parte recordaban los disfraces de los danzantes primitivos y en parte las escafandras de los buzos. De esta colección, el comandante de artificieros eligió un mono de tejido gris plateado que crujía ligeramente y era tan suave como la seda. El equipo incluía guantes y calcetines, así como una capucha hecha de un tejido transparente. Extendió las piezas y le mostró el modo de ponérselas. “Esto bastará”, dijo Lucius. “Anote tres de estos buzos: sólo entraremos tres en la zona de radiación. Hay que impregnar también las cargas explosivas: supongo que cerca de las puertas tendremos que extremar las precauciones. ¿Cree usted que bastará con uno de estos ‘huevos’?” “No hay problemas por este lado, comandante. Si no me cree, podría llevar con usted al viejo Sievers.” “Usted queda fuera del caso. Tampoco nosotros somos nuevos en el oficio. Pero sí podría hacer un buen papel como director de escena para los ejercicios de entrenamiento. Es probable que el jefe espere la luna llena para dar el golpe. Haga que empaqueten todas las cosas necesarias y las entreguen al oficial de guardia de la torre de Vinho del Mar, que recibirá las oportunas instrucciones.”

Ernst Jünger HELIÓPOLIS $_{13}$ 1 “En resumen, tengo que preparar

doce equipos de comando, tres de ellos aptos para facilitar el movimiento en lugares especiales. Y, además, esperaré la orden para asistir al ensayo general. Confíe en mí." Lucius asintió y le tendió la mano. El viejo comunicaba un hálito vivificador. Se tenía siempre la impresión de que sus rojos cabellos chisporroteaban. Regresaron por un camino más corto, a través de las bóvedas, hasta el patio de entrada, donde esperaba ya Costar con los caballos.

CONVERSACIONES EN LA VOLIÈRE

EN EL CURSO de las semanas siguientes, Lucius se ausentó con mucha frecuencia. Tenía múltiples ocupaciones, tanto en el Pagos como en Vinho del Mar. Además, seguían reclamando su atención las ocupaciones normales. Respecto de los participantes en la violenta incursión en Castelmarino, la única dificultad estaba en la selección, porque estos golpes de mano rompen la monotonía del servicio y son recibidos con alborozo por los soldados. El primero a quien comunicó el proyecto fue el sargento Calcar, aquel cabo que había defendido la escalinata de la parte superior de la ciudad por la que había subido con Melitta. Ahora lucía sobre su pecho una nueva cinta. También se había distinguido en el curso de las últimas agitaciones. Era uno de esos hombres para los cuales la pólvora es como la salsa de la vida, más necesitados de frenos que de espuelas. Se dedicó a la tarea con gran entusiasmo y presentó a Lucius un grupo de voluntarios a toda prueba.

La participación de Mario y Costar era obvia. Costar le acompañaría personalmente y Mario se cuidaría de proteger el lugar del desembarco. Finalmente, Lucius eligió a dos cadetes de la Escuela de Guerra: Beaumanoir y Winterfeld, ya recuperado éste de las consecuencias de su caída.

Este comando se trasladaba casi todos los días a Vinho del Mar. Fingían ser una de las tripulaciones que tomarían parte en la gran regata que el Procónsul hacía celebrar todos los años con ocasión de la fiesta de la vendimia. Este subterfugio les permitía explorar sin llamar la atención el brazo de mar y las costas de la isla. De vez en cuando se dejaba ver por el Calamaretto, en calidad de parroquiano, el comandante de artificieros. Luego, en un rincón distante de la isla, bien protegido, se ensayaban minuciosamente todos los detalles de la operación.

Mientras tanto, Budur Peri se había recuperado con rapidez. Donna Emilia le prodigaba sus mejores cuidados. Lucius apenas la veía. Ella solía pasar los días en el balcón, cuyo antepecho se había cubierto con plantas trepadoras. Lucius hizo traerle libros y le procuró un regulador de ambiente y una pantalla de proyección permanente. Le resultaba muy agradable su proximidad, como si con la joven se hubiera llenado un vacío en su vida. También Donna Emilia parecía más contenta y se mostraba aún más afanosa que antes.

Por una serie de favorables circunstancias, la casa de Antonio, aunque saqueada, no fue pasto de las llamas. Como todos los parsis ricos, tenía sus mejores posesiones ocultas en un lugar tan bien disimulado en la bodega, que escapó a la mirada de águila de los saqueadores.

Lucius hizo que Budur le señalara el lugar en un plano y durante la noche envió a Mario y Costar con el coche a aquella parte de la ciudad. Forzaron la cavidad y hallaron intactas las riquezas, que, en varios viajes, transportaron a lugar seguro. Con esta ocasión, Lucius entró por vez primera en las habitaciones que ocupaba Budur. La halló entregada a la tarea de colocar el tesoro rescatado en el cuarto trastero. Donna Emilia le iba entregando los objetos que sacaba de cofres y maletas. La visión de los damasquinados tejidos, de los utensilios de oro y plata, de los ricos vestidos, recordaba el tesoro de una novia a punto de ser llevado, la mañana nupcial, a casa del esposo. Antonio Peri había puesto también a salvo una selección de los mejores libros y manuscritos por él encuadernados. Pero lo que más parecía llenar de contento a su sobrina era una maleta que encerraba ropa interior y vestidos, ya que hasta entonces sólo había contado con lo que llevaba puesto cuando fue sacada del campo de prisioneros. Aparte el estrecho *kosti,* en todo lo demás seguía la moda de Heliópolis y sus cambiantes dictados.

Una de las cajas estaba llena de drogas y esencias, cosas de esca-

so peso y elevado valor

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 13 3 comercial. Lucius reconoció las planas botellas recostadas sobre blanco fieltro, con esencia de rosas de Kissanlik, y, junto a ellas, los pasteles de opio, de color ocre y variadas formas. Unos estaban envueltos en hojas de adormidera, otros rodeados de semillas de acedera, otros, en fin, parecidos a delgados azulejos, estaban envueltos en rojizas hojas de papel. Su penetrante aroma narcotizante se mezclaba al perfume de la esencia de rosas. Lucius tomó una de estas pequeñas tortas y la sopesó en la mano. "Hay aquí sueños suficientes para toda una ciudad… un peligroso cargamento. Hablé muchas veces de estos temas con su tío y me daba la impresión de ser un hombre muy versado en pócimas y secretos." La parsi se sentó en su gran maleta y acarició a "Alamut", que ronroneaba satisfecho, familiarizado desde el primer momento con la joven. "Mi tío guardaba estas cosas como todo lo que

tiene poco peso y mucho valor.

"Decía que son, en todas las islas y puertos, tan seguras como el oro, y aún más, porque los hombres pueden prescindir del oro, pero no de los sueños, una vez que han gustado su hechizo."

Señaló una pipa de opio tallada en jade. Lucius la sacó de su estuche con mucha precaución.

"Una excelente pieza. La cazuela parece imitar una flor de loto. Tiene usted razón: por sus sueños sacrifican los hombres la comida y la bebida. Y hasta el avaro que amasa su oro para palparlo en su solitario rincón es uno de esos soñadores, porque no depende tanto del oro en sí como de su mágico y oculto poder. Su resplandor, su tintineo, despiertan el recuerdo de los bienes, los placeres, las posibilidades de dominio, pero liberados de la fatiga y el desengaño que van unidos a su realización. Puedo entenderlo muy bien."

“Usted sólo conoció a mi tío”, dijo Budur Peri, “desde el punto de vista de su arte, que parecía absorber su existencia total. Pero tenía otra faceta muy diferente.”

“Con todo, me parece que a veces llegué a presentirlo. Los viejos materiales, los marchitos colores, los libros de mucho tiempo olvidados, los verdes espejos… todo esto hablaba de un espíritu que ama los espacios distantes.”

Una sombra cruzó por el rostro de Budur al evocar estos recuerdos.

“Sí, es terrible pensar que ese lugar haya sido devastado. Antonio se sentía tan a gusto en él… Temo que no resistirá la cárcel.”

“Confíe en nosotros; no le dejaremos en la estacada. Volveré a visitar a este horrible doctor Becker en su antro. Pero cuénteme más de Antonio; ha despertado mi curiosidad.”

“Con mucho gusto, si no le aburre. ¡Usted ha hecho ya tanto por mí! A primera vista, Antonio apenas se distingue de los demás artesanos que se dedican a este trabajo no sólo en la calle de Mitra, sino por doquier en Heliópolis. Y, sin embargo, tras esta superficie se ocultaba otra cosa: era un candor de sueños. Cazaba sueños como otros cazan mariposas con su red. Los domingos y días de fiesta no iba a las Islas ni buscaba esparcimiento en las tabernas al pie del Pagos. Se encerraba en su cuarto y se evadía a la región de los sueños. Decía que todos los países y todas las islas desconocidas estaban tejidas allí, en los tapices. Las drogas le servían de llave para entrar en las cámaras y cuevas de este mundo. En todos estos años había adquirido grandes conocimientos e incluso tenía un diario de navegación de sus cruceros. En aquel cuarto había también una pequeña biblioteca que se componía en parte de herbarios e informes médicos y en parte de obras de magos y poetas. Antonio solía leerlos mientras se desarrollaban los sueños. Por desgracia, todos han debido de perderse.”

Lucius había escuchado con suma atención.

“Deberíamos averiguar si se puede salvar al menos el diario de navegación. Mario dijo que el suelo estaba cubierto de montones de ropas desgarradas y escritos rotos. ¿Bebía también Antonio?”

“Sí, bebía vino, pero nunca por el placer de la bebida. Lo que le impulsaba era esencialmente una

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 13 4 mezda de sed de aventuras y de conocimiento. No viajaba para poner el pie en regiones desconocidas, sino como geógrafo. El vino era para él una llave más entre otras muchas, una puerta de entrada al laberinto.” “Una mente de aventurero. Oyéndola, entran deseos de hacer lo mismo. Es uno de los modos de organizar la vida, como eremita en un mundo de cristal.” “Sí, pero yo siempre estaba preocupada por él. Tal vez fuera sólo su método lo que le enfrentaba con catástrofes y delirios. Más de una vez llegaron a rozarle. Afirmaba que cada droga contiene su fórmula, garantiza la entrada a determinados enigmas de universo. Decía también que era posible averiguar la jerarquía de las fórmulas. *‘Je n’ai pas encore trouvé ma formule’*, era una de sus afirmaciones. Las más elevadas de estas fórmulas serían, según él, como la piedra filosofal que descubre el misterio del universo.” “Buscaba la llave maestra”, dijo Lucius. “Ahora bien, ¿no es necesariamente mortal el supremo arcano? Habría que estar dispuesto a dejar atrás el cuerpo, como una barrera, si se quiere ir más allá de los límites.” Budur Peri asintió. “Éste es el sentido que tiene para ustedes la Cena. Pero Antonio tenía al mismo tiempo una mente objetiva y sus especulaciones no giraban en torno al espacio absoluto. Se ceñían al diario de navegación, es decir, a viajes de los que puede rendirse un informe. Había puertas ante las cuales retrocedía con temor. Conocía bien la dosis máxima y, en sus experimentos, nunca superaba los límites de la seguridad.” Dejó a “Alamut” en el suelo, se puso en pie y ordenó con manos ligeras los frascos y los pas-

teles de opio. "Ésta es una llave que Antonio no se atrevía a usar. Se sentía muy feliz con este descubrimiento." Entregó a Lucius un cofrecito verde que, evidentemente, había salido de las manos de Antonio. Una corona de hojas de cáñamo y de adormidera rodeaba la palabra árabe *el-iksir,* grabada en el cuero al buril. Lucius abrió cuidadosamente la cerradura. Halló dentro una minúscula redoma y un pequeño rollo cubierto de densa escritura. Fue a su cuarto a buscar una lupa para examinar primero el pequeño rollo, en cuya cabecera halló escritas, evidentemente por una mano antigua, algunas fórmulas y símbolos. Seguían luego unas notas con la caligrafía de Antonio:

"Elixir. Adquirido en una fuente segura por mediación de un adepto llamado Fortunio. Se dice que este extracto, de enorme eficacia, fue conocido ya por los eumólpidas, los antiguos sacerdotes hereditarios de Eleusis. Se ha podido demostrar con seguridad que interviene en el milagro del mango, todavía practicado ahora en mi país. Su eficacia se debe a que su uso aumenta por un igual los poderes intuitivos y los sugestivos, lo que lleva al mundo de las imágenes en virtud del desnudo poder del espíritu. El mago que hace florecer y fructificar el mango habita en el centro de este efluvio de imágenes. Incluso estático, sumido en una rígida inmovilidad, provoca su desarrollo y sus cambios.

"Si Fortunio interpreta bien los signos, en el elixir se aúnan los poderes del cáñamo y el laurel. El extracto de cáñamo es una de las llaves, conocida desde los tiempos antiguos, para entrar en el reino de los sueños, pero las salas que abre son diferentes de las de la adormidera; podría decirse que es la réplica masculina de ésta. El espíritu del opiómano es receptivo: las imágenes se inscriben en él, dibujan sus caracteres como en una página en blanco. El cáñamo, en cambio, saca con sus lazos al espíritu fuera de sí y le hace entrar en los imperios de las imágenes. Esta potencia activa explica el hecho de que, cuando se sobrepasa la dosis máxima, el cáñamo produce ataques de frenesí y locura, mientras que el opio adormece.

"El laurel encierra en sí poderes que se oponen a la aniquilación. Representa el gran arcano contra la culpa y la resistencia terrenas. Apolo se coronó de laurel tras haber dado muerte a la serpiente Pitón. Un laurel floreció en el lugar en que Orestes había soterrado sus ofrendas, para

 5 testificar que había perdido su eficacia la sentencia condenatoria de Gea. "Todo esto lo expresa también la alquimia, es decir, la química auténtica, la filosófica. Aquí el incienso y la esencia del laurel llevan al éxtasis luminoso de los misterios. Incluso en lo perecedero y corruptible se manifiesta esta relación. Así, en los países cálidos se pintan las carnicerías y las cámaras mortuorias con aceite de laurel, que pone en fuga a los agentes de la descomposición. Los grandes símbolos alcanzan a todas las capas: se les ve actuar desde las esferas ocultas hasta las lúcidas, aunque sólo el iniciado comprende las interconexiones. En mi diario de navegación están consignados los detalles. "Fortunio calificaba al elixir de extremadamente peligroso, en cuanto que une los poderes radicales con los absolutos. Sólo los mejores arcos pueden soportar esta tensión. Así lo expresan, en lenguaje alquimista, los símbolos del águila y de la serpiente de las fórmulas de la introducción. Por eso quedaron excluidos muchos de los aspirantes a los misterios, sobre todo los impíos." Seguía una nota de fecha más reciente: "*Avvertimento.* Desde la salida del sol, ayunar; por la tarde, tres gotas, a ser posible con té chino. Farmacológica-mente se produce una reavivación de los pensamientos, seguida del efecto del cáñamo, hasta llegar a la gran excitación. Si consigues superar sus trampas, serás coronado con laurel." Lucius volvió a enrollar el papiro y dirigió su atención a la redoma. Estaba llena de una esencia verde oscuro que, como muchos de los extractos obtenidos de las plantas, se coloreaba de púrpura cuando la atravesaba la luz. La volvió a depositar cuidadosamente en el cofrecito. "Todo esto excita mi curiosidad por el diario de navegación. Tal vez constituya la réplica espiritual de los relatos de iajes de Fortunio. Es curioso que este nombre aparezca siempre que se anuncian ricos descubrimientos. Es el mayor descubridor salido de la escuela

del Maestro." Se volvió a Budur Peri. "Es un riesgo que estoy deseando correr." Ella le contempló como a alguien a quien se ve entrar en la arena y cuyo destino no nos es indiferente. "Tal vez lo más aconsejable sea guardar estas cosas bajo llave, como Antonio; como si fuera un veneno ante el cual se retrocede aunque su posesión nos dé un sentimiento de seguridad. De todas formas, le confío el cofrecito. No podría estar en mejores manos." Lucius la miró con atención, como si acabara de descubrir algo nuevo en ella. "Al contrario, usted me da valor. Parece que no retrocede ante las aventuras. Este rasgo me gusta." Ella se echó a reír. "Tal vez también yo tenga, como Antonio, otra faceta cuyo misterio usted apenas alcanza a sospechar. Usted cree que soy miedosa… y tiene razón. Las amenazas físicas me estremecen, de horror. Pero tal vez sea valiente en el campo del espíritu." "Entonces, le pediré que me acompañe en el viaje eleusino, tal como el elixir lo promete." En su compañía, estoy dispuesta a hacerlo." Lucius tomó el cofrecillo y lo guardó en su celda blindada".

Donna Emilia había tomado a Budur Peri bajo su protección y se afanaba, yendo de un lado a otro, por ayudarla. Le trajo flores, frutas y periódicos y puso gran empeño en que las comidas fueran abundantes y puntuales, como en los barcos.

Pero veía con preocupación que, a pesar de todo, Budur se hundía en una melancolía cada vez más profunda, sobre todo a causa de Antonio.

"Usted tendría que hacer algo de compañía a la señorita Peri, para que no se sienta como en una cárcel. Tenemos que animarla."

Aunque a regañadientes, Lucius estuvo de acuerdo. Por primera vez en su vida, se sentía inmerso en una situación confusa y hasta irregular, sin tener cubierto ninguno de los dos flancos. De ahí que viniera haciendo cuanto podía por *ignorar* la presencia de la parsi, como un error ante el cual se

 6 prefiere cerrar los ojos. Por otra parte, no podía negar que la sobrina de Antonio estaba aportando algo nuevo a su vida, algo que le atraía con creciente fuerza, en medio de aquella maldición política que pesaba sobre la ciudad. No había salida posible. Pronto, sus fugaces visitas se hicieron más frecuentes y prolongadas. Se dejaba ver pocas veces en la tabla redonda del piso inferior, aunque su ausencia admitía justificación mientas duraran los preparativos para el golpe de mano. Aparte esta circunstancia, en el Estado Mayor del Procónsul nadie se preocupaba en general de los asuntos ajenos fuera de las horas de servicio. Este principio regía también, y con mayor amplitud aún, en la Volière. Lucius se preguntaba algunas veces si se habría transparentado al exterior el secreto de su círculo íntimo. Pero, si algo se había notado, se olvidaría pronto, en unos tiempos tan agitados. Había resuelto renunciar a una segunda visita al doctor Becker y una extraña premonición le confirmaba en esta precavida actitud. Poco después de la llegada de Budur Peri, apareció entre su correspondencia privada una carta de procedencia desconocida, una sencilla hoja de papel sin lugar ni fecha y también sin firma. El mensaje se reducía a una sola frase: "Antonio Peri fue llevado ayer a Castelmarino, al Instituto del doctor Mertens." La escritura imitaba la letra de imprenta. Lucius reflexionó largamente sobre este mensaje. Podía proceder de una mano amiga, pero también podía ser una trampa. Tampoco podía excluirse la hipótesis de que anduvieran de por medio los mauritanos. Fuera como fuere, había que actuar con extremadas precauciones, porque aquel papel demostraba que en algún lugar desconocido alguien seguía sus pasos y sus contactos con la familia Peri. Una segunda circunstancia vino a dar mayor peso a la nota anónima. Durante los preparativos del golpe de mano sobre Castelmarino se había establecido una estrecha vigilancia en el Casteletto, dirigida por Calcar desde Vinho del Mar. Lucius leyó en el parte de la mañana que la noche anterior pudo verse, desde la torre, el traslado de un prisionero a la isla. Aunque el hecho no era en sí extraordinario, sobre todo en aquellas agitadas semanas, no dejaba de ser extraña la coinci-

dencia de estas dos noticias. Las fotografías tomadas con rayos infrarrojos que acompañaban el parte mostraban un bote en el momento del desembarco, pero sólo permitían adivinar la presencia de una sombra rodeada de hombres armados. Lucius no quiso inquietar a Budur Peri contándole estos detalles. Estimó que lo más acertado era limitarse a decir que probablemente Antonio se hallaba en los calabozos del Casteletto como prisionero especial del Prefecto. Esto no dejaba de ser un alivio en su situación, comparada con la de los prisioneros de los campos, donde se seguían registrando ejecuciones. Lucius procuró, sobre todo, silenciar el nombre del Instituto de Toxicología, rodeado de una oscura y siniestra fama. Mientras tanto, secundado por Costar, había conseguido rescatar de la calle de Mitra no sólo algunas secciones de la biblioteca personal de Antonio, sino también fragmentos del diario de navegación. En sus horas libres se dedicaba a ordenar y clasificar aquellos restos del naufragio, que llevaban en sí las huellas de una devastación vandálica. Redactó, con Budur, un catálogo que permitía adivinar la estructura y los límites de la colección. En el centro se hallaban los grandes impulsores del siglo XIX: de Quincey, E. Th. Hoffmann, Poe y Baudelaire. Pero los impresos se remontaban mucho más en el tiempo, hasta los herbolarios y los escritos necrománticos y tratados demonológicos de la Edad Media. Algunos de ellos estaban escritos en viejos pergaminos y se agrupaban en torno a los nombres de Alberto Magno, Ramon Llull y Agripa de Nettesheim, cuyo *De vanitate scientiarum* se conservaba en su doble edición, la de Lyon y la de Colonia. Se hallaban también el gran *in folio* de Wierus, *De praestigiis daemonum,* y las compilaciones publicadas en Basilea, hacia el 1582, por el médico Weckerus. No faltaba el *Librito sobre las brujas* del mismo autor, encuadernado junto con la vulgar obra de Siegfrid Thomas sobre los polvos de los hechiceros y hechiceras. Destacaba, por su particular finura, una traducción francesa del *Mundo mágico* de Balthasar Bekker, publicada en Amsterdam en cuatro tomos, cada uno de los cuales se enriquecía con un autógrafo, ya descolorido, del viejo teólogo. Podían leerse algunas pocas obras literarias, casi todas consagradas al tema que apasionaba a Antonio, escritas en estilo

exótico o debidas a los poetas malditos. Entre ellas se encontraba un

 estudio de Maupassant sobre el éter, junto con otros diversos escritos que cantaban las excelencias del té, el café y el vino. Todas ellas mostraban claras huellas de repetidas lecturas. El escrito más importante de esta sección era sin duda el *Fumadores de opio,* de Jules Boissiére, con cubierta amarilla de hacia el año 1890 y afectuosamente encuadernado por Antonio. Lucius se llevó la obra consigo a las Islas y la leía durante el viaje. Le atraía el espíritu del autor por su maravillosa armonización de sueños y claridad de ideas. Tal vez se alcanzó esta perfecta unión por la época en que los señores occidentales se asentaron en puntos clave del Lejano Oriente. Pero duró poco tiempo. La tercera parte de la biblioteca se refería al uso de las claves como fue desarrollado por los químicos y farmacólogos en los siglos XIX y XX. Pero, al parecer, faltaban muchos volúmenes, sea porque entre los saqueadores hubo algún aficionado a estas cosas, sea porque advirtieron su alto valor comercial. Se habían salvado un manual dedicado a la preparación de perfumes y esencias, un voluminoso tratado de los psicólogos de Heidelberg sobre los efectos de los posos del mescal y un trabajo de Hoffmann-Bottmingen sobre los *phantastica* del cornezuelo. Al parecer, la colección incluía también una sección etnográfica de la que se había conservado un relato de Sidney Powells, publicado el año 1923, sobre los durmientes de las flores de Ceilán que, en jardines de supraterrenal belleza, se unían nupcialmente con las flores bajo la vigilancia de los sacerdotes. Todo esto había sido repetidas veces leído y sistematizado por Antonio, tal como indicaban las notas marginales y las marcas de las páginas.

Mientras que esta colección recordaba los mapas y las cartas náuticas de un geógrafo, el diario de navegación se refería a viajes y expediciones. Se diría que a veces el texto había sido escrito en el camarote de un barco azotado por la tempestad. Otras veces adoptaba formas onduladas, como las líneas de la banda de un sismógrafo. El texto reproducía todo el periplo de las imáge-

nes y las ideas en todas las fases de quietud y de aceleración, como en un espejo que gira en torno a su eje ya lentamente ya a gran velocidad. Unas veces deformaba, otras agrandaba y otras, en fin, reducía lo infinitamente grande a un prototipo.

Tras haber ordenado las hojas, Lucius buscó las notas sobre el laurel y su éxtasis, pero, al parecer, coincidían con una de las numerosas lagunas de los apuntes, que se extendían por un período de treinta años.

¿Quién hubiera sospechado que tras aquel pacífico ciudadano que, tocado con su pequeño casquete, se dedicaba modesta y aplicadamente a los trabajos de su taller, se ocultaba un espíritu tan amante de la aventura? Aparecía aquí una de las maneras en que todavía es posible encauzar la vida: en una lenta pero maravillosa combustión de la sustancia. Las riquezas cósmicas fluían como a través de una arteria hacia la celda del eremita. Las gotas caían desde altos diques en el profundo abismo y ponían en movimiento la rueda del espíritu. Formaban los adornos del tapiz de la vida, la cortina que nos separa de los últimos misterios mortales. Ninguna intención profanaba esta soledad.

Cierto que él, Lucius, se sentía más cerca del tipo de Fortunio, que buscaba los tesoros más allá de las Hespérides, en aventuras vividas en remotísimos lugares. También allí reinaba la soledad. Pero los triunfos fluían más del corazón que del espíritu. Eran éstos los últimos viajes, los frutos postreros de la vieja raza de los héroes. Cuando se daban la mano el comienzo y el fin, se retrocedía a la edad de los mitos. En estos espíritus llegaba a su plenitud el ímpetu de los investigadores y descubridores góticos, se extinguía la voluntad de poder. Ésta había quedado disuelta por las riquezas, por la sobreabundancia; pero su origen fáustico seguía siendo perceptible incluso allí donde sus metas coincidían con las de los magos.

Desde una perspectiva filosófica, estos hombres habían avanzado por el camino del ser y penetrado en el mundo de los objetos,

mientas que Antonio había recorrido el camino del conocimiento. Con todo, Nigromontano enseñaba que ambos se cortaban en la superficie y dibujaban en ella figuras comunes.

El cuaderno de navegación configuraba también el tema de las primeras grandes conversaciones con Budur Peri, para la cual la diferencia entre el punto de vista de Lucius y el de Antonio se debía,

 sobre todo, al origen. Ella opinaba que aquí actuaba no sólo la diferencia entre Occidente y Oriente, sino también una diferencia respecto del poder. Lucius pertenecía a la raza de los conquistadores del mundo, y de ahí su hambre de espacio, su anhelo de lejanas distancias. Antonio, en cambio, pertenecía a la raza de los oprimidos de este mundo y, por consiguiente, dependía de placeres más ocultos, de aquellos en que se refugian los vencidos. Existía un equilibrio de tiempo y espacio, y el que perdía espacio intentaba compensarlo ganando tiempo. Esto es lo que Antonio buscaba en los laberintos del éxtasis. Ya De Quincey había aludido a los eones que se consiguen en una noche de opio. Lucius se aficionó muy pronto a estas conversaciones con Budur Peri y las buscaba como su mayor esparcimiento. El descubrimiento del ser humano sigue siendo la mayor de las aventuras, sobre todo cuando coincide con una época de crisis. Le maravillaba en esta mujer el elemento andrógino, la mezcla de cualidades masculinas y femeninas. Era varonil su espiritualidad, tan ligera y libre como uno de esos aceros que se esgrimen *con amare.* Pero se añadía una especie de sensibilidad que no se da en los varones. Era como si pudiera pensar con todo el cuerpo, lo mismo que se danza con todo el cuerpo. Comprendía hasta los menores matices de una alusión y alcanzaba las profundidades inexpresables en palabras. Al principio, Lucius había sospechado que Budur interpretaba su papel de interlocutora guiada por la pura musicalidad que envuelve intuitivamente a las figuras espirituales. Pero su capacidad de juicio se apoyaba también, en no menor medida, en su excelente educación personal. Había ido creciendo, como huérfana, en la casa

de Antonio, rodeada del mundo de libros de su tío. Y esto le confería aquel rasgo de interioridad propio de los niños que desde temprana edad dependen de sí mismos y aprenden a reflexionar desde los primeros años. Lo infantil estaba fuertemente acusado en ella y pedía protección. Había heredado de su padre la capacidad para las lenguas, característica de los parsis, y el sentido de las cosas selectas, de los objetos preciosos, que se adquiere a lo largo de muchos años de actividad de libre comercio, cuando el conocimiento de los precios se transforma en un sentimiento infalible de los valores. Era una cualidad típica de las viejas familias parsis que impregnaba incluso su carácter. Sabían siempre a quién podían prestar sin reticencias y buscaban la seguridad en la persona, no en las firmas. De esta parte de su herencia le venía aquella cautela, aquel miedo físico que tanto atraía a Lucius y que tan extraño le resultaba. Lo percibía sobre todo cuanto ella le hablaba de la suerte de Antonio

o de la suya propia; era como si echara una ojeada a rincones prohibidos, como si espiara conversaciones como las que mantienen los perseguidos cuando se hallan juntos. Éstos parecían considerar el mal como un acontecimiento de la naturaleza ante el cual es preciso esconderse, e incluso ganarse su benevolencia tributándole veneración. Es cierto que habrían desaparecido ya, largo tiempo antes, si hubieran dado muestras de altivez de espíritu.

Para los parsis, el mal es el hermano gemelo del principio de la luz, con el cual combate, a través de los eones, con victorias y derrotas alternas. Esta visión desembocaba necesariamente en la veneración de los elementos, lo que había valido a sus sacerdotes el calificativo de magos. Los cristianos les tenían por gnósticos. Los musulmanes les habían perseguido durante siglos por todo el Oriente y acabaron por expulsarles también de la India, cuando llegó a su fin el dominio de los británicos en aquella región. A todo esto se añadía el hecho de que sus ritos causaban desagrado a muchas gentes. Cuando Lucius contemplaba a Budur Peri, le asaltaba a veces la idea de que este cuerpo estaba destina-

do a ser destrozado por las garras de los buitres, y ante esta imagen le asaltaban el terror y la ternura.

Aunque Budur pertenecía a la clase culta parsi, seguía alimentando ciertos prejuicios heredados que nunca se extinguen del todo. Así se echaba de ver en su reverente actitud ante las llamas, aunque fueran las de las velas que Lucius solía encender durante las comidas y que ella apagaba agitando la manga del vestido, ya que el contacto del fuego con el aire de la respiración era para ella un sacrilegio. Le repugnaban ciertos animales y a otros los consideraba sagrados, porque unos pertenecían al reino de la luz y otros al reino de las tinieblas, y entre unos y otros se repartían y

9 disputaban el universo. Por parte de su madre había heredado Budur Peri el sentido de las lenguas germánicas y su literatura. Hasta la reciente persecución, había trabajado en el seminario de Fernkorn. Al parecer, había sido la discípula predilecta de aquel achacoso pero altamente calificado germanista. Lucius, que gustaba de asistir a sus conferencias y le consultaba a la hora de comprar manuscritos, descubrió en Budur algunas huellas del pensamiento del profesor… así como algunos de los rasgos de que acusaban a Fernkorn sus adversarios. Se decía, por ejemplo, que reducía demasiado unilateralmente los aspectos literarios a referencias teológicas. Afirmaba que la historia de la literatura era hueca y vana si no recurría, como medio esencial, a la historia de la religión. En este sentido, comenzaba siempre por exigir a sus discípulos que averiguaran ante todo el contenido de fe de un autor, en cuanto fuente de su poder creador. Como ejemplo de método presentaba su estudio sobre Bakunin, al que había dado el siguiente lema: *Il* ny a *d’intéressant sur la terre que les religions.*

Y, con todo, nunca le produjo a Lucius la impresión clásica de la mujer marisabidilla. Su saber no era una llave para penetrar en las cosas, sino para entrar en sí misma. La rodeaba como un nimbo, como un vestido cuyos pliegues no hacen sino traslucir

la armonía del cuerpo.

Lucius regresó tarde de Vinho del Mar. La constante repetición de los ejercicios se estaba acercando ya al estado de la perfección mecánica. Era necesario que todos y cada uno tuvieran un esquema de la acción, aunque luego fuera preciso modificarlo sobre la marcha. Era importante, sobre todo, que se consiguiera una sensación de invulnerabilidad, en armonía con la seguridad semiautomática, semilúdica de la acción. El puñado de hombres se dedicaba con total entusiasmo a la tarea. Calcar, sobre todo, demostró ser un instructor incansable, dotado de excepcionales cualidades. Hacía poco tiempo que se le había nombrado *aquilifer.* Mientras que el combate con el enemigo era para Calcar el objetivo que daba sentido a su vida, Winterfeld parecía contemplarlo como un riesgo, una aventura de índole espiritual. Lo veía como un libro que debe leerse con ánimo tenso, como un juego en el cual se apuesta todo a una carta. Se sentía estrechamente unido a Lucius, y a éste le gustaba conversar con él.

De vez en cuando aparecía por la isla el comandante de artificieros, quien controlaba la parte técnica de las operaciones. Se prestaba una extremada atención a la serie de movimientos que debían realizarse en los espacios barridos por la radiación. Por la tarde solían dar un paseo en bote para familiarizarse con cada rincón de la costa. Se inclinaban, semidesnudos, al estilo de los pescadores, sobre la borda y seguían de cerca los movimientos de las doradas sobre el fondo rocoso. Arrojaban al aire un trozo de metal que imitaba la forma de un pez volador y, cuando el gran depredador saltaba fuera del agua para capturarlo, bastaba tirar del señuelo en el momento justo. Los peces habidos saltaban sobre las cuadernas mostrando sus escamas brillantes como ducados recién acuñados; luego, con el agotamiento, el color pasaba al púrpura y finalmente al violeta.

El señuelo de metal era uno de los juguetes del comandante de artificieros. En realidad, se trataba de una cámara fotográfica. De este modo pudieron fotografiar no sólo las costas de Castel-

marino, sino también el fondo del mar. Se trataba de dos actividades que se complementaban entre sí y cada una de las cuales tenía su peculiar atractivo. No era mala cosa. Al regreso, todavía tenían tiempo para beberse un vaso de vino con el *signor* Arlotto en el Calamaretto.

Donna Emilia había puesto, como de costumbre, el cubierto de Lucius en las habitaciones de Budur Peri y estaba preparando los alimentos en la cocina térmica del cuarto de trabajo. También estaba allí Costar, a punto para servir la mesa. De este modo se evitaban las visitas inoportunas.

Lucius esperaba durante todo el día estas horas de conversación como un permiso, como un tiempo de más denso contenido. Le parecía que hasta entonces su vida había sido un poco fría, un lugar vacío que ahora comenzaba a llenarse de color. Sólo cuando volvía la vista atrás advertía bien aquella falta. Las conversaciones entre hombres se reducían siempre a un rápido verse y pasar de largo, como entre los barrotes de unas rejas, que sólo se encuentran en los puntos de intersección. Pero aquí reinaba una atmósfera como la de los acordes estéticos, y las ideas marchaban aparejadas

0 como el tronco de caballos que tira sin esfuerzo, como en sueños. Se rodaba por encima del tiempo.

“Costar, puede servir.”

Apareció Costar, que colocó sobre la mesa los postres y las velas. Lucius se servía ahora del fonóforo. Al principio había evitado hacerlo, siguiendo las normas de precaución en que se había educado para todo lo que se relacionaba con las armas y los objetos tabú, y que se habían convertido en él en una segunda naturaleza. Pero le molestaban, como si estuviera acentuando una diferencia de clases que arroja sus sombras sobre los contactos

humanos. En definitiva, también hablaban en Castelmarino sobre el proyectado golpe de mano y sobre otros secretos. Y, a pesar de todo, sintió cierto malestar cuando vio que su invitada contemplaba el fonóforo.

“Éste es el famoso panmicrófono… ¿Puedo tocarlo?”

“Propiamente, no”, se oyó responder Lucius mientras depositaba en su mano el pequeño aparato. “Usted conoce los modelos que se venden en el mercado. Este sólo se diferencia por su mayor capacidad.”

Hasta hacía poco, los parsis gozaban de permiso para utilizar el fonóforo de los comerciantes y las gentes de negocios, pero se les retiró después de los recientes desórdenes. De hecho, apenas se veía en toda Heliópolis un adulto que no lo tuviera. Las aplanadas cajas se llevaban en el bolsillo izquierdo del pecho, del que sobresalían el grosor de un dedo. Se advertía a primera vista su radio de acción, y de él se derivaba -al igual que en tiempos pasados sucedía con los símbolos de rango

o las condecoraciones- cierta jerarquía, que se manifestaba en las cuestiones de presidencia, de preferencia de paso, o como documento de identidad ante las autoridades.

Serner había consagrado uno de sus estudios al fonóforo y publicó los resultados en un pequeño escrito bajo el título “Los tres grados de la igualdad”. Según él, la secuencia de las tres grandes revoluciones de la Edad Contemporánea había ido de lo religioso a lo político y de aquí a lo técnico. Las primeras grandes agitaciones habían estado dirigidas contra el estamento clerical. A través de ellas, cada individuo adquirió el derecho a presentarse personal e individualmente ante Dios. La segunda etapa se dirigió contra la antigua aristocracia y derrocó los privilegios de los señores feudales en beneficio de la libertad burguesa y el libre comercio. Finalmente, apareció el obrero y transformó los derechos burgueses en funciones del superhombre. En este cambio

desapareció la libertad, disuelta en la igualdad. Los hombres se parecían entre sí como moléculas, cuya única diferencia está en el grado de movimiento. A esta situación llamaba Serner mundo cinético o mundo laboral.

En este marco, el fonóforo pasó a convertirse en medio ideal de la democracia planetaria, en un instrumento qué vinculaba a todos y cada uno de los individuos de forma invisible. La existencia de la antigua asamblea popular, del mercado, del foro, se había extendido así a todo el planeta e incluso más allá. Pero, sobre todo, el fonóforo era un simplificador de enorme eficacia. Una vez llevado a su perfección, desaparecieron todas las dificultades técnicas inherentes al voto y a la consulta popular. La voluntad, el voto de las grandes masas, se conocían, y su recuento se llevaba a cabo, en fracciones de segundo, casi con la velocidad del pensamiento. En la Oficina de Convergencia se había instalado una máquina que realizaba operaciones matemáticas rayanas en lo milagroso. Allí confluían, como torrentes de ondas, el sí, el no o la abstención de legiones de personas, y en un instante aparecían los resultados.

Pero, proseguía Serner en su estudio, por este camino sólo unas pocas personas tenían derecho a plantear preguntas. Todos podían oír y dar respuestas, pero los temas sujetos a discusión eran determinados por un puñado de individuos. Existía, pues, la igualdad pasiva junto a enormes diferencias de función. Se repetían en estilo de autómatas las viejas ficciones del derecho electoral.

El fonóforo tenía también el carácter de emblema, en cuanto que indicaba *prima vista* los derechos económicos y políticos de su portador. Al antiguo castigo de privación de derechos ciudadanos lo sustituía en esta situación la retirada del fonóforo, cuyo número se borraba del sistema de coordenadas. Con el número, el castigado perdía también el rostro.

Lucius tomó el pequeño instrumento de oro y lo sostuvo a la luz.

Como si citara un texto de

Ernst Jünger HELIÓPOLIS $_{14}$ 1 propaganda, mostró a Budur Peri los cuadrantes luminosos, con sus cifras, y los contactos: "El panmicrófono. Modelo para audición normal. No se puede comprar, vender ni entregar a otro. Vinculado a la función del portador, no a la persona, con muy escasas excepciones honoríficas. "Transmite en cualquier instante información sobre el lugar y el tiempo astronómico, longitud y latitud, estado del tiempo y predicciones atmosféricas. Cumple las funciones de documento de identidad, pasaporte, cronómetro, reloj solar y brújula, y las de los instrumentos náuticos y meteorológicos. Comunica automáticamente, a las estaciones de salvamento y rescate, la situación exacta del portador en todo tipo de peligros de tierra, mar y aire. Señala la dirección y medición radiogoniométrica de cualquier lugar. Indica la situación de la cuenta financiera del titular en el *energeion* y sustituye, por tanto, a los talonarios de cheques en todos los bancos y oficinas de correos. Calcula inmediatamente el costo y expende billetes para cualquier viaje en cualquier medio de transporte. Sirve también de documento de acreditación personal cuando se solicita la ayuda de las autoridades locales. Si se producen agitaciones, confiere poder de mando. "Recibe los programas de todas las emisoras y agencias de noticias, académicas y de universidades, así como las emisiones permanentes de la Oficina de Convergencia y del Archivo Central. Permite consultar todos los libros y manuscritos y también oírlos de viva voz siempre que hayan sido registrados acústicamente en el Archivo Central y hayan sido consignados en la Oficina de Convergencia; está conectado con los teatros, conciertos, bolsas, loterías, asambleas, elecciones y conferencias y puede ser utilizado como diario y agencia de información, como biblioteca y como diccionario. "Garantiza la conexión con cualquier otro fonóforo de todo el mundo, a excepción de los números secretos. Puede protegerse contra otras llamadas. Se puede conectar simultáneamente con la cantidad de números que se desee; es decir, pueden oírse al mismo tiempo conferencias, exposiciones, deliberaciones. Así pues, une las ventajas del teléfono con las de la radio.

“Pero todo esto”, prosiguió Lucius, “no tiene nada de extraordinario. Lo realmente asombroso es que se halle condensado en un aparato tan reducido. Casi podría decirse que la materia, con sus rejillas cristalinas y sus metales radiactivos, está dotada de inteligencia inmediata y que aquí se ha conseguido uno de los puntos de tránsito de la técnica a la pura magia que tanto preocupan al consejero de minas. Para él, estas cosas son sólo muletas con las que se aprende a andar. Considera que la técnica es una especie de aceleración espiritual que lleva al vuelo libre y luego, en fin, a la paz. Para él, es sólo un experimento del espíritu. Los aparatos serán superfluos cuando se hayan descubierto las fórmulas definitivas. Entonces, la palabra, la poesía, tal vez la música, desplazarán a la técnica.” Budur Peri había vuelto a tomar el fonóforo y le daba vueltas en la mano con precaución. “Entonces, ¿para qué los rodeos? Se tiene la impresión de que el espíritu vuelve a dividir el mundo y se siente satisfecho cuando consigue los viejos resultados. Este pequeño aparato es ligero, pero para que tenga utilidad debe haber enormes listas de abonados.” “De hecho, existen estas listas. Pero no son transportables porque llenarían toda una sala. Se establece la conexión con la persona deseada a través de la información automática del Archivo Central, a no ser que sólo pueda darla la Oficina de Convergencia. En estos dos centros, y también en el *energeion,* cada panmicrófono tiene asignado un personal especial, de modo que se evita el esfuerzo de buscar la conexión deseada. Aquí arriba verá usted un disco de cifras para las conexiones fijas.” Lucius movió la ruedecilla e inmediatamente se oyó, alta y clara, en el aparato, la voz de Costar, que estaba en el cuarto de trabajo. “Aquí, Costar; a sus órdenes.” Lucius le hizo una pregunta y luego estableció otra conexión permanente. Se oyó la voz de Mario: “Aquí, Mario; a la orden.” “¿Tiene alguna importancia”, preguntó Budur Peri, “este ligero cambio de fórmulas?”

 “Significan una diferencia en la vinculación. Costar está unido en razón de su persona; Mario, de su función. La diferencia es casi inapreciable, parecida a la que existe entre la coordinación astrológica y la astronómica.

Con todo, pueden darse situaciones en las que la diferencia tenga efectos decisivos. Pero, ¿no le seduce la idea de conjurar a uno de los innumerables espíritus encadenados a estas cifras?" Le entregó el aparato: "Tres letras, nueve cifras… a su elección." Budur Peri movió el disco inferior y respondió una voz suave en una lengua extraña. "Suena como si viniera de las montañas limítrofes de la India… Tal vez ha distraído la meditación de un lama." Ella rechazó la cajita con un movimiento de contrariedad. "Debió de ser un espíritu de baja estofa el que inventó esta máquina para destruir la soledad." Lucius se mostró de acuerdo. "Acaba de expresar el más importante de los inconvenientes. Además, el aparato tiene su talón de Aquiles técnico, porque, cuando usted recibe o emite, se la puede localizar. Puede descubrirse el lugar en que se encuentra. Es una circunstancia de inapreciable valor para la policía." Desconectó la clavija que daba vía libre a la emisión y continuó: "Esto es lo que habría que hacer, estrictamente hablando, una vez acabada la conversación. Por este motivo empleamos también los viejos teléfonos, que pueden protegerse mejor. Cada nueva expansión de la zona de poder aumenta el número de posibles puntos de ataque. Es una ley matemática." ¿Puede establecer conexiones", preguntó Budur Peri, "más allá del espacio terrestre?" "Por supuesto, pero se ha limitado de propósito el alcance de los fonóforos. Por eso, las conversaciones que mantenemos con los tripulantes de los cohetes son cada vez más débiles, como si fueran hundiéndose en un medio más sutil. Sólo en muy contadas ocasiones se conceden a los habitantes de la tierra fonóforos como los que usan los pilotos azules. El consejero de minas tiene uno que le permite estar en contacto con el tesoro cósmico. Se dice también que el padre Félix puede llegar hasta el Regente." Entró Costar y quitó los candelabros. Lucius se despidió. Quería estar en las primeras horas de la mañana en Vinho del Mar, donde le esperaba Sievers. En una de las celdas de la Oficina Central, Büter hizo repetir algunos fragmentos de la conversación anterior y luego los copió en una hoja de informes. Llevó la copia, todavía húmeda, al despacho del doctor Becker, que iniciaba entonces su servicio. El trabajo en la Oficina Central se hacía básicamente durante la

noche -”Hijos, cuando llega la noche, soy el rey”, había sido una de las fórmulas predilectas de Messer Grande. El doctor, en su despacho de calaveras, se frotó las manos tras haber estudiado el informe. Palmoteó en los hombros a Büter, que se mantenía ante él en devota actitud: “No está mal, la cosa marcha.”

El último ejercicio fue realizado bajo condiciones reales de extremado rigor. El comandante de artificieros había hecho construir en una de las villas derruidas, en la punta sur de Vinho del Mar, una rejilla de irradiación. Explicó primero las posibilidades de contacto e ignición con modelos móviles desprovistos de protección. Siguió luego la tarea de cruzar las zonas bloqueadas llevando ya las armas impregnadas y las ropas de protección. Se hicieron también ejercicios prácticos de fundición de cerraduras y de puesta en acción de los pequeños explosivos. Al fin, Sievers se declaró satisfecho de todos los detalles técnicos.

Como tampoco Lucius tenía nada que objetar desde el punto de vista táctico, comunicó al jefe que todo estaba a punto. El general le ordenó que se mantuvieran listos para recibir la orden, pues se acercaba la fase de luna llena. Todavía le atormentaba el recuerdo del tanque-planeador derribado. El golpe de mano sobre Castelmarino iba a ser la factura. Era, además, una prueba de fuerza.

Lucius insinuó a Budur Peri que alimentaba la esperanza de poder liberar en breve a Antonio.

Ernst Jünger HELIÓPOLIS $_{14}$3 Costar había servido el té: la redonda tetera de cobre humeaba en el anillo de metal térmico. La hora era agradable. Lucius acarició la piel de “Alamut”, que descansaba, ronroneando, sobre sus rodillas. “Se dice que más allá de las Hespérides, en su patria, la técnica no tiene valor.” Budur deslizó la pregunta en el curso de una conversación a propósito de los recuerdos de la infancia y Lucius se dispuso a contestarla. Disminuyó la potencia de la luz y se inclinó hacia el regulador de ambiente. “Puede imaginarse el país de los Castillos como el

sedimento que permanece inmóvil pero es, sin embargo, el fundamento del movimiento. De hecho, el movimiento sólo tiene sentido cuando se le puede relacionar con algo inmóvil, como separación respecto a éste. Así considerado, podría definirse al país de los Castillos como la sustancia políticamente eficaz cuando se vincula al tiempo, pero que, en su núcleo, es inmóvil y obtiene de la quietud su fuerza como se obtienen los réditos del capital. Bajo esta perspectiva, no tienen allí aplicación las leyes de la técnica. ¿Me he expresado bien?" "Sí, le entiendo. Si Novalis hubiera sido historiador, habría dicho algo parecido. Pero mi pregunta no iba tan lejos. Quería decir que el movimiento, una vez desencadenado, puede llegar a ser tan poderoso que amenace devorar la sustancia bajo sus golpes. ¿Cómo podría usted hacer frente, en la práctica, a este peligro?" "¿Quiere usted decir cómo podremos asegurar nuestras posiciones para que no entren a su vez en movimiento y sean consumidas por él?" "Eso es", dijo Budur Peri; "porque realmente me resulta extraño." "Extraño lo es, desde luego… pero sencillo para una mirada no distorsionada. El espíritu sólo percibe el movimiento, no las sustancias; ve a los hombres, pero no la capa de la cual se desprenden, no el secreto e invisible baluarte en que se apoyan." "Esto lo comprendo bien; pero, si los hombres caen, su hogar quedará desierto. Ya no habrá fuerzas reproductoras. Los poderes que el Prefecto ha acumulado a su alrededor presionan por todas partes: es de temer que, a la larga, ustedes no podrán hacerles frente. Proyecta hacerse con el dominio sobre un mundo gris y nivelado. Deben desaparecer de la sustancia humana todas las diferencias y tradiciones; por eso el ataque a los parsis es una señal de amenaza contra lo que tiene en sí algo de peculiar." "No debe supervalorar el poder del Prefecto; en el fondo, es un poder de índole técnica y, por tanto, devoradora. No participa de la superabundancia del mundo, de la que sólo se aprovecha en calidad de adversario. Su victoria no haría sino poner al descubierto su vaciedad. Todavía se mantendría por algún tiempo, mientras estuvieran en marcha las tareas de liquidación, pero luego se secaría como una bomba carente de agua."

Todo estaba en silencio en Palacio, salvo las apagadas voces de los centinelas en los relevos de la guardia. Lucius calló. Oía el ronroneo de "Alamut" mientras chisporroteaban las chispas del regulador de ambiente. La conversación le reanimaba. Las cosas ofrecían un nuevo aspecto, como si la conversación las sacara de la oscuridad y les diera el brillo de la libertad. Reanudó el hilo:

"El país de los Castillos es más fuerte que cualquier posible movimiento, más fuerte incluso que la realidad. A veces, ésta se acerca a él. Y entonces los espíritus fuertes lo redescubren como redescubre un arqueólogo genial las ciudades míticas."

"Precisamente por eso se tiene la impresión de que su Procónsul vive en un castillo en el cual el tiempo no pasa."

"Puede afrontar ese riesgo porque sus fundamentos son muy profundos. En medio de las masas sigue vivo, como oro en la arena de los torrentes, un saber que no puede ser compartido. El problema que se le plantea al Prefecto es saber si la masa puede convenirse de nuevo en pueblo."

"Pero esta cuestión apenas parece preocupar a los mauritanos."

"No, más bien se alegran de que se formen masas: la masa es calculable."

"Hay una cosa que aún no veo con claridad", siguió diciendo Budur Peri; "me refiero a que los mauritanos tengan que acudir para su reclutamiento al país de los Castillos."

14 4

"La respuesta está en el hecho de que el espíritu sólo puede transformarse en poder dentro de ciertos límites. Por lo demás, la dependencia es recíproca: los señores de los castillos intentan a su vez ganarse a los mauritanos, para dar a sus pretenciones hereditarias un perfil espiritual, como una moneda que es preciso mantener en curso. Les encomiendan las cuestiones más sutiles, sobre todo las relativas al derecho público y a la economía teórica.

"Los mauritanos querrían, por el contrario, reducir a los señores de los castillos a meras tareas ejecutivas, para poner a su servicio sus dotes heredadas, sobre todo en lo concerniente al mando de las tropas, la administración consular y la diplomacia. Por eso la designación de los cargos más elevados se hace mediante compromisos."

Budur Peri le escuchaba con evidente malestar.

"Todo esto me parece demasiado complicado y pensado con el exclusivo propósito de mantener a los hombres sujetos al temor. Temo que haya avanzado usted demasiado por el laberinto."

Lucius desconectó el regulador.

"Tal vez tenga usted razón. También yo siento algo parecido en ciertos momentos, como ahora. Usted llegó en el momento oportuno.

Luego prosiguió:

"La estoy aburriendo, indudablemente. Las partidas que se juegan en este tablero son miserables. Pero, por mucho cavilar, no se recupera la inocencia. Casi se diría que Dios sólo protege a

quienes están pensando en hacer saltar la tierra por los aires: sólo entre ellos se encuentran el júbilo, el desprecio a la muerte, la voluntad absoluta que testifica la grandeza de una misión. ¿Acaso ello se debe a que, como en vísperas del Diluvio, esté proyectando una nueva creación? En tal caso, tal vez la misión del Regente sea la de un nuevo Noé."

Budur Peri se había puesto en pie. Le había escuchado con creciente excitación.

"Ahora está usted rozando cosas importantes. ¿Quién podría sentirlas mejor que los parsis? Nosotros hemos creído desde siempre que durante los tiempos de las tinieblas se prepara una nueva victoria del poder de la luz. Éste es el camino que usted debería recorrer. ¿ De qué le sirve al condenado que se le describa la ingeniosa máquina que se ha inventado para ajusticiarle? Usted debería consagrarse a cosas más agradables.

Lucius se echó a reír.

"No quiero negar que al tocar estos temas me invade cierta pasión. Pero ¿habría bastado la mera simpatía para arrancarla de las garras del doctor Becker? Y lo mismo ocurrirá con Antonio."

Era ya más de medianoche. Costar entró para vigilar el samovar.

"¿Dónde hemos conseguido este té?", preguntó Lucius.

"Lo compró Donna Emilia en casa de Zerboni antes de que su tienda fuera saqueada. Es negro, de Fukien. Nos queda todavía una buena provisión."

"Estupendo." Lucius se volvió a Budur Peri. "Es la mejor base para el elixir."

"Debería sacarse esa idea de la cabeza, Lucius. Antonio sabía por qué lo tenía bajo llave."

“Le liberaré para pedirle consejo.”

“Pero él no podrá eliminar el riesgo que usted corre.”

“Me parece que ese riesgo es sólo la mitad de grande y el doble de atractivo desde que su sobrina prometió participar. Iremos más allá de las fronteras de las palabras.”

Pidió a Costar que se quedara e hizo servir *vecchio.* Tras haberlo bebido, puso en marcha el regulador de ambiente a un ritmo que, más allá de las imágenes y las melodías, hacía descender hasta la percepción inmediata del ser.

LA INCURSIÓN CONTRA CASTELMARINO

SE HABÍA DADO ya el santo y seña que ponía en marcha el ataque a Castelmarino. Lucius entró en la habitación blindada para anunciar su partida. El jefe se levantó. Tenía el mapa de la isla extendido sobre su puesto de trabajo. Sobre la mesa flameaba, reflejándose en la oscura superficie, un ramo de lirios atigrados. El día era claro. La estación meteorológica del Pagos había anunciado una suave noche de luna llena, casi sin nubes.

El general no formaba parte del comando. El golpe apenas tenía importancia táctica y más bien servía para aumentar el prestigio. Con todo, la situación era delicada y podía provocar nuevos desórdenes. Por esta razón, y so pretexto de un ejercicio, se habían tomado amplias medidas de seguridad. El jefe, nada partidario de sentimentalismos, le despidió con una broma.

Lucius subió a la Volière para cambiarse de ropa. Tenía la intención de trasladarse a Vinho del Mar en uno de los barcos que hacían la travesía del mediodía y eligió la indumentaria usual para estas excursiones de placer. También Costar se mudó.

“Espero que mañana podré darle noticias de Antonio y acaso incluso traerle conmigo”, dijo Lucius a Budur Peri cuando se despedía de ella. Se abrazaron. Él la sintió ligera como una pluma, inmaterial. Todavía la seguía recordando a bordo del barco. La belleza de una hermana es como la de las estrellas, que no inspira deseos.

El sol tocaba ya las cimas de Vinho del Mar cuando deslizaron al mar el gran bote. El comandante de artificieros había ordenado adosarle un motor para facilitar el regreso. Por la tarde volvió a repasar todos y cada uno de los detalles y las posibles eventualidades y acompañó al grupo de hombres hasta la orilla. Allí se

despidió. Quería pasar la noche en la torre de vigía. También aquí se había reforzado la guarnición, lista para intervenir en cualquier momento. Les hizo una señal mientras la quilla crujía sobre los guijarros y luego se alzaba y hundía con el ritmo de las olas. Siguieron viendo durante mucho tiempo su roja barba en la playa.

Lucius empuñó el timón y gobernó el bote al estilo de los pescadores que exploran los fondos. El equipo estaba perfectamente empaquetado entre las cuadernas. Las armas, en cambio, estaban listas para ser empuñadas al instante. El azul del mar pasaba al negro bajo la luz vespertina y proyectaba anillos de oro allí donde los remos se hundían en el agua. Sobre él se destacaban magníficamente los cuerpos bronceados. Luego las costas se fundieron en el crepúsculo. Las primeras estrellas reflejaban su tembloroso brillo en la profunda oscuridad, que comenzaba a animarse como un enorme animal. En la torre de vigía de Vinho del Mar y, frente a ella, en las mazmorras de Castelmarino, las luces difundían su fulgor. En el norte, más allá de la ciudad marítima, se incendiaba el horizonte. Las señales luminosas de los puertos y aeropuertos latían en la rojiza nube de vapor.

Cruzaron con ligeros golpes de remo el estrecho de Castelmarino y se acercaron a la isla. Se oía el suave choque de las olas en el acantilado. La noche era pesada. El agua se combaba en torno a la quilla y junto a las palas de los remos; de vez en cuando se deslizaba por debajo de la barca un gran pez, como siluetado con mina de plata. Los oídos se agudizaban, la respiración se hacía más profunda.

El redondo disco de la luna emergía de una nube color perla. Su halo hacía palidecer el brillo de las estrellas cercanas. Destacaban los negros perfiles de las rocas. En la orilla de Castelmarino refulgía entre los arrecifes una estrecha hoz: el contorno del banco de arena elegido para el

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 14 6 desembarco. Lucius dio la señal

de listos para el combate. Los hombres tomaron las armas. Luego, el joven Winterfeld se deslizó sigilosamente sobre la borda y nadó hacia el banco de arena. Como explorador, debía asegurar el desembarco, aunque apenas eran de temer emboscadas. A los pocos instantes el bote enfiló la playa y chocó ligeramente con la arena. Los hombres lo izaron suavemente a tierra, ocultándolo bajo las sombras del acantilado. Abrieron los paquetes y se vistieron en silencio y con rápidos movimientos aprendidos en los ejercicios. Lucius consultó la hora. Luego asignó a Mario, encargado con otros dos hombres de mantener a salvo el bote, un lugar junto al acantilado. Estaba provisto de bengalas luminosas para señalar el lugar del desembarco en caso de retirada precipitada. Lucius había prometido a Melitta que tendría especial cuidado de él, por lo cual le había asignado este puesto, con el que Mario no se mostraba muy satisfecho. Se habría cambiado muy a gusto por Costar o Winterfeld. Quedaba todavía un cuarto de hora. Costar repartió un fuerte y humeante café guardado en un termo. Lucius hizo comprobar una vez más los relojes y dio la orden de partida. Abría la marcha seguido de Costar y Winterfeld; a corta distancia iba Calcar con el resto del grupo. Treparon, al principio con esfuerzo, por la empinada roca cubierta de lechetreznas y aulagas. Caminaron luego por un sendero, abierto tal vez por los animales, que llevaba al interior de la isla. De vez en cuando brillaba una luz en la torre de los calabozos, que les servía de orientación. La luna bañaba el paisaje con engañoso resplandor. La salvaje vegetación aparecía cortada de vez en cuando por terrenos cultivados, por pequeños jardines rodeados de plantas espinosas de los que ascendía un fuerte aroma. Lucius reconoció un campo de adormideras, cuyas flores brillaban como pálidas lámparas, y un campo de beleño. Venía luego una cuesta cubierta de una masa blanda y resbaladiza como de mica violeta. Flotaba en torno un fuerte y esponjoso aroma. Los pies se deslizaban por la pendiente. Se trataba, sin duda, de las huertas de hongos del doctor Mertens. Lucius recordó una conversación en el *Aviso Azul,* en horas ya avanzadas de la noche, en la que el científico se ufanaba de sus cultivos. Afirmaba que había conseguido comunicar la fuerza del crecimiento a la materia

inerte, creando de este modo sucedáneos de los elementos que de ordinario sólo la vida es capaz de producir. La “transformación de las fábricas químicas en fábricas fisiológicas” era uno de sus temas favoritos y que había costado no sólo grandes sumas de dinero al Prefecto, sino la piel de unos cuantos desgraciados. De manera enteramente similar a las teorías del doctor Becker, también estos experimentos tendían al canibalismo inteligente.

Tras haber contorneado el resbaladizo borde, alcanzaron una cima desde la cual se contemplaba el interior de la isla. Desde allí se descendía a una depresión en cuyo centro se alzaba el Instituto con aire de residencia campestre. La luz de la luna destacaba cada uno de sus detalles. Las paredes estaban además envueltas por un verde fulgor. Bajo esta luz era imposible intentar cruzar el espacio abierto sin ser vistos, pero una avenida de tuyas llevaba en línea recta hasta la misma entrada. Amparados bajo sus sombras, se acercaron cautelosamente al edificio con las armas a punto.

Lucius ordenó hacer alto ante un seto que rodeaba el parque. Calcar distribuyó a sus hombres de tal modo que todo el espacio, hasta la puerta de entrada, quedara bajo el fuego de sus armas. El se apostó en la retaguardia por razones de seguridad. Mientras tanto, Lucius, Winterfeld y Costar se vistieron las ropas de protección y avanzaron paso a paso y de sombra en sombra hasta el edificio.

El parque tenía una rala vegetación. En unas placas ovales figuraban los nombres de los árboles y arbustos. Brillaban las estrechas campanillas de una gran datura. Las rojas flores de los setos de hibiscos se oscurecían hasta el negro profundo. En estanques de piedra se abrían los nenúfares a la pálida luz. La puerta de acceso estaba abierta de par en par, en un gesto de engañosa hospitalidad. Lucius comprobó los peldaños de la escalera antes de subir por ellos. Tenía la misma incómoda sensación que se experimenta cuando se cruza un campo minado. El suelo era traidor.

El vestíbulo estaba cubierto de baldosas claras y oscuras a modo de tablero de ajedrez. Junto a él se hallaba la sala de recepción, amueblada con butacas y una mesa redonda. El conjunto ofrecía un

 aspecto digno; las paredes estaban desnudas, salvo un gran cuadro en el cual aparecían dos ancianos atareados sobre un fondo montañoso. Lucius se acercó y descifró la inscripción: “Moisés y Aarón reparten el becerro de oro detrás del Sinaí. Deveria.” Un ligero rumor a sus espaldas le arrancó de la contemplación de aquella singular obra de arte. Giró en redondo. Había entrado un viejo que contemplaba al grupo con ojos desorbitados. Vestía una librea listada. Su aspecto recordaba el de los criados de casas señoriales; blancas patillas descendían desde sus sienes hasta casi tocar la barbilla. Pero había en él algo repugnante, nocturnal. Sus párpados estaban enrojecidos y su piel mostraba un marchito color, como consumida por el hábito de infames pasiones. Tenía el rostro típico de aquellos cuya profesión les pone en constante contacto con cadáveres. Su mirada vagó de una a otra de aquellas figuras que se alzaban ante él, armadas y cubiertas de máscaras de vidrio, y se puso a temblar. Costar, que era el más cercano, le echó la mano al cuello y le sujetó contra la pared. Winterfeld le encañonó con su pistola. Lucius se acercó y le cacheó. El viejo estaba desarmado. Entonces le susurró: “¿Donde está el conmutador del sistema de protección? ¡Rápido, antes de que te mandemos al infierno!” Costar acentuó la presión. “¡Podríamos tostarte un poco!” El viejo empezó a tambalearse y su garganta pareció sufrir ataques espasmódicos que le impedían emitir ningún sonido: se oía sólo una especie de graznido, como el de un pájaro sorprendido en su nidal. Luego señaló un punto junto a la puerta de entrada. Le arrastraron hasta allí. Quitó un panel simulado en el revestimiento de la pared. Detrás apareció un conmutador junto al cual brillaba un ojo rojizo. Se trataba de un sistema de alarma de tipo normal; Lucius lo desconectó. Se extinguió la luz rojiza y en su lugar apareció otra lucecita verde. Las paredes adquirieron una nueva tonalidad. Lucius ordenó al portero volverse de cara a

la pared y encomendó a Costar su vigilancia. El incidente había sido favorable: ahora podrían actuar con mayor tranquilidad. Al parecer, salvo este vigilante de noche, no había nadie en el edificio. Al caer la tarde, Mertens y sus asistentes se apresuraban a regresar a la ciudad. Los servicios corrían a cargo de los propios prisioneros. Lucius y Winterfeld entraron en la biblioteca, que aparecía también iluminada por la luz sin sombras que brillaba en las paredes y sobre los lomos de los libros. Una mesa cubierta de revistas ocupaba el centro. Entre ellas aparecían no sólo la gran "Revista de toxicología general", cuyo redactor jefe era el propio Mertens, sino también los "Cuadernos de toxicología aplicada", del mismo autor, publicación que la Oficina Central consideraba materia reservada. Se acercaron a los estantes y examinaron algunos de los libros. La colección despertaba una impresión nefasta, tanto por los detalles como por la estructuración. Al parecer, habían dado con el departamento de Historia. Los títulos indicaban qie se trataba de obras antiguas. El primer volumen que abrió Lucius versaba sobre el cuadro clínico de los sufrimientos experimentados por un perro al que se había extirpado el cerebro, pero prolongándole la vida durante años por medios artificiales. Se trataba de una edición estatal hecha en Petrogrado hacia el año 1930. En el prólogo se celebraba el experimento como uno de los grandes triunfos de la ciencia. Winterfeld le entregó un librito cuidadosamente encuadernado en cuero y le señaló el título:

Memoria sobre la utilización industrial de la piel humana. Presentada por varios sabios a la Convención Nacional, en el mes de fructidor del año 4. Lucius b arrojó al suelo y se dirigió a un haz de folletos en rústica. Analizaban, al parecer, los progresos en la técnica de la difusión de tóxicos en la atmósfera. Entre otras cosas, figuraba en ellos la descripción de las instalaciones de una fábrica dedicad a la producción masiva del agente responsable de la parálisis infantil, impreso en Indianápolis en el año de gracia de 1952.

Comparado con esto, el paseo a lo largo de las catacumbas del

comandante de artificieros resultaba una bendición. Lucius no quiso seguir leyendo. Tomó a Winterfeld por el brazo:

“Deje en paz los mamotretos y dedíquese a su tarea.” Miró a su alrededor y reflexionó:

“Este sería el lugar más indicado para poner el ‘huevo de pato’. Démelo.”

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 14 8 El cadete le entregó la pequeña bomba. Tenía un peso considerable. Lucius estableció el contacto. Luego, con gran precaución, la colocó bajo la última fila de libros, cuyos *in folios* volvió a ordenar cuidadosamente. Cumplida esta misión, no había ya razón alguna para prolongar la estancia allí. Con todo, retuvo con un gesto a su acompañante y dijo: “Vamos a registrar el edificio…” Y reflexionando añadió: “… para no causar daños a personas inocentes. Winterfeld asintió y abrió la puerta más próxima. Llevaba a un amplio laboratorio. Reinaba en él un orden minucioso; cada puesto de trabajo estaba provisto de un sumidero de cristal. Esta circunstancia, unida a otros detalles, daba suficiente idea de la clase de material que allí se manipulaba. Caminaron a través de mesas cubiertas de balanzas, microscopios y probetas y llegaron a un pasillo sobre el cual se abrían varias puertas. Todas ellas tenían su correspondiente rótulo, como en los edificios científicos. Se veían títulos como “Director”, “Museo”, “Jaula de serpientes”, “Archivero”, “Segundo asistente”. Lucius abrió una de las habitaciones, que llevaba la inscripción “Sala de disección”, y echó una rápida ojeada al interior. El cadáver de un desconocido yacía sobre una placa de vidrio abundantemente regada por un chorro de agua corriente. El cadáver había alcanzado el último grado de la consunción. Lucius se inclinó sobre aquel rostro, en que aparecía una risa inmóvil, y meneó la cabeza. “Debe de haber un calabozo en el edificio.” “Entonces, sólo puede ser éste”, respondió Winterfeld señalando una puerta, junto a la sala de disección, que llevaba el rótulo “Ayudante de laboratorio”. Y añadió: “Se dice que el doctor Mertens tiene un extraño sentido de las sutilezas gramatica-

les." Lucius sonrió. Aquella observación marginal le gustaría al jefe y merecería que el joven fuera propuesto para una cruz. Dedicarse, en los momentos de máxima tensión, ya sea originada por el peligro o por el placer, a esta clase de combinaciones, al parecer con ánimo no afectado por la situación, pasaba en Palacio por virtud. No podía excluirse la posibilidad de que hubiera también una dosis de cinismo. En el cuarto de trabajo del Próconsul pendía un cuadro del conde Dejean. El pintor le había retratado contemplando una flor momentos antes de ordenar el ataque a Alcanizas. La proximidad de la muerte debía arrojar una cruda luz sobre las cosas, lo mismo que una fuerte presión revela la estructura cristalina de la roca. Se rozaba aquí a veces *l'art pour l'art.* La puerta, de acero, era la única sólidamente cerrada. Era preciso forzarla. Siguiendo las instrucciones de Sievers, colocaron una carga junto a la cerradura. El relámpago del encendido fue seguido de una sorda explosión. La vaina resonó al caer sobre las baldosas del pasillo. La puerta saltó. La carga ígnea había fundido un redondo agujero en el metal. Entraron. El espacio carecía de ventanas, aunque las blancas paredes brillaban con cegadora luz. La habitación se había llenado del humo del acero vaporizado. Todo el ajuar se reducía a una estrecha yacija. Al entrar, un hombre de grises cabellos y blanca y descuidada barba se incorporó a medias. Se volvió, presa de violentos espasmos de tos. Lucius se acercó a la yacija y contempló la macilenta figura. La blusa de lino usual de los prisioneros del Casteletto apenas llegaba a cubrir sus lastimosos miembros, que recordaban un esqueleto revestido de piel. También Winterfeld contempló el terrible cuadro. Murmuró: "Se diría que el jefe médico le ha mantenido a dieta… Un musulmán." Lucius de inclinó sobre aquel cuerpo descarnado y le apretó cuidadosamente la mano. "Antonio… ¡cuánto ha cambiado usted! Casi no le había reconocido. Pero sospechaba que le hallaría aquí. He venido a liberarle. También su sobrina está a salvo." Una sonrisa comenzó a iluminar los rasgos del parsi como tras una capa de ceniza. Acarició los brazos de Lucius y susurró: "Sí, Budur… Su suerte me afligía más que ninguna otra cosa. Se halla a salvo. Aunque esté soñando, es una buena noticia. Tengo sed." Lucius tomó la

botella que Costar le había entregado y le dio un sorbo. El fuerte café, mezclado

 con ron, pareció reanimarle. Se irguió y su voz sonó más clara. “Usted es el comandante de Geer. He grabado muchas veces sus armas en sus libros… un hierro de lanza en forma de lis. Usted me ha alcanzado como debe alcanzarse a un hombre.” Le miró con expresión agradecida. “No esperaba que el Procónsul se acordara de mí. Lo único que deseaba era la muerte.” Se llevó la mano al pecho como acometido por un repentino dolor. “Me han dado veneno. No hay nada en esta casa que no esté envenenado. Ni el pan, ni el agua, ni siquiera el aire que entra por el ojo de la cerradura.” Señaló una tablilla que pendía sobre la cabecera del lecho. Estaba cuadriculada y en ella se marcaba la curva de la fiebre, combinada con otras líneas. El doctor Mertens pasaba por ser una de las mejores cabezas de Heliópolis, un profundo conocedor del cuerpo humano y sus posibilidades, y era seguro que trazaba aquellas líneas sobre el gráfico con el mismo placer que un compositor lleva sus melodías al pentagrama. Lucius abrochó la bata del postrado anciano. “Aquí está su calzado, Antonio. Olvide todo esto; pronto habrá quedado a sus espaldas y le parecerá un mal sueño. Budur le espera. Usted volverá a trabajar y a deleitarnos con su arte.” Le ayudó a levantarse de la yacija. “Tenemos que darnos prisa. Dentro de media hora no quedará aquí piedra sobre piedra.” Se apresuraron a salir de la celda; Winterfeld abría la marcha mientras Lucius sostenía a Antonio por el brazo. Apenas habían cruzado el umbral, se produjo un incidente. Oyeron el chisporroteo de una seca descarga y en el vano de la puerta zigzagueó un enrejado violeta. El brillo se desvaneció con la velocidad del relámpago. Winterfeld se volvió con un estremecimiento. “Un cortocircuito. ¿Está bien, mi comandante?” “Creo que no me ha tocado. Deberíamos haber pensado en esto. Es un fastidio.” Miró a Antonio, que no pareció haber advertido lo sucedido. Lo único que ocupaba su mente era la esperanza de escapar de aquella mazmorra. “No podemos llevarle así. Traiga al portero, Winterfeld.” “A la orden, mi comandante.” Lucius le gritó, cuando se

alejaba; “¡Manténgase siempre a sus espaldas!” Winterfeld regresó con Costar y el prisionero. Lucius indicó al hombre la puerta. “Entre en la celda. Vamos a encerrarle aquí.” el viejo se resistió. “Imposible, no; ahí dentro, no.” “Eso es lo que yo pensaba, amigo. ¿Con que sabías que había otra rejilla? ¡Esto te va a costar el cuello!” el portero cayó de rodillas. “Estaba tan asustado que no me acordé. Le digo la verdad, señor. Sé muy bien que de todas formas estoy perdido. El doctor Mertens…” “¡Cállate! Habla sólo cuanto se te pregunte.” Se volvió a Costar y Winterfeld. “Podemos quitarnos las ropas de protección. La salida está libre, ya que él ha pasado.” Se quitaron el tejido. Se desembarazaron también de la parte del equipo ya inservible, conservando sólo las armas. Lucius les urgía porque era de temer que el contacto habría alarmado a los centinelas del Casteletto. Costar sujetó al portero por el cuello y le empujó hacia delante mientras Lucius ayudaba a Antonio. Llegaron a la salida sin dificultad y corrieron a través del parque hasta el seto tras el cual esperaba Calcar con su grupo. Apenas habían alcanzado las sombras cuando el enemigo anunció su presencia. En el Casteletto retumbó un disparo de cañón. Le siguió el reguero de luz de un proyectil que ascendió a lo alto despidiendo haces de chispas y luego se desparramó como una cegadora bengala. Los suaves perfiles de la luz lunar quedaron disueltos en un vivo y crudo resplandor. El círculo de luz del proyectil suspendido en el aire iluminó toda la isla y las aguas próximas. Pronto se dejaron oír, en la zona de la torre-prisión, gritos y llamadas y los estampidos de un fuego graneado pero impreciso.

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 15 0 Se había descubierto demasiado pronto el golpe de mano. Sólo cabía esperar que el primer instante de confusión favorecería la retirada. Lucius buscó a Calcar con la mirada. Le descubrió en un oscuro grupo, inclinado sobre un cuerpo caído. Habían abatido al portero.

Otros proyectiles seguían elevándose desde la prisión. Se oía el chasquido de las balas en los árboles y los muros del Instituto. Lucius indicó a Calcar que fuera retrocediendo con sus hombres

por la avenida y le siguió con Winterfeld y Costar. Antonio se mantenía mejor de lo que habría sido de esperar. El aire de la noche pareció reanimarle y espolear sus energías. No hubo que hacer altos por su causa.

Al amparo de las sombras de los árboles alcanzaron la falda de las colinas. La isla estaba ahora intensamente iluminada, como una arena, por un gran número de luces. Cuando las bengalas se extinguían, surgían de ellas pequeñas nubecillas blancas que esparcían también luminosidad. Y seguía ascendiendo al cielo el rastro perlado de nuevas trayectorias de chispas. Se oían disparos, sirenas, ladridos de perros, voces de las patrullas que se comunicaban entre sí.

En el centro de la isla brillaba, rodeado de negros árboles, el Instituto. En torno a él se concentraba un resplandor tan vivo que parecía devorar la realidad del edificio y prestaba a sus muros una vida imaginaria, el brillo fantástico de una fata morgana. Lucius lo contemplaba como el arquero seguro de su presa. Tomó el pequeño emisor y apoyó el pulgar sobre el botón de contacto. En las escaleras del Instituto se veían figuras del tamaño de hormigas. Esperó todavía un instante.

Es curioso, pensó en su interior, que pueda actuar sin sentir el menor escrúpulo cuando la muerte se produce a través de relojes y combinaciones abstractas. Esto sólo puede deberse a que el mal actúa como un poder de la naturaleza en hombres como Calcar, mientras que en mi caso actúa como una fuerza del espíritu. Se volvió hacia Antonio, que estaba a su lado.

"Antonio, contemple una vez más el lugar donde le han atormentado. Tampoco las mazmorras han sido construidas para la eternidad. Preste atención."

De pronto, la casa, con sus ventanas y puertas, pareció iluminarse desde el interior. Las columnas y fachadas la rodeaban como una filigrana. Luego se escindió el frontis y ascendió hacia el fir-

mamento una azul llamarada bordeada de un blanco cáliz dentado. El espectáculo era cegador. Siguió una súbita y profunda oscuridad. Sólo al cabo de unos segundos recuperaron la capacidad de visión y entonces pudieron contemplar, en el lugar donde antes se alzaba el Instituto, una columna de humo. Alcanzó una enorme altura y se expandió en forma de una nube que muy pronto cubrió toda la isla. El inteligente desolladero del doctor Mertens había volado en átomos y desaparecía como una pesadilla.

La visión del llameante fuego había llenado a Lucius de un júbilo insospechado. Experimentaba una suprema seguridad, sólida como la de una estatua; se sentía vinculado a un campo de fuerzas de inmenso poder.

A la explosión siguió un momento de paralizado terror, pero inmediatamente se reanudó el tumulto. Al parecer, la isla contaba con una guarnición más nutrida de lo que se había supuesto. Se apresuraron a correr hacia el lugar del desembarco. En la pendiente, el suelo era resbaladizo y traidor; fueron a dar en los jardines de hongos, en cuya superficie se reflejaban funestamente las luces. Hubo también que hacer alto entre los acantilados y en los setos de aulagas, sobre todo porque de pronto a Antonio comenzaron a fallarle las fuerzas. Entre Winterfeld y Costar, consiguieron hacerle avanzar. En medio de los contratiempos, contaban con la circunstancia favorable de que, gracias a las bengalas disparadas por Mario, la orientación no ofrecía problemas.

"Lo peor viene al fin", dijo Winterfeld, ya en la orilla, señalando el firmamento, donde se iba haciendo cada vez más densa la concentración de proyectiles.

"Sí, nos han descubierto."

El grupo estaba ya completo. Lucius ordenó lanzar el bote al agua, que brillaba como plata líquida.

Apenas a flote, retiraron los remos. Mario puso en marcha el motor mientras Lucius se sentaba al

Ernst Jünger HELIÓPOLIS $_{15}$ 1 timón y buscaba la mar abierta. Sentía un agudo dolor en el brazo derecho, como si hubiera sufrido una quemadura. Antonio decaía por momentos; estaba tendido en el fondo del bote. La luz era tan penetrante, que se veía el rocoso fondo del mar. El bote, visible desde lejos, navegaba en él como sobre la superficie de un espejo. Cuando abandonaron la protección de la pequeña bahía, cayeron también bajo el radio de acción de los reflectores de la tierra. Primero les descubrió un proyector de gran potencia, al que muy pronto siguieron otros. Lucius había contemplado demasiadas veces el cuadro, tanto en maniobras como en combates reales, para dudar de la suerte que les aguardaba. Primero la presa se empapaba de luz, luego comenzaba a humear y finalmente saltaba hecha astillas en la noche mientras mil ojos miraban ávidos y satisfechos a su alrededor. Movió el timón para trazar un rumbo zigzagueante, aunque la maniobra sólo suponía un aplazamiento del inevitable momento final. Pero de pronto se produjo un cambio inesperado: la torre de vigía de Vinho del Mar tomó parte en la batalla. En su cima se veía ondear, bañada en luz roja, el águila del Procónsul, y desde sus troneras partieron rápidas andanadas dirigidas contra el Casteletto. Se extinguió el chorro de luz del gran proyector. También el comandante de artificieros intervino en la batalla. Era indudable que había estado esperando con impaciencia la oportunidad; al parecer, con gran sorpresa de Lucius, ordenó también dirigir los disparos hacia las cercanías del bote. Debía de emplear proyectiles especiales. Se deslizaban silbando sobre la superficie del agua y de sus trayectorias surgían columnas de nubes. Muy pronto la bahía y el estrecho quedaron envueltos en una densa humareda. Los hombres, ya casi aletargados, se incorporaron. Vivieron aquella especie de júbilo que inunda el corazón cuando la muerte ha pasado rozando la vida. Aquel viejo petardero parecía una inagotable caja de sorpresas. Podía confiarse en él. Tenía excelente fama entre la tropa y la hazaña de hoy añadiría una nueva página a las leyendas que le ro-

deaban. Lo que hace de un hombre un soldado es, en realidad, muy simple, y Sievers lo tenía por instinto: estar en el momento exacto en el lugar oportuno. El fuego comenzó a dispersarse hasta extinguirse del todo. Lucius enderezó el rumbo hacia la torre de vigía, adonde arribaron sin incidencias. El comandante de artificieros les estaba esperando en la orilla y les saludó con la mayor cordialidad. Lucius le dio las gracias. “Y ahora, comandante, ¿qué me dice de mis triquitraques?” “Que son excelentes, como todo lo que ofrece el Arsenal. El jefe se sentirá extremadamente contento.” “No vendrá nada mal que sepa que aquí tenemos algo más que chatarra.” “Délo por seguro.”

Lucius hizo trasladar a Antonio a una de las bóvedas de la torre y colocarlo en una cama. No había allí ningún médico, pero hasta el más profano podía ver que el parsi estaba viviendo sus últimos intantes. En su cuerpo aparecían las huellas de profundas quemaduras. Hasta el dibujo de la blusa se marcaba en su piel. Tras haberle examinado, el comandante de artificieros miró a Lucius, quien dijo:

“Provocamos un contacto: creo que yo también he sido alcanzado.”

“Déjeme ver, comandante.”

Lucius descubrió el brazo, que estaba fuertemente enrojecido.

“Puede decir que ha tenido suerte. Sólo le ha rozado. Ya le dije que las ropas sólo servían para evitar el contacto, pero que no protegían contra la irradiación. Con todo, disminuyen su eficacia. Tendría que haber llevado para el golpe al viejo Sievers, que conoce bien el juego.”

El comandante de artificieros salió en busca de las vendas previstas para aquellos casos. Lucius se quedó solo con Antonio. El moribundo deliraba. Al parecer, creía deambular por jardines de fuego. En su excitación, arrancaba briznas de la paja del lecho.

Pero luego pareció recobrar la calma y su rostro se iluminó. Lucius se arrodilló junto a la cama y le acarició la mano. Preguntó:

"Antonio Peri, ¿me oye?"

Antonio hizo un gesto de asentimiento, aunque sin mirarle.

15

2 “Sí, le oigo. Oigo su nombre como en un navío.” Buscó a tientas la mano de Lucius. “Le doy las gracias, mi querido amigo. Le doy las gracias porque puedo decir adiós aquí. Es mucho mejor que en aquel espantoso lugar. Usted no sabe lo que esto significa para mí.”

Como el que es asaltado por un súbito recuerdo, añadió: “Usted se ha hecho cargo de Budur. La dejo bajo su protección.”

Lucius se acercó a su oído y susurró:

“Puede estar seguro de ello, Antonio. Conozco lo que ella vale. Hemos rescatado también las cosas que tenía usted en su cámara secreta, incluido el diario de navegación. Queremos probar la bebida de laurel.”

Antonio sacudió la cabeza.

“La bebida de laurel es amarga. Os lo prevengo. El que busca los éxtasis ronda por las antesalas de la muerte y en torno a oscuras entradas. Yo pasé muchos años en estas cosas, y así llegué por fuerza hasta aquella mansión del tóxico. Allí tuve que pagar la factura de las fiestas.”

Pareció acometerle un nuevo temblor; se agarró al brazo de Lucius. Ahora sus palabras salían con acento conjurador.

“Pero todo esto ha pasado ya; pagué con la misma moneda. Ahora tengo que pensar en las únicas cosas importantes. Ya que usted me ha salvado y traído hasta aquí, espero tener los únicos funerales que garantizan la salvación. Escuche bien lo que ha de hacer con mi cuerpo cuando me haya separado de él.”

Se acercó con gran esfuerzo al oído de Lucius y habló con voz suave y clara.

"Todavía residiré en mi cuerpo tres días antes de que me separe por completo de él, cuando llegue la hora de la partida para el gran viaje. Este es el período en que los demonios son especialmente poderosos, sobre todo Drug, la espantosa mosca de los cadáveres. Sólo puedo resistirlos si se cumplen con toda exactitud las ceremonias.

"Procure que mi cadáver sea envuelto en un paño de lino puro de modo que ni una sola gota de lluvia pueda tocarlo durante el trayecto. Luego tiene que ponerlo bajo la protección de un sacerdote que lea a mis oídos los textos sagrados. Éste deberá hacer que lo trasladen a las torres para la transformación prescrita, la que no mancilla la pureza de los elementos."

Lucius había escuchado con ánimo tenso las palabras, que se iban debilitando por momentos. Luego recostó al moribundo con precaución.

"Antonio, he escuchado sus deseos y los he grabado en mi corazón: serán cumplidos. Usted me verá en su comitiva."

LOS FUNERALES DE ANTONIO

EL SOL aún no había salido pero derramaba ya su luz. El Pagos yacía bajo la niebla matutina, que presagiaba un día espléndido.

Lucius se hallaba junto al pequeño cementerio, al pie del monte, no lejos del Wolters' Établissement. Ningún rumor llegaba aún de Heliópolis. La niebla limitaba el campo de visión, pero suscitaba un sentimiento de proximidad, de aislamiento, como el que domina en los espacios interiores. En el húmedo ambiente, los sonidos eran más claros, más íntimos que en la atmósfera clara. Y así Lucius percibía el murmullo de las oraciones como si sonaran en sus oídos, aunque el grupo que las recitaba apenas era visible. Se habían reunido ante una capilla de blancas paredes y arqueadas ventanas construida al estilo parsi.

En este edificio, situado en la zona de dominio proconsular y cerca de las torres, había buscado refugio, después de la persecución, un sacerdote parsi. Lucius le confió el cadáver de Antonio por encargo de Budur Peri. Transcurridos los días destinados al servicio fúnebre y sus ritos, se preparaba ya la ceremonia del traslado del cadáver.

En esta ceremonia adquirían una importancia extraordinaria los ritos mágicos y todo cuanto hacía referencia a la purificación. Lucius se mantuvo a cierta distancia. Había reflexionado largamente sobre la ropa que debería vestir en aquella ocasión y al fin, a pesar de algunas vacilaciones, se decidió por el uniforme. Tal vez de este modo podría comunicar a aquellas gentes oprimidas, sobre todo al sacerdote Aliban, un sentimiento de seguridad. El cortejo parsi estaba enteramente vestido de blanco, con estricta separación entre hombres y mujeres. No eran muy numerosos, porque sólo pudieron acudir los que, después del saqueo de la parte alta de la ciudad, consiguieron refugiarse en la

zona de influencia del príncipe o residían ya en ella con anterioridad.

Lucius contemplaba la escena con ojos fatigados por las largas vigilias; apenas había dormido después del golpe de mano. Además, la quemadura que sufrió no era tan inofensiva como Sievers había imaginado. De todas formas, la fiebre le proporcionó un excelente pretexto para retirarse durante horas enteras, lo cual le permitió dedicarse a los trámites de la herencia de Antonio y al cuidado de Budur. Aun así, tuvo que rendir algunos informes y mantener algunas conversaciones sobre el tema. El príncipe, por su parte, le pidió una relación personal de los hechos.

El jefe se sentía sumamente satisfecho por el curso de los acontecimientos. Opinaba que era una confirmación de su teoría de que unos cuantos golpes duros y bien asestados eran mucho mejores que pequeños alfilerazos. El Prefecto había retrocedido y no se atrevió a reanudar las luchas en el recinto de la ciudad, lo que era signo evidente de que tenía plena conciencia de la debilidad de su posición. Al mediodía siguiente al golpe de mano, hizo enviar una nota al Procónsul que fue contestada por el jefe. La respuesta estaba redactada en el estilo de los "lamentos cínicos", la única prosa que la Oficina Central era capaz de entender. La actuación de bandas de salteadores era un indicio de la incapacidad de la policía, si no de algo peor. Les había producido un vivo sentimiento de pesar el incendio del Instituto; pero la índole de los materiales que allí se empleaban permitía suponer que tal vez la explicación más obvia era la de un incendio espontáneo. El comandante de la torre de vigía había actuado, de una parte, en legítima defensa y, de otra, guiado por la intención de apoyar con su fuego a la guarnición del Casteletto. Y venía a continuación la propuesta usual en estos casos: nombrar una comisión de investigación. El Procónsul aceptaría sin ningún inconveniente que dicha comisión estuviera presidida por Phares, el comandante del crucero del Regente estacionado en el puerto de cohetes y conocido por su imparcialidad. Todo el mundo sa-

bía que Phares jamás aceptaba tales misiones.

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 15 4 El Prefecto no contestó a esta nota y descargó su furia en la prensa a sueldo de la Oficina Central. El jefe, en cambio, hizo publicar en la Gaceta oficial un telegrama de felicitación de Dom Pedro al Procónsul. En el mismo número aparecían toda una serie de menciones y promociones. El comandante de artificieros podía añadir una nueva cinta a su colección de condecoraciones. Esta vez se le concedía por "su iniciativa personal" frente al enemigo. También se citaban los nombres de Calcar, Mario y Costar. El jefe estaba particularmente satisfecho del comportamiento de Winterfeld. Había modificado su opinión sobre el joven y tenía prevista para él una promoción excepcional. Propuso un permiso en el país de los Castillos para Lucius y éste se mostró de acuerdo, pues de este modo esperaba poder llevar a Budur más allá de las Hespérides, a lugares de mayor seguridad. Por lo demás, también él se sentía necesitado de descanso. El golpe de mano, que tanta satisfacción y seguridad había causado en Palacio, le había dejado un amargo sabor de boca. Aquella escisión que se iba abriendo paso en su interior no había sido superado por la acción. Habría requerido la despreocupación del joven Winterfeld, que consideraba aquellas operaciones como aventuras que apaciguan el corazón. Pero a él, en cambio, le oprimía el aspecto oscuro de aquellas imágenes, su lado de perversidad, que dejaba tras sí un poso de aversión. Tenía que concentrar en ello todas sus energías y, sin embargo, se sentía dividido en varias tendencias. ¿Dónde estaba la senda para salir del laberinto?

El sol comenzaba ahora a iluminar la niebla desde el cabo Rojo, despertaba los colores y las voces de las aves. Enmudeció el murmullo de las plegarias, sustituido por las lamentaciones. El cadáver fue sacado de la capilla y suavemente depositado en el suelo por los portadores, los nazazalares. El sacerdote marchaba detrás. Ahora, siguiendo las costumbres prescritas, se exponía el cuerpo, completamente envuelto en blancos lienzos, a la mirada de un perro. Lucius recordó el brazalete de vidrio que le había

dado Budur Peri y lo rompió en la mano.

El sacerdote tocó el cadáver con un hisopo sumergido en *nirang* y lo bendijo. A continuación los portadores tomaron de nuevo las andas y avanzaron lentamente con su carga hacia la montaña. La comitiva fúnebre se unió a ellos, primero el sacerdote, luego los varones y finalmente las mujeres, de dos en dos, con las manos envueltas en lienzos. Se mantenían a cierta distancia porque el cadáver, como todo lo que está muerto, pertenecía a Ahrimán.

En este orden cruzaron la puerta de los jardines que bordeaban el cementerio. El césped estaba recién cortado y la niebla, ahora transformada en rocío, brillaba sobre el verdor. Alternaban los setos de hibiscos y los grupos de altos árboles.

En sus frondosas islas se alzaban los claros troncos de las palmeras y los rojos candelabros de los framboyanes. Mariposas listadas y colibríes agitaban las grandes flores, que entonces se abrían. Hasta aquí llegaban también las abejas del padre Félix para su primera libación.

Cruzaron aquellos tempranos jardines como por un atrio de exquisitas alegrías y siguieron por un sendero cubierto en forma de bóveda y enarenado con polvo de ladrillo. Estaba bordeado de grandes conchas y ascendía hacia la altura salvando sobre puentes de bambú las venas de agua de la montaña. La meta estaba ya a la vista y la comitiva hizo alto.

Brillando bajo la luz, aparecieron las torres del silencio. Se erguían como aplastados troncos de cono, al modo de extinguidos cráteres, en la solitaria altura. Ya su simple visión explicaba su nombre. Un enorme silencio se expandía a su alrededor. Destacaban en primer término las torres de los hombres y de las mujeres y, a su lado, otra más pequeña destinada a los niños. Detrás de ellas se alzaba una cuarta construcción, cuadrangular, para los malhechores condenados a la pena capital.

Las almenas de las torres de la muerte estaban coronadas, como
cascos, por oscuros montones de plumas. Los ojos se sentían
atraídos sobre todo por esta corona que sombreaba, como con
un reborde de ceniza, las orillas del cráter. Los portadores avan-
zaron con su carga hacia la torre de los hombres. Apenas entra-
ron en terreno abierto, comenzó a agitarse el penacho de plu-
mas. La mirada advertía entonces, como en un cuadro enigmáti-
co que va adquiriendo forma, que estaba formado por un anillo
de poderosas aves que soñaban allá arriba. Ahora, olfateando su
comida, alzaban el

 vuelo desde sus pedestales. Se
elevaban en amplios círculos y planeaban luego, como oscuras
nubes, sobre la torre del sepelio. Lucius sintió que la sangre se le
helaba en las venas; en este cuadro se reflejaba, en su cruda reali-
dad, el horror de la muerte. Ninguna otra costumbre de ningún
pueblo exponía tan al desnudo, tan despiadadamente, el destino
de la carne. Los portadores habían abierto la gran puerta y lleva-
ron el cadáver al interior. Allí lo depositarían sobre el banco de
piedra y romperían con ganchos los lienzos que lo envolvían.
También desde las otras torres habían alzado su vuelo grandes
bandadas de buitres; todos ellos se habían unido formando un
anillo que sobrevolaba en lentos círculos el lugar del sacrificio.
Regresaron los servidores de los muertos una vez cumplida su
misión. Apenas habían cerrado la pesada puerta cuando las aves
descendieron, girando y batiendo sus dentadas alas, y se lanza-
ron al interior de la torre como tragadas por una vorágine. Aho-
ra estaba en sus garras y era pasto de sus picos lo que había que-
dado de Antonio. Pero él había emprendido ya el gran viaje, ha-
bía penetrado en el mundo de cristal cuyas aventuras describe el
Libro de los muertos. Había superado los dolores y también la
voluptuosidad postrera con que el espíritu arroja la rojiza y gas-
tada envoltura de que se había vestido durante la peregrinación
terrena. La abandonaba ahora, como horrible presa, a los bui-
tres. Los sentidos se habían unificado en el sentido como se con-
centran los colores en el majestuoso blanco.

LA NOCHE DEL LAUREL

SOBRE LA MESA descansaba el diario de navegación. Habían leído una vez más los pasajes relativos a la bebida de laurel. Lucius dejó a un lado la lupa que había utilizado para descifrar el escrito.

“No deja de ser curioso que Antonio se atreviera a emprender estas excursiones al mundo del espíritu y sus sueños, que son testimonio de una gran libertad, y, sin embargo, estuviera al mismo tiempo tan sujeto a los rígidos ritos mágicos.”

“Mi tío apenas reflexionaba sobre estas cosas. Yo diría que se trataba más bien de un contrapeso a la libertad… La aventura parece especialmente seductora en un mundo regido por la ley.

Budur Peri dio esta respuesta mientras se ocupaba del té. El gato “Alamut” ronroneaba plácidamente instalado en una butaca. Sobre la mesa se hallaba la pequeña redoma rodeada por hojas de cáñamo y laurel.

Lucius se sentía recuperado. Había cicatrizado ya la herida de la dura irradiación. Quedaban ya atrás los días febricitantes que había pasado en compañía de Budur. También había girado algunas visitas a Ortner en su jardín. Frutas de diversas clases maduraban ya allí.

Se había fijado la fecha de la partida. Llevaría consigo a Costar, Donna Emilia y Budur Peri, y harían el viaje en una de aquellas pequeñas máquinas del Procónsul que ascendían al cielo desde la falda del Pagos. Theresa le había proporcionado pasaportes en blanco. Sólo quedaba ya este experimento. Probablemente habían creado una excesiva tensión durante la espera, la habían romantizado a través de las numerosas conversaciones sobre el tema. También era posible que la esencia hubiera perdido eficacia

o que Antonio hubiera exagerado sus virtudes. Nadie tomaba tan en serio estas cosas como él; incluso cuando yacía moribundo en el fondo del bote sometido al fuego enemigo, se negó a tomar morfina.

Lucius se sintió cautivado por la absoluta naturalidad con que Budur acogió su propuesta. Había mucho de infantil en ella, el placer de la aventura, del juego del espíritu. Lo llevaba en la sangre, como sobrina de Antonio. Exponerse al riesgo del éxtasis resplandeciente exigía imaginación. Sentía la necesidad de una compañía así; también la presencia de Winterfeld le había permitido ver las cosas con claridad la noche de Castelmarino. En el inquebrantable asombro del camarada se captaba y se aclaraba la confusión como en un espejo y podían superarse incluso los terrores de la muerte. Estos acompañantes actúan a menudo como reforzadores de las propias decisiones. Se perdía, además, el sentimiento de soledad. Son camaradas que no se detienen ante lo incierto o lo singular, lo que sólo se confía a los diarios íntimos. Marchan codo a codo hasta las últimas fronteras. Desaparece así también el reparo de abrirse a ellos en los peligros y extravíos, cuando se avanza por sendas y recodos en los que, en osados experimentos, el espíritu busca el contacto con lo desconocido. La *curiosité surnaturelle* era la última rama florecida del ya reseco árbol de la fe.

La tetera humeaba en el anillo térmico y Budur llenó dos minúsculas tazas. Lucius desconectó el regulador de ambiente. Vertió de la redoma, sobre la bebida, el número de gotas prescrito por Antonio; en la superficie del líquido se formó un verde hálito de vapor.

“La dosis no parece particularmente peligrosa. Sin embargo, hay venenos que matan incluso en cantidades mucho más pequeñas.”

Bebieron el contenido y sintieron un ligero amargor. “Las drogas son llaves, aunque no descubren sino lo que se oculta en nuestro

interior.”

“Pero tal vez llevan hasta profundidades que de otra manera estarían siempre bajo cerrojo.”

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 15 7 “Funden la cera de los sellos.” “El árbol del conocimiento produce frutos de diversas clases. ” Lucius se recostó en su asiento. “Me siento extrañamente ligero, casi ingrávido. Esto tal vez tenga algo que ver con la fiebre o acaso con el ayuno que Antonio nos había prescrito.” “El ayuno”, dijo Budur, “es siempre bueno, sobre todo la abstinencia de carne. En mi opinión, los cristianos no tienen acceso a los aspectos más nobles que las religiones pueden dar; viven en un mundo lleno de carnicerías. De aquí sale todo el mal.” “También los parsis comen carne.” “No todos. Y tampoco me refiero a ellos. La flor de loto es más pura que el cordero.” “Tal vez tenga razón. El cristianismo no es una de las religiones fundadas por los príncipes. El hombre es más poderoso que el monarca, más fuerte que la ley.” “¿Cree usted, Lucius, que también los animales pueden ser bienaventurados?” “Creo que no se pierde ni una sola mosca. Creo también que hasta el peor de los criminales participará de las delicias eternas. Esto parece opinar también el padre Félix, aunque nunca toca este tema. “Pero, entonces, ¿qué es lo que puede obligarnos a ser buenos?” “Tampoco sobre este problema manifiesta el padre Félix sus opiniones. Su silencio es de índole pedagógica.” “En nuestra doctrina”, dijo Budur Peri, “el bien y el mal están estrictamente separados también en el más allá. Se suceden en un cambio eterno, pero jamás pueden llegar a mezclarse.” Lucius se había levantado y paseaba a lo largo y ancho de la alfombra. Le parecía que la voz le llegaba desde una gran distancia. Pensó vagamente: “Por eso vuestros sacerdotes son también magos. Para ellos la pureza es lo que para nosotros el amor.” Sintió que le acometía la inquietud como si algo extraño pugnara por estrangular sus pensamientos. Cambió el ritmo de la respiración. La sensación era angustiosa. Se desabrochó el cuello de la camisa, que le oprimía, y disminuyó la luz de las paredes. “Puede ser efecto del cáñamo. Era importante atenernos a la do-

sis establecida. Quiero, por encima de todo, mantener despierta la curiosidad y situarme en una posición neutral. No quiero que la fuerza del éxtasis me domine.” Luego murmuró con insistencia, como si estuviera ante un espejo: “Ya estoy en el experimento.” Percibió el ronroneo de “Alamut”, tendido sobre un rojo cojín. El animal parecía mayor, más poderoso; sus amarillos ojos brillaban fijos y vigilantes. Budur estaba sentada, con los brazos apoyados en la butaca, clara y luminosa como si formara parte del friso de luz. Sus ojos, muy abiertos, dejaban ver grandes pupilas. Su pecho se alzaba y hundía al compás de una profunda respiración. Se sentó junto a ella y puso la mano en su brazo. “Budur, ¿me oye?” “Sí, sí, le oigo. Oigo también el espantoso reloj. Quédese a mi lado, mi querido amigo.” Le parecía, en efecto, que las oscilaciones de un péndulo llenaban el espacio, cortando el aire como un metal de alta vibración. La hoz de la luna; podría ser tan sólo el aliento de la joven, o también los primeros aletazos de un lejano huracán. El sonido era cortante, como si rascara finísimas películas. Parecía despertar el placer, pero tan agudo que se convirtió en dolor. Al mismo tiempo se estrechó la habitación, se juntaron las paredes hasta casi tocarse. Eran viejas y agrietadas, como murallas de un tiempo condensado y consumido. Se cerraba, como una cápsula, la horrible argamasa con sus oquedades. En uno de sus nichos yacía enroscada una víbora. El labio superior del reptil, duro como un cuerno, casi le rozaba la frente. Tenía exactamente al mismo color que la piedra y parecía tan muerta como ésta. Tan sólo en sus pupilas brillaba la chispa de una fuerza profundamente incrustada en su interior. Él contuvo el aliento mientras la contemplaba. En el muro se había abierto una estrecha puerta semioculta tras el heno y rodeada de helechos a modo de pestañas. La franquearon.

 8 Les acogió un horrible hedor a materia putrefacta, como si hubieran abierto una tumba. El pesado péndulo seguía oscilando de forma acompasada. Budur tiró de Lucius. “Volvamos atrás.” Él miró en su entorno; muros y puertas habían desaparecido. Les envolvía una fina niebla donde la vista sólo alcanzaba lo que un tiro de piedra. Pero, dentro de

este círculo, las cosas se destacaban con gran nitidez. Murmuró: "Tenemos que seguir adelante. Lo que nos rodea es sólo una ilusión." Avanzaron lentamente, entre árboles y desnudas hayas, a través de un cinturón como el que rodea los barrios industriales en las postrimerías del otoño. La niebla goteaba desde las ramas, en torno a las cuales aleteaban los cuervos. Un terrible hálito de muerte se difundía en el espacio. Se oían el piafar de caballos, el aullar de perros, el girar de ruedas, resonaban pasos fugitivos como detrás de fardos. "Debemos encontrarnos en un desolladero. Aquí está." En aquel lugar se habían derribado las hayas, talado los árboles. Lucius leyó la inscripción que lo señalaba:

CAMPO DE DISTRIBUCIÓN 23

Sección I

Una montaña de pálida y esponjosa materia se amontonaba y palpitaba. Los cuervos la rodeaban en densas bandadas y arrancaban tiras de ella. Rodaban sin cesar carros que engrandecían con nuevas carretadas la palpitante colina. Eran arrastrados por motores, caballos, hombres y perros. Figuras vestidas de amarillas blusas vaciaban con garfios la carga de los carros.

Al mismo tiempo parecía también como si la colina disminuyera. Cadenas de transportadores llenaban cántaros, toneles, cestas caladas, y los trasladaban a otras montañas que se veían palpitar en los jardines. Parecían no oír ni ver nada, enteramente absortos en su círculo. Llamar su atención encerraba sin duda un gran peligro. La mirada contemplaba la espantosa cocina del mundo de los titanes. Y, sin embargo, podían adivinarse al mismo tiempo las alturas en que el espectáculo se transformaba en magnificencia, en exaltación, en deliciosa fragancia, y este presentimiento hacía aún más horrible la escena. Y seguía oscilando el oscuro péndulo.

Lucius sintió que ya esta primera visión le destruía, que la desesperación le dominaba. La nada penetraba en su interior con su espantoso poder y con inmenso gozo, como en una fortaleza largo tiempo asediada. Ningún héroe, ningún caballero, ningún Orfeo podría resistirlo. El triunfador final era el gusano.

“Me he enfrentado con cosas superiores a mí. Tiene usted razón: debemos retroceder.”

Se alejaron. El camino se perdía en los jardines y desembocaba en una carretera por la cual los vehículos regresaban a la ciudad. En las barracas de feria las mujeres vendían licores y groseras

meriendas. El péndulo oscilaba ahora desde la ciudad como una campana maldita. Budur estaba serena y llevaba a Lucius de la mano. Parecía como si ella hubiera olvidado ya el espectáculo que le había aniquilado a él.

Llegaron a las primeras casas. Las calles hervían de gente y sus paredes brillaban bajo una imprecisa luz; parecían senderos de un laberinto. Una actividad funesta, opresora, llenaba estas cavernas. Suspiros y lamentos presionaban sobre los oídos. Parecía como si las masas giraran sin descanso buscando en vano una salida.

Mientras caminaban vieron de pasada girar en círculo, en oscuras cámaras, a los esclavos que movían molinos y norias. Sus pasos habían marcado un profundo surco en la piedra. Ya en los instrumentos mismos y en los adornos aparecía reflejada aquella maldición: en los cilindros y rodillos, en los relojes, piedras de molino y ruedas de todo tipo. La mirada se sentía aliviada cuando podía contemplar volutas y espirales, o el óvalo del caparazón de las tortugas. Vieron celdas en que se amontonaban libros y pergaminos y donde unas veces adolescentes y otras ancianos llenaban papeles con una escritura de hormigas; esclavos de galeras cuyo ánimo oscilaba entre la vacía 15

9 satisfacción y la desesperación. De vez en cuando surgía el reflejo de los incendios. Brillaban inscripciones como “Matadero”, “Licores”, “Casa del placer”. Sonaban también gritos que angustiaban.

Prostitutas borrachas se apretaban ante las cuevas, de las cuales surgían rojos tapices como lenguas. En el cieno se agitaban figuras que el pueblo contemplaba con ojos brillantes de lujuria. Voces de máquinas dominaban el tumulto.

Lucius se movía con creciente terror en este carnaval. La presión era cada vez más acentuada, anulaba la voluntad. Ya no sentía lo que le diferenciaba de los demás, no experimentaba ninguna cu-

riosidad. El péndulo seguía oscilando, pero ahora tenía voz y oía sus terribles palabras:

"¡Esto eres tú!"

Las escenas se sucedían con crudos encuadres. Pasaron frente a barracas de prestidigitadores, fumaderos de opio, antros de juego. Se jugaba, al parecer, más que dinero. Las pasiones aparecían crudamente reflejadas en los rostros: terror, avidez y horrible triunfo. Un gemido profundo, como si faltara el aliento vital, seguía a la bola a medida que disminuía su impulso.

"Juegan a vida o muerte.

En una pantalla permanente se proyectaba sin descanso la ejecución de Damiens. Nunca se le habría ocurrido al Parlamento tamaña agravación de la pena. Había todo un barrio destinado a estos espectáculos. Los tribunales eran numerosos; al parecer, todo ciudadano era tan pronto juez como acusado o verdugo. Pasaron ante el Tribunal de Suprema Instancia, cuya salida estaba asediada por los curiosos. A intervalos regulares aparecía un condenado en la puerta. Podían estudiarse aquí todas las formas de la desesperación, desde el deplorable espectáculo de las expresiones trágicas hasta la aniquilación total, desde la locura hasta la pétrea insensibilidad. Desfilaban el bizantino Andrónico, Ofelia y Edipo. La multitud contemplaba el desfile con una mezcla de aburrimiento y expectación. Lo que importaba no era el rango del sufrimiento, sino el número de los que sufrían. Aquí la violencia era omnipotente; nadie, fuera de los faquires, podía resistir el tercer grado.

Seguían barrios que resisten toda posible descripción. En todos ellos dominaba una angustia opaca y al mismo tiempo vigilante que a veces llegaba al terror pánico. Recorrer estos mundos subterráneos era como caminar por las venas de un inmenso cadáver cuyo corazón seguía latiendo mecánicamente. El camino conducía a través de celdas en las cuales se descomponían los

nombres de ciudades, imperios y héroes, hasta llegar a los tejidos fosforescentes del mundo prometeico.

Un infusorio, un radiolario, generado por la paja podrida. Se había cubierto de un blindaje, pero la minúscula gota de la vida se había resecado en su interior y el caparazón flotaba en la turbiedad. Se hundía, junto a otras miríadas, como copos de nieve, y se irían alzando pálidas montañas, monumentos de sufrimientos absurdos, de insensato poder. Ningún ojo las contemplaría, ningún navío enderezaría hacia ellas su rumbo, en su vacía soledad. Sólo quedaría un reflejo en una nebulosa del universo; tal vez un ángel adivinara su presencia en su vuelo en el más lejano abismo.

Al parecer, Budur no estaba tan expuesta al ataque. Ésta era la gran ventaja de las doctrinas dualistas; pues, si en su ascensión a las alturas no podían abrazar el cosmos con la misma fuerza, tampoco el mundo podía perecer del todo en la aniquilación. Siempre quedaba la seguridad. Aquí se apoyaba su marcha imperturbable a través de los milenios.

Al principio había dado muestras de extrañeza, de repulsión y temor, pero luego pareció crecer en ella una serenidad que la exaltaba y la ceñía. Lucius, en cambio, se había hundido hasta el fondo y se arrastraba penosamente a su lado. Ella le guiaba con la mano. El péndulo había alcanzado ahora su máxima amplitud de oscilación; las imágenes palidecían y sólo quedaba ya el terrible ritmo. El suelo comenzó a oscilar, a temblar y abrirse como las cuadernas de un navío contra los arrecifes. Lucius cayó; la tierra era pétrea y sobre ella alzaba el cielo su acerada cúpula.

Budur se arrojó sobre él como una madre. Acarició sus sienes y mejillas como a una muñeca sin movimiento. El sintió en su frente las lágrimas como la lluvia que trae el viento tibio y los besos derritieron sus ojos. Entonces también él estalló en lágrimas.

LA CAÍDA

LA HABITACIÓN estaba a oscuras y en sus tapices y cortinajes seguía flotando un amargo aroma. Los adornos de las mesas se hallaban esparcidos en desorden. A intervalos regulares se repetía el zumbido del fonóforo. Pero no lograba penetrar hasta el sopor.

Sonaron golpes en la puerta. Donna Emilia entró y a la opaca luz contempló desconcertada el espectáculo. Luego, eh silencio, cubrió con una manta el pecho de Budur. Sacudió a Lucius y a duras penas consiguió arrancarle de su sueño.

“Lucius, el jefe te ha estado llamando con insistencia. Han venido a buscarte tres veces.”

Descorrió la cortina y dejó entrar la brisa. El sol estaba alto. Lucius se enderezó.

“Dije que has tenido una recaída. Me pareció lo mejor.” “Has hecho muy bien, *carissima.* Diles que estaré abajo dentro de media hora.”

Se puso en pie y se duchó a toda prisa. La habitación le parecía extraña, como si acabara de regresar de un largo viaje. El agua golpeaba con su fuerte chorro las placas de mármol. Costar le ayudó a vestirse. Parecía desorientado y perplejo, como si el desorden y la confusión que reinaban en la estancia se hubieran comunicado también a su sencilla sensibilidad.

Theresa se levantó al entrar Lucius.

“Menos mal que aparece usted. Le están esperando con impaciencia.”

Se acercó a la puerta para abrirla y susurró casi como en un soliloquio:

"¡Cuidado, el jefe está fuera de sí!"

Luego, con voz alta y neutra, anunció:

"El comandante de Geer."

La puerta de la habitación se cerró a sus espaldas. El general le recibió de pie y, al entrar él, desconectó el regulador de ambiente. Por la ventana penetraba una fuerte luz que tejía dibujos, como florecillas, en el espacio. La voz de una máquina automática decía:

"

… animales de hidrógeno. Al oír estas palabras, podrían tal vez pensar ustedes, estimadas oyentes, en los dirigibles de tiempos pasados, en rígidos leviatanes que unían a su enorme tamaño una gran capacidad de impulsión. Pero al verlos se sentirían defraudadas, porque se trata de formaciones que, aunque ciertamente enormes, son plasmáticas y casi invisibles, a modo de bancos nebulosos, gigantescas medusas más allá de…"

Desconectó también la pantalla de proyección permanente.

"Le he hecho llamar varias veces, señor de Geer. Estaba usted indispuesto."

Extendió una junto a otra las hojas de un pequeño manojo de papeles que tenía sobre la mesa.

"Tengo que hacerle algunas preguntas que no admiten demora: existen algunas acusaciones contra usted."

Tomó una hoja y leyó rápidamente las notas marginales. Lucius

reconoció el informe del combate que había redactado en Vinho del Mar inmediatamente después de la muerte de Antonio.

“He analizado de nuevo y con detalle las disposiciones que fue usted adoptando en el curso de la operación y he hallado algunas contradicciones que es preciso poner en claro. En cuanto hubo usted colocado el explosivo en la biblioteca del Instituto, su misión estaba cumplida. No obstante, permaneció todavía en el edificio por espacio de casi veinte minutos. ¿Cómo explica esta demora?”

Aunque la habitación estaba claramente iluminada, Lucius oyó la pregunta como a través de un banco de niebla. Sólo con gran esfuerzo conseguía mantenerse en pie, pero se obligó a reflexionar con sumo cuidado. El asunto le parecía tan distante como la cita de un libro semiolvidado. Dijo:

“Consideré un deber cerciorarme de que la explosión no causaría daños a personas inocentes. De

 hecho, existían estas personas. El general dejó el papel. “Pero con esto comprometía no sólo el éxito de la incursión, sino incluso la seguridad del grupo que se le había confiado: fueron justamente esos veinte minutos los que más tarde le faltaron. Fue un milagro que la totalidad del comando no fuera aniquilado en el mar, y aun así hay que agradecerlo a la clarividencia del comandante de artificieros. Si no se hubiera detenido en el edificio, no habrían sido descubiertos.” “Habríamos sido descubiertos de todos modos”, objetó Lucius. “Nada más entrar nos encontramos con el vigilante.” “Fue un error garrafal que no lo liquidaran en el primer instante. Por lo demás, su objeción no tiene consistencia.” El general comenzaba a perder la calma. La pequeña cicatriz, de ordinario casi invisible, que le cruzaba desde el ojo izquierdo a la barbilla, estaba adquiriendo un color purpúreo. La falta de lógica en que había incurrido Lucius en su respuesta parecía sacarle de quicio más que ninguna otra cosa. “Prescindiremos de los retoques que usted

fue introduciendo en el curso de la operación, con mucho acierto, lo admito. Quiero ir derechamente al fondo del asunto: usted sabía muy bien lo que buscaba en el edificio y por qué motivos expuso a sus hombres a una serie de peligros. Sabía las razones que le impulsaban a apartarse del plan y que no tenían nada que ver con la misión encomendada: eran razones de índole personal." Tomó otro escrito. "Ya cuando le envié a usted a la Oficina Central, después del atentado, mezcló sus asuntos privados con los oficiales. Dio a entender que el príncipe estaba interesado por la liberación del señor Peri y su familia. Utilizó para esta operación subordinados y vehículos oficiales…" "Sólo utilicé a hombres adscritos a mi propia persona." "Le ruego que no me interrumpa, señor de Geer. Usted ha utilizado además, de una manera que yo repruebo, las habitaciones que tiene asignadas en la Casa. Es indudable que debía hallarse en un estado tal de ceguera que no sólo menospreció la absoluta confianza del príncipe, sino que olvidó las precauciones más elementales." Recogió un montón de rojas hojas de informes oficiales sujetas con un clip. "Y todo esto en unos momentos en que se exigía la máxima cautela. Debía de hallarse fuera de sí. De lo contrario, jamás habría caído en las burdas trampas que le tendió el señor Becker. Le ha sonsacado a usted todo cuanto le ha venido en gana." Extendió los rojos papeles. "Depositó su total confianza en una persona extraña y discutió con ella asuntos que debían mantenerse en estricto secreto; y, al hacerlo, olvidó incluso las más elementales normas de seguridad. Llegó incluso a ponerle al corriente de los planes contra Castelmarino. Es casi un milagro que los puestos de escucha no comprendieran perfectamente el significado de esta parte de las conversaciones. Pero les ofrecía material suficiente para una valoración ulterior." Tomó de la mesa una nueva pieza. "Así se desprende claramente de la nota que ha llegado aquí esta noche. Voy a informarle del punto de vista de la Oficina Central." Con ayuda del monóculo, leyó el texto: "Al Cuartel General del Procónsul. Urgente, Como complemento a la nota sobre el ataque al Instituto de Toxicología de Castelmarino, se comunica: "Hemos analizado sobre el lugar la sugerencia de que este hecho criminal podría deberse a una banda de

malhechores, con las siguientes conclusiones: Las sospechas recaen sobre un grupo de alumnos de la Escuela de Guerra. Se ha descubierto que el instigador y autor es el comandante de Geer, muy conocido en dicha Escuela, quien, según todos los indicios, ha abusado de su posición para ganar ascendiente sobre sus jóvenes compañeros. El plan debe atribuirse a la amante parsi del comandante, quien comparte sus habitaciones. El comandante tenía mucho empeño en librar a un tal Antonio Peri, tío de la citada amante, encarcelado en Castelmarino por tráfico de drogas. De

 hecho, el comandante consiguió liberar al prisionero a costa de enormes destrucciones y grandes pérdidas en vidas humanas. El prisionero falleció poco tiempo después y el comandante formó parte de la comitiva fúnebre. Como anexo a los informes, se adjuntan doce fonogramas." El general interrumpió la lectura y dijo: "Debo confesar que estas piezas escritas constituyen el hecho más sorprendente de que tengo conocimiento en toda mi carrera. Nos ha colocado usted bajo una luz absolutamente singular." Añadió: "Sigue una petición de entrega de los culpables, referida en primer término a usted y a Winterfeld. Pero esto no aporta, por supuesto, ninguna solución al problema: sería tanto como entregar la llave de nuestra caja fuerte." Luego, reflexionando: "Usted sabe *mucho.*" Estas palabras despertaron en Lucius un sentimiento glacial. Significaban que para este espíritu, con el que tenía tantas cosas en común, había penetrado en la categoría de los objetos. Era pues absurdo intentar justificarse. Se sentía distraído. La clara voz, cuyas frases se iban engranando unas con otras como raíles, le adormecía. Ahora oyó que concluía, alzando ligeramente el tono: "¿Cómo puedo firmar la sentencia de muerte de una persona sin tener la absoluta seguridad de que nuestra causa es clara como el agua? No tolero las situaciones turbias." Luego, con mayor mesura, prosiguió: "En primer lugar, le exonero de sus obligaciones en la Escuela de Guerra. No me gustaba el modo como usted llevaba este asunto desde su regreso de Asturias. El resto lo someteré a la decisión del príncipe. Pero me veo obliga-

do a rogarle que no salga de sus habitaciones hasta que se tome una decisión sobre su caso." "Si sigo callando, el siguiente paso va a ser una celda de arresto", pensó Lucius. Dijo pues, sin alzar la voz: "Entraré y saldré cuando me plazca. En las cuestiones de honor me asiste el derecho a una exposición personal al príncipe. Tengo buenas razones para poner en duda que el príncipe haga suyos los puntos de vista de un doctor Becker." Las palabras produjeron efecto. El jefe advirtió, al parecer, que había ido demasiado lejos. No era frecuente aludir al código del país de los Castillos y a la igualdad que se derivaba de él. Era un código que actuaba con gran eficacia, aunque invisible. Concluyó: "Su posición y su origen le obligan a un tacto especial. Atenderé las órdenes del príncipe. Le concedo de plazo hasta medianoche para poner en orden sus asuntos." Hizo un gesto con la cabeza y Lucius se inclinó. Theresa le condujo afuera.

Se había hecho ya el primer relevo de la guardia. El quemador de la celda blindada estaba rojo como un ascua; Lucius había quemado en él papeles. Theresa firmó la lista de los documentos destruidos y recibió los restantes en custodia para llevárselos al jefe. Se trataba sobre todo de claves y apuntes secretos. Lucius conservó el fonóforo hasta que el príncipe tomara una decisión. Tras haberle entregado también los documentos inflamables, dio a Theresa la llave de la celda. La pesada puerta quedó abierta.

Theresa entregó las listas y papeles al secretario, quien los llevó abajo. Luego tendió la mano a Lucius. Llevaba un vestido de noche, detalle que él encontró encantador. Experimentaba una nueva sensibilidad para estas cosas.

Aquella misma tarde Costar hizo entrega de su habitación al intendente; había trasladado ya a otra parte los libros, alfombras y cuadros. A petición de Lucius, Halder, secundado por Melitta y Mario, se había ocupado de estas tareas. Lucius se había despedido ya de ellos. Mario dejaba ya de estar a sus órdenes y debía reintegrarse al ejército.

Faltaba también el espíritu doméstico, "Alamut". Costar lo había llevado a la quinta de Ortner. Tras la enojosa conversación con el general, Lucius se sintió necesitado de un buen consejo. Pensó inmediatamente en Ortner, quien no sólo conocía a fondo la mecánica del Palacio, sino que estaba

 por encima de ella. Era el consejero del Procónsul en cuestiones estéticas, era su amigo y, con su peso, compensaba la influencia del general y su dura línea político-militar. Por fortuna, Ortner se hallaba en la Volière. A Lucius le resultó fácil exponerle cosas que le hubiera sido imposible ni siquiera insinuar al general. Ortner le escuchó atentamente. Luego le hizo algunas preguntas que demostraban que había comprendido los dos aspectos de la cuestión. Así, por ejemplo: "¿Sabía usted, cuando solicitó ponerse al frente del comando, que Antonio Peri estaba preso en Castelmarino?" "No, sólo lo supe cuando los preparativos estaban ya prácticamente ultimados. Las dos operaciones se desarrollaron simultáneamente y me consideré capaz de conseguir que cada una de ellas siguiera su propia lógica sin estorbos ni interferencias. Tal vez me equivoqué." Luego añadió: "Pero no creo que esto haya modificado mucho el curso de la acción. De todas formas, yo hubiera explorado el edificio, y, por otra parte, la liberación de Antonio tiene una justificación objetiva. Lo que le molesta en el fondo al jefe es que en mis decisiones intervinieran también los sentimientos, sentimientos que escapan a su capacidad de valoración." "Esto es a todas luces cierto", dijo Ortner, "y por eso no creo que aporte ninguna solución el hecho de que el príncipe intente zanjar este asunto como una cuestión de honor. Esto no haría sino situarlo en una mecánica superior, y, fuera como fuere, el jefe siempre tendría la última palabra. Usted ha llegado hasta el corazón mismo de una de esas diferencias que, cuando afloran a la superficie, no admiten más solución que la ruptura. En realidad, hace ya mucho tiempo que yo había previsto este desenlace." Pasaron luego a los detalles. Lucius solicitó del Procónsul que le diera de baja en el servicio. En un primer momento, el maestro ofreció a Lucius y Costar su quinta. Disuadió también a Budur de buscar

asilo junto a Aliban, ya que había muchas cosas en contra: la estrechez de espacio de la casa, llena hasta rebosar de fugitivos, el odio que suscitaba el sacerdote y, sobre todo, aquel género de vida, conforme a unas leyes que Lucius sólo con repugnancia podía imaginar. Además, allí no había sitio para Donna Emilia. Ortner halló una salida. Recordó que estaba en alquiler el pabellón que había venido ocupando Halder en el Wolters' Établissement. Por aquellos días el pintor había trasladado su estudio a las faldas del Pagos, en el lugar que el príncipe había ordenado construir para él. Lucius conocía la casita por sus frecuentes visitas a su amigo. Estaba rodeada de altas hayas y ofrecía cómodo espacio para Budur Peri y Donna Emilia y para la herencia de Antonio. Llamó pues al viejo Wolters, y como éste sabía que Lucius pertenecía al círculo de amistades del Procónsul, bastó una conversación por fonóforo para llegar a un acuerdo. Ortner tomó las providencias necesarias para el traslado. A la caída del crepúsculo, Budur abandonó el Palacio. Fue el último viaje que hizo Mario a las órdenes de Lucius.

En estas diligencias se consumió la tarde y parte de la noche. Mientras tanto, volvió a subir la fiebre. Era bien conocido el carácter traicionero e imprevisible de estas heridas.

Lucius se sintió asaltado por una profunda melancolía que iba en aumento mientras se hallaba sentado, a oscuras, en la desnuda habitación, ante la relación del inventario. Esperaba a Ortner, quien había quedado en ir a buscarle, y reflexionaba sobre su situación.

No le desagradaba que se hubiera llegado al rompimiento de forma tan sorprendente. El corte era doloroso, pero le liberaba de la tradición y sus cadenas, de una existencia que, en el fondo, había llegado a serle insoportable. Se había roto la coraza y se había perdido, por tanto, aquella inaccesibilidad que daba en Palacio honor y rango.

Era curioso notar cómo al momento de debilidad siguió inme-

diatamente el ataque: se creaba el vaciado y las cosas se precipitaban en él. Así adquiere el vino la forma de la copa. En el instante mismo en que, bajo los espejismos del cáñamo, él, Lucius, aprendió a temblar, un doctor Becker cerró su trampa. Y, sin embargo, ambas cosas no eran sino un descenso al propio abismo; en

 definitiva, el hombre se encontraba consigo mismo, el viejo Proteo que configuraba como sueños el mundo y sus ciudades. El último y más fuerte adversario que queda por vencer es siempre el propio yo. La derrota era indiscutible; se había derrumbado la osada cúpula. Ya no la soportaban las columnas del poder y el honor. Había caído su seguridad como cae una armadura y Budur había sido el medio por el cual le alcanzó el dolor. Llegó hasta él con la fuerza de un proyectil. ¿Cómo era, pues, posible que al mismo tiempo estuviera germinando en él la esperanza de una nueva primavera?

Llamaron a la puerta y entró Ortner.

"Está a oscuras, Lucius. Esto no es bueno."Encendió la luz y se sentó a su lado.

"Costar le ha preparado una habitación desde cuya terraza podrá ver el mar. Se sentirá a gusto. Espero que pueda tenerle mucho tiempo como invitado…"

"¿Ha visto al príncipe?", preguntó Lucius.

"Le he visto. Hemos paseado por los invernaderos que hay que acondicionar para el próximo invierno. Podría haberle visitado antes, pero me pareció mejor no precipitar las cosas. Si tuvo el menor reparo contra usted, puede estar seguro de que ya se le ha pasado."

"Se lo agradezco. Creo que no es temerario suponer que el informe del jefe estaba necesitado de ciertos puntos complementa-

rios."

Ortner asintió.

"Era muy unilateral. Cierto que el príncipe necesita cabezas despejadas, pero las mantiene en sus justos límites. Sabe consultar también la mano izquierda."

"Es el lado del corazón. Tengo la impresión de que al jefe no le ha disgustado esta ocasión para la ruptura.

"Le vino muy a tiempo", confirmó Ortner, "porque usted se estaba alejando del sistema. De hecho, se había apartado ya de él en su informe astúrico. Más tarde creyó que su influencia en la Escuela de Guerra iba siendo cada vez más funesta. Le irritó sobre todo el nombramiento de Ruhland. Y aquí las diferencias se rozan ya con la metafísica."

"Por supuesto", dijo Lucius. "A él le hubiera gustado introducir la metafísica como un tónico para reforzar la virilidad. Con estos refuerzos se digieren mayores dosis de violencia. Aunque confieso que Ruhland no estuvo a la altura de la misión. Era sólo un profesor de universidad."

"El jefe piensa que si, en vez de ello, hubiera implantado usted otra hora de equitación, se habría obtenido mayor provecho."

"Tal vez tenga razón. Ahora puede nombrar un segundo caballerizo."

Ortner sonrió.

"El príncipe no desea que la educación se oriente en exclusiva al estilo Gallifet. Respecto a usted, no comparte el punto de vista del general, aunque, por supuesto, tampoco puede desautorizarle. Su intervención en favor de Antonio Peri, al que tenía en mucha estima, está en la línea de sus convicciones: la aprueba. Y lo

mismo hay que decir de la familia Peri, aunque no faltan algunas reservas formales. Dijo: 'Son cuestiones que es mejor discutir de hombre a hombre con el general.'

Lucius sentía que aquella voz tranquila y varonil le reanimaba y descargaba de un peso.

"Sabía bien que no analizaría la situación con estrechez de miras, con un tiralíneas. No mira sólo la ley. Por eso las órdenes del jefe se ejecutan, pero al príncipe se le sigue con el corazón."

"Puede estar seguro de él", le confirmó Ortner. "Ha decidido que su baja en el servicio debe ir acompañada de una promoción de rango. Y parece que al jefe no le ha disgustado la idea."

"Probablemente porque considera que así asesta un nuevo golpe al Prefecto. Pero también a mí me parece la mejor solución; no siento la menor inclinación por las salidas dramáticas."

"Y nadie se las pediría, Lucius. No van con su carácter. También otros lo han visto así. Usted no es un rebelde, y sus acciones responden a las órdenes que rigen en su interior. Heliópolis no ha sido bastante para usted. Se espera de usted mucho más."

 Lucius le oprimió la mano. Ortner prosiguió: "Al príncipe le alegra saber que, como invitado mío, usted estará cerca de él. De este modo, es también invitado suyo y le ruega que considere como propios sus cazaderos y sus jardines. Douglas pasará mañana a verle para saber cuáles son sus deseos. Aunque abandone el servicio en el ejército, tiene interés en que se quede a su lado." Lucius movió la cabeza. "Esto es asunto liquidado. En esta Casa no se puede vivir como persona privada. Sería una existencia fantasmal." "Tal vez sea lo privado", replicó Ortner, "lo que le garantice mayor libertad, una más profunda realización." "No aquí, en el golfo: aquí entran también problemas de seguridad. Puedo permitirme la lisonja de que para el Prefecto sería un punto de honra poder liquidarme, y de

que mi cabeza sería un trofeo de primer orden para coleccionistas de cráneos como Becker. Tendría que buscar protección entre los mauritanos." "Tiene vía libre para regresar al país de los Castillos." Lucius rechazó la sugerencia con mayor énfasis aún. "¡No, no! Nunca regresaré allí. Nunca se me perdonará que haya roto la tradición y preferido la felicidad. Allí no tengo ya ningún derecho en absoluto." Calló y apoyó la cabeza entre las manos. Ortner se levantó y le rodeó afectuosamente con el brazo. "Hoy ve las cosas desde el lado malo, Lucius. Las contempla desde su estado de agotamiento. Pero el mundo es grande y más allá de las Hespérides no existe sólo el país de los Castillos. Usted será feliz, con su compañera, en una de esas blancas ciudades insulares que tanto le gustan; en una de esas antiguas moradas del mar que nunca se han separado del mito. Donde el mar y el sol brillan, donde la viña y el olivo dan su fruto, donde hasta los pordioseros gozan de soberana libertad y una mirada como la suya contempla la escena, allá brotan las antiguas fuentes con intacto frescor, allí son todavía las cosas deseables. Debería llevarse consigo a Halder. El príncipe le ha prometido una beca de viaje." Lucius se puso en pie. "Le doy las gracias, maestro. Tiene usted razón: estoy demasiado tenso. Mañana lo veré mejor. Su compañía me ha dado mucho ánimo." Ortner le hizo un gesto amistoso. "El Pagos es magnífico para recuperarse. Vayamos allá. Hortensia nos está esperando con una botella de *vecchio.* ¿Qué le parece si de paso entramos en el Wolters y vemos cómo se ha instalado Budur Peri?" Bajaron juntos y abandonaron el Palacio.

EN EL JARDÍN DE ORTNER

EL SOL había recorrido el primer cuarto de su trayectoria. Se había alzado como un pálido disco sobre el cabo Rojo y aún no había dispersado la niebla. Pero a través de sus jirones se percibía ya el ligero temblor del mar que se rizaba bajo la brisa. Sobre él flotaba el borroso perfil de las Islas.

Bajo aquella brumosa capa, las olas no habían adquirido aún su regio azul. Se combaban en el indeciso horizonte como un pálido verde pétreo. Allí donde su superficie cubría los bajíos, aparecía como pulimentada, vítrea, cruzada por hilos y tejidos plateados. Aún no se habían extinguido los sueños.

En las terrazas eran ya ardientes los rayos del sol. En la blanda tierra se sucedían las bandas oscuras y los claros parapetos. En las junturas se apiñaban los musgos polícromos y las saxífragas. Las abejas del padre Félix volaban en enjambres en torno a las acolchadas flores profundamente colgantes. Verdes lagartos se deslizaban rápidamente por el blanco muro. Había ya llegado el momento en que las oscuras salamanquesas se arrastraban lentamente fuera de sus cuevas.

En primavera y verano, estos bastiones se hallaban adornados de lirios. Alternaban entre sí bajo sus múltiples formas: a las especies de los países fríos y las altas montañas sucedían las de las llanuras y los litorales marinos, hasta llegar finalmente a las llameantes maravillas de los bosques cálidos y las grandes espesuras. Pero ahora todos ellos estaban agostados, a excepción del tallo, y almacenaban fuerzas nuevas en sus bulbos. En cambio, se había ya transformado en opimos frutos cuanto brotaba de los emparrados.

Ortner se hallaba en el borde meridional del jardín, donde el muro limitaba con el camino de herradura. Vestía una camisa de

tela azul de cortas mangas que dejaba ver el color de sus morenos brazos. En torno a su cuello colgaba un manojo de amarillo esparto. De vez en cuando extraía una hebra de esta provisión para asegurar aquí un sarmiento, allí una rama de almendro o albaricoquero.

Solía aparecer a tiempos irregulares y durante largas horas en el jardín, que constituía su esparcimiento, y luego volvía a sus lecturas o sus manuscritos. En su trabajo diario alternaban los cuidados del jardinero con los afanes del autor. Ambas actividades se complementaban.

Junto a las escaleras donde el agua saltaba a través del conducto central de piedra, se hallaba Hortensia, inclinada sobre un plano canastillo. Un amplio sombrero de paja protegía su rostro. Con gran cuidado, para no lastimar los sazonados frutos, iba depositando azules higos sobre un fondo de hojas. "Mamut", cuyo negro pelaje brillaba con rojizos reflejos bajo la luz, estaba tendido junto al parapeto y la contemplaba con brillantes ojos. Aquí fuera se sentía más a gusto que en Palacio.

Lucius contemplaba el cuadro desde la terraza. Tenía ante él un plato lleno hasta rebosar de racimos de negras uvas y, al lado, una granada escindida hasta el centro de puro madura. Las dos mitades brillaban como labios en la restallante luz. Había un vaso medio lleno del vino tinto del país, del que Ortner decía que hacía sangre. Deseaba que ya por la mañana Lucius bebiera un poco. En el vaso el vino parecía negro, y sólo en los márgenes trazaba el sol una banda púrpura.

La visión del mar estaba encuadrada por anchas hojas de higuera. Su balsámico aroma indicaba el bienestar con que se desplegaban bajo la luz. De sus puntas se desprendía un jugo azucarado donde banqueteaban las moscas. Todo en este lugar era dulcedumbre, plena y sabrosa madurez y suprema voluptuosidad. Todo daba testimonio en favor del maestro que distribuía aquí aquella plenitud.

Lucius se recuperó ya desde los primeros días. Las fuerzas de la pendiente sur le habían vivificado. Fuera cual fuere la confusión creada por los hombres, el orden de la vieja tierra permanecía intacto. Cada brizna de hierba aludía aquí a la creación. Quedaba el poder de las rocas,

 quedaban la profundidad de las olas y la fuerza de sus rompientes. Comparada con ello, la pálida ciudad, allá abajo, era una concha cubierta de fugitiva espuma. Era, sobre todo, benéfico el torrente de la luz, la marcha del reloj cósmico. Las horas fluían rápidamente mientras el astro completaba su trayectoria desde el cabo Rojo al cabo Blanco. Los rayos tejían en la superficie del mar, con sus islas y acantilados, un tapiz lleno de imágenes y creaban toda una plenitud de metamorfosis. Los colores resplandecían en las primeras horas como vidriados esmaltes y luego brillaban como poderosas ascuas. Palidecían bajo la luz sin sombras de la quietud meridiana; las rocas destacaban como esqueletos sobre las olas. Por la tarde aumentaban los tonos rojos y amarillos. A menudo, maravillosas nubes orlaban la puesta del sol. Aparecían al fin el fino temblor de las primeras estrellas y las polícromas luces del mundo insular. Las flores seguían este círculo mágico. Abrían en la mañana sus corolas y se orientaban hacia el sol. Seguían su trayectoria como un polícromo espejo multicolor. Cuando, por la tarde, cerraban sus cálices, despertaban las umbelas nocturnas, las flores fosforescentes. El aroma de la floración de la lavanda y los naranjos se unía con el frescor de la roca El jardín reflejaba la poderosa quietud de un espíritu que no necesitaba lo nuevo, sino lo siempre repetido. Ortner no sentía gran estima por los planes de los reformadores del mundo. El futuro se halla en el instante bien cumplido; el mundo, en el círculo más íntimo. Dime cómo vives con tu criada, con tu mujer, con tus hijos, con tu gato, y te dispenso de teorías. Amaba los trabajos manuales, las gentes humildes, el régimen paternal. En este sentido, ejercía su influjo sobre el príncipe, como un amigo fuerte y afectuoso, con su sola presencia. Costar entró en la terraza por la puerta de cristal y le

entregó el correo de la mañana. Lucius leyó ante todo el billete diario de Budur Peri, colocado en primer término sobre el resto de la correspondencia. Solía cabalgar a la caída del sol, en compañía de Ortner, junto a la playa, para tomar un baño; y luego cenaba con ella en el Wolters' Établissement. Por la noche todavía intercambiaban un breve saludo. Ella no vestía ya el *kosti*. Daba la impresión de haber crecido y madurado, y su actitud era ahora más segura. Llevaba vestidos de vivos colores y de su ser se desprendía un aura de alegre serenidad. Él la tenía siempre en el recuerdo: como antes fue grande la distancia, lo era ahora la proximidad. También le complacía que fueran del dominio público las relaciones que los unían y que contaran con la general aprobación. Ortner aprovechaba todas las ocasiones para que pudieran estar juntos. Le hacía enviar, por medio de Hortensia, flores y frutos de su jardín. Cuando Lucius coincidía en el parque con el príncipe, éste se interesaba siempre por Budur. "Era necesario, Lucius, reducirle." Así le había hablado Ortner la tarde anterior, mientras tomaban un vaso de vino después de la visita a Budur. "Las fuerzas que actuaban en usted eran demasiado cegadoras; había que reducirlas a medidas más humanas. En caso contrario, supondrían una amenaza precisamente para las personas más allegadas. Hay sustancias que, con un breve contacto, obran maravillas, pero cuya proximidad acaba a la larga por marchitar la vida. Con ellas se destruyen ciudades, pero no se funda un hogar." Había una hoja de angulosa escritura, que recordaba los trazos de un sismógrafo, firmada por el doctor Becker: le solicitaba una entrevista en un lugar neutral. Podía ser una trampa, pero era también posible que se tratara de una oculta oferta. El Prefecto aceptaba complacido a los oficiales que abandonaban el ejército, sobre todo cuando sabía que se habían separado de él por incidentes en Palacio. Estimaba en mucho las conductas irregulares y sentía debilidad por un pasado criminal. Lucius era una de las pocas cabezas familiarizadas con el juego del poder en Heliópolis, tanto en sus líneas generales como en sus detalles. Y tal vez el Prefecto opinaba que, a cambio de sus posibles servicios, merecía la pena olvidar el incidente de Castelmarino. El correo traía también una invitación de Mauritania.

En estos medios se opinaba, al parecer, que Lucius sólo había perdido una partida, y le ofrecían la oportunidad de iniciar de nuevo el juego. Había, en fin, un mensaje con la letra, bien conocida por Lucius, del padre Félix. Lo había traído Melitta. El padre le invitaba a una visita el próximo domingo en el apiario. Si alguien conocía una salida para su situación, éste era el padre Félix, y Lucius lo sabía muy bien.

EL PILOTO AZUL

EL DÍA era radiante; en las hondonadas de la montaña vibraba el aire. Era la época del inicio de la vendimia, cuando todavía eran frecuentes las jornadas de calor veraniego.

Para evitar pasar por la Escuela de Guerra y los campos de maniobras, cabalgaron directamente a través de la garganta de los muertos y echaron pie a tierra al norte de la cumbre. Lucius dejó a Costar al cuidado de los caballos y ascendió a pie hasta la cueva. Allá arriba el ambiente era más refrescante; la brisa jugueteaba con los matorrales de lechetreznas y las verdes varitas de las aulagas, que ofrecían aún, acá y acullá, su áurea floración.

El sol había alcanzado su cenit cuando Lucius saludó al *pater,* quien le esperaba ya con su túnica blanca. El monje no estaba solo; tenía un invitado al que Lucius conocía de vista: Phares, el comandante de la nave del Regente con base en el puerto de cohetes. El *pater* hizo las presentaciones. Se sentaron en el banco de piedra, junto a la oscura mesa adornada con las plateadas flechas. Una vez más volvió a leer Lucius la inscripción:

Es más tarde de lo que piensas.

El mar parecía negro, sin una sola vela; sobre su superficie destacaba la silueta afilada de los arrecifes. El puerto estaba desierto; con sus bastiones y sus muelles de mármol, semejaba la entrada de una ciudad fantasmal. Callaron. Lucius miró a Phares, sentado frente a él.

El extranjero vestía un traje de amianto azul: el uniforme de los grandes viajes y las poderosas irradiaciones. Era como una blusa de trabajo adaptada a los espacios y las obras de una mecánica superior. Las costuras estaban bordeadas de una fina franja de

oro. Una máscara de oro pendía sobre su pecho sujeta a un cordón. En su brazo izquierdo aparecía el adorno de una espiga de trigo de oro. Debía de ser, sin duda, el distintivo de su rango. Otros miembros de la tripulación exhibían símbolos distintos, como uvas o ramas de ruda.

Los rasgos del piloto expresaban una suprema e imperiosa calma. Se adivinaba tras ellos una reserva inagotable y, también, la conciencia del embajador cuya sola presencia es más eficaz que ejércitos y escuadras enteras. Pero reflejaban también bondad; no existía ni la menor huella de temor. El poder aparecía concentrado, pero no en tensión. Tampoco existía el endurecimiento de facciones que suele caracterizar a sus detentadores. La expresión era más bien suave, como iluminada por la luz de una paz de energía incontrastable. "Conoce los espacios ingrávidos", pensó Lucius al mirarle, "donde no existen nuestras contradicciones."

Aunque el sol difundía una fuerte luz, la cabeza de Phares emitía su propia luminosidad. El pueblo conocía este nimbo. Se decía que allí el agua era diferente y comunicaba esta irradiación.

Era asombrosa aquella mezcla perfecta de sobriedad y de energía siempre nueva. En su actitud se plasmaban la realidad, la certidumbre. Un vikingo de las profundas trayectorias… pero que ya había alcanzado su meta. Muchos otros navíos azules habían caído envueltos en llamas, en los mares de fuego, en los torrentes del éter. Pero luego vinieron otros que descubrieron las leyes que regían la navegación en los espacios sin límites. Se precipitaron en los inmensos abismos siguiendo una curva racional. Así es como debieron descubrir el maravilloso reino en el cual soñaban Fortunio y el consejero de minas, el reino en que el suelo mismo se transformaba en tesoros y la ciencia en poder. Hallaron más de lo que buscaban. La ciencia actuó como un taladro en la dura roca hasta que llegó a los poderosos filones. Habían elevado la velocidad hasta aquel grado en que desemboca en aniquilación o en quietud. En ellos seguía alentando algo del

triunfo, del recuerdo de un giro

decisivo como el que aconteció una vez en el mar Rojo. Serner opinaba que habían puesto el pie en regiones no sujetas a la maldición de la manzana. Había, con todo, como suele decirse, otras teorías que explicaban aquellos cambios, que nadie podía poner en duda, como simple resultado del agua, los alimentos, la luz del nuevo espacio. Lo extraño habría sido, afirmaba Taubenheimer, que *no* se hubieran producido tales transformaciones, y lo verdaderamente asombroso radicaba más bien en el carácter beneficioso de la mutación. De todas formas, lo sucedido en realidad era un secreto que sólo conocían el Regente y sus hombres. Parecía a veces que en puntos enormemente distantes entre sí se desarrollaban, como en retortas, algunas órdenes, y que contemplaban desde distancias astronómicas el flojo tejido a que, después del encuentro de las Sirtes, habían quedado reducidos los Estados de los diadocos. Aparte todo esto, quedaba en ellos algo del espíritu que, desde aquel último riesgo con que el hombre, tras cerrar sus cuentas y perdida toda esperanza de retorno, se lanza, impulsaba a partir, desde un gigantesco trampolín, al encuentro de la nada. El padre Félix tomó la palabra: “Han ocurrido muchas cosas desde la última vez que nos vimos aquí, Lucius. He rezado mucho por ti, porque tu destino me interesa profundamente. Ortner me dijo que piensas buscar refugio más allá de las Hespérides.” “No sé”, objetó Lucius, “si mis asuntos tienen importancia para el capitán Phares.” “No te preocupes por eso”, le tranquilizó el *pater,* “porque hoy está aquí por tu causa.” El extranjero asintió. Su voz tenía un acento claro y a la vez imperioso y agradable (“irresistible” sería el adjetivo exacto). Dijo: “Tenía que hacer una visita al consejero de minas y aproveché la ocasión para pedir al *pater* esta entrevista. Gracias a sus conversaciones, le conozco a usted hace ya mucho tiempo. Uno de mis deberes es hacerme una idea de las fuerzas y de los hombres de esta ciudad, aunque nuestra participación se limita en su mayor parte al campo del puro análisis.” “Esto es precisamente”, objetó Lucius, “lo que no podemos comprender y nos inquieta. El silencio del Regente se interpreta co-

mo desprecio." Phares le escuchó con ademán amistoso. "No deben olvidar qué fue lo que le movió a distanciarse y cómo fracasó el primer gran ensayo. Mientras tanto, su poder ha crecido hasta límites inimaginables, y no habría ninguna fuerza capaz de oponerse a sus proyectos si decidiera establecer el orden que considera justo. Podría transformar el mundo en una colonia, pero no le gusta imponer regímenes que no responden a su idea de la libertad. Por consiguiente, tiene que esperar hasta que las cosas se vayan clarificando por sí solas y se le entreguen voluntariamente las llaves. Cuando usted regresaba de las torres del silencio, iba pensando si habría puntos en los cuales se aunasen el poder y el amor. Entonces estaba rozando el misterio." Más tarde, rememorando esta conversación, Lucius se extrañó de que se le hubiera escapado este extraño giro. Pero en la voz de Phares había algo familiar, casi como un monólogo. Replicó: "Si el Regente se presentara, tendría a su favor la mayo-ría que quisiera." "No se trata de actos de la voluntad", respondió Phares, cuyo rostro había sido surcado por una sonrisa al escuchar las palabras de Lucius. "Se puede querer el bien, se puede incluso aprobarlo por mayoría, pero no basta. Con esto sólo se conseguirían resultados efímeros. La decisión auténtica debe llevar a profundidades en las cuales el número no cuenta. La verdad se oculta en lo indivisible." Calló, y el zumbido de las abejas llenó la soledad. Luego prosiguió: "Supongamos que existe un poder que dispone de soluciones más elevadas. Entonces debería dirigirse a aquellos para quienes los viejos módulos siguen teniendo validez." "Esto sería exactamente lo contrario de la técnica de los mauritanos." El extranjero asintió. "En efecto. La esencia de esta orden está en que considera que el mundo es mensurable en todos y cada uno de sus puntos. Por eso reclutan a sus hombres entre los cerebros más fríos y

 1 calculadores. Pero esto presupone que no existen ni la libertad ni la inmortalidad. Es la razón la que interviene en el destino, como magnitud autónoma. De ahí que la orden haya elegido el tiempo." "¿Quiere esto decir que el Regente ha renunciado a la utilización de medios parecidos a los

de los mauritanos?" "Antes preferiría incluso la bestialidad inteligente del Prefecto." "¿Han valorado también", preguntó Lucius", "la obra de mi antiguo maestro Nigromontano?" "Le conocemos y le apreciamos. Creemos que su intención es saturar la superficie con profundidad, de modo que las cosas sean al mismo tiempo simbólicas y reales. En este sentido, el fenómeno sería una polícroma película en torno a una forma imperecedera. Por eso ha ejercido tan profunda influencia sobre los artistas. Ha introducido en sus obras una nueva belleza y ha superado su realismo. Como consejero de un príncipe, fundaría ciudades dotadas de gran esplendor y consistencia, ciudades de planos tejados y torres cónicas. No es casual que haya visitado muchas veces el país de los Castillos. Nosotros, más que estas viejas moradas, preferimos otras ciudades, aun a riesgo de que a veces perezcan bajo el humo y las cenizas. La inmortalidad de las ciudades no está en la solidez de sus murallas. No deben crecer como el cristal. "Así pues, ¿quieren ustedes renunciar al plan aunque esté regido por una sabiduría superior?" "Sí, si con ello se pone en peligro la felicidad. No queremos intervenir en los procesos de la evolución. Tampoco podemos trazar de antemano la solución, que sólo es acertada para el que la descubre. En el sufrimiento hay mayor esperanza que en la felicidad graciosamente regalada." Lucius meditó estas palabras. "Si le he comprendido bien, dan por supuesto que siempre habrá gentes descontentas." "Contamos con ellos como aquel poder que desea abrir nuevos caminos. Pero como, por otra parte, nuestras metas son importantes, buscamos la insatisfacción suprema; la insatisfacción del espíritu que, después de haber recorrido todas las sendas de lo posible y tras haber agotado todos los intentos de guiar la vida, se enfrenta con situaciones sin salida." "¿Y a estos hombres les prometen la satisfacción?" "Esto no está a nuestro alcance. Pero sí les prometemos nuevas tareas. Consideramos posible seleccionar en el mundo una élite formada en el dolor. Esta élite se ha purificado en las luchas y las fiebres de la historia como un tejido en el que anida una oculta voluntad de salvación. Intentamos captar y desarrollar este tejido para devolverlo luego al cuerpo como fuerza vital dotada de ideas precisas y claras. Desde esta perspectiva,

hay que entender la marcha del Regente como una despedida con el propósito de volver.” Calló y dirigió a Lucius una mirada escrutadora. Luego bajó la voz: “Esperaremos hasta que todos hayan llegado hasta el final de la senda y hayan fracasado. Mientras tanto, el Regente dispone de una excelente información; su benevolencia no tiene límites.” Hizo un signo con la cabeza al padre Félix. “El juego debe haber agotado todas sus posibilidades. Sólo entonces puede arriesgarse la jugada imposible. Buscamos a los que han fracasado en la estratosfera. Estamos de acuerdo con la doctrina de Zaratustra, según la cual el hombre debe ser superado por el superhombre. Consideramos esta doctrina no como una necesidad ética, sino histórica. El siguiente paso será superar también al superhombre, porque fracasará al encontrarse con el hombre, que en este encuentro obtendrá un poder aún mayor.” “Sí, lo entiendo”, dijo Lucius. “No puede ahorrarse el sufrimiento.”

El sol comenzaba a descender de su cenit. Revivían los colores: el mar ganaba una profundidad indefinida y aparecían rojas velas. Poco a poco comenzó a dorarse la ciudad, enmarcada por la clara franja de la espuma que burbujeaba en los muelles y, tras ella, por la banda purpúrea de los framboyanes. Resplandecían cálidamente los barrios populares y los palacios. La luz renunciaba a su imperio absoluto y lo compartía con las sombras, que hacían así más profundo su resplandor.

Phares contemplaba la escena en silencio; su mirada descansaba con placer en ella. Parecía que consideraba aquella ciudad del golfo, tan entretejida de confusión, odio y desventura, como una

Ernst Jünger HELIÓPOLIS 17 2 segunda patria en la cual se redescubre el suelo materno. Luego volvió sobre la observación de Lucius: “Tiene usted razón: no puede ahorrarse el sufrimiento. El bien no puede alcanzarse sólo mediante la contemplación: debe ser conquistado a través del dolor y las equivocaciones, de la culpa y el sacrificio. Ocurre como en las osadas incursiones del espíritu, que sólo producen fruto cuando son confirmadas por la

experiencia." Señaló con un gesto la ciudad, cuyos contornos aparecían ahora acentuados por sombras violetas. "Si estas formas hubieran sido configuradas sólo por la pura ciencia, tendrían una belleza demasiado rígida. Es el error del tejedor, el temblor de sus manos, lo que hace su dibujo irrepetible, tal como corresponde a las cosas perecederas. La ciudad no debe tener una claridad absoluta, debe tener su misterio. El diamante debe estar en la corona, no en los cimientos." El sol adquiría un profundo tinte rojizo y ya casi tocaba el cabo Blanco. El piloto azul rompió el silencio: "Y ahora le planteo la pregunta que me ha movido a solicitar esta entrevista: ¿Está usted dispuesto, comandante de Geer, a entrar al servicio del Regente, sin otras explicaciones?" Alzó la mano como si quisiera impedir que Lucius diera una respuesta demasiado precipitada, y continuó: "Nosotros tenemos lo que usted busca, y el padre Félix se lo puede confirmar." El *pater* asintió: "Allí conocen tus preocupaciones, Lucius. Pero eres tú quien has de decidir tu futuro con entera libertad." Lucius contempló el firmamento sin nubes. Aquella inmensa profundidad le estremecía. Dijo, con voz vacilante: "Creo comprender bien la importancia de este ofrecimiento, que no merezco. No se trata de elegir. Pero hay otras personas que dependen de mi decisión." Phares intercambió una mirada con el eremita. Luego respondió: "Debe tener en cuenta que no todos pueden acompañarle. Pero quiero apresurarme a tranquilizarle en un punto. Budur Peri cumple todas las condiciones. Ha hecho una buena elección. El que le acompañe allí estará para siempre unido a usted." Estas palabras llenaron de profundo gozo a Lucius: fue como si de pronto aquella inmensa distancia se le hiciera familiar. Cruzarían, brazo sobre brazo, aquella puerta cuyo umbral habían alcanzado durante la noche del laurel. Oyó que el piloto proseguía: "Aparte de ella, en su círculo sólo existe otra persona que nosotros consideramos capacitada para este viaje y su objetivo." "Hemos pensado en él como su séquito personal. Puede tener la certeza de que sus trabajos en la Escuela de Guerra darán su fruto, aunque madurarán bajo otros climas distintos de los que usted pensaba." Lucius se puso en pie. "Debo

hablar con los dos. Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto."
"Creo poder adivinar su nombre: es el joven Winterfeld."

LA DESPEDIDA DE HELIÓPOLIS

E L PUERTO aún dormía. Un rojizo resplandor flotaba sobre los obeliscos, y en el eco lejano de las fuentes resonaba aún el frío aire nocturno de las plazas. Durante la noche se habían ido desprendiendo las flores de los framboyanes, que salpicaban la avenida como sombras de cera. Era el tiempo en que los viñadores dejaban en las cepas los últimos racimos para que el rocío aumentara su grado de madurez.

El rojo cuadrilátero que delimitaba durante la noche el puerto de los cohetes comenzaba a palidecer, y se percibían ya las balizas diurnas. El muelle de mármol, sin parapetos y sin contacto con la tierra, destacaba en el recinto. Allí donde lo cortaba, una oscura franja marcaba la separación. Sobre un pedestal descansaba un gran reloj. Lucius miró el cuadrante de las cifras. Era tan grande, que podía apreciarse el movimiento de la aguja de las horas. Muy pronto brillarían en el otro lado los nuevos símbolos del tiempo.

Formaban un grupo azul en el círculo de amigos que les habían acompañado hasta el umbral: Lucius con Budur Peri y Winterfeld y, delante de ellos, Phares, que les esperaba al otro lado de la franja. Vestían ahora como el piloto y su tripulación, aunque su único símbolo distintivo era el grano de trigo. Toda su ropa era enteramente nueva: habían tenido que abandonar todas sus joyas y adornos, incluidos los anillos.

La noticia de su nuevo destino había provocado menos extrañeza de lo que Lucius había imaginado. Más bien se aceptó como una solución que, aunque inesperada, parecía razonable. Todo el mundo estaba contento con ella, aunque por diferentes razones. El príncipe y Ortner la saludaron con alegría. También les pareció acertada al jefe, al Prefecto y a las demás fuerzas políticas: ponía en claro la suerte de un peón situado entre los dos frentes.

En general, se consideraba que el nuevo puesto era una promoción, aunque en algunos predominaba la impresión de que se trataba de una aventura de inciertos resultados. Juzgaban aquel paso como la última escapatoria, como un rompimiento y una marcha hacia una nueva América. Se sabía poco de aquel mundo.

Winterfeld acogió con entusiasmo la perspectiva de llegar a reinos desconocidos. Lucius había llegado a intimar con él; se habían visto casi a diario durante los preparativos para la partida. Era indudable que Phares le había juzgado con acierto: estaba capacitado para afrontar los terrores del abismo. Ya Ruhland había adivinado esto a su manera. Al joven le faltaba todavía equilibrio y estaba expuesto a algunos peligros, pero su exhuberancia estaba suavizada por el sentido estético, característica de la familia que ya había distinguido a su antepasado el héroe de Hohenfriedberg, del cual descendía.

Budur estaba junto a Lucius, muy cerca de la oscura franja. El padre Félix los había unido. Su mirada era alegre y serena como la de un niño que espera una gran fiesta. Lucius vio como tomaba las flores que le ofrecían sus amigos, las oprimía contra su pecho y las esparcía sobre las olas que, todavía nocturnales, de un verde pálido, rompían contra la baranda. Había que despedirse también de las flores y su magnificencia.

Phares los había preparado para el viaje. Se habían reunido a menudo en el apiario, el cual les garantizaba una absoluta soledad, ya que el Regente no tenía una residencia propia en Heliópolis. La preparación no se refería a los pasaportes y papeles de aduanas, ni a medidas de tipo higiénico o psicológico. Tampoco se centraba en una iniciación especial, sino más bien en la realización de los sueños mediante una elevación de la imaginación y su capacidad soberana. La función que los mauritanos asignaban a la ascética y Nigromontano a la teoría de las superficies, estaba aquí desempeñada por la superación de la gravedad. Se trataba de un saber más seguro que todo 17

4 pasaporte, un pasaporte existencial. No se adquiría mediante estudiosa aplicación; aquí era más importante la proximidad de Phares, la simple presión de su mano. Parecían despertar a la vida ciertos órganos cuya existencia sólo se había barruntado pero nunca se habían podido utilizar. Era curiosa aquella íntima vinculación, como a través de una pequeña arteria, una raicilla que permitía alcanzar la otra orilla de la gran corriente. Lo simple era aquí lo asombroso. Brotaba luego una conciencia de plenitud y, junto con ella, de contento. A veces les acometía el temor de que esta serena alegría creciera demasiado de prisa, demasiado tumultuosamente.

Los primeros rayos del sol iluminaban ya el cabo Rojo. El mármol comenzó a refulgir y en la verde profundidad surgían chispas de oro. Desde el pequeño bote de Phares sonó un toque de llamada. Respondió la campana del *Nuevo Colón.* Era la señal para la partida, para alzarse sobre los palacios que llameaban en la luz matinal. El propio Phares los pilotaría. Muy pronto se identificarían altura y profundidad.

Había sonado la hora del adiós para mucho tiempo. Lucius vio como Winterfeld estrechaba la mano de sus camaradas, vio como Melitta y Donna Emilia abrazaban a Budur. Se volvió una vez más a Costar y a Mario. Éste seguía al servicio del Procónsul. Costar regresaría con Donna Emilia al país de los Castillos. Llevaba también consigo el anillo con las armas. “Mamut” se quedaría en la quinta de Ortner. El poeta se hallaba flanqueado por Serner y Halder. Al verlos, Lucius recordó vivamente las veladas en la Volière, las conversaciones y los simposios. Cada uno de ellos parecía adivinar que era allá arriba donde se realizaban los auténticos sueños. También en el “buena suerte” del consejero de minas parecía resonar la esperanza de grandes tesoros. El comandante de artificieros lucía en el pecho todas sus condecoraciones; en él parecía anidar la esperanza de que Lucius regresaría un día para poner al servicio del Príncipe las armas pesadas, las poderosas llaves del triunfo. También los mauritanos y las auto-

ridades oficiales habían enviado observadores.

La señal resonó por segunda vez; aparecieron figuras presurosas ante la sombra azul de las naves. Ahora estaban solos. Phares les tomó de la mano. Cruzaron la oscura franja y penetraron en el recinto. Aunque ya estaban preparados, sintieron un fino dolor, como el contacto de una llama fugitiva. Pero Phares les sonreía. Luego se colocaron las máscaras de oro.

Había transcurrido un cuarto de siglo desde el combate de las Sirtes. Y habría que esperar otro tanto antes de que regresaran en la comitiva del Regente.

Pero estos días quedaban muy lejos de nosotros.

Impreso en el mes de marzo de 1998
en HUROPE, S. L. Lima, 3 bis
08030 Barcelona

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
06/09/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/



Usted es libre de:
* copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:
Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

* Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
* Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.